
ALEXANDRA ROMA
LATIDOS
DE UNA
BALA
Click
EDICIONES

A ti.
Gracias por hacer que Romeo y Berta
vuelvan a cobrar vida en tu imaginación.

PRIMERA PARTE
EL NIÑO QUE JUGABA CON EL GATILLO

Todo empezó, como es normal, en las vacaciones: nervios, excitación, adrenalina, alegría y entusiasmo. Lo que nunca pude llegar a imaginar es que ese, mi primer viaje de juventud a Nápoles, marcaría el resto de mi existencia de una manera irremediable.

CAPÍTULO 1



El despertador sonó a las cuatro en punto de la madrugada. Apenas había dormido debido a que esperaba con ansias partir hacia lo que yo denominaba «la bella Italia». Por fin se iba a cumplir un sueño que había comenzado cuatro meses antes cuando, junto con mis dos mejores amigas, Pilar y Tamara, compraba por Internet los billetes de un vuelo *low cost*.

Sabíamos desde el inicio que nuestro destino sería Italia, un país que nos embrujaba con su belleza e historia. Seleccionar la ciudad en concreto fue algo más complicado. Finalmente, nos decidimos por Nápoles tras ver las imágenes en Google. Así de simple. Las fotos fueron nuestro mejor aliciente a la hora de decidir. Luego todo ocurrió muy rápido y, con un mísero clic, nuestra ilusión quedó patente en un folio impreso que indicaba que en julio las tres nos marcharíamos a vivir una experiencia única, como son todas las vacaciones en la juventud con las personas que quieres.

Lo único malo de nuestra elección eran los horarios del vuelo: cuando eres estudiante, te decantas por lo más barato, y eso conlleva madrugar muchísimo y hacer un transbordo entre medias.

—¡Despertad! ¡Nos vamos a Italia! —exclamó Tamara mientras se tiraba encima de mí en la cama. Era su primer viaje al extranjero y estaba mucho más emocionada, nerviosa y excitada que el resto.

—Salir a estas horas es criminal. Debería considerarse delito —matizó Pilar mientras bostezaba y su boca se abría formando una gran «O».

—No te quejes —dije—. Piensa en esta noche, cuando estés rodeada de italianos atractivos —agregué mientras me desprendía del sueño y la pereza poniéndome en pie de un salto. Normalmente me costaba despertarme, remoloneaba cinco minutos más tapándome con las sábanas, pero, sabiendo que empezaban mis vacaciones, actué como si estuviera totalmente despejada y por una vez en la vida no odié el ruido siniestro del despertador.

Como casi siempre, había dejado todo para el final. Menos mal que después de varios viajes había aprendido que hacer una lista con las cosas necesarias era algo imprescindible para no comenzar con el pie izquierdo. Agarré la hoja de papel, me subí encima de la cama para captar su atención y comencé a leer en voz alta para que ellas tampoco olvidaran nada de lo necesario.

—¿Pasaporte? —pregunté mientras revisaba en mi bolso que lo llevaba.

—Sí —contestó deprisa Pilar moviéndolo delante de mi cara.

—Espera un momento… —me pidió Tamara mientras volcaba el contenido de su bolso en mis pies. Francamente, nunca había sabido cómo lograba encontrar nada en esos bolsos que se parecían más a una maleta o a un baúl sin fondo—. ¡Aquí está! —afirmó enseñándomelo orgullosa.

—De todas maneras, no es necesario, ¿verdad, Berta? —me preguntó Pilar.

—No, pero si perdemos el carné… —Ambas pusieron los ojos en blanco, como indicando que eso era algo improbable—. Bueno, vosotras mismas, pero sin identificación no podemos salir del país. Yo suelo llevar el carné y el pasaporte, uno lo dejo en el hotel y el otro lo tengo conmigo.

—¿Y quién te garantiza que queramos volver de allí? —bromeó Tamara poniendo una cara traviesa a la que acompañaba una ancha sonrisa. La ilusión de todo primer viaje de juventud estaba totalmente patente en ella: vivir una historia de amor. Esos amores que se marcan a fuego lento en tu piel y recuerdas cuando pasa el tiempo y ya eres adulta con un deje de nostalgia.

—A ver si al final vas a ser tú la que no quieras volver… —interrumpió Pilar mientras me tiraba un cojín, que acertó de pleno en mi cara a pesar de su habitual mala puntería.

—No, yo soy demasiado madura para hacer esas tonterías —ironicé.

—Anda, continúa con la lista, señorita madura —me interrumpió Tamara, que ya estaba ansiosa por partir rumbo a Italia, deseando que las horas pasaran más rápido hasta llegar a nuestro destino.

Seguimos con la lista y, cuando nos aseguramos de que lo llevábamos todo, llamamos a un taxi para ir al aeropuerto. El trayecto se nos hizo mucho más largo de lo que en realidad fue. Cada dos minutos preguntábamos a nuestro taxista, un cincuentón bastante agradable, cuánto quedaba, como niñas pequeñas, con ansia.

Una vez en la terminal, corrimos con las maletas a cuestas hasta el embarque. Cuando por fin estábamos dentro y a tiempo, respiramos tranquilas. No habíamos perdido el vuelo. Las vacaciones con las que tanto habíamos fantaseado eran reales. Nos marchábamos.

—Creo que deberíamos comprar la bebida aquí —sugerí nada más entrar a la zona exenta de impuestos.

La bebida era una parte importante de nuestro periplo, puesto que, aunque para nuestros padres el motivo del viaje era practicar italiano después de llevar cinco años aprendiendo el idioma en una pequeña academia de Atocha, estaba claro que también queríamos salir, disfrutar de la noche italiana. Al ser estudiantes, no teníamos mucho dinero y desconocíamos el precio de la bebida allí, por lo que decidimos llevar las botellas de España. (No sé si será una leyenda urbana, pero siempre que hablas con alguien que ha ido al extranjero, te matiza lo caros que son los cubatas, las botellas, los hielos, cómo los cargan menos de alcohol… Vamos, que en España es donde mejor se puede beber, o eso se dice.)

—¿Cuántas botellas de ron? —preguntó Pilar, que ya estaba mirándolas y buscando su marca favorita.

—Por lo menos tres —apuntó Tamara, que estaba ojeando las revistas del corazón con idea de coger una para el viaje, decantándose por la *Cuore* y sus graciosos *Aargs*.

Al final compramos cuatro botellas, ya que, según un razonamiento universal, «mejor que sobre que no que falte». Buscamos nuestra puerta y nos sentamos en esa sala de espera agónica hasta que te informan que puedes embarcar.

—Estoy cagada de miedo —repetía sin cesar Tamara. También era la primera vez que subía a un avión y llevaba asustada desde que compramos los billetes.

—Tranquila, no vas a notar ni que vas volando —la tranquilizaba Pilar en un intento por animarla. En lo que esta no pensaba era en los millones de veces que Tamara había escuchado esta misma frase y que, si no había hecho caso a la primera, no lo iba a hacer ahora.

—Te sentarás entre nosotras dos —le expliqué yo—, para que puedas apretarnos la mano lo fuerte que quieras. Te infundiremos valor. —Me reí de ella.

—Creo que preferiría beberme dos o tres cervezas —bromeó Tamara.

—¡Claro, y que nos echen del avión por escándalo público! —le espeté con confianza.

Por fin nos dieron la orden de embarque y me senté en la ventanilla, un puesto muy cotizado por lo general, pero que ese día no quería absolutamente nadie. Mientras ascendíamos, miré por ese hueco circular que te permite seguir en contacto con el exterior y por el que pasas de ver

edificios a un cielo abierto, despidiéndome de mi ciudad, Madrid.

—¿Ves cómo no es para tanto? —pregunté a Tamara una vez que nos desabrochamos los cinturones de seguridad.

—Ya, si me está entrando hasta sueño —me dijo riendo.

—Pues no te duermas, que Pilar ya está roncando con el MP3 y, si no, me aburro —le pedí.

Seis minutos más tarde, Tamara dormía apoyada en mi brazo —más concretamente, tenía su cabeza recostada sobre mi hombro, impidiéndome cualquier tipo de movilidad—. No sé qué tendrán los aviones que suelen producir un efecto somnífero. Antes de despegar se oían voces eufóricas por el inicio de las vacaciones; minutos después reinaba el más absoluto silencio, solo interrumpido por pequeños y graciosos ronquidos o cuchicheos entre osados que no habían sucumbido al encanto de descansar durante dos horas.

Acostumbrada a aburrirme durante las interminables horas de los vuelos, había aprendido a llevarme aditivos que me mantuviesen entretenida. En este caso, un MP3 cargado de canciones ñoñas, esa música que constantemente puedes adaptar a tu vida y, aunque no sea de manera literal, en la que siempre encuentras el doble sentido de la letra que hace que te sientas protagonista, que la sientas y no solo la escuches.

La primera canción que sonó fue *Ti scatterò una foto*, de Tiziano Ferro. Su sonido me invadió, penetró en mi interior y me sentí tentada de sacar mi segundo entretenimiento: una novela que me había marcado, de esas que no te dejan indiferente y hacen que se te ponga la piel de gallina simplemente con sostenerlas en tus manos, sabiendo la historia que contiene en su interior y a la que tú diste vida en tu imaginación. Esas páginas que cuando las recuerdas te encogen el corazón. *A tres metros sobre el cielo*, de Federico Moccia. No era casualidad que mi libro elegido para este viaje fuera de un autor italiano. Una historia que relata un amor imposible entre dos jóvenes de Roma. Supongo que en el fondo me lo quería releer y soñar que tal vez encontraría a mi Step en esas pequeñas vacaciones en la bota de Europa.

Haciendo auténticas proezas para no despertar a Tamara, cogí el libro del bolso y lo abrí por la primera página.

Siempre me había gustado Italia; se podría decir que era de mis países favoritos en la esfera terrestre. De pequeña, siempre soñaba con viajar allí y vivir la historia de mi vida. Como si su cultura y su tierra me llamaran. Con el paso del tiempo maduré y, aunque seguía siendo un país interesante, ya no ocupaba tanto espacio en mis pensamientos. Sin embargo, tras leer las novelas de Moccia, mi obsesión había vuelto más fuerte; necesitaba viajar, conocer a mi italiano y que este me hiciera vivir una historia de película, algo improbable, pero con lo que podía ilusionarme.

—¿Hemos llegado ya? —me interrumpió Tamara mientras se limpiaba la babilla de la comisura de la boca.

—Menos mal que a ti te daba miedo…, solo te has dormido a los diez minutos… —bromeé mientras cerraba el libro de golpe.

—¿Ya estás leyendo? —Ignoró mi comentario y me arrancó el libro de las manos—. *¿A tres metros sobre el cielo?* Ya veo. —Enarcó una ceja.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Siempre quieres vivir historias que has leído o has visto en la televisión —apuntó mofándose de mí.

—¡Eso no es cierto! —repliqué pese a que ella llevaba parte de razón.

—¿No? ¿Te pongo ejemplos? —Asentí y ella comenzó a enumerar—: Cuando estrenaron *Titanic*, tu sueño era que alguien en un barco te diera un beso en la proa… Querías ser enfermera

durante la época de *Pearl Harbor*…, con…

—¡Para! —la corté riéndome.

Por desgracia, todas las cosas que decía eran ciertas. De hecho, con quince años guardaba todos los recortes de las revistas sobre Leonardo DiCaprio en los que hablaban de sus gustos, aficiones, miedos, inquietudes…, con la ilusión de que el día que le conociera sería amor a primera vista. Lo más patético era que aún no los había tirado, y eso que las posibilidades de conocerle eran nulas.

—Menos mal que aún no te ha dado por tener un romance con un vampiro. Me temía que después de *Crepúsculo* partieras a Transilvania en busca de un Edward… —añadió, poniendo los ojos en blanco. *Crepúsculo* había sido mi última obsesión postadolescente, como si nunca fuera a madurar.

—Soñar es gratis —repliqué—, y los libros y las películas me permiten disfrutar de una realidad que nunca será mía. En estas páginas —me justifiqué mientras le quitaba el libro— hay sentimientos e ilusiones que se transmiten a través de la palabra.

—¿Qué? ¿Cómo que nunca será tu realidad? —preguntó Pilar, que se acababa de incorporar —. Dame ahora mismo un folio y un boli, Tamara —ordenó.

—Pues no sé si llevaré… —contestó, empezando a rebuscar en el interior de su enorme bolso.

—En esa maleta llevas de todo —se mofó Pilar mientras la ayudaba en la tarea. Entre ambas consiguieron dar con una pequeña libreta, de la que arrancaron una hoja, y un boli.

—¿Y ahora qué? —pregunté con la incertidumbre.

—Ahora vamos a hacer un *ranking* de tus momentos favoritos, de esos que te gustaría vivir, y de las realidades que, según tú, no serán tuyas —comentó Pilar con esa sonrisa de ensoñadora que tanto me gustaba.

—¿Para qué? —pregunté sin entender el significado.

—Para dárselos a tu hombre de película, Berta. El día que encuentres al chico que te remueva las entrañas, le entregas este papel y que los haga realidad —dijo la romántica de Pilar.

—¿Cuál es el primero? —preguntó Tamara boli en mano, lista para tomar nota.

—No sé…, menuda tontería —le resté importancia. No me gustaba ser el centro de atención, pero podía ser divertido; una manera para que el tiempo corriese más deprisa.

—El beso de *Titanic* —respondió Pilar por mí—. Sin lugar a dudas, ese es su momento más importante.

—¿El segundo? —preguntó Tamara a Pilar.

—El de *A tres metros sobre el cielo* —volvió a contestar Pilar por mí—. Además, es el más asequible ahora que estamos en Italia.

—¿Tercero? —preguntó Tamara mientras escribía los otros dos a toda velocidad con una letra más propia de un médico.

—Creo que es… —comenzó de nuevo Pilar.

—El del puente Milvio, de *Tengo ganas de ti* —contesté esta vez yo.

—¿El de los candados? —preguntó Pilar.

—Sí, el de sellar el amor con un candado y tirar las llaves al Tíber. —Reí.

—Pues no son deseos tan difíciles ni improbables —afirmó Tamara—. Toma tu lista y ya sabes… —Me metió el folio hecho una bola arrugada en el bolso—, algún día puede que se cumplan.

—Quién sabe, a lo mejor en este viaje… —continuó con la broma Pilar.

—¡No! —contestó Tamara—. Es mi primer viaje, así que si hay una historia bonita de amor,

lo más razonable es que sea para mí. —Las tres estallamos en carcajadas ante lo absurdo de la «discusión».

La primera parada fue en Milán. Una ciudad de la cual solo vimos el aeropuerto y «los monumentos» que allí se bajaban, pues íbamos de un lado a otro mirando a los italianos, modelos en su mayoría, que aterrizaban en la denominada «cuna de la moda».

Se suponía que debíamos pasar allí al menos tres horas, por lo que decidimos buscar algo que hacer para pasar el rato. Lo primero fue comer: empleamos mucho más tiempo del necesario en digerir el pequeño bocata de jamón york y la botellita de agua. Después nos dedicamos a deambular de un lado a otro de la zona de comercios, sin rumbo fijo. Tras pasar cuatro veces por la misma tienda de ropa, Tamara tuvo una visión que la «perturbó».

—No miréis las dos a la vez, ¿eh? —matizó antes de hablar—. ¿Veis a ese chico que está sentado en el banco?

Como cabía pensar, Pilar y yo nos giramos instintivamente sin disimulo alguno.

Era un chico normal, moreno, con grandes ojos marrones y lo que se intuía como un cuerpo trabajado.

—Lo veo —respondimos las dos al unísono sin apartar la vista.

—¡Os he dicho que no mirarais a la vez! —se quejó mientras nos pegaba un codazo a ambas —. Le he visto en el avión…

—Espera, ¿te has dormido a los diez minutos y te ha dado tiempo a reconocer a un chico potencialmente guapo? —pregunté atónita yo, que era la única que me había mantenido todo el viaje despierta y ni siquiera me había percatado de su presencia.

—Chica, es que yo tengo un radar… —Las tres nos echamos a reír—. Creo que está solo, así que podríamos hacerle compañía. —Nos guiñó un ojo cómplice.

Antes de ir a presentarnos oficialmente, Tamara se empeñó en acudir al servicio —en su «supermaleta» llevaba todo tipo de maquillaje y se quería retocar—. Nunca entendí ese temor de mi amiga a no estar perfecta. Ella era simplemente inmejorable. Tenía una melena larga negro azabache con un flequillo recto que le hacía una cara redondita muy mona, unos ojos negros con largas pestañas que hipnotizaban a cualquier hombre, y un cuerpo de diez. Sin embargo, siempre necesitaba sentirse protegida bajo la máscara del maquillaje, sin darse cuenta de que su belleza natural impactaba más.

Una vez que se hubo arreglado, cedió sus bártulos a Pilar. Esta era también una chica muy mona, con el pelo castaño claro tirando a rubio, largo, ojos marrones y una figura bastante estilizada. Lo que más llamaba la atención de ella era su mirada clara y pura, que hacía que cuando la conocías tuvieras la necesidad de confiar en ella.

—¿Quieres maquillarte? —me preguntó Pilar tendiéndome las pinturas.

—No, gracias —contesté yo.

—¿Qué pasa?, ¿crees que somos superficiales por ir siempre de punta en blanco? —bromeó Tamara.

—No, pero como tú lo has visto primero, no quiero engatusarle con mi belleza —seguí el cachondeo.

En realidad, no me maquillaba en esos momentos porque me parecía una tontería. Era bastante práctica. En los trayectos lo que más me gustaba era ir cómoda, no tener que estar pendiente de si se me corría el rímel o cualquier tontería similar. Me miré al espejo y me recoloqué la ropa, que estaba un poco arrugada del vuelo, y me recogí mi melena castaña en una cola de caballo, preparándome para el calor pegajoso e inaguantable que prometía acompañarnos durante nuestra estancia.

Ya fuera del baño, me dediqué a seguir las instrucciones de mi preciada y experta en seducción, Tamara.

—Nos tenemos que situar delante de él, que piense que no nos interesa. Ya se encargará él de acercarse —decía como si estuviera trazando una estrategia bélica de ataque—. De vez en cuando echadle alguna miradita… —Pilar y yo nos miramos y pusimos los ojos en blanco, cosa que a Tamara no le pasó desapercibida—. Mejor dejadme a mí, que soy la experta.

—¡A sus órdenes! —dijo Pilar mientras simulaba un saludo militar.

Pero Tamara no se equivocó. Once minutos más tarde, el joven se removía nervioso en su asiento sin parar de mirar hacia nuestra zona, y veinte después ya se levantaba para simular ver algo que casualmente estaba cerca de nosotras. En un «descuido» golpeó la pierna de Tamara, y esa fue la excusa perfecta para presentarse.

No era necesario ser un genio para darse cuenta de cuál de las tres le interesaba al joven: Tamara. Tampoco se le podía culpar por ello. En un mundo donde el físico es el primer aliciente para conocer a una persona, ella era la número uno de nosotras sin lugar a dudas. El chico resultó llamarse Marco, había estado de Erasmus en España y volvía a su ciudad a pasar el verano; eso fue de lo poco que me enteré, ya que su conversación se centraba en una persona.

—¿Así que vienes de España? —preguntaba Marco. Por supuesto, ni a Pilar ni a mí se nos pasó desapercibido el «vienes» en lugar de «venís».

—Sí, somos de Madrid —contestó Tamara en un intento de integrarnos.

—¿Y por qué Nápoles? —preguntó el chico, adoptando una postura artificial para que se le marcaran más los músculos. Hombres…

—No lo sé. Vimos fotos en Internet y nos gustó —explicó Tamara encogiéndose de hombros.

—Pero ¿Nápoles? La ciudad con más delincuencia de Italia no parece un buen destino para tres chicas…

—De eso nos enteramos más tarde… —puntualizó Tamara.

En realidad había sido así. Nuestras familias nos avisaron cuando ya habíamos comprado los billetes. Además, el universo pareció ponerse en nuestra contra, porque justo esa semana mataron a un chico en Nápoles al lado de un banco y quedó grabado en la cámara de seguridad. Por supuesto, estuvo circulando por la Red y salió en los principales telediarios…

—No tenéis de qué preocuparos. —Se irguió como si fuera el macho alfa de una manada—. Seguramente estaréis en la zona turística y esa parte de la ciudad no es peligrosa.

—¿Dónde nos alojamos? —me preguntó Tamara, que no se sabía ni la dirección del hotel.

—Al lado de la Estación Central. —Noté que el rostro de Marco se contraía ligeramente—. ¿Qué ocurre? —pregunté asustada prestando atención.

—¿Nadie en la agencia os ha dicho que esa es la «peor» zona de Nápoles? —me preguntó esta vez a mí.

—La verdad es que lo compramos por Internet —respondí por primera vez avergonzada. Por tirarnos a lo más barato, íbamos a estar en la zona de mayor delincuencia.

—Mira, hoy cuando lleguemos os acompaño hasta el hotel y, todos los días, si volvéis muy tarde, coged un taxi que os deje en la puerta de casa, ¿vale? —propuso haciéndose el caballero.

En aquel momento, no sabía si lo que decía era verdad o solo quería acompañarnos para intimar más con Tamara y saber dónde se hospedaba.

—Me parece bien —contestó Tamara, que deseaba en su fuero interno que se tratara de lo segundo.

Después de darnos el dato nefasto, prosiguió con sus intentos de cortejo y el resto desaparecimos de su vista, hasta tal punto que Pilar y yo empezamos una conversación paralela.

Cogimos el otro avión rumbo a Nápoles y esta vez Tamara no se durmió, ya que tenía algo más interesante que hacer. Cuando llegamos a nuestro destino, recogimos las maletas y nos dirigimos a la parada de taxis, haciéndonos fotos delante de absolutamente todo.

Como había prometido, el caballeroso Marco nos acompañó en el taxi hasta la Estación Central. Con echar un primer vistazo a la zona nos dimos cuenta de que no había exagerado para meternos miedo: la gente que paseaba por allí daba mala espina. Eran de esas personas que sabes que son delincuentes sin necesidad de verlas cometer ningún delito. Además, estábamos rodeadas de yonquis y vagabundos. Todos concentrados alrededor de nuestro cutre y minúsculo hotel.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis aquí? —preguntó Marco antes de marcharse en el taxi.

—Diez días —contestó Tamara.

—¿Te parecería bien si nos viéramos otra vez? —preguntó temeroso e inseguro.

—¡Claro! —exclamó Tamara con una ancha sonrisa—. Te dejo mi móvil y me llamas.

Y así se marchó Marco, con una sonrisa de satisfacción pintada en el rostro por haber conseguido el teléfono de la española más guapa de nuestro grupo.

La imagen exterior de nuestro futuro alojamiento nos horrorizó hasta el punto de que pasamos varios minutos detenidas enfrente sin abrir la boca.

Una vez en el vestíbulo del edificio, nos dimos cuenta de qué se trataba. Nuestro hotel ocupaba el segundo piso de un bloque tan lúgubre que daba cosa hasta andar por sus escaleras. De hecho, el portal desde fuera parecía el de una casa abandonada, lleno de grafitis y con las paredes cochambrosas. Apoyarse en el pasamanos nos pareció una locura, pues daba la sensación de que con solo posar un dedo en él pillarías una enfermedad. Por su parte, la recepción era enana y en ella había un hombre de unos cuarenta años que nos dio la llave sin dirigirnos ni una mirada, con un mísero gruñido animal, mientras veía algún programa antiguo en la televisión en blanco y negro con muchas interferencias que había situada en una balda.

—¿Dónde nos hemos metido? —se atrevió Pilar a decir en voz alta la pregunta que todas nos hacíamos.

Cogí la llave intentando tocarla lo menos posible, pues estaba llena de algo pegajoso que olía a orín, la introduje en la cerradura y abrí la puerta, que tenía adornos de juncos. La habitación por dentro seguía la estela del portal y la recepción. Por lo visto, habíamos elegido el cuarto con temática africana: toda la minihabitación estaba decorada con decenas de elefantes y cuadros que hacían referencia a África.

Había dos camas, una de matrimonio y otra plegable. Por supuesto, las sábanas eran de leones, chimpancés y todos los animales que podían habitar en la jungla. Había un cuarto de baño que, además de ser tan pequeño que casi no cabían en él dos personas y de carecer de luz —o, si existía, no iluminaba absolutamente nada—, tenía una puerta que chirriaba con un sonido de lo más desagradable.

Una vez que hubimos inspeccionado cada rincón de nuestro «hogar vacacional», las tres nos quedamos mirando sin decir nada con la boca abierta. No recuerdo exactamente quién rompió el silencio, tampoco es que importe mucho, pero tres segundos después nos estábamos riendo como locas mientras cada una se tiraba a la cama que quería que fuera suya. Tamara y yo fuimos las más rápidas y, antes de que Pilar se diera cuenta, estábamos la una encima de la otra en la de matrimonio.

—¡Eso no es justo! ¡Siempre me toca a mí lo peor! —se quejó Pilar con voz infantil, intentando darnos pena.

—Pues haber tenido más reflejos —espetó Tamara satisfecha de su rapidez.

—Berta —me pidió a mí, viendo que, de tener alguna posibilidad, era conmigo—, deja que duerma yo con Tamara, que este sitio me da escalofríos.

—Bienvenida a la selva, pequeña —le contesté mientras le enseñaba el elefante que tenía por mesita de noche, obviamente, sin cajón alguno, y en cuya trompa de madera debía dejar mis cosas.

Colocamos las prendas más necesarias en el armario —tampoco podíamos poner mucho, ya que teníamos dos perchas por persona— y decidimos salir a dar una vuelta para conocer el lugar. Esperábamos que la ciudad nos quitara ese amargo sabor de boca que nos había dejado la habitación. Ninguna de las tres lo mencionó, pero en el fondo todas pensábamos que la próxima vez investigaríamos más antes de fiarnos de cualquier página web.

—¿Quién se lleva hoy el bolso? —pregunté. Una de las cosas que suelo hacer en los viajes, además de dejar una de mis dos documentaciones en el hotel, es salir con un solo bolso, por si nos roban, seguir teniendo dinero y no quedarnos sin nada en un país extranjero.

—¿Qué más da? Que cada una se lleve el suyo —me dijo Tamara, que estaba ansiosa por salir.

—¿Y si nos rob…? —comencé.

—Está bieeeen, lo que tú digas —me cortó Pilar con resignación—. Prefiero llevar un bolso a que nos vuelvas a dar el discurso de abuela cebolleta de los robos y, como eres la experta —dijo mientras guiñaba un ojo a Tamara—, creo que lo mejor es que tú seas la portadora.

—Me parece bien —afirmé, metiendo las cosas necesarias a la vez que escuchaba a mi espalda cómo Tamara susurraba: «Mejor que lo lleve ella y se quede tranquila, porque es la madre del viaje. ¡Menuda pesada!».

Antes de comenzar nuestro camino, preguntamos al hombre del hotel por algún monumento que pudiéramos ver. Este, después de mirarnos como si le hubiéramos interrumpido en algo importantísimo —en el programa salía un tío preparando pasta—, nos señaló la costa en un cuadro que tenía colgado en la pared y nos dijo que la recorriéramos y allí encontraríamos un castillo con bonitas vistas al mar. Nos dejó un mapa y las tres salimos rumbo al Castel dell'Ovo (Castillo del Huevo). He de reconocer que al principio nos echó para atrás ese nombre tan poco señorial, pero después de ver las fotos, no teníamos dudas de que sería precioso e impresionante.

Con nuestro mapa y nuestras pintas de turistas, partimos hacia la costa. Como todo el mundo en vacaciones, mirábamos cada detalle de la ciudad ajena y nos hacíamos fotos frente a cualquier cosa medianamente interesante, aunque no supiéramos ni qué era; siempre estaría Internet o la inventiva para contárselo a nuestros amigos de España.

—¡Berta, mira! ¡Un McDonald's! —gritó Tamara.

—Creo que de eso también tenemos en España. —Enarqué una ceja, cansada de que en menos de una hora lleváramos ya casi cincuenta fotos.

—¡Pero este es italiano! —comentó emocionadísima.

—¡Comamos algo! —sugirió Pilar, que parecía haberse contagiado de la alegría de Tamara.

Media hora después y con quinientas calorías más en el cuerpo, nos volvíamos a poner rumbo al Castillo del Huevo. Por ahora tres cosas nos habían llamado la atención con respecto a España. La primera era que todos los italianos se movían en moto, una práctica poco habitual en nuestro país. La segunda, lo mucho que piropeaban allí los chicos. Realmente nos halagó y subió la moral. La tercera, lo temerarios que eran conduciendo. Parecían unos locos al volante que convertían cruzar los pasos de peatones en un acto poco menos que suicida. Su respeto por la señalización era nulo.

—¿Nos queda mucho? —preguntó Pilar quitándome el mapa de las manos.

—Se supone que, cuando crucemos la carretera, ya veremos el mar —respondí mientras se lo arrebataba de nuevo.

En efecto, al final de la siguiente calle, ante nuestros ojos se extendió toda la preciosa costa napolitana. Abrí el mapa mientras cruzábamos para ver qué dirección debíamos tomar para llegar a nuestro castillo. A decir verdad, el plano era tan grande desplegado que ocupaba todo mi campo visual. Allí cometí la primera imprudencia: no mirar por si venía algún coche o moto, pero no me arrepiento de mi error, ya que gracias a eso le conocí a él… Pero no adelantemos acontecimientos, todo a su debido tiempo.

Me encontraba hablando sola mientras intentaba desentrañar los misteriosos signos del mapa —era realmente pésima interpretándolos—, cuando un grito me sacó de mis pensamientos. Fue un «¡¡Cuidado!!» a toda potencia que provenía de mis dos amigas que, como pude observar en ese momento, no estaban a mi lado. Me giré a tiempo de ver cómo una moto frenaba derrapando y se quedaba a menos de un centímetro de mi pierna. No supe reaccionar, me quedé temblando y con la boca abierta, con esa sensación de «acabo de volver a nacer» que tanto dicen los supervivientes de alguna tragedia.

El conductor había caído al suelo y ahora estaba aprisionado bajo el peso de la moto, que se había desplomado encima de él. Cuando le vi ponerse en pie y levantar el vehículo con solo una mano, como si nada hubiera pasado, el miedo desapareció y me dirigí a su encuentro para ayudarle.

Era un joven perfectamente bronceado, con la piel color canela. Vestía unos pantalones vaqueros caídos y una camiseta ceñida blanca sin mangas que dejaba al descubierto sus brazos fuertes y marcados. Con brusquedad se quitó el casco, lo que me permitió verle la cara. Con el pelo rapado a cepillo, ojos de un gris verdoso y unos labios gruesos y carnosos, me resultó demasiado guapo para ser real. Pensaba que se disculparía, pero su primera frase dejó patente que la cosa no iba a ir por ahí.

—¿Quieres mirar por dónde vas? —me espetó con brusquedad con una mirada demasiado dura y oscura para un chico tan joven.

—¿¡Perdona!? —repuse yo histérica haciéndome cargo de la situación. Había recuperado el control—. Eres tú el que iba como un loco y yo estaba cruzando por el paso de peatones.

—Lo que faltaba, extranjera tenías que ser —dijo frustrado al oír mi pésimo acento italiano mientras valoraba los daños que había sufrido su moto.

—¿Cómo dices? —pregunté asombrada y enfadada al darme cuenta de que le importaba más ese trasto que yo.

—Española, ¿verdad? —preguntó, más a sí mismo que a mí.

—¿Perdona? —repetí exasperada, sin poder dar crédito a lo que oía. Ese tío no solo había estado a punto de atropellarme, sino que además se atrevía a hablarme de manera altiva.

—Estás perdonada —contestó sin mirarme mientras por lo bajo seguía soltando improperios.

—¿Qué dices? —pregunté atónita sin creerme todavía que esto me estuviera ocurriendo, confiando en no estar traduciendo correctamente sus palabras.

—¡Encima de despistada, no entiendes mi idioma! —exclamó mirándome por primera vez por encima del hombro.

—Entiendo el italiano perfectamente, puede que incluso mejor que tú, que seguramente no sabrás más de quince palabras —empecé a hablar con una rapidez inusual, poniéndome roja del enfado.

—Y tú eres muy lista, ¿verdad? —se burló de mí.

—Más que tú, te lo garantizo. —Y puse mi sonrisa falsa más convincente.

El chico se limitó a mirarme con desdén mientras se volvía a montar a horcajadas en la moto. En ese momento apareció otro motorista a su lado.

—¿Qué te ha pasado, Romeo? —le preguntó deteniendo su ciclomotor.

—Nada. Esta, que ha cruzado sin mirar y me la he pegado por no atropellarla… —habló ignorándome, como si yo no estuviera allí—. Aunque, después de oírla hablar, no sé si me arrepiento de no haberlo hecho —agregó a la vez que me fulminaba con la mirada.

—Un nombre demasiado bonito para una persona tan desagradable —murmuré yo.

—¿Cómo dices? —escupió furioso.

—Encima de que conduces mal, estás un poco sordo. Una lástima… —respondí con ironía.

—No juegues conmigo. —Una expresión dura y amenazante pobló su rostro.

—Tranquilos, señores —intervino su amigo intentando quitar tensión a la situación y poner paz—. La señorita lleva razón. Vamos como locos por las calles, y eso no debería ser así —mientras hablaba, miraba cómplice a su amigo, que estaba perplejo—. Creo que deberíamos invitarlas a una cerveza para pedirles disculpas.

—¡Deja de decir tonterías y larguémonos! —Romeo parecía tener mucha prisa.

—No, es nuestra obligación. —No comprendí el tono de voz del amigo de Romeo—. No podemos permitir que esta jovencita y sus amigas —Tamara y Pilar ya estaban a mi lado— se lleven la impresión equivocada de los napolitanos. ¿Aceptáis que os invitemos a algo a modo de disculpa? —dijo mirándonos una a una.

—Está bien —contestó Tamara, que quería restar importancia al asunto.

En cuanto los dos jóvenes repararon en ella, la idea de tomar algo con nosotras les pareció aún más apetecible.

Anduvimos por el paseo hasta el local que ellos nos habían indicado. Estaba justo enfrente del embarcadero de cruceros. Se trataba de un sitio pequeño con una terraza cercada por plantas, la mayor parte de ellas, rosas. A decir verdad, el bar resultaba bastante acogedor, pero eso no paliaba mi cabreo interno. No comprendía por qué aceptábamos tomar una cerveza con un tipo que se había permitido el lujo de hablarme así.

—No sé cómo dejamos de ver un castillo por estar con un ser con semejante soberbia —repetía sin cesar.

—El chico no ha estado muy acertado en sus palabras, pero estaba nervioso. —Tamara intentaba defenderle o cuando menos justificarle. No era difícil intuir que se sentía atraída por él, ya que era bastante guapo. Lo malo es que todo lo que tenía de guapo lo tenía de idiota. En fin, lo que había que hacer por una amiga…

Al llegar, un camarero salió a nuestro encuentro para ofrecernos una mesa. Nosotras le dijimos que esperábamos a unos amigos y estos no tardaron en llegar. Por alguna razón, la cara del camarero se puso blanca al ver aparecer a nuestros acompañantes. Nos ofreció la mejor mesa y me fijé en que la gente de nuestro alrededor se fue cambiando de sitio con disimulo hasta dejarnos en la más absoluta intimidad. Todo muy raro, pero mis amigas estaban tan embelesadas que no se dieron ni cuenta.

—Me llamo Domenico —se presentó el amigo de Romeo.

Este no era muy diferente al orangután que tenía sentado al lado. Un cuerpo de gimnasio, moreno, con una cara mona y el pelo negro un poco más largo. Aunque si se tuviera que elegir a uno de los dos por belleza exterior, ese era Romeo, y mis amigas, que no eran tontas, no tardaron en empezar a hacer intentos de atraer su atención. Por mi parte, me dedicaba a mirar el mobiliario y a tratar de comprender por qué estábamos allí.

—Y mi amigo, como ya sabéis, se llama Romeo —continuó el otro—, aunque todo el mundo

lo conoce por Leone.

—Hola —saludó seco, con una hermosa sonrisa ladeada.

La risa tonta que les entró a Pilar y Tamara fue lo más patético del momento. Noté que se le hinchaba imperceptiblemente el pecho, pavoneándose. El chico en cuestión era consciente de su impresionante físico y lo potenciaba.

—Sois españolas, ¿no? —preguntó Domenico.

—¡Sí! De Madrid —contestó Tamara emocionada a más no poder por estar con dos italianos que parecían modelos.

—¿Estudiáis o trabajáis? —continuó con su interrogatorio Domenico, que era el más hablador.

—Estudiamos en la universidad —explicó orgullosa Pilar. Le había costado mucho conseguir la beca total para llegar hasta allí, y para ella era el logro más importante de su vida.

—¡Buah! Nosotros no hemos cogido un libro en la vida. ¿A que no, Romeo? —Domenico le dio un codazo a su amigo.

—¡Nunca! —matizó este con presunción mientras no me quitaba la vista de encima.

—¡Qué orgullosos os tenéis que sentir de ello! —dije con la mayor ironía que pude—. ¡Para qué leer o hacer algo si uno se puede emborrachar…!

Creo que fue en ese instante cuando Domenico decidió que hablar con mis amigas era bastante más interesante. Romeo, en cambio, parecía tener fijación conmigo, ya que no dejaba de estudiar mis movimientos con su oscura mirada.

La tarde transcurrió en la misma línea: con Tamara y Pilar intentando captar la atención de Romeo como fuera, la cual, por alguna extraña razón que no entendía, estaba fijada en mí. Digo extraña razón porque yo había hecho todo lo humanamente posible por ignorarle, y las pocas veces en las que nuestras miradas se encontraban, trataba de mostrarle mi absoluto desprecio.

—Voy un momento a la moto a coger la cartera —comentó Romeo en su primera intervención de la tarde de más de dos palabras.

—Me quedo con ellas —contestó Domenico mirando a Tamara; por fin había decidido su objetivo.

—¿Me puedes acompañar? —preguntó de repente mirándome a mí.

—¿Qué? —contesté anonadada mientras observaba a ambos lados pensando que se había confundido.

—¿Quién es ahora la sorda? —habló con suficiencia, esbozando una sonrisa que pretendía ser tierna, pero que a mí me daba escalofríos—. ¿Me acompañas a la moto a por mi cartera para que así podamos hablar?

Antes de contestar, miré a mis dos amigas sin comprender nada; por sus rostros, deduje que ellas estaban tan perplejas como yo. Ambas me hicieron gestos que confirmaban que debía ir y que las dos se morían de ganas por estar en mi lugar. Al final me decidí a acompañarle. En mi inocencia, pensé que tal vez le había juzgado mal y se quería disculpar, pero su orgullo de macho le impedía hacerlo delante de su amigo.

CAPÍTULO 2



Pese a que había muchos huecos libres frente al bar, Romeo había aparcado la moto en una callejuela cercana. Un callejón estrecho, húmedo y oscuro. Esperaba que comenzara a hablar, puesto que era él quien me había pedido que le acompañara, pero el camino transcurrió sin una sola palabra, en medio de un silencio incómodo.

Una vez que llegamos junto a la moto, se volvió y se situó frente a mí, muy cerca. Demasiado cerca. Mentiría si dijera que no fue un instante con tensión sensual; por mi parte, al menos. Seguía sin parecerme un chico interesante, pero su físico me cegó y pensé que, para pasar un buen rato, no estaba del todo mal. Sería eso, un rollete al que no volvería a llamar y del que no querría volver a saber nada. Una buena historia que contar.

Sin mediar palabra, Romeo se acercó lentamente a mí y, en un acto instintivo, cerré los ojos para recibir su beso, no sin antes ver de nuevo su sonrisa ladeada. No me gustaba, no era para nada mi tipo. Una cara bonita, pero sin cerebro; eso lo definiría bien. Sin embargo, su físico hacía que me quemase la piel, y en las vacaciones yo solo buscaba diversión, nada más serio que eso.

Noté su tacto en mi cintura y mi cuerpo se tensó, como ocurre siempre con los nervios previos al beso. Entonces algo me desconcertó. Un objeto helado y punzante que me pinchaba en el vientre.

—Dame todo lo que llevas encima —me pidió suavemente con sus labios susurrando en mi oído.

Abrí los ojos inmediatamente y la vi: una navaja de al menos veinte centímetros estaba pegada a mi cuerpo, amenazante.

—¿Cómo? —pregunté con la boca seca. He visto mil películas violentas, he leído mil libros en los que una navaja era la mejor de las cosas con las que podían intimidarte. Pero tenerla ahí, en vivo y en directo, me golpeó como un jarro de agua helada y mi respiración se aceleró.

—Suelta tu bolso y dámelo, así de fácil, y todo se habrá acabado —añadió con naturalidad, como si fuera algo que hacía de manera habitual.

Supongo que mucha gente, viéndose en esta situación, no habría dudado en salir corriendo, gritar o ponerse a llorar. Yo me quedé clavada en el sitio, sin saber qué hacer o decir. Simplemente, quería cerrar los ojos y que, al abrirlos, todo se convirtiera en un mal sueño.

—¿Es una broma? —fue lo único que me atreví a decir con apenas un susurro de voz. Una pregunta que esperaba que no sonara estúpida. Una pregunta que deseaba con toda mi alma que se respondiera con un sencillo «sí».

—¡Esta sí que es buena! Mira que llevo años robando y es la primera vez que me toman a cachondeo. —Se rio con ganas mientras jugaba con la navaja en sus manos—. Si me conocieras, sabrías que Leone nunca bromea con estas cosas, Berta.

—Toma —le tendí mi bolso corriendo. Siempre me he considerado una persona valiente, pero en ese momento solo quería que se quedara con todas mis pertenencias y me dejara marchar sana y salva. Me daba igual el dinero, el móvil, el MP3…, solo tenía miedo por mi vida.

Romeo cogió el bolso con brusquedad y empezó a sacar las cosas una por una. Lo primero en

lo que se detuvo fue en mi móvil.

—¿Esto qué es?, ¿un móvil de la Prehistoria? —me preguntó. Me resultó irónico que lo único que se me pasara por la cabeza en aquella tesitura fuese «¡Como si tú supieras qué es la Prehistoria!».

Siguió y dio con mi MP3. Se puso los cascos en las orejas y comenzó a escuchar. Puso una mueca de disgusto.

—Un gusto musical insuperable —lo dijo con desdén, pero por si no me había quedado claro, después de diez segundos, añadió—: En cuanto a mal gusto, por supuesto.

Mi pensamiento fue «seguro que solo conoces la música cuando vas drogado», pero me mantuve calladita, intentando no cabrearle y que Romeo terminara rápido y me dejara marchar. Es más, ni le miraba a la cara —según había visto en las películas, si le mirabas te mataba, por si luego podías reconocerle—.

Su siguiente objeto del botín fue la cámara de fotos. No dudó ni un segundo en ponerse a mirar las que tenía en la memoria, violando así mi intimidad.

—Berta, Berta, Berta…, eres una cochina… ¡Cómo se te ocurre hacerte estas fotos con las amigas! Esperaba mucho más de ti.

Yo debí de poner cara de no saber a qué se refería, porque él giró la cámara. Observé una foto con Tamara en la playa, de lo más normal; en bikini, sí, pero normal. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que él disfrutaba con mi humillación.

Cuando agarró la cartera, creí que por fin se acabaría ahí mi tortura y mi miedo. Entonces un folio se cayó al suelo.

—¿Y esto qué es? —preguntó mientras se agachaba a cogerlo y lo abría—: Escena de *Titanic*, *A tres metros sobre el cielo*… —comenzó a leer. Era la lista del avión.

—Dámelo, por favor —le exigí extendiendo la mano. Aún me sigo preguntando por qué reaccioné así.

—¿Cómo dices? No te oigo. —Me miró divertido entornando sus ojos mezcla de verde y gris.

—Si me lo puedes dar, por favor, Romeo —dije mirando al suelo y con la voz temblorosa—. Eso no tiene ningún valor, te lo prometo.

—Te voy a aclarar un punto. Romeo solo me lo llaman mis amigos. Para ti y para todo el mundo soy Leone, ¿entendido? —Su tono era chulesco. Asentí—. En cuanto a lo del papel, creo que me lo voy a quedar. —Mientras se lo guardaba en un bolsillo, añadió, mirándome fijamente —: No sería un buen ladrón si te devolviera cosas. —Dejó pasar unos minutos de silencio para que pudiera asimilar su razonamiento y de ese modo convencerme de que era lógico; algo que, por supuesto, para mí era una estupidez. Sin quitarme ojo de encima, empezó a sacar las cosas de la cartera hasta que llegó a lo que le interesaba, y entonces vio algo que le indignó—. ¿Treinta euros? ¿Lleváis una cartera común para treinta míseros euros?

De todas formas, los cogió y siguió registrando mi bolso. Leone estaba entretenido en esto cuando vislumbré una silueta al final del callejón. Una sombra se movía hacia nosotros, y yo no sabía si aquello era bueno o malo. Lo único que tenía claro es que Leone no se había dado cuenta.

A la luz intermitente de la farola, distinguí a un joven que portaba una especie de bate en las manos. El chico me indicó con un gesto que no abriera la boca y yo le hice caso, ya que intuí que era mi salvador. Leone, que debía de estar acostumbrado a estas situaciones, percibió el peligro en mi mirada y se giró, pero fue demasiado tarde, pues el otro joven ya le había golpeado en la cabeza y le había tirado al suelo. Comenzó a propinarle patadas sin piedad con unas botas con la

puntera de acero. Sin preocuparme en recoger mis cosas, salí corriendo del callejón a toda pastilla, a una velocidad que no sabía que podía llegar a alcanzar.

Ya estaba a punto de llegar al final de la oscuridad en la que permanecía atrapada cuando me detuve. Los golpes sordos seguían llegando a mis oídos. Me giré en la entrada del callejón y vi el cuerpo tendido de Leone, recibiendo puntapiés por todos los lados. Entonces deduje que ese joven no había querido salvarme, sino que estaba esperando a Leone allí, escondido, para darle una paliza.

Lo normal es que me hubiese dado absolutamente igual, que me hubiese largado sin mirar atrás, que no hubiera perdido ni un segundo en reparar en lo que estaba sucediendo. Pero mi humanidad me impidió marcharme. Una parte de mí me decía que, si me iba, Leone moriría, y no estaba en mi naturaleza ser cómplice de asesinato ni dejar morir a nadie.

Un tablón de madera; esa fue la única arma que enganché antes de volver corriendo al lugar del que hacía minutos tantas ganas tenía de escapar. Con una agilidad impropia en mí, golpeé al chico en la cabeza con el extremo, sin demasiada fuerza para no causar ningún daño del que me tuviera que arrepentir. Eso dio unos segundos de ventaja a Leone para incorporarse y golpear al chaval, que no tardó en salir huyendo lo más deprisa que pudo.

Leone le persiguió unos cuantos metros, pero este ya había doblado la esquina y se había perdido de vista. Entonces retrocedió y reparó en mí. «Enhorabuena, Berta, ahora te robará», me decía mi racionalidad. A decir verdad, me sentí estúpida por lo que acababa de hacer: había podido alcanzar la libertad y la había perdido por ayudar a un monstruo. Leone estuvo unos segundos mirándome fijamente mientras reflexionaba; yo, por mi parte, solo quería saber cuál sería su siguiente movimiento. Finalmente se decidió a hablar:

—Toma —comenzó serio mientras metía todas las cosas en el bolso y me lo devolvía—, me has ayudado —añadió esta última palabra con acritud—. Lárgate.

—¿Y ya está? ¿Esto es todo? ¿No hay consecuencias? —pregunté aún con el susto en el cuerpo.

—No —contestó limpiándose la sangre con la camisa—. Ahora volvamos con tus amigas.

—No —tanteé el terreno. Era una persona muy gallita, pero a un grito suyo me hubiera callado—, no quiero que vengas conmigo.

—Tampoco quiero estar más rato en tu presencia —puntualizó con desdén—, pero mi amigo, ¿lo recuerdas?

La cara se me debió de quedar blanca.

—¿Qué les está haciendo? —pregunté asustada.

—Tranquila, tú eras el objetivo; eres la que lleva el bolso. Domenico solo espera a que yo termine para marcharse de allí. Bueno, y si puede liarse con tu amiga Tamara, también lo hará. Ella está realmente buena. Si hubiera llevado ella el bolso, seguramente antes de robarle habríamos hecho algo más… —dijo con su tono chulesco mientras reía.

—Está bien, marchémonos —repliqué enfadada y, dando media vuelta, eché a andar.

—¿No te habrás puesto celosa? —preguntó caminando a mi lado.

—¿Yo? ¿De qué? —contesté sulfurada, andando aún más rápido.

—He visto tu cara de deseo cuando te traía aquí. Supongo que no será agradable darte cuenta de que solo quería robarte… —Parecía divertido. Yo no entendía su concepto de diversión.

—¿Sabes lo que significa la palabra «celos»? Porque a lo que tú te refieres, en todo caso, es a decepción —aclaré a Leone.

—Sé más cosas de las que te imaginas —me espetó serio. Luego, sonriendo de nuevo, añadió —: Los celos vienen en la parte de la conversación en la que yo te digo que con tu amiga sí que

habría hecho algo. Es que no entiendo cómo has llegado a pensar que tenías alguna posibilidad con un tío como yo.

—¿Un tío como tú? —frené en seco. Definitivamente, alguien tenía que bajarle esos humos —. ¿Te crees que por tener cuatro músculos ya eres el tío con el que las mujeres sueñan?

—Basándome en mi experiencia personal, creo que sí —dijo pagado de sí mismo, sonriéndome en la cara.

—¿Sabes lo máximo a lo que podrías aspirar conmigo? A un rollete. Un muñeco musculoso con el que estar un máximo de tres semanas. Para las mujeres eres un juguete, un tío bueno con el que acostarse, pero no el hombre con el que quieren pasar el resto de sus vidas. Y si no, dime, ¿cuántas se han molestado en conocerte? ¿Cuántas han querido saber de tu vida, eh? —Esperé su respuesta, pero no la obtuve—. Ninguna. ¿Sabes por qué? Porque más allá de ese cuerpo no existe nada que sea interesante.

—¿Y qué hay de ti? No tienes el físico adecuado —afirmó mirándome de arriba abajo—. ¿Es que el hecho de no tener el físico adecuado te convierte en una persona interesante para conocer?

—En primer lugar, si dices lo del físico para ofender, lo siento, pero no lo vas a conseguir. Estoy bastante contenta conmigo misma. —Era verdad. Algo que siempre he odiado es que muchas personas se crean capaces de juzgarte por tu aspecto. Otras se deprimen por no parecer una modelo de Victoria's Secret. Yo, por el contrario, me encontraba orgullosa y me gustaba tal y como era—. Respecto a si soy una persona interesante, eso lo decide quien me conoce y, tranquilo, que tú no tendrás por qué hacerlo —puntualicé mis últimas palabras.

—A lo mejor es que tienes miedo por si me conoces y te gusto… —bromeó con una sonrisa traviesa que por primera vez me dio más risa que miedo. Sus ojos grises verdosos intentaban indagar dentro de mí.

—A lo mejor es que estoy tan ocupada que no tengo tiempo que perder. —Fue mi última frase antes de entrar en el bar.

Nuestros amigos seguían en la misma mesa sin nadie a su alrededor. Nada más entrar, me percaté de los coloretes y las risas de Tamara y Pilar, que se habían pasado con el limoncello. Domenico nos miró extrañado; supongo que no imaginaba volverme a ver. Seguramente el chico tenía pensado marcharse en cuanto su amigo le dijera que ya me había quitado el dinero. Apresuré el paso hasta llegar junto a ellas.

—Nos vamos —ordené seria y sin ninguna posibilidad de réplica. Ya les explicaría más tarde todo lo que me acababa de ocurrir.

—Espera un rato, que nos lo estamos pasando muy bien —respondió Tamara, que estaba situada muy cerca de Domenico. Este miraba mi bolso y después a Leone alternativamente, así varias veces, intentando comprender la situación.

—Luego te lo explico —fue lo único que dijo Leone.

Pilar, más astuta —o menos encandilada con el italiano—, se dio cuenta de que algo no iba del todo bien. Aunque tampoco era muy difícil llegar a esa conclusión viendo la sangre en la camiseta de Leone.

—Venga, Tamara, Berta lleva razón, vamos al hotel, que mañana es un día muy largo.

Antes de que Tamara pudiera responder, Domenico se levantó y se marchó sin decir nada.

—¿Qué te ocurre? ¿Tienes que aguarnos la fiesta? —me dijo Tamara mientras hipaba por el alcohol.

—¡Anda, levántate! —grité. Ya había perdido la paciencia.

—¿Estás bien? —preguntó Pilar reculando.

—Sí —contesté con una mezcla de seriedad y nerviosismo.

—¿Qué pasa?, ¿que el tío bueno no ha querido intimar contigo y ahora nos has fastidiado a las demás? —preguntó Tamara cabreada mientras se ponía de pie.

—Sí, Tamara, es exactamente eso —respondí cansada.

Sin parar de quejarse salimos por la puerta, donde una ola de calor húmedo nos azotó de nuevo sin piedad. La sorpresa llegó cuando me di cuenta de que Leone aún no se había marchado y estaba tranquilamente apoyado contra la pared.

—Te está esperando —me dijo Pilar.

—Me da igual —respondí yo, que solo quería olvidarlo todo.

—¿Puedes venir? —me gritó él.

—No —contesté.

—Si no vienes tú, voy a ir yo —dijo divertido.

¡Ese ser cavernícola no me pensaba dejar en paz! Con toda la rabia e impotencia del mundo, acudí a su lado. Lo que menos me apetecía era que se volviera a juntar conmigo y con mis amigas.

—¿Qué quieres? Tengo prisa —dije mirando hacia otro lado.

—¡Menudo carácter acabas de sacar! No parecía que tuvieras tanto cuando estabas en el callejón —bromeó sarcástico.

—Será porque ahora no me estás amenazando con una navaja —contesté.

—Así que cuando quiera que seas una niña buena, te tendré que amenazar. Eres una chica salvaje. —Dio un paso acercándose a mí.

—¿Para esto me has llamado? —le pregunté cansada, sin inmutarme.

—No. He venido a devolverte esto. —Me tendió un reloj que conocía, porque era de Tamara, y la cámara de fotos de Pilar—. Domenico —dijo respondiendo a la pregunta que iba a formular —. No ha podido tener las manos quietas y se había llevado estas cosillas.

—Gracias —contesté por cumplir y poder marcharme.

—En el fondo soy alguien honrado —añadió mientras reía—. ¿Me he ganado un premio? —Me agarró del brazo.

—Por supuesto —ironicé mientras me zafaba y me iba.

—Por lo menos un número de teléfono. —Se puso a mi lado.

—Creo que mejor el próximo día —contesté.

—Entonces espero que nos encontremos pronto —me dijo deteniéndose.

—Yo no —hablé sin pararme.

—¿No lo has pasado bien en mi compañía? —preguntó mofándose.

—¡Genial! —simulé entusiasmo, y mientras seguía caminando hacia mis amigas, añadí—: Ahora, si me disculpas… Tengo mejores cosas que hacer que hablar contigo.

—¿Acaso no quieres volver a verme? —gritó a mis espaldas.

—¡La verdad es que prefiero raparme la cabeza al cero a tener que hablar contigo! —grité sin darme la vuelta, intentando que mi voz transmitiera todo el odio que le profesaba.

Decidí no abrir la boca hasta encontrarme protegida dentro del hotel. Tanto Pilar como Tamara habían notado que algo no marchaba bien, pero no me apetecía hablar —no tenía ni fuerzas ni ganas—, de modo que no entendían que anduviese por Nápoles a toda velocidad sin pararme a mirar ningún semáforo, como si me sintiera vigilada y perseguida.

Había visto a Leone marcharse a toda pastilla con su moto, pero eso no hacía que me sintiera menos amenazada, y apretaba el bolso contra mi pecho con la mayor fuerza de la que disponía. Estaba paranoica pensando que en cualquier momento alguien saldría de detrás de una esquina para atracarme, o quizás algo peor.

Entonces fue cuando noté el pitido de un coche y me di cuenta de que había tratado de cruzar el paso en rojo. Un pequeño Ibiza plateado había estado a punto de atropellarme por segunda vez en el mismo día, y su conductor había decidido echarse a un lado en la carretera y estacionar mientras abría la ventanilla y me indicaba que acudiese.

—Lo siento. No he visto el semáforo. —Fue lo primero que dije cuando me encontré a su lado. Dentro del coche pude distinguir a dos personas, un hombre y una mujer, que me miraban fijamente sin decir nada, por lo que, fruto del nerviosismo, seguí hablando—: Mire, no soy de aquí, es mi primer día y, si soy sincera, está siendo de lo más confuso y perturbador…

—¿Está bien? —me interrumpió el señor con una voz demasiado monótona.

—Sí…, digo, no del todo…

—¿Le ha pasado algo? —me consultó más amablemente la mujer mientras con disimulo me mostraba una placa de Policía, haciéndome saber que eran unos «secreta».

—No —mentí al saber cuál era su profesión. El hombre, que se había hecho a un lado para que pudiese ver a su compañera, enarcó una ceja mientras se rascaba la espesa barba y se tocaba la enorme barriga.

—La hemos visto ir al callejón con un joven italiano —«Leone», pensé—, y cuando ha regresado estaba muy nerviosa. Ese joven, ¿le ha hecho algo? —volvió a tomar la palabra la mujer que, según pude ver, no tendría más de veinticinco años y poseía una espesa cabellera pelirroja con rizos.

—De verdad que no —mentí de nuevo. No quería verme involucrada con la Policía por algo que al fin y al cabo ya había pasado sin mayores prejuicios. Mi vena peliculera… Ya me veía en comisaría declarando y a Leone persiguiéndome para hacerme daño.

El hombre abrió la boca, seguramente para decir que no me había creído, pero la pelirroja se volvió a adelantar:

—Está bien, pero si tiene algún problema —y me miró fijamente como si tratara de decirme algo, como si supiera exactamente lo que yo estaba pensando—, no dude en llamarnos. —Y dicho esto, me tendió una tarjeta y, con el gruñido del barbudo, se marcharon.

Una vez en el hotel, llamé al portal de manera demasiado insistente, hasta tal punto que nuestro amigo de la recepción salió a abrirnos con una cara más seria incluso que cuando nos habíamos marchado, cosa que hasta ese momento no creía posible.

Pilar me tuvo que ayudar a meter la llave en la cerradura, ya que mis manos temblaban tanto que me resultaba difícil, por no decir imposible, atinar. En el momento que la puerta cedió, me metí corriendo en el interior de mi selva particular y, con la luz apagada, me senté en la cama mientras en mis manos daba vueltas a la tarjeta que esa policía me acababa de tender.

Tamara fue la primera en romper el silencio que reinaba en la habitación:

—¿Qué te ha dicho para que estés tan ofendida? —A esas alturas estaba bastante preocupada.

—¿Qué te ha hecho? —Pilar se acercó a mí y posó su mano en mi hombro para infundirme valor.

—Nos querían robar —dije sin ningún tipo de sentimiento impregnado en mi voz.

—¿CÓMO? —se escandalizó Tamara.

—Han estado hablando con nosotras para quitarnos el contenido del bolso. Leone solo ha querido venir conmigo porque yo era la encargada de llevarlo —les expliqué.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó Tamara mientras me miraba por todos los lados, intentando descubrir algún rastro de violencia.

—Tranquila, no me ha pasado nada —la calmé.

—Lo siento, no debimos dejarte sola —comenzó Pilar con ese afán suyo de echarse la culpa

de todo.

—Nadie podía saber que iba a ocurrir —la interrumpí para no hacer un drama de la situación —. Al final no me ha quitado nada. —Les mostré el bolso.

—¿Te crees que nos importa lo más mínimo el dinero? —se indignó Tamara—. Que estés bien es lo único que importa.

—Sí, estoy bien —les aclaré, tranquilizándolas.

—¿Y cómo es que al final no ha pasado nada? —me preguntó Pilar—. Quiero decir, si te ha tenido sola para él, ¿por qué no te ha quitado el bolso y se ha marchado corriendo sin más?

Quería explicarles todo lo sucedido: lo del hombre de las sombras, mi actuación con el tablón…, todo. Sin embargo, de mi boca brotaron otras palabras:

—No lo sé. Supongo que se habrá arrepentido al ver que solo llevábamos treinta euros y que no le merecía la pena.

No lo hice por defenderle ni por omitir información a mis compañeras; simplemente, no quería que, al escuchar la historia, me miraran sin comprender por qué le había salvado. No quería explicárselo porque ni yo misma lo sabía, y prefería que ese tema quedara sepultado en ese momento. Mi único objetivo era quitar hierro al asunto y decirles que solo necesitaba descansar, que al día siguiente todo iría mejor.

Obviamente, permanecimos esa noche en la habitación. Las sábanas no conseguían mitigar el temblor que dominaba mi cuerpo. Me asaba de calor, pero en cierta manera me hacían sentir a salvo.

Nunca me habían gustado los chicos malos, no me relacionaba con gente que robara o cometiera delitos, no le veía el morbo. No entendía que muchas chicas se fijaran en ellos, a mí me gustaban los chicos normales. No me quería ver envuelta nunca más en una situación similar.

En cuanto los ronquidos de mis dos amigas llegaron a mis oídos, rompí a llorar como una descosida, descargando en esas lágrimas todo el miedo que había pasado en aquel callejón y la tensión de que hubiera podido ser mucho peor. Pese a que Tamara estaba dormida como una niña pequeña, en cuanto comencé a sollozar se movió en la cama y me abrazó, como si su subconsciente supiera que su amiga estaba mal.

* * *

Horas después suena un teléfono. La persona que está al otro lado parece furiosa. Su instinto animal está más alerta que nunca.

—¿Le habéis encontrado? —Esa brusca frase es el saludo de su interlocutor. No quiere hablar nada más que lo necesario.

—Sí —responde Alessio—, le tengo en el almacén.

—Dame diez minutos y estoy allí —contesta la persona al otro lado del aparato mientras se pone la cazadora de cuero y de un salto sube a su moto.

—No hace falta que vengas, puedo encargarme yo solo —puntualiza Alessio deseoso por imponer su particular justicia, pasándose la lengua por sus dientes afilados.

—No, es mío —responde rápido, cuelga y acelera derrapando antes de perderse en la oscuridad de la noche.

Alessio siente impotencia al ver que ni siquiera le dan la oportunidad de protestar. Pasea por el almacén, preparando todas las armas de tortura. Antes de cargarse al prisionero, que permanece amordazado y maniatado a una silla en mitad de la sala, deben sacarle información. Le observa. Es solo un niño, no tendrá más de quince años; el escarmiento es más necesario a esa edad. Para que aprenda.

Coge el machete, unas tenazas, un mechero y una pistola. Cree que no tendrá que llegar a utilizar esta última opción, pero nunca está de más tenerla preparada, cargada y cerca. Las armas son las más básicas, pero la víctima de esa noche no merece nada del siguiente nivel; cantará antes.

Mientras pasea alrededor del prisionero inconsciente como un buitre que acecha a su presa, se acuerda de su primera tortura, cómo le dolió, cómo creía que de esa no iba a salir. Sin embargo, lo logró, y ahora era alguien respetable. Le levanta la camiseta al chico. No hay cicatrices. Esta será su primera vez, su primer enfrentamiento con la realidad que los rodea.

Por un instante siente lástima por el chaval. Solo por un instante.

Se aburre, y mucho, así que, tras una breve meditación, decide despertar al chico de la silla. Le tira un cubo de agua hirviendo que hace que este abra los ojos e intente gritar, pero no puede, algo le tapa la boca. Mientras su cara empieza a ponerse roja por las quemaduras, unas palabras interrumpen el sonido de la agonía.

—Hola, menos mal que te has despertado. Temía que te hubiéramos hecho un daño irreparable —miente Alessio con un tono de voz frío y desagradable. Sabe que el factor miedo es algo imprescindible que no puede dejar pasar.

El chico se agita intentando liberarse. Alessio no entiende cómo todos recurren a lo mismo. ¿Acaso no saben que él es un profesional y sus ataduras son imposibles de deshacer? Sin embargo, y solo por el placer de verle sufrir, sale fuera a fumarse un pitillo para que el prisionero desespere intentando zafarse.

Se termina el cigarro en cinco míseras caladas. La persona al otro lado del teléfono sigue sin aparecer, por lo que decide comenzar la diversión. La ansiedad por llevar las cosas a cabo es su mayor defecto; su mejor virtud, tomar las decisiones que otros más débiles no pueden.

Coge todos los elementos de tortura y empieza a limpiarlos. No por salud. Quiere que el prisionero tiemble intuyendo las cosas que se le van a venir encima en pocos minutos. Cuando coge el arma, ve la desesperación en su rostro y una sonrisa oscura surge en su interior.

El ruido de una moto le saca de sus pensamientos. Su compañero ha llegado. Comienza la diversión. Se abre la puerta y, vestido con unos vaqueros y una chaqueta de cuero, entra Leone.

—¿Es este? —pregunta Alessio.

Leone examina al muchacho maniatado y asiente con la cabeza. Ese es el chico que le ha agredido esa misma tarde. Con un brazo se toca el moretón que le ha salido en la tripa para que la ira aflore más intensa.

—Quítale la mordaza —solicita Leone—. Este no es uno de los Giaccomo y tenemos que saber quién le ha enviado. —Leone conoce cada rostro de los Giaccomo, sus enemigos, y ese no pertenece a la familia rival.

Alessio le quita la mordaza y el joven intenta morderle, por lo que se lleva un puñetazo en plena cara. La consecuencia más probable es una fractura del tabique nasal.

—¿Quién te ha enviado? —pregunta Leone, que está apoyado en la pared fumándose un cigarrillo. De reojo observa las quemaduras en la cara del muchacho, pero no le importan lo más mínimo. Tampoco quiere saber qué ha pasado.

El joven no contesta, por lo que se lleva otro puntapié de Alessio en la cara. La sangre brota, cae como un reguero por su boca y tiñe la mordaza de un rojo intenso.

—No puedo detener a mi amigo —le explica Leone—; no tengo nada contra ti —agrega tratando de ganarse su confianza—, tus golpes ni siquiera me han dolido. Dime quién te manda y te dejaré marchar —miente. Sabe que él no decidirá nada, no tiene ese poder.

—Esta tarde no parecía lo mismo —increpa el joven mientras escupe en el suelo sangre.

—¿Cómo dices? —pregunta Leone acercándose como un animal que acecha.

—Te ha tenido que salvar una chica —le reta el chico, que no ve el verdadero peligro que supone enfadar demasiado a Leone.

—Eres muy listo, en serio. Te tenemos maniatado en una habitación y tú te dedicas a insultar a tu única vía de escape. Muy inteligente —razona Leone.

—Antes muerto que darle una satisfacción a un Salvatore —dice con orgullo.

—¿Esa es tu decisión final? —pregunta Leone.

—Sí.

Leone se gira entonces y se dirige a Alessio. No quiere formar parte en lo que viene a continuación. Aún no. Sabe que algún día lo hará, pero por ahora no se encuentra preparado. No obstante, tampoco se opone a que Alessio lo haga. Es consciente de que está frente al peor torturador.

—Me voy —le informa.

—¿No te quedas a disfrutar un poquito con este mamón? —pregunta Alessio, que está feliz de ver que la víctima va a ser para él solo. Casi se podría decir que el olor a la tortura le excita.

—Sabes que yo no me dedico a estas cosas —afirma Leone y, por un microsegundo, al ver la juventud del chico, se arrepiente de haber informado a los Salvatore, pero ya es demasiado tarde.

—Con tu carácter, te gustaría —le intenta convencer Alessio.

—Te llamaré el día que cambie de opinión —responde Leone mientras abre la puerta.

—Ya sabes que me encantaría ser tu tutor —le recuerda Alessio a la vez que chasquea la lengua. Leone no le contesta; no querría a ese monstruo como tutor nunca.

Una vez que la puerta de la calle se cierra con un portazo, Alessio se vuelve en dirección al chico que ya puede denominar su víctima. Este, al ver su cara, reza por que el joven anterior vuelva, pero nunca lo hace.

—Vamos a jugar a un juego —explica Alessio sentado a horcajadas enfrente de él—. Si me dices la información que necesito, no te haré daño, o cesaré en el daño que te estoy haciendo. Si me mientes, y créeme que lo sabré, sufrirás un dolor que no se lo deseo a nadie. ¿Lo entiendes? —El chico no contesta—. Es hora de empezar a jugar.

Alessio va hacia la bandeja donde tiene dispuestas sus herramientas y coge la primera, la más *light*, un mechero. En su fuero interno solo desea que el chico no conteste para llegar a los niveles superiores.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta—. He empezado por una pregunta fácil —simula cierta empatía de una manera que resulta falsa.

El chico junta los labios en una tensa línea por la que no sale ni aire. Alessio empieza a subir el gas al máximo, acerca el mechero a su brazo y, con una pulsación, la llama brota quemando todo lo que encuentra a su paso. El chaval se mantiene imperturbable. A Alessio eso le da igual. Si tiene que dejarle el brazo en carne viva, lo hará. Pasan dos, tres, cuatro segundos…

—¡Antony! —grita el chico. Su brazo se ha tornado de un color rojizo en la zona que ha estado en contacto con la llama y que ahora desprende un olor similar al de la carne asada.

—¿Ves lo fácil que era? —exclama apartando el mechero del brazo del chico—. Ahora vamos a una pregunta más difícil, por lo que requiere un arma que se corresponda.

Se levanta y, dejando el mechero que quema por la parte del plástico, coge la segunda herramienta de la bandeja: el cuchillo de carnicero.

—Esto es mera rutina —añade al ver el temor en los ojos del joven—. Ahora quiero que me digas cuáles eran las órdenes exactas. —Silencio—. Creo que no te acuerdas de las reglas del juego —repite con su lengua viperina. Silencio—. ¿Ves lo que me obligas a hacer? —Dicho esto,

clava el filo del cuchillo en la rodilla derecha de Antony y la carne cede ante el metal—. ¿Me lo dirás ahora? —Antony se retuerce de dolor pero sigue sin hablar—. Aunque no te lo creas, esto me duele más a mí que a ti. —Sin previo aviso, introduce la hoja en la otra pierna—. ¿Me lo dirás ahora?

—No —escupe el chico mientras sus piernas parecen una cascada de sangre.

—Creo que lo que te voy a hacer ahora te dolerá un poco —mientras habla, se dirige a la entrepierna, el joven prevé las intenciones de Alessio y se pone a gritar.

—¡Tenía que darle un susto! ¡Solo eso! Dejarle inconsciente era lo máximo. Te lo juro —lloriquea el chico.

—¡Muy bien! —exclama mientras aplaude—. Ahora subimos un escalón más. Tranquilo, que solo quedan dos.

Se levanta con toda la tranquilidad del mundo y coge las tenazas. Se acerca al fuego y las introduce. Tardan pocos minutos en ponerse al rojo vivo. Satisfecho, vuelve con su torturado.

—¿Quién te ha mandado? —le pregunta mirando fijamente a su cara, donde irán a parar las tenazas a no ser que diga la verdad.

—¡Claudio! —grita Antony sin esperar ni un solo momento. No necesita ni que le amenace. Ya no. La valentía que creía tener se ha esfumado ante el intenso dolor.

Sin mediar palabra, Alessio se dirige de nuevo a coger la última arma, la pistola. Deja caer las balas para que las vea y las vuelve a cargar una a una, despacio, disfrutando del momento. Casi se podría decir que experimenta placer al ver a su víctima retorcerse. Le pone. Le excita. Le hace sentirse un semidiós que anda por el mundo por encima del bien y del mal, con control sobre la vida de los insignificantes humanos.

—¿Dónde está Claudio? —Esta vez no hay ni un resquicio de humanidad en su rostro.

—No lo sé —responde el chico.

—Eso ya lo veremos. —Y con un disparo, le revienta un dedo del pie. Sin esperar a que el muchacho deje de gritar de dolor, vuelve a preguntar—: ¿Dónde está Claudio? —ha aumentado el volumen de su voz.

—Te juro que no lo sé —solloza el chico, al cual ya no le queda nada del fingido orgullo con el que comenzó. El muchacho está blanco, al borde del desmayo.

—Respuesta incorrecta. —Se oye un segundo *bang*, y le vuela un dedo del otro pie.

—¡No puedo decírtelo! ¡Si lo hago, ellos me matarán! —grita sin control Antony, al ver que no tiene salida. La muerte le acecha demasiado cerca bajo el rostro de un ser demente.

—Si me lo dices, puedes unirte a nosotros. Te daríamos nuestra protección —le ofrece Alessio, que intuye que el chico cantará de un momento a otro.

—¡En Roma! Frente a la Fontana. Allí se esconde Claudio —escupe con rapidez Antony.

Alessio se levanta de la silla y, sin dar ninguna explicación, va fuera a llamar a su jefe. Sabe exactamente cuál es la guarida del capo de los Giaccomo: en la Fontana. Eso alegrará a su superior, Abramo. Siempre conviene tenerle contento.

Desenfunda el móvil y marca el número de memoria —no puede tenerlo grabado en la agenda, por seguridad—.

—Tenemos localizado a Claudio —saluda.

—Eso es una buena noticia —contesta este con una voz tranquila, demasiado tranquila—. Y con el muchacho, ¿qué ha pasado? —pregunta Abramo.

—Ha muerto en el interrogatorio —responde sin pensar Alessio—. Manda a un equipo para que se lo lleven.

—¿Ha sido muy sangriento? —pregunta.

—No, un tiro en la cabeza.

—En diez minutos estarán allí los servicios de limpieza. Te espero en veinte para que me informes de lo que sabes. El tiempo es nuestro peor aliado. —Dicho esto, el jefe de la gran familia de los Salvatore cuelga.

Alessio vuelve a entrar en el local con paso decidido. Se siente mal por haber mentido a Abramo, pero esa noche necesita descargar adrenalina, y ese chico es lo único con lo que puede desquitarse.Además, después de todo el daño que ha recibido por parte de la familia Giaccomo, no tiene ningún tipo de remordimiento por matar a cualquiera de ellos.

El chico abre la boca para preguntar, pero antes de que sea capaz de decir absolutamente nada, recibe un tiro de Alessio entre las dos cejas, con su puntería casi siempre perfecta.

CAPÍTULO 3



«¡Un mensaje!», fue el grito de guerra que me despertó después de una de las noches más turbulentas de mi vida. Por un lado, había tenido pesadillas en las que me veía perseguida y atrapada. Por otro, el calor era insoportable, hasta el punto de que temí o haberme consumido por el sudor o haber quedado fusionada al colchón de la cama. Ya a mitad de la noche me levanté a abrir la ventana, pero creo que, más que entrar aire, lo que penetró por la abertura fue una bomba de calor. Podía cambiarme de postura, echarme agua en la cara o abanicarme; nada consiguió hacerme dormir más de diez minutos seguidos.

—¡Un mensaje! —repitió Tamara mientras me atizaba con la almohada en la cara para que me percatase de que debía interesarme por ello.

—¿Quién te ha escrito? —pregunté con la boca seca, limpiándome las legañas de los ojos.

—¿Acaso lo dudas? —exclamó excitada. Disfrutaba con la adivinanza. Me encogí de hombros—: ¡Marco! El italiano guapo que nos acompañó ayer a casa. —Sí, ya llamábamos al hotel casa.

—¿Pero no te gustaba Domenico? —preguntó Pilar, que parecía tan interesada como yo en la historia. Si por nosotras hubiera sido, seguir durmiendo habría sido la mejor opción.

—Eso era antes de enterarme de que era un criminal —repuso alegre. Era como si hubiese olvidado todo lo que había sucedido la tarde anterior. Ojalá a mí me pasara lo mismo.

—Por cierto, ¿qué tal estás, Berta? —preguntó Pilar, que para esto sí que se incorporó en la cama bostezando.

—Bien. No fue nada, un susto… —contesté, corriendo a la ducha para quitarme el sudor. Quería dejar atrás todo lo sucedido, como un mal sueño del que te has despertado y ya no te asusta.

—¡No dejemos que esos mafiosos nos estropeen las vacaciones! —sugirió Tamara, que era experta en quitar hierro al asunto, y plantó un beso en mi mejilla—. Además, he encontrado la solución. Acabo de quedar con Marco en Pompeya y vendrá con dos amigos.

—¿Pompeya? —preguntó Pilar.

—Sí, la ciudad que quedó sepultada…

—Sé lo que es Pompeya —interrumpió Pilar a Tamara—. Lo que digo es ¿por qué ir a Pompeya en vez de ver Nápoles?

—Nos quedan muchos días para descubrir Nápoles y en Pompeya estará Marco. Me lo debéis… —Puso unos ojos suplicantes que me recordaron a los del Gato con Botas de *Shrek*.

—Creo que me vendrá bien ver Pompeya para olvidar mi primer día en Nápoles —mentí. Sabía que Tamara se moría de ganas de ir y le eché un cable.

—¿Lo ves? Tenemos que hacerlo por Berta —cambió el reclamo de su argumento. Ahora ya no íbamos para que ligase, sino para ayudarme, o eso quería que creyéramos.

—Sois dos contra una… —añadió la reflexiva Pilar.

En menos de media hora estábamos todas duchadas con nuestro mejor atuendo de turistas preparadas para salir rumbo a Pompeya. Por supuesto, la ausencia de sudor solo se mantuvo hasta que pusimos un pie en la calle, donde la ola pegajosa nos azotó e hizo que pronto

estuviésemos con la camisa mojada de nuevo. Rápidamente me hice una cola de caballo para que no se me encrespara el pelo y pareciera el Rey León, como siempre me decía Tamara.

La única ventaja que tenía nuestro barrio era la proximidad a la Estación Central, de donde salían todos los trenes para cualquier ciudad de Italia. Una estación que se me antojó vieja y muy sucia en comparación con Atocha. El suelo estaba plagado de bolsas de basura que le daban un aspecto tercermundista. Por no hablar de las pintas de la gente que pululaba por allí.

Una vez comprados los billetes, bajamos al andén y pronto me di cuenta de que una especie de mala suerte se había adueñado de nuestro viaje. Todos los trenes estaban bastante bien cuidados, al contrario que la estación; solo destacaba uno, lleno de grafitis por todos lados, y cómo no, ese era el nuestro.

No sé si fue el optimismo vacacional o que en realidad el aspecto que tuviera el vagón no nos importaba, el caso es que, en vez de tomárnoslo mal, estábamos encantadísimas haciendo quinientas fotos pensando lo que nos reiríamos con nuestros amigos cuando se las mostrásemos. En este sentido, no nos bastó con una foto, sino que cada una quiso hacerse una individual con su pose original.

—Pon una cara rara. —Era la frase que coreábamos cuando nos tocaba posar. A diferencia de lo que pueda parecer, ganaba la que peor saliera.

Ya montadas en el tren, la conversación consistió en un monólogo de Tamara sobre Marco. Siempre nos asombraba que una persona tan maravillosa como ella tuviera tantas inseguridades. Tamara no era solo un físico bonito. Era una de esas personas que merece la pena conocer, interesante y buena. Tal vez lo que la hacía mejor aún era que, pese a tener todo lo que una chica podría desear, ella se mantenía con los pies en la tierra, nunca se daba aires de grandeza.

En menos de una hora nos plantamos en la antigua ciudad sepultada bajo la lava, esa que quedó destruida tras la erupción del Vesubio.

Creo que pocas veces había visto a tanto turista junto en el mismo sitio. La puerta estaba atestada de gente, hasta el punto que me planteé cómo podríamos encontrar allí a nuestros «amigos». Miraba a la derecha, a la izquierda, delante y detrás, pero todo me parecía una masa ingente de personas que andaban despistadas de un lado para otro.

—Hola —saludó una voz detrás de nosotras. Al girarnos vimos que se trataba de Marco acompañado de dos chicos.

—Este es mi amigo Enrico —presentó al primero señalando a un chico moreno, con ojos azules, ni alto ni bajo, ni musculoso ni delgaducho. El chico no destacaba por nada, pero era guapete.

—Encantado —nos saludó alegremente con la mano, mirando con más atención a Pilar.

Bueno, por lo menos ya sabía cuál se suponía que era el de Pilar. Ahora vendría el mío. Siempre pasaba lo mismo. Cuando un chico conocía a un grupo de chicas y quedaba con ellas, seleccionaba entre sus amigos a los mejores candidatos para premiarlos con liarse con las compañeras de su chica. Algo absurdo que la mayoría de las veces acaba con el rechazo por alguna de las partes.

—Este es Luca. —Señaló al otro amigo. Era rubio con el pelo rizado, muy moreno de piel, con unos ojos de color verde tirando a marrón. Tenía una sonrisa ancha que se me antojó amistosa.

—¿Así que vosotras sois las españolas con las que se ha puesto tan pesado Marco? —rompió el hielo. Me costaba mirarle, ya que era tan alto que los rayos de sol me cegaban.

Charlamos un rato de los típicos temas: el calor, las vacaciones, España, Italia… Los jóvenes aprovecharon el tiempo para, de una manera que intentaron que fuera disimulada, pero sin

conseguirlo en absoluto, separarnos. Marco dio el primer paso alegando que se había olvidado el móvil en el coche y pidiéndole a Tamara que le acompañase. Una vez que nos quedamos los cuatro, Enrico explicó fingiendo un bostezo que necesitaba un café para despejarse. Todos nos ofrecimos a acompañarle, pero, de manera muy formal, sugirió que Luca y yo fuésemos entrando y luego Pilar y él nos buscaban. Me iba a negar cuando vi la cara de corderito degollado con la que me miraba mi amiga, así que me hice la tonta y acepté. Después de la noche anterior, no me hacía gracia separarme de ellas, pero en un lugar público como ese, me dije, no podía pasarme nada malo.

Esperamos pacientemente la cola de las taquillas. La mayoría de las personas venían con viajes organizados o las habían comprado por Internet y pasaban directamente. Transcurrió una media hora hasta que nosotros pudimos llegar a la ventanilla. Fui a sacar el dinero, pero Luca se me adelantó y compró dos entradas. Me empeñé en pagarle la mía, pero él no me dejó, así que me comprometí a invitarle en la comida.

No me gustaba ese antiguo ritual por el cual el hombre debía costear todo a la damisela. Además, habitualmente se espera cierta «gratitud» por el gesto caballeresco y, cuando no lo correspondes, te conviertes instantáneamente en una especie de interesada a la cual criticar.

Cruzamos la puerta y ante mí se tendió la imagen de una ciudad en ruinas, una urbe con miles de años a sus espaldas en la que se podía respirar historia.

—Esta era la antigua Pompeya. El 24 de agosto del 79 d. C., por una erupción del Vesubio, quedó sepultada bajo la lava —comenzó a explicarme Luca.

—Parece mentira que estemos andando por una ciudad con tantos años de vida… —agregué a la vez que me maravillaba ante la visión.

—Del 79 d. C. —repitió Luca para que me diera cuenta de que sabía el dato exacto—. ¿Qué es lo primero que quieres ver? —me preguntó con una sonrisa que generaba confianza.

—Espera que piense —medité, e instintivamente comencé a morderme las uñas como hacía siempre—. Lo que más conozco son los pompeyanos que quedaron sepultados y que aún tienen la forma de su último aliento.

—Eso está en el Jardín de los Fugitivos —nos pusimos rumbo a esa zona mientras miraba el mapa minúsculo que tenía entre sus manos—, creo que es para allá —localizó el lugar señalando hacia la derecha.

Comencé a seguirle por las calles atestadas de turistas. Resulta difícil caminar y hablar cuando no puedes dar ni diez pasos en dos minutos. Yo miraba hacia ambos lados queriendo empaparme de todo lo que me ofrecía ese lugar.

—¿De qué parte de España eres? —me preguntó Luca intentando entablar conversación.

—De Madrid. ¿Has ido alguna vez?

—No, solo a Barcelona —afirmó avergonzado mientras reía—, pero tengo muchas ganas de visitar Madrid —añadió con rapidez—. ¿Y qué te está pareciendo Nápoles?

—Tampoco he tenido mucho tiempo para ver nada… —expliqué, omitiendo mi primera noche con el señor Leone.

—Ya me ha contado Marco lo que os pasó —debió de notar mi cara de incredulidad, porque añadió deprisa—: Anoche Tamara se lo escribió. Lo siento si he sacado un tema incómodo…

—No —mentí, aunque en mi fuero interno deseaba estrangular a mi amiga. Uno de los defectos que tenía era esa boca tan grande de la que salía toda la información que procesaba cada día—. Fue mala suerte, nada más —resté importancia al tema.

—En Nápoles hay mucha gentuza —matizó.

—Como en todas partes —le corté yo. Se produjo un silencio extraño y decidí salir al paso

—. ¿A qué te dedicas? —Pregunta típica para momentos en los que no sabes de qué hablar.

—Estudio Derecho en Roma, solo vengo aquí en verano o en vacaciones para ver a mi familia. ¿Y tú?

—Periodismo —contesté con orgullo. Si había algo que amaba más que nada en el mundo era mi futura profesión. Mostró interés.

—¿Dónde te gustaría trabajar? —continuó su interrogatorio. Me gustó el giro de la conversación hacia algo más personal y menos superficial.

—¡En la radio! —contesté segura—. Me encanta. Llevo desde que empecé la carrera en una pequeña radio pirata, y creo que es a lo que me gustaría dedicarme toda la vida.

—Tienes una voz bonita. A mí me gustaría escucharte —afirmó mientras me miraba de esa forma en que solo lo hace alguien que se empieza a interesar en ti. Eso, o un chico que ve ante sí a una turista fácil para pasar un buen rato…

—Y yo te contrataría de abogado si me metiera en algún lío —corté la tensión con mi tono jovial.

—Espero que no tengas que recurrir a mí por eso… —Sus ojos verdes buscaron los míos—. ¡Hemos llegado!

Con su dedo índice señaló una especie de gran escaparate de cristal.

Era de unos diez metros de largo. Al fondo había una pared de mampostería y, en primer plano, estaban esas personas que se quedaron petrificadas por la lava. Eternamente mostrando la expresión y la postura que tenían segundos antes de morir. Una de ellas llamó especialmente mi atención: una mujer embarazada de un niño que nunca llegó a ver la luz del sol por culpa de la furia de un volcán.

—¿Qué te parece? Impacta, ¿a que sí? —se interesó por mi opinión Luca, que se había situado a mi espalda y me hablaba al oído. A los italianos les gustaba mucho el contacto físico y las distancias cortas.

—Sí —respondí y, con disimulo, me aparté; no me gustaba ir tan deprisa—. Pensar que debajo de esta roca existe una persona, un cadáver, alguien que tenía sueños y tenía ganas de seguir viviendo…

—Tampoco te lo tomes así. A fin de cuentas, son personas del 79 d. C. —No me pasó inadvertido que repetía el dato por tercera vez—. Ni ellas mismas se imaginaban que serían tan preciadas para la Historia. ¿No te gustaría que, dentro de mil años, vinieran a verte centenares de personas al día? —preguntó mientras me indicaba que siguiéramos andando. Había llegado un grupo de turistas japoneses con su cámara última generación y eso parecía una invasión.

—Prefiero tener una completa, feliz y larga vida —sentencié tras meditar.

Seguimos andando hacia otro lado. Esta vez no me quiso decir a dónde nos dirigíamos, mencionó que era una sorpresa. Caminamos por las callejuelas hasta que me pidió que cerrara los ojos. Insistió hasta que le hice caso y cogiéndome de la mano me guio, indicándome cada uno de los escalones que encontrábamos por el camino. Con lo patosa que era en algunas ocasiones, estaba más concentrada en no caerme que en adivinar el lugar al que me estaba llevando.

—Cuando te diga, abres los ojos. No hagas trampas —me pidió divertido.

—¡Deposita más confianza en mí! —le espeté yo.

—¡Ahora! —gritó entusiasmado.

De repente me vi en medio del foro de Pompeya. Rodeada de decenas de edificios que ahora eran solo roca y simbolizaban toda la vida comercial que había existido allí. El corazón de la ciudad, sin lugar a dudas. Era un espacio abierto en el que cada rincón escondía un tesoro cultural e histórico. Frente a mí, se elevaba el grandioso templo del dios Júpiter. Cerré los ojos y

me imaginé esa ciudad años atrás, cuando allí estaba toda la gente comprando. Ahora también estaba atestada de personas, turistas como yo, que se maravillaban y se fotografiaban con todo.

—Creo que no te has dado cuenta de cuál era la sorpresa —me regañó con dulzura Luca.

—¡Sí, el foro! —asentí feliz.

—Llevas razón en que esto es el foro, pero este no es el detalle que quería que vieras. Ven conmigo y mira estas tablillas. —Sobre el suelo había unas losas de piedra en las que alguien había tallado un texto que no comprendía.

—No… no entiendo lo que pone —dije sintiéndome mal por ser tan inculta y chafarle la sorpresa.

—No es eso. Estas son las tablillas de los primeros periodistas —dijo con aire de suficiencia por saber más que yo—. Aquí escribían los acontecimientos más importantes. La gente venía de toda la ciudad a leer a personas como tú. Creí que te gustaría verlo, ya que eres su legado.

Aunque se suponía que no se podía tocar, no pude evitar hacerlo. Imagino que cada persona lleva su profesión muy dentro, y para mí el Periodismo era una parte fundamental en mi vida. Después de contemplarlas durante minutos infinitos, me dirigí a Luca, que estaba hablando por teléfono. Él nunca sería consciente de los puntos que había subido por el mero hecho de mostrarme esos escritos.

—¡No te lo vas a creer! —exclamó en cuanto colgó.

—¿Qué ha pasado ahora? —me alarmé.

—Nada —me tranquilizó—, es que estos no han llegado a pasar. Están en una cafetería fuera y quieren que vayamos a verlos. Si a ti te apetece… —matizó.

—Sí —respondí sin ganas. Pompeya me había fascinado, pero eran vacaciones conjuntas y también debía atender a los deseos de mis amigas.

Cuando llegamos a la cafetería, me forcé a cambiar mi mueca de disgusto. Al fin y al cabo, ya había paseado por el yacimiento arqueológico y tampoco estaba mal descansar y vivir unas horas de ociosas vacaciones bebiendo cerveza con el aire acondicionado en vez de hacer actividades culturales.

Pilar y Tamara me informaron entre risas, debido a las cervezas consumidas en mi ausencia, de un cambio de planes que se había producido mientras Luca y yo hacíamos la visita. Tomaríamos algo allí, nos iríamos a casa y esa misma noche quedaríamos para ir a una discoteca que se llamaba algo así como Arenille, que por lo visto estaba muy bien. Asentí y brindamos.

—¿Qué os han parecido los chicos? —preguntó Tamara nada más abrir la puerta de nuestra selva particular, o habitación, como se prefiera llamarla.

—Enrico es muy agradable —añadió Pilar, tan comedida como siempre.

—¡Qué poca sangre tienes en las venas, hija! —dijo Tamara—. «Muy agradable» —la imitó —, ¿qué chica de veintidós años habla así en el siglo XXI?

—¿Prefieres que hable como tú? «Buah, está para que me empotre contra la pared más cercana» —exclamó esta vez Pilar imitando a Tamara, que le respondió enarcando una ceja.

—Y a ti, Berta, ¿qué te ha parecido? No me negarás que la segunda vez hemos tenido mejor ojo que la primera… —Tamara estaba orgullosa creyéndose la artífice de una cita triple.

—Eso tampoco era muy difícil —maticé yo, recordando al ladrón de Leone.

—¡Sois las dos de lo que no hay! Voy a ducharme, que no os aguanto —nos regañó, metiéndose en la ducha, aunque antes de cerrar la puerta añadió—: Y también porque quiero quitarme este maldito sudor que me persigue desde que hemos llegado.

Por supuesto, en el tiempo en que yo me duchaba, me vestía y me maquillaba, ellas aún no habían seleccionado ni el modelo que se iban a poner. Yo opté por un vestido bastante corto

color negro con un escote de pico y la espalda al descubierto. Cuanta menos ropa, mejor, para quitarme los látigos de calor que se empeñaban en azotarme.

Esperando a mis indecisas amigas, me sumergí de nuevo en la lectura de *A tres metros sobre el cielo*, viendo cómo la historia de amor entre Babi y Step empezaba a materializarse en pequeñas frases escritas en papel. Estaba tan enganchada que me podría haber quedado toda la noche leyendo sin que nadie me interrumpiera, pero las voces que ordenaban «¡a beber!» me indicaron que mis compañeras ya estaban listas.

Antes de salir, para entonarnos, nos tomamos tres cubatas de ron con Coca-Cola calientes, ya que los hielos no resistían la temperatura tropical que allí reinaba. Resulta emotivo recordar esas conversaciones banales que tanta risa nos producían. Cómo de cualquier cosa sacábamos un tema y reíamos sin parar, sin preocupaciones. Una armonía total de amistad.

—Tenemos que llamar a un taxi para que nos lleve a la discoteca —nos recordó Pilar, que era la más formal de nosotras.

—¡Qué más da! No tenemos prisa porque… ¡son vacaciones! —gritó Tamara.

—¡Son vacaciones! —levanté mi copa brindando con ella.

—Shhhhh —nos mandó callar Pilar—, vamos a despertar a todo el mundo. Anda, dame la tarjeta de taxi que te ha dejado Marco, que llamo yo.

Al rato, el pitido del claxon que se coló por la ventana abierta de la habitación nos indicó que nuestro vehículo para la noche de diversión se encontraba esperándonos abajo.

El taxista resultó ser un chico joven que muy amablemente se ofreció a acompañarnos de fiesta dejando de lado sus obligaciones como conductor. Proposición que no tardamos en rechazar. Además, el amable chaval, pese a tener intenciones poco honestas con nosotras, no dudó en dar mil vueltas por las calles, haciéndonos creer que ese era el camino más corto. Es más, en un arranque de «honestidad», nos dijo que esa discoteca estaba en otra ciudad que no era Nápoles, por lo que nos debía cobrar un suplemento de veinte euros. Finalmente, todo resultó ser mentira, pero los efectos del alcohol hicieron que en vez de enfadarnos rompiéramos a reír a carcajada limpia tras enterarnos del timo, mofándonos de nuestra inocencia.

En la puerta de Arenille ya nos esperaban nuestros tres galantes caballeros, quienes suspiraron al vernos aparecer y comprobar que no les habíamos dejado plantados. No tuvimos que esperar cola, ya que, según nos explicó Marco, eran VIP.

Por dentro, la discoteca cumplía con creces las expectativas que nos habíamos imaginado. Pronto cada una tuvimos un guía que nos iba enseñando todas las instalaciones. A mí me tocó Luca, algo que no me pilló desprevenida ni mucho menos me sorprendió.

—Esa es la pista de música *house* —dijo mientras me señalaba en el lado derecho una inmensa zona descubierta donde las luces de neón iban de un lado para otro y cientos de cuerpos se movían al son de la misma melodía.

Seguimos andando hasta que llegamos a unas barandillas blancas barnizadas cuya vista daba al mar. El infinito y maravilloso Mediterráneo. Nos detuvimos a ver cómo el agua oscura chocaba entre sí como si se estuviera produciendo una lucha de olas.

—Unas escaleras llevan hasta allí abajo. La gente que quiere un momento romántico o darse un chapuzón en el agua acaba bajando.

No dudé que sus palabras fueran ciertas. No podía concebir un momento más mágico que estar con el chico que te gusta paseando por la playa, con las estrellas iluminando tu camino y el agua mojando tus pies, todo ello envuelto por el sonido relajante de las olas. Luca debió de notar mi cara de ensoñación, pues añadió:

—Luego, si queréis, bajamos todos. —Por su tono dudé que quisiera que bajáramos todos y

pensé que más bien se refería a él y a mí, y en esos momentos la verdad es que no me importaba en absoluto. Esa noche iba realmente guapo, con unos pantalones de pinzas negros y una camisa blanca desabrochada hasta el tercer botón—. Pero vamos primero a la zona del reservado —dijo señalando los grandes sofás y cortinas blancas que había en el lado opuesto— a tomar algo.

—Me parece bien —asentí mientras pensaba atónita en lo diferentes que estaban siendo mis dos días en esa ciudad.

El reservado era tal y como lo había imaginado. Los sofás blanco mate estaban rodeados por una cortina blanca para que nadie nos pudiera molestar, con una mesita con velas aromáticas que desprendían un dulce olor a cereza.

—Quedaos aquí —habló Marco por los tres—. Vamos a por algo de beber y enseguida regresamos.

Creo que las tres estábamos deseando que se marcharan para poder cotillear y contrastar primeras impresiones. En cuanto desaparecieron de nuestra vista, yo fui la primera en romper ese silencio:

—¿Habéis visto qué romántico es lo de la playa?

—¡Me lo pido yo! —gritó deprisa Tamara mientras las tres reíamos.

—¡Yo lo he visto primero! —levantó la mano Pilar como si estuviéramos en el colegio.

—¡Creo que esta noche la vamos a recordar para siempre! —añadí yo emocionada—. No hay nada que pueda perturbar esta felicidad.

Error número uno. Nunca digas que algo no puede ir mal, porque seguramente lo hará. Siempre hay que ser cautos y hablar de las cosas después de que hayan acontecido. Nunca hay que lanzarse a hacer una afirmación tan categórica como es la felicidad suprema, porque seguro que algo te hará bajar de las nubes. En mi caso, fue la cara desencajada de Pilar.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—No miréis atrás…

Error número dos. No les digas a tus amigas que no miren atrás, porque seguramente lo harán y de la manera más descarada que puedan. La curiosidad es algo innato en el sexo femenino.

Al principio de darme la vuelta no me percaté de la razón de la cara mustia de Pilar. Solo veía a gente joven disfrutando del reservado como nosotros, bebiendo, riendo, algunos intimando… Entonces mi vista reparó en un grupo, uno separado del resto que la gente parecía evitar. Empecé a temer lo peor. En medio de todos esos energúmenos se encontraba, cómo no, el magnífico señor Leone. No es que mi vista se dirigiera hacia él por alguna fuerza mística y desconocida, sino que era imposible no reparar en él.

Estaba en el centro exacto de un sofá, con dos chicas a cada lado. El juego que llevaban era algo incomprensible: se besaban entre ellas, luego a él, luego él besaba a tres a la vez…, una sesión tan porno que mis cautos ojos incluso llegaron a ruborizarse. Intenté dejar de mirarle antes de que él reparase en mi presencia, y lo logré, o eso creía yo.

—No es por alarmar, pero está mirando hacia aquí —anunció Pilar, que parecía la espía de nuestro espacio.

—No le mires, ¡ignórale! —le pedí mientras escondía la cara entre las manos. No quería volverle a verle, y menos allí.

—Vale —respondió Pilar, aunque sus ojos no cambiaron de dirección—. Se ha levantado y viene directo hacia aquí.

—Me largo —afirmé nerviosa.

—¿Pero qué dices? ¿Vas a huir de un imbécil como ese? —agregó valiente Tamara, queriendo demostrar lo fuerte que era.

—Sí. Me voy al baño; cuando se haya marchado, me dais un toque y regreso. —Una escapada en toda regla, lo reconozco.

No les di tiempo a reaccionar. Salí escopetada rumbo a unos aseos que ni siquiera sabía dónde estaban. Mi intención era perderme entre la gente y no tener que soportar a ese ser repugnante. Anduve mientras me escondía entre los grupos de personas que me miraban extrañados por mi actitud hasta que una mano me frenó.

—¿Intentas huir de tus amigas? —preguntó con esa voz de suficiencia tan desagradable. Me giré asqueada y vi a Leone a mi lado.

Vestía con unos pantalones vaqueros caídos y una camisa ancha que dejaba entrever sus brazos. «Cómo no —pensé—, necesita exhibir sus músculos». Sus mejillas rojas y su tono de voz me informaron de su estado de embriaguez.

—En realidad, al que no quería ver era a ti —contraataqué lo más borde que pude.

—No sabía que tenías tanta necesidad de darme tu número —omitió por completo mi pulla.

—¿Cómo? —dije sin comprender de qué iba este tipo.

—Bertita, hay que lavarse más las orejas —dijo a la vez que me tocaba el lóbulo.

—Te he oído perfectamente —poco a poco empecé a apartarme—, pero no sé a qué viene tu comentario.

—Hicimos un trato. —Sonrió. No era una sonrisa pura, sino temeraria, como todo él.

—Yo no hago trato con ladrones. —Intentaba marcharme, buscar una salida, pero él me cerró el paso arrinconándome en una esquina.

—No seas maleducada, que yo no te he insultado —se mofó de mí, como ya era costumbre.

—Creo que intentar robarme es peor que un insulto. Además, yo solo te he llamado por lo que eres —maticé.

—¡Eres una fierecilla! —dijo acercándose hasta casi rozarme—. La verdad es que luego dicen que el atuendo no hace maravillas…; hoy pasarías por un apto.

—¿Un apto? —Puse los ojos en blanco ante tanta tontería que me tocaba escuchar y aguantar. Si en el fondo no le hubiera tenido un poco de miedo, le habría cruzado la cara sin pensarlo.

—Sí, esta noche, con varias copas encima, podrías incluso atraerme —bromeó tan cerca de mi rostro que sentí cómo me golpeaba su cálido aliento.

—Qué pena…

—No sientas pena —me cortó—. Si te pones así, te dejo que compartas sofá con nosotros. —Me señaló a sus cuatro amigas que me miraban con furia, celosas. Les había arrebatado su vibrador con piernas.

—Me refería a qué pena que lo tuyo no se arregle con ropa y maquillaje —dije, y sonreí al ver la decepción en su rostro.

Localicé con la mirada el reservado y, angustiada, comprobé que nuestros acompañantes habían llegado y tenían todos su atención fija en nosotros. Luca fruncía el ceño bebiendo de manera compulsiva de su copa.

—Esta conversación me parece apasionante, pero creo que tengo que ir con mis amigos. —Leone se giró a ver con quién había venido y, al comprobar que había chicos, su rostro se crispó por un instante antes de volver a su sonrisa natural.

—¿Has venido con *esos*? —me preguntó.

—Creo que es obvio si están con mis amigas. —Ansiaba marcharme.

—Ja, ja, ja, vamos a ver, que lo entienda: ¿tienes miedo de un ladrón y te vas con la peor escoria? —expresó con sarcasmo.

—¿Escoria? ¿Y tú qué sabrás, si ni los conoces…? —me encaré a él.

—Mira, te voy a decir la diferencia entre esos chicos y yo, y luego decides —comenzó.

—¿Qué voy a decidir si no paras de decir que no estás interesado en mí? —estaba cansada de su conversación.

—Digamos que ahora me interesas un poquito. —Con las dos manos formó un espacio muy pequeño de separación en el aire—. Entonces, como buen caballero que soy, te debería informar del error que estás a punto de cometer. Tu príncipe subido al lomo de un caballo blanco solo quiere montárselo contigo en una de las tumbonas de la playa. Seguro que para llegar a su meta te ha llevado de excursión esta mañana y ahora está en plan romántico…; te prometerá de todo para metértela. —Quise rechistar, pero no me dejó—. Sin embargo, aquí me tienes a mí, transparente como el agua. No te miento. Te digo que, si te unes a mí y a mis amigas, pasarás un buen rato. —Sonrió ufano.

—Ser transparente no es sinónimo de ser la mejor opción. Has sido sincero, y eso es bueno —sonrío con suficiencia—, pero como lo que me ofreces no me convence, con el debido respeto, me voy.

—Te garantizo que *esos* no te harán vivir tus momentos de película —gritó mientras yo me marchaba, cosa que me hizo retroceder.

—¿Te quedaste mi lista? —me encaré.

—Lo siento —dijo con sorna—, la metí en el bolsillo y se me olvidó dártela. Como comprenderás, ahora no la llevo encima, pero si me das tu número, te garantizo llevártela mañana al hotel. Porque estás en el hotel…

—No te importa. Es más, quédatela, y si algún día tu corazón vuelve a latir de verdad y no como una bala, se los haces realidad a alguna de tus cuatro chicas. —Levanté la cabeza con suficiencia. Ese tío no me iba a dejar mal por nada del mundo.

—Otra vez los celos salen a relucir. ¿Quieres que les diga a las cuatro que se vayan y esta noche sea solo tuyo? Piensa bien lo que pides, porque tienes que proporcionarme un placer equivalente al de cuatro chicas fantásticas, y no sé si estás preparada. —Me agarró la cintura.

—¡Suelta! —le dije—. Y vete con ellas de una vez, que no paran de mirar hacia aquí. —Era verdad, las chicas no nos habían quitado ojo de encima ni un segundo y a cada momento me miraban con más odio. Una de ellas incluso se había levantado y bailaba de una manera tan provocadora que estaba excitando a todos los chicos de alrededor, pero ella no les hacía el menor caso, solo buscaba captar la atención de Leone como fuese.

—No tengas miedo, estás conmigo —dijo serio mientras se acercaba lentamente a mí.

—¿Y tú eres el hombre que me va a proporcionar los momentos de película? —pregunté acercándome a él, jugando de la misma manera que él hacía conmigo.

—Podría, pero solo si logras enamorarme y, francamente, lo considero poco probable. —Sus labios y los míos casi se rozaban.

—Pues entonces vete con tus sacerdotisas del placer. —Y con un empujón me aparté bruscamente de su lado.

—¿Quieres que te deje en paz? —Asentí, ya cansada—. Lo haré con la condición de que me des mi premio.

—¿Mi número? —Pensé rápido en un número falso.

—No. Ahora que te veo aquí, prefiero bailar una canción, y te prometo no volverte a hablar esta noche, ni hasta que nos volvamos a ver.

—¿De verdad?

—¿Cuándo has visto mentir a un ladrón?

—Vale —asentí escuchando el *house* a toda pastilla e ignorando su pregunta. Obviamente, no tenía opción. No le creía, pero con una música como esta bailaría lo más alejada de él que pudiera. Era la manera más rápida de librarme de su presencia—, pero no bailaré como tus amiguitas. —A ellas las veía retorcerse y sobarse entre sí.

—No hace falta. —Sus ojos se clavaron en los míos, como si quisiera traspasarme. Supongo que con otras chicas le habría funcionado. Resistirse a esa mirada era casi imposible. Tal vez si le hubiera conocido esa noche…, tal vez…, pero la realidad era que sabía la naturaleza de Leone y no me atraía lo más mínimo—. Entonces, espera un segundo aquí —añadió con un tono que parecía una orden.

No me dejó reaccionar. Se marchó a hablar con el DJ del reservado, e ignoró completamente a una de las chicas que se dirigió a hablar con él. El DJ le hizo un gesto de OK y Leone volvió a mi lado con una sonrisa perversa que me hizo temblar. Le había subestimado. A saber qué había preparado ahora este personaje.

—Que sepas que lo he hecho solo para ti —informó, procurando actuar como una persona normal. Intento que no cambió mi opinión.

—Solo quiero que acabe pronto esta canción y me dejes en paz —respondí con esa faceta borde que solo salía cuando estaba a su lado.

La canción comenzó y las notas se me antojaron familiares. No tardé en darme cuenta de que se trataba de una canción lenta. Frente al desconcierto y la desaprobación de las demás personas que estaban en la discoteca, Leone me atrajo hacia sí para hacer nuestra la canción *El regalo más grande*, de Tiziano Ferro y Amaia Montero. Yo me preocupé al ver el disgusto del resto de la gente; a él le dio exactamente igual.

—¿Te gusta mi elección? —preguntó mientras, anonadada, me movía al son de esa melodía que tanto conocía—. No contestas, sabía que te cautivaría. Fue la canción que escuché en tu MP3.

—Al resto de la discoteca no le está agradando mucho… —cambié el rumbo de la conversación para no responder a su pregunta. Estaba claro que me encantaba y no quería darle la razón en nada.

—Me importa una mierda el resto de la discoteca. Me interesa saber si a ti te gusta mi elección. —Seguí callada, y él dio por hecho que mi silencio era un «sí».

Pese a que intenté mostrarme tan fría como de costumbre, no puedo engañarme a mí misma y reconozco que algunas de las barreras que tenía ante Leone cedieron, aunque solo fuera durante tres minutos. A pesar de haber comenzado a bailar lo más alejada que podía de su cuerpo, como si su piel quemase, pronto me descubrí tan cerca que no podía ni respirar.

—Hueles muy bien —susurró en mi oreja. Del escalofrío que me recorrió todo el cuerpo, di un respingo que le causó bastante gracia.

Miraba a mi alrededor y todo eran caras largas. Por una parte, tenía a Luca, que apretaba los puños sin quitarme la vista de encima. Por otro, estaban las gatitas felinas, que esperaban ansiosas a que Leone me dejara para lanzarse contra mí y arañarme. Solo había un rostro que no estaba en mi ángulo de visión, y me moví nerviosa para contemplarlo. Leone respondió a mi mirada tenso, puede que incluso frágil como nunca pensé que le vería. Se acercó de nuevo a mi oreja y dijo en un susurro apoyando los labios en mi lóbulo:

—¿Es este el momento del beso?

—No —respondí nerviosa—. Ni ahora ni nunca nos daremos un beso.

Pensé que con mi negativa me soltaría, pero lo único que hizo fue apretarme más fuerte contra su pecho. Aunque entonces no lo reconocí, ni lo reconoceré en voz alta jamás, ese

contacto era exactamente lo que me apetecía en ese instante.

—Así que debo tirar la toalla. ¿Un chico como yo nunca puede aspirar a alguien como tú? —dijo mirándome fijamente a los ojos.

—Nunca —aseguré más para mí que para él.

En esos momentos, un sentimiento brutal recorrió su rostro e, ironías de la vida, a todo volumen sonó la siguiente frase de la canción: «Yo estaba atento a no amar antes de encontrarte…». Pero, como ocurre con todo lo bueno, pronto se acaba, y la canción lo hizo, para alegría de todo el mundo, o al menos de casi todo.

—¿Me puedo marchar, Leone? —le pregunté temblando.

—Claro. Un trato es un trato, ya te dije que soy transparente —volvió a ser el Leone de siempre—. Solo una cosa: Romeo, llámame Romeo.

—No, Leone. Romeo solo te llaman tus amigos, y esta canción no ha cambiado nada entre tú y yo. —Y sin esperar otra réplica suya, me di media vuelta y me marché.

Regresé al reservado con mis amigas y en ese momento me di cuenta de una cosa que nunca había vivido: por fuera tenía la entereza propia de quien no da importancia a lo que acaba de acontecer, mientras que en mi interior todo era una marea de confusión y dudas. Marea que yo no quería que existiera, pues si algo tenía claro era que nunca estaría con una persona a la que no respetara, y un ladrón, mafioso o lo que fuera, no entraba dentro de los cánones masculinos que yo consideraba atractivos. Me senté aún inmersa en mis pensamientos, y no fue hasta que Pilar me pellizcó por debajo de la mesa cuando me di cuenta de que me estaban hablando.

—¿Qué quería ese? —preguntó Tamara, que le miraba con desdén.

—Nada —contesté cabizbaja. No quería levantar la vista y encontrarme con su mirada de nuevo.

—Una rata, eso es lo que es —comenzó Marco—. Él y sus amigos se creen importantes por pertenecer a la mafia de los Salvatore —enfatizó esta última palabra—, y no son más que unos delincuentes que acabarán muertos en una cuneta o en la cárcel. Su destino ya está escrito con sangre.

—Prefiero no hablar del asunto. No se merece que le dediquemos ni un segundo de nuestro tiempo —argumenté.

—Es un mamarracho…

—¡Para! —corté a Tamara—. Por favor, no continuemos con el tema, sigamos la noche como si él no estuviera aquí.

Pero la noche no pudo seguir igual, y yo me percaté de esa realidad por tres razones. La primera fue la preocupación de Pilar, que me miraba insistentemente como si leyera dentro de mí, más interesada en lo que yo sintiera que en las opiniones que se vertían. La segunda fue que noté que algo no iba bien fue cuando, sin que nadie se percatase, tuve que mirar hacia donde él estaba. Leone seguía su «orgía» como si nada, pero por una fracción de segundo me pareció que, al verme observarlo, se apartaba de la tía a la que estaba metiendo mano en ese momento. La última, y creo que la más importante, llegó en el momento de las tumbonas. Luca me había hecho caso toda la noche, era un chico genial pese a lo que me hubiera dicho el delincuente de Leone, pero no pude marcharme con él, mi noche acabó en un taxi con Pilar, que no me dejó irme al hotel africano sola.

* * *

Después del encuentro con Berta, Leone se marcha a realizar el trabajo que le han encomendado. Es sencillo. Extorsionar a grandes empresarios es algo fácil. Simplemente debe ir

a la barra, decir su nombre y el sobre con el dinero le es entregado por un camarero que no osa ni mirarle a los ojos. Eso garantizará que su jefe esté contento y que las instalaciones del millonario no sean dañadas, al menos esa noche.

Con la cabeza aún en otra parte, vuelve al reservado. Sus chicas le esperan y no le echan en cara nada de lo que ha hecho, por supuesto. Está acostumbrado a hacer lo que le plazca con las mujeres sin que ninguna le reproche absolutamente nada. Alguna que ha osado increparle su actitud no ha tardado ni una hora en volver corriendo a su lado suplicándole que la perdone, que no tenía derecho a entrometerse en su vida. Muchas veces incluso se ha llegado a plantear que esas chicas son tontas. Eso es lo que hace a Berta tan fascinante. Pese a que físicamente es una chica del montón, no ha dudado ni un segundo en ponerle en su sitio. Eso le ha extrañado, e incluso diría que gustado. Es alguien diferente y excitante, una especie de reto para él.

—¿Quién era esa? —pregunta Ángela intentando disimular su malestar. Sabe que los celos y Leone no se llevan bien. Ha aprendido la lección a lo largo de muchos años luchando por conquistar su amor, un amor que nunca le pertenecerá.

—Una —dice Leone, que no quiere ahondar más en el tema, ya que por primera vez se siente humillado.

—¿Qué te ha hecho la fulana esa? —escupe Ángela tras ver el rostro de su amado—. Si quieres, voy ahora mismo y le pego un par de hostias.

—Ni se te ocurra —la frena Leone—. Tiene mi total protección —dice en voz alta para que todos los demás lo sepan.

Ángela intenta disimular, pero el disgusto está patente en su rostro. Analiza a la chica de pelo castaño que está sentada solo unos reservados más allá. No es fea, pero tampoco es guapa. Una chica normal y corriente. Se mira a sí misma. «Yo tengo mucho mejor cuerpo que esa», se dice. Esa mojigata no es una amenaza; será un juego de Leone hasta que se la lleve a la cama, nada más. Luego volverá con ella, como ocurre siempre. Alegre por sus conclusiones, comienza a bailar cerca de Leone, a provocarle hasta que este le responde con un beso que le quita el aliento. No hay peligro.

Leone intenta que la noche siga su curso como siempre. Las chicas nunca han ocupado más de un minuto en su cabeza. Por eso no está acostumbrado a la sensación de que una persona se instale en su cerebro y parezca robarle sus pensamientos. Se concentra en el placer corporal con sus chicas, que responden gustosamente; todas se lanzan a satisfacerle del mejor modo que pueden. Los amigos se ríen y, como siempre, hablan por lo bajo de que Leone es «el puto amo». Pero él no está al cien por cien. No puede evitar mirar a una mesa que está cerca pero a la vez muy lejos. Cuando la ve reír, sin saber por qué, se tensa y quiere escuchar qué es lo que esos imbéciles le están diciendo. No entiende que le haya rechazado. En otra circunstancia, pasaría e iría a por una mujer mejor, pero esa chica le ha ofendido y se jura a sí mismo que la conseguirá, como una apuesta contra su ego.

Aunque a ojos de todo el mundo puede pasar desapercibido viendo a Leone con cuatro mujeres a la vez, lo cierto es que este controla cada movimiento de Berta, esperando la hora en que acuda a las tumbonas con algunos de esos tres chicos. No lo podrá evitar, pero sabe que no le gustará. No le gusta que nadie le gane, y menos esos pijos de mierda.

Cuando se levantan, no lo duda ni un segundo y, con el disimulo propio de quien está acostumbrado a seguir sin ser visto, va detrás de ella. La oye hablar y ve la cara de frustración de uno de los muchachos, el rubio. Desde su esquina, no puede más que alegrarse cuando la ve subirse a un taxi con una de las amigas de la cual no recuerda ni el nombre. Luego enciende el móvil y marca el número de la única persona que de verdad conoce, el único ser humano en el

que confía.

—Domenico, ¿estás ocupado? —pregunta.

—Estoy con unas francesas que van a caer dentro de nada. Además, parecen tener mucha pasta —matiza riendo.

—Aborta misión. Necesito que me hagas un favor —explica Leone con el semblante serio.

—¿Romeo pidiendo un favor? Imagino que será algo difícil.

Leone es consciente de que Domenico está muy intrigado. No le gusta pedir ayuda, pues sabe que esta al final siempre tiene un precio.

—Necesito que localices el hotel en el que se aloja Berta. Acaba de coger un taxi en Arenille.

—¿Qué? ¿La chica de ayer? ¿Qué te ha hecho para que quieras seguirla? —dice Domenico sin comprender nada, y por si acaso, añade—: No le hagas nada, solo es una niña…

—Busca su hotel y averigua dónde va a estar mañana —le corta Romeo—. ¿Crees que podrás? —le reta. Su amigo es más efectivo cuando tiene un desafío.

—¿Con quién te crees que estás hablando? —responde Domenico indignado—. Lo sabré en el mismo instante en que lleguen a la puerta. ¿Me puedes decir qué te ha hecho?

—No —dice con el semblante serio Romeo.

—¿Quieres que le dé un escarmiento? —pregunta Domenico.

—Ni se te ocurra. Es MI protegida. —Es lo último que dice Romeo antes de colgar, dejando a Domenico totalmente perplejo. ¿Protegida? ¿Desde cuándo Romeo protege a la gente?

Leone vuelve a la fiesta, y ahora que sabe que la chica está rumbo a su hotel, actúa con total normalidad. Se marcha en el momento que las drogas empiezan a correr libremente por la mesa. Él odia las sustancias estupefacientes y nunca se tomaría absolutamente nada.

—Me largo —se despide a la vez que coge su cazadora de cuero y se la echa al hombro.

—¿No te quedas ahora que empieza la fiesta? —le dice con voz sensual una chica que sostiene una bolsita de cocaína en la mano.

—No —niega mirándola con cara de asco.

—¡Te acompaño! —se apresura a gritar Ángela.

Tras meditarlo unos segundos, accede y se la lleva a su habitación.

Ella sabe perfectamente para lo que ha ido, y después de una noche de sexo salvaje, Leone la manda de vuelta a su casa. Cuando está totalmente solo, coge una bola de papel arrugado de su mesa y comienza a releer las cosas que hay escritas en él, intentando analizar cómo puede seducir a esa chica. Por la mañana, cuando apenas ha salido el sol, el teléfono vuelve a vibrar.

—Ginebra es el hotel y, como soy tan eficiente, también he averiguado que hoy va a Ischia —grita por encima del ruido de la calle y los coches con entusiasmo Domenico.

—Gracias. —Romeo cuelga bostezando. A Domenico es a la única persona que le da las gracias de verdad.

Abre el armario y saca el primer bañador que encuentra. «¿Así que Berta va hoy a la isla de Ischia? Pues ahí me encontrará», y con este pensamiento, coge la moto y se dirige al puerto.

CAPÍTULO 4



—¿Por qué narices os marchasteis anoche? —fue el saludo impregnado de indignación de Tamara nada más llegar por la mañana después de lo que suponía había sido una bonita noche bajo la luz de la luna con Marco (al final, una de ellas había utilizado las famosas tumbonas).

—No teníamos ganas de más fiesta. Estábamos cansadas —se me adelantó en la respuesta Pilar intentando sin éxito cubrirme las espaldas—. Ya sabes, el turismo por la mañana…

—No hace falta que mientas por ella —interrumpió Tamara mientras enarcaba tanto las cejas para hacerse la ofendida que producía hasta risa—, supongo que estaría incómoda en la presencia de ese, —su mirada se tornó turbia al mencionar a Leone—, pero, tranquila, que a Luca le sigues interesando. —Como si eso lo arreglara todo, cambió de expresión y, sonriente, comenzó a buscar en la maleta algo que ponerse después de ducharse.

—Oh —dije intentando fingir emoción. Me parecía patético que lo que más me tuviera que importar fuera el interés de Luca en mi persona. Respiré profundamente y recordé que ella no lo hacía con mala intención.

—Hemos quedado hoy con ellos en la isla de Ischia —nos explicó Tamara, orgullosa de sí misma, sin cuestionarse que tal vez nos debía haber preguntado qué queríamos hacer.

—¿Por qué decides los planes por nosotras? —repuso Pilar enfadada. El día anterior ya había accedido a ir a Pompeya.

—Porque sin mí estas vacaciones serían de lo más aburridas. ¡Anda, escoged vuestros mejores trajes de baño, que nos vamos!

En vez de quejarme, decidí ir al armario y ponerme un bonito bikini de color negro que estilizaba, dentro de lo posible, mi figura. Para acompañarlo, elegí un vestido palabra de honor ibicenco y me ricé el pelo, harta de llevarlo en una cola de caballo.

Como de costumbre, me tocó esperar a mis compañeras de habitación más de lo necesario, así que me dio tiempo a pensar en muchas cosas. Todas, por supuesto, tenían que ver con el mismo tema. ¿Era Leone un ladrón o un mafioso? Porque de ser el segundo caso, el hecho de hablar con él me daba bastante miedo.

No entendía cómo había series tipo *Sin tetas no hay paraíso* que promovían este tipo de actitud sin ningún pudor. No quería estar con ningún delincuente; es más, no quería conocer a nadie con esas características. No me apasionaba la idea de que mi pareja apareciera con una paliza o con un tiro en una cuneta. Por eso debía cortar de raíz todo contacto con ese chico que solo podía traerme problemas.

Mis amigas salieron media hora después y emprendimos el camino al puerto para coger un *ferry*. Nunca había subido a uno, de modo que imaginé que iríamos con coches en la cubierta, como ocurría en las películas, pero nada más lejos de la realidad. El *ferry* tenía sus asientos a modo de autobús en una zona cerrada dentro del barco.

Mientras entraba, vi que había una cubierta exterior donde se podía quedar la gente e intenté convencer a Tamara y Pilar para que se sentaran conmigo allí, sentir el aire en la cara y ver cómo las olas chocaban entre sí…, pero no accedieron. Querían echar una cabezadita durante el trayecto.

Nos sentamos cada una en una fila diferente, puesto que todas queríamos estar en el extremo que tenía ventanilla. Era bastante cómico, pues daba la impresión de que no nos conocíamos. Los chicos nos esperaban directamente en Ischia.

Cuando las máquinas empezaron a bombear el agua, noté que el barco se balanceaba a ambos lados; sin embargo, una vez que comenzó la marcha, no se volvió a notar nada más. Si no fuera por la imagen exterior que podía ver a través del ojo de buey, me habría sentido exactamente igual que en tierra firme.

Poco a poco me despedía la costa de la Campania con el Vesubio presidiéndola al fondo, como en las postales que vendían en las tiendas para turistas como yo. Me quedé ensimismada mirando cómo el sol salía a través del mar infinito dorando las pequeñas olas. Una visión perfecta.

—¿Puedo? —preguntó alguien a mi lado haciéndose hueco.

—Sí —asentí sin mirar. Ahora mismo el mar con sus relajantes ondas acaparaba toda mi atención.

—Sí que te tiene que gustar la imagen para no darte cuenta de que soy yo —bromeó Leone al tiempo que me giraba—. O eso, o ahora has decidido ignorarme.

—¿Qué haces tú aquí? —le pregunté exaltada y sorprendida.

—Obviamente, ir a la isla de Ischia, ¿y tú? —me preguntó.

No era por ser creída, pero mi intuición me alertaba de que no nos habíamos encontrado por casualidad.

—Ya sabes que lo mismo que tú —le espeté. ¿Cómo podía saber ese energúmeno que yo también iba a estar aquí?—. Ahora, si me haces el favor, cumple tu trato o tendré que ignorarte.

—¿Qué trato? —me preguntó con una amplia sonrisa.

—No volver a hablarme…

—No, esto corrobora lo que llevo diciéndote varios días —comenzó mientras se sentaba de lado para hablar mejor conmigo y trataba de tocarme el lóbulo derecho—. El trato era que anoche no te dejaría tranquila y luego no te hablaría hasta que te volviese a ver y, mira qué casualidad, eso ha ocurrido hoy.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer hoy para que me dejes en paz? —le pregunté, acostumbrada a sus absurdos juegos.

—Siendo siempre tan desagradable, no sé cómo tienes amigos —soltó con un tono reprobatorio.

—Creo fervientemente que no deberías hablar conmigo, dada mi personalidad tan desagradable —repuse poniendo los ojos en blanco.

—¿Sabes lo que pasa? Que cuanto más dura eres, más me apetece estar contigo —contraatacó riendo.

—Entonces tendré que empezar a ser dulce —contesté con mi mejor cara de niña buena a la vez que pestañeaba más rápido de lo normal.

—¡Dios, estás a la defensiva hasta cuando te piropean! ¡Lo nunca visto! —Con un salto se acercó más a mí.

—Tus piropos no me interesan. Dime cuál es el trato de hoy para hacerlo cuanto antes y poder olvidarme de ti —expuse con serenidad, esperando a ver qué tontería tenía que ofrecerme este día. En cierta manera, se había convertido en mi rutina particular, un trato, un premio, y Leone desaparecía.

—Quiero que malgastes una hora de tu preciado tiempo (no me olvido de que me dijiste que lo tenías a cuentagotas) en conocerme. Es más, después no te volveré a molestar —sonrió feliz.

—¿Nunca? —pregunté entusiasmada.

—Nunca. Solo te ruego que no te enamores de mí. No me gustaría lidiar con una acosadora. Entiende que tengo una reputación.

—Tranquilo, eso es bastante improbable —afirmé cien por cien segura.

Poco a poco, Leone metió su mano en el espacio de mi asiento. Iba a apartarle de un manotazo creyendo que se iba a acercar demasiado cuando noté que lo hacía para inclinarse hacia la ventanilla y señalarme un pequeño grupo de gaviotas que pescaban en el mar.

—¿Te gustan? —me preguntó inseguro.

—Sí, en general me gustan los animales —le confesé.

—¿Ves? ¡Aleluya! Tenemos una cosa en común —exclamó mientras se aproximaba más a mí y su mirada se perdía en el horizonte—. Las gaviotas son mis favoritas.

—¿Las gaviotas? —rompí a reír—. No suena muy varonil que digamos.

—Las gaviotas son animales bellos que a todo el mundo le gusta observar. Sin embargo, cuando se acercan a cualquier persona, siempre son rechazadas, a veces con puntapiés, otras con palazos. Lo que me asombra es que, aun así, la gente se extraña de que muchas por temor den picotazos. —Se quedó un rato meditando y añadió—: ¿Y cuál es tu animal favorito?

Me disponía a contestarle cuando detrás de él observé a Tamara con el ceño fruncido y los brazos cruzados. En realidad, aunque debía estar preocupada por su reacción, su imagen me producía risa. La imaginaba con las manos en las caderas, unos rulos, la bata y la misma mirada que, en esos momentos, me estaba asesinando.

—Berta, ven con nosotras —me ordenó sin mirar a Leone, ignorándolo.

—Ahora voy —contesté rápido, pues no quería hacerla enfadar.

—Te espero allí en un minuto —remarcó lo de «un minuto».

Se marchó murmurando improperios sin darse ni cuenta de los numerosos jóvenes que la miraban embelesados. Conociéndola, sabía que contaría los segundos exactos antes de volver y llevarme agarrada de una oreja.

—Tu madre ha venido a por ti. Ahora puedes irte con ella y disfrutar de un magnífico viaje aquí encerrada o salir conmigo a la popa y vivir un amanecer de los de verdad —dijo mientras me tendía su mano.

—Creo que me quedaré con ellas —rechacé su proposición, a pesar de que deseaba con todas mis fuerzas salir fuera. Claro que Leone no era la compañía que yo buscaba.

—Tú misma. —Se levantó para dejarme pasar—. Entonces, ¿a qué hora quedamos?

—Yo no te he dicho que vaya a quedar contigo —le recordé tirante, como siempre. La diferencia era que esta vez realmente no quería que se marchara. Se trataba de la primera ocasión en la que estábamos teniendo una charla medianamente normal y no me disgustaba. Es más, me empezaba a aburrir un poco a mí misma por mi actitud.

—Ven a conocerme…, prometo portarme bien. —Puso una cara angelical simulando ser un buen chico.

—No —me negué para, en cierta medida, hacerme de rogar.

La melodía de su móvil nos interrumpió. Leone se levantó y se apartó unos metros antes de contestar. Lo irónico de su tono de voz es que se correspondía con la película de *El Padrino*, la mejor historia de mafiosos de todos los tiempos.

—Sí… ¿No puede ser otro día? Estoy ocupado. ¿No hay otro? Vale, ahora mismo cojo otro barco y vuelvo. Estoy viajando a Ischia.

Colgó el teléfono regresando con el semblante serio.

—Me lo he pensado y te dejo que elijas la hora para conocernos —sugerí, viendo su rostro

perturbado.

—Ya es demasiado tarde. Una llamada te ha librado. Con algo de suerte no tendrás que volver a verme jamás —añadió con sarcasmo.

—¿Ya se te han pasado las ganas de conocerme?

—No lo sé. Si mañana sigo vivo, te lo diré —respondió con acritud.

—¿Seguir vivo? No juegues con eso —le regañé preocupada. En mi mundo, nunca habría creído que ese tipo de comentarios iba en serio, pero con él y su entorno no estaba segura.

—Ya te dije que yo nunca miento. Ahora bien, puedes dejar de hacer caso a tu madre y venir conmigo a popa, nos queda el tiempo justo para conocernos. Piensa que mañana puede ser demasiado tarde.

Luché por decir que no con todo mi ser, cuando en realidad me moría por decir un sonoro y decisivo «sí». Sabía que Tamara se cabrearía muchísimo si no me marchaba con ella. Además, era consciente de que, si se enfadaba, era por mi bien. Porque ese chico, fuera lo que fuese, no me convenía para nada. Mi cerebro, que aún funcionaba a duras penas, me llevó a dar la respuesta.

—Creo que tendré que ir con ellas. —Fue la decisión final.

—No dices «quiero ir con ellas», sino «tengo que ir con ellas». Esa es la diferencia entre tú y yo, que a mí nadie me obliga a hacer nada.

—Eso es porque no te importa nadie que no seas tú —contesté.

—Estás muy equivocada. —Su mirada se endureció—. Hasta la persona más dura y despreciable tiene alguien en el mundo que le hace vulnerable. No lo olvides, Bertita. —Se puso de pie.

—Creo que he sido injusta contigo —me apresuré a decir viendo que se alejaba. Y a continuación caí en la tentación y comencé a formular números; números que se correspondían con mi teléfono móvil.

—¿Quieres que te llame? —me preguntó.

—Puede. —Me ruboricé, y me sentí tonta por ello. Hacía tiempo que esa etapa de mi vida ya había pasado, o al menos eso creía yo.

—Tal vez ahora sea yo el que no te quiera llamar… o sí. Esa será tu penitencia. —Se rio abriendo las puertas que daban a popa.

Esperé hasta que se cerró la puerta detrás de él para marcharme a una bronca asegurada con mis amigas. Notaba sus miradas reprobatorias en mi nuca antes de girarme y verlas en directo. Mi día empezaba mal por Leone, algo que ya era lo habitual en ese verano en el que lo mejor y lo peor vinieron directamente de su mano.

* * *

Leone regresa a Nápoles lo más rápido que puede. Hay un problema con la entrega de cocaína de ese día y él debe acudir a apoyar a los suyos. Por un momento, solo uno, deja de ser el chico chulo para convertirse en alguien con cierto temor. Sabe que el miedo no puede existir en su mundo. El miedo mata, y él no quiere morir.

Antes de coger la moto y dirigirse a toda pastilla al encuentro con los narcotraficantes, hace dos cosas: llama a Domenico para que le acompañe y memoriza un número que le acaban de dar en el barco. Un contacto que no está seguro de si podrá utilizar porque, como bien ha dicho, no sabe si seguirá vivo al día siguiente. Es algo que aceptó el día que se comprometió a trabajar en cuerpo y alma por y para la familia Salvatore.

A veces, aunque nunca lo diga, se arrepiente de su decisión, del peligroso contrato que firmó

aquel día. Aunque otras piensa que es lo mejor que le ha pasado, ya que gracias a eso tiene dinero, fama, prestigio y respeto.

Se enfunda en su cazadora de cuero y pone la moto a doscientos kilómetros por hora. Tiene prisa, mucha prisa. El lugar donde han quedado no es desconocido para él. A las afueras de Nápoles, los Salvatore tienen unas fábricas. La tapadera es que en ellas fabrican piezas de automóvil. La verdadera naturaleza de los edificios es servir de almacén para gestionar la mayor carga de cocaína de toda Italia. Un contrabando en el que colaboran narcotraficantes, policías corruptos y políticos ávidos de dinero y poder.

Al llegar ve un grupo de hombres. Entre ellos está Domenico, y acude inmediatamente a su lado. Le gusta tenerle cerca cuando llevan a cabo un «trabajo»; con más motivo si se trata de una «misión» tan peligrosa como la de ese día.

Domenico viste completamente de negro para ocultarse mejor si el trato sale mal y debe esconderse, o eso pretende. Pasea ansiosamente de un lado a otro mientras fuma los cigarrillos de una calada. Está nervioso y asustado, pero cuando ve a Romeo, parece tranquilizarse un poco; se sabe protegido a su lado.

—¿Dónde estabas? —pregunta mientras se enciende el décimo cigarro en una hora.

—En Ischia —responde Romeo, que está alerta, con todos sus sentidos activados.

—Se me olvidaba que ahora persigues a la chica esa —intenta bromear Domenico, pero el ambiente no es propenso.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Romeo omitiendo el comentario de Domenico. Ahora mismo no está para tonterías, y menos para algo tan insignificante como hablar de la chica española. Necesita evaluar la situación para calcular las posibilidades de salir con vida.

—Nos ha llegado un chivatazo —contesta en tensión Domenico.

—¿Qué clase de chivatazo? —Leone se enciende su primer cigarrillo.

—Hoy llegaba un buen cargamento; más de veinte kilos de coca pura. Nos han dicho que nos la van a jugar —explica Domenico mientras expulsa el humo por sus fosas nasales.

—¿Quién es el chivato? —Leone sabe que es más importante conocer de quién viene la información que esta en sí misma. Si lo que dicen es cierto, se prevén muchos problemas. Circunstancias imprevisibles contra las que puede trazar un plan.

—No lo sé —se encoge de hombros Domenico—, pero alguien de confianza…

—¿Para quién? —pregunta Leone mientras pisa con rabia la *chusta* del cigarro.

—Alessio. —Al pronunciar este nombre, incluso Domenico siente un escalofrío.

—Entonces no hay dudas —confirma Leone, que sabe que ganarse la confianza de Alessio requiere unas pruebas que dejan de lado la mentira—. ¿Quién anda detrás?

—¿Acaso lo dudas? —bromea su amigo mientras mira de reojo para contabilizar cuántos hombres son.

—Persigo la absurda esperanza de que un día no sean ellos —afirma cansado Leone.

Mientras saca el siguiente cigarro del paquete, algo atrae su atención: un grupo de hombres ataviados con trajes, corbata y mocasines que acaban de llegar. Como si de una manada se tratase, todos dejan inmediatamente lo que están haciendo y acuden en tropel hacia ellos. Todos menos Alessio y sus dos guardaespaldas, que permanecen dentro del círculo de seguridad totalmente quietos, atentos a cualquier orden que salga de los labios del jefe de la operación.

Alessio está en el centro de lo que parece una perfecta esfera. Los hombres que acaban de llegar son listos y pronto se dan cuenta de que algo no marcha bien; un gesto sutil para ojos normales pero suficiente para los mafiosos. En un instante, todos se ponen en alerta, las manos de los recién llegados tocan instintivamente las armas.

—Lo sabemos —confirma Alessio. Dos palabras, dos míseros segundos que traen consigo consecuencias nefastas para uno de los dos bandos.

No ha sonado la «s» del verbo cuando todos empuñan sus armas. Los guardaespaldas corren a proteger a Alessio y sacarlo de la refriega. Él es el capitán y tiene a los soldados que lucharán y darán su vida por la causa.

Leone corre a esconderse estratégicamente detrás de un contenedor. Sabe que los tiros no tardarán en comenzar, solo le queda la intriga de saber quién será el primero. En un último esfuerzo, agarra fuertemente del brazo a Domenico y tira de él para llevárselo consigo y protegerle, como hermanos que son. Domenico se deja guiar porque en esos momentos está muerto de miedo, temblando.

—Quédate conmigo, ¿entendido? —grita Leone.

—Sí —es lo único que dice este mientras el arma tiembla en su mano derecha.

—No te pasará nada, estás con Leone —le asegura.

Domenico no sabe por qué, pero la tranquilidad invade su cuerpo. Está seguro de que Romeo daría la vida antes que dejarle caer.

Permanecen quietos, mirando a hurtadillas qué es lo que está pasando. El grupo, de unos veinte hombres, permanece inmóvil y tenso, todos encañonando a alguien, cada uno tiene su objetivo. La ventaja es que los Salvatore los superan considerablemente en número.

El primer disparo no tarda en llegar. El *bang* y la sangre son sus consecuencias inmediatas. Alessio, apartado de la línea de fuego, abre la veda pegando ese tiro con el que estalla la guerra. Está cansado y se quiere marchar a casa.

A partir de ahí, el caos reina en el muelle de las fábricas. Tiros por doquier, en todas direcciones, en todos los ángulos, que atraviesan cualquier material fino y cortan la carne. La sangre de unos y otros invade la calzada formando ríos de color púrpura.

Domenico y Leone permanecen quietos con la espalda apoyada en el frío contenedor. Es su primera batalla y tienen miedo. Casi pueden ver a la muerte; esa desgraciada que no conoce fama ni teme a nadie.

Finalmente, un impacto pasa cerca y roza el brazo de Domenico, que grita como si le hubieran dado en el corazón. Leone se vuelve loco, ningún sustantivo lo podría definir mejor y, sin pararse a observar el daño de su amigo, corre a imponer justicia a su manera.

No apunta, dispara; no sabe si le da a alguien, si bate a un enemigo o hiere a uno de los suyos. La ira y la adrenalina mandan en su cuerpo y su dedo acciona el gatillo con rapidez, sintiendo los latidos de su corazón al ritmo de las balas.

Algo le roza la pierna derecha; no ha sido grave, solo un poco de sangre. Se gira para ver quién ha sido y distingue a un hombre con camisa blanca y vaqueros huyendo de una muerte segura. No se lo piensa y se va detrás de él dando grandes zancadas. Es rápido, pero Leone sabe que no le supera. Se permite incluso el lujo de pararse a coger un pedrusco que acaba de ver, lo agarra del suelo y vuelve a emprender la carrera detrás de su enemigo.

El hombre gira hacia la izquierda y Leone sonríe: no tiene escapatoria, es un callejón sin salida. Lo positivo de luchar en casa es que se conoce al dedillo hasta el mínimo entramado de esa zona. Decide seguir su camino andando, ya que el conejo ha entrado en la trampa. En el callejón, el chico intenta trepar por un muro imposible.

—Y aquí llegó tu final —amenaza Leone mientras escupe en el suelo.

Su víctima no contesta y sigue intentando buscar cualquier resquicio por el que poder escapar, pero sus intentos de fuga siempre quedan frustrados por el alto muro blanco.

Maldito idiota que no se da cuenta de que a un movimiento suyo caería muerto, piensa

Leone. Se prepara mientras el chico se gira. Sin embargo, la reacción de su presa no es tal como la había imaginado. Tira el arma al suelo, se pone de rodillas llevándose las manos a la nuca y comienza a llorar mientras un líquido empieza a salir de su entrepierna. Se ha meado de miedo.

—Por favor, no me mates, por favor…, mi madre se muere, por favor —suplica una y otra vez sin mirarle a los ojos. No dice nada más, solo repite esa frase hasta la saciedad.

Leone permanece con el arma apuntando, tratando de identificar dónde está la trampa. Un mafioso no debería actuar así. Se les presupone con valentía, fiereza y agallas. Pero ese niñato de dieciséis años no cumple el prototipo. Está cagado, literalmente. Seguramente hasta ese momento no era del todo consciente de en lo que se había metido.

La duda corroe a Leone. Por un lado tiene su fama, y el hecho de que todos sepan que le dejó marchar la podría ensuciar; por otro, una vida. Mientras se muerde el labio, medita y se da cuenta de que aún no quiere ser el monstruo en el que sabe que se convertirá junto a los suyos.

—Lárgate —dice con la boca seca. Está infringiendo las normas y lo sabe. También intuye cuál puede ser el castigo—. No le digas a nadie lo que ha ocurrido, di que has escapado, serás un héroe para los tuyos. —Hace una pausa y añade—: Pero como cuentes lo que ha pasado, me encargaré de que Alessio te mate.

Ante este nombre el chico se estremece: todo el mundo conoce las torturas de Alessio. Morir es un regalo cuando estás frente a él.

El chico se levanta con cuidado, no recoge el arma, ya que sabe que Leone no le dejará. Cuando pasa por su lado siente miedo. Teme que tan solo sea una diversión de Leone y en el momento que llegue a su altura una bala le abra la cabeza como si fuera un melón, pero eso no ocurre. Leone solo se dirige a él para añadir una frase:

—Ve a la izquierda o saldrás a campo abierto —le aconseja sin mirarle a los ojos.

Aún no puede creer lo que está haciendo. Leone se queda solo mientras la sangre brota de su pierna. No es nada importante. El sonido de las balas ha terminado. Eso significa que ya hay un vencedor, si es que en estos casos lo hay.

Se acerca y busca a la única persona que le interesa. Domenico está bien, se está limpiando el brazo, pero, igual que la suya, su herida no es nada preocupante.

Un hombre que no conoce sonríe y le guiña un ojo mientras limpia restos de sangre y sesos de sus manos. A su alrededor el panorama es desolador, cuerpos de niños yacen inertes por toda la explanada. Es la primera vez que Leone ve algo así. Domenico le hace gestos para que acuda a su lado mientras registra los cadáveres en busca de dinero o joyas, pero él no se puede mover. No tiene fuerzas, no soporta su visión.

Le gustaría marcharse muy lejos y no volver nunca. Desearía no haber vivido algo así, pero lo ha hecho y, aunque nadie se da cuenta, en ese preciso instante un chip cambia en su cabeza para siempre. La certeza de no querer convertirse en un asesino aflora como la más pura de las verdades.

Alguien le pide ayuda. Tienen que meter los cadáveres en los contenedores para llevarlos a su incineradora particular, esa donde unos cerdos hambrientos acabarán con todos los restos humanos. Leone siempre obedece a sus superiores, nunca ha dudado en acatar una orden. Ese día sus pies le llevan a la moto y en poco tiempo va de nuevo a más de doscientos kilómetros por hora por la autopista.

Desconoce el rumbo, pero sabe que lleva uno. Cuando se quiere dar cuenta, se ve enfrente de un puerto diferente, sin sangre ni muertos. Un lugar que en unas horas recibirá a la gente que viene de Ischia.

* * *

Sumergí la cabeza en el agua del mar mojándome entera. Llevaba más de media hora tomando el sol y ya sentía la necesidad suprema de refrescarme.

Uno de los motivos por los que no me gustaba ir a la playa solo con chicas era su obsesión por tostarse hasta el límite del cáncer de piel. Yo, por mi parte, prefería estar en el agua como los niños pequeños hasta que mis dedos parecían los de una abuela. En cierta manera hacía eso para no quemarme. Mi piel blanquecina tenía el inconveniente de ponerse de un tono rojo tomate con la menor exposición solar. Podía embadurnarme de protector solar con factor cincuenta, que daba igual: mis hombros, mi cara y, lo más patético, mi culo quedaban siempre rojos cual cangrejo.

Luca no tardó en venir a mi encuentro. Estaba un poco incómoda, puesto que no habíamos hablado desde que habíamos ido a la discoteca y no sabía si mi rechazo le había molestado. Me disponía a disculparme, aunque no tuviera de qué, cuando él se adelantó.

—Siento lo de anoche —dijo mientras se refrescaba los hombros.

—¿Qué sientes? —le pregunté perpleja.

—Haberte dejado con *ese*. Supongo que te sentó mal que no acudiera a ayudarte, pero solo habría provocado una pelea con ese desgraciado. Pero ten por seguro que, si te hubiera intentado hacer algo, no le habría dejado —amenazó.

—Tranquilo, no tienes por qué defenderme de Leone. Me basto y me sobro con *ese*. —En el instante en que hablé de manera tan despectiva de él, algo se revolvió en mis tripas, pero no hice caso.

—Odio a todos los Salvatore y los Giaccomo, o como se llamen. No tengo el menor interés en ellos, pero crean mala fama a los italianos y te garantizo que no me parezco lo más mínimo a él —dijo mientras me sonreía de una manera que me tranquilizaba. Volvía a emplear su tono de voz familiar.

—¿Salvatore y Giaccomo? —pregunté con cierto interés.

—Son las dos familias. —Puso los ojos en blanco—. Llevan todos los trapicheos de por aquí. Para que lo entiendas, esos apellidos son los de las dos mafias más peligrosas de Nápoles, y Leone pertenece a los Salvatore, siempre liándola y jodiendo a la gente. —Se notaba que los odiaba.

—¿Mafia como en las películas? —pregunté consternada sin creerme que todo eso fuera cierto.

—Depende de qué películas hayas visto —se mofó de mí—. Simplemente, no son buena gente. Se dedican a robar y a hacer todo el daño que pueden. No les importa nada ni nadie. A veces dudo que se importen ellos mismos —añadió de un tirón.

—¿Alguna vez has sido amigo de alguno o has estado con ellos? —pregunté de manera inocente.

Su semblante cambió y se puso serio.

—Nunca. No quiero tener nada que ver con ellos ni con su ambiente. —Asentí dándole la razón—. Por eso me preocupa el interés que despiertas en Leone —dijo celoso.

—¿Interés? Qué va…

—No te diste cuenta, pero ese chiflado incluso nos siguió para ver si te venías conmigo. —Se sonrojó ante la idea de estar conmigo y me pareció guapísimo en ese instante.

—¿Nos siguió? —pregunté extrañada.

—Sí… —Me escrutó con la mirada, como intentando ver algo que yo no comprendía—. A ti… ¿te gusta él? —me preguntó sin ningún tipo de pudor, con una mirada fija y penetrante.

—Nada de nada —afirmé y, mientras lo hacía, pude ver su cara de alivio.

—Hoy nos ha contado Tamara que estaba en el barco…

—Yo no he tenido nada que ver —me excusé por segunda vez con Luca sin necesidad.

—Lo sé, es solo que noto cómo eclipsa a las mujeres. Muchas veces he sido testigo de cómo buenas chicas acaban en la mierda por él. ¿Te acuerdas de una chica que estaba besándole en la discoteca? —me preguntó.

—Había muchas —bromeé recordando la escena del sofá—, aunque una en concreto me miraba con más rencor que las demás.

—Seguro que era Ángela. Una buena chica. Lo tenía todo hasta que posó sus ojos en ese desalmado. La utiliza como a un trapo. Se acuesta con ella y la deja destruida. Ella hace cualquier cosa que él le pida y nunca, en todo este tiempo, he visto un mínimo gesto de cariño por su parte hacia ella.

—Pobrecilla —fue lo único que se me ocurrió decir.

—No me gustaría que tú acabaras así, porque eres demasiado para él —susurró sonrojado, un poco más cerca de mí, con sus rizos más rubios gracias a los rayos del sol.

—A mí me gustan otra clase de chicos —le miré fijamente, muy cerca de su cara.

—Eso me alegra. —Su rostro sonreía y era tan bello que le hubiera besado en ese mismo instante. Decidí que él sería mi chico de las vacaciones; es más, quería y necesitaba que se tratase de Luca—. ¿Te gustaría que mañana comiéramos los dos solos? —se aventuró a proponer.

—Ya estabas tardando en preguntarlo —respondí, disipando todas sus dudas.

Con la sonrisa de un niño pequeño, comenzó a inflar una pelota de Kitty que se me antojó muy graciosa.

—¿Juegas? —preguntó mientras se alejaba de mí.

—Sí, pero no te traumatices si te gano. Soy la campeona española de pelota en la playa.

—¿Ah, sí? Pues a mí no se me da nada mal…

Jugamos a la pelota durante bastante tiempo. Era como si él me conociera perfectamente y supiera que no me gustaba tomar el sol, pues en ningún momento habló de salir del agua.

Al rato, entraron las otras dos parejas y nos entretuvimos durante toda la tarde entre risas, ahogadillas y mucha diversión. Ganamos las mujeres, pero, tal como intuía, ellos se habían dejado hacer puntos en más de una ocasión, interpretando que eso nos gustaría. En realidad, prefería una partida en serio, de igual a igual, pero aprecié ese gesto en Luca. En uno de los roces en el agua decidí tomar las riendas y me propuse que antes de que se marchara le besaría.

Cuando te lo estás pasando bien, las manecillas del reloj aumentan las revoluciones y, cuando te quieres dar cuenta, el tiempo se te ha echado encima y debes volver a casa, o al hotel al cual llamas «casa» después de un par de días. En el barco me senté a su lado. Yo buscaba esa butaca y mis amigas no dudaron en dejármela libre. Notaba la aprobación de Tamara y eso me satisfacía. Le miraba de reojo, nerviosa, deseando que nuestro beso fuera lo más pronto posible. Me habría lanzado encima de él en cuanto nos sentamos cerca, rozando nuestros brazos mientras el vello se erizaba. Sabía que yo llevaría la iniciativa y eso no me importaba; es más, me gustaba tener el poder.

Descendí del barco con paso lento pero decidido. En un par de ocasiones el borde de nuestras manos se rozó y tuve la tentación de agarrarla mientras mi piel se ponía de gallina. Una vez fuera, llegó el momento de la despedida temporal y, cuando me quise dar cuenta, Tamara estaba morreándose de una manera ardiente con Marco. Pilar era más recatada, pero también se había separado un poco con Enrico, el cual le tocaba dulcemente la mejilla con los pulgares. Como si pensáramos igual, Luca y yo nos miramos y nos reímos de la situación.

—Me lo he pasado realmente bien —confesó Luca acercándose sigilosamente a mí.

—Creo que podría ser mejor —le reté yo. No me caracterizaba por ser paciente, y ahora que sabía lo que me apetecía, lo quería ya, de inmediato.

Había un tumulto de personas que venían a recoger a los recién llegados de Ischia y, como no podía ser de otra manera, alguien me empujó sin mala intención acercando mi rostro al suyo. Nos sonreímos y cerré los ojos mientras él me agarraba de la nuca con delicadeza para acercarme a su boca.

El rugido de una moto que había parado a mi lado me sobresaltó y abrí los ojos de golpe, rompiendo la magia de ese instante. Iba a decirle algo al piloto cuando le vi. Nunca sabré por qué lo hice, pero me separé de Luca como si estuviera haciendo algo malo.

Él no me habló. A veces no hace falta. Hay gestos que lo dicen todo. Su cara transmitía necesidad, dolor y desesperación, y de alguna manera supe que yo era lo que estaba buscando para mitigar su sufrimiento. Mi intuición me decía que, por algún extraño motivo, me veía como su única medicina.

Con gesto cansado, se separó unos metros, apoyó los codos en el manillar del vehículo y escondió la cara entre sus manos. Parecía estar esperando y yo no sabía si quería o debía ir. Luca estaba a mi lado tenso, lo podía notar.

—¿Qué narices le ocurre a *ese*? —dijo enfadado Luca. Era la primera vez que hablaba así y yo lo entendía.

—No lo sé. Te aseguro que no me ha dicho que iba a venir —volví a disculparme. Me estaba cansando de tener que sentirme culpable por cosas que no tenían nada que ver conmigo.

—Y encima se queda ahí parado. ¿Qué espera, que vayas tú? —Sus brazos se tensaron y empezó a abrir y cerrar el puño sin parar, nervioso.

La excusa que daría minutos después era que lo hice para evitar una pelea, cosa que hubiera sido probable si ellos dos hubieran hablado. La verdadera razón era que quería ir, necesitaba que volviera a mirarme por encima del hombro, que fuera un chulo, un bestia…, todo eso lo podía soportar, pero la desolación en sus ojos, no sé por qué, me enloquecía.

Nerviosa y excitada, llegué hasta él. Tenía el rostro escondido entre las manos y quería y anhelaba verlo. Con temor a su reacción, a su enfado e incluso a sus celos, posé mi mano en su hombro.

—¿Hola? —pregunté con un tono dulce que no reconocía como mío.

—Has venido —dijo mientras me miraba y agarraba mi mano con fuerza.

—Quería comprobar por mí misma que seguías vivo después de tu juego en el barco… —intenté sonar graciosa. Sé que no le hizo gracia, pero aun así hizo un esfuerzo por sonreír y agradarme; un gesto que no habría apreciado en Luca ni en ningún otro hombre, salvo en Leone, pues sabía lo mucho que le estaba costando.

—Estoy a salvo, si es lo que te preocupa. —Puso los ojos en blanco—. Si te he interrumpido, no era mi intención. —Un matiz de celos resonó en el eco de sus palabras.

—No lo has hecho —afirmé con sinceridad y me demostré lo poco que realmente me había importado su aparición—. ¿Estás bien? —me aventuré a preguntarle.

—He tenido días mejores. —Un tono de tristeza nuevo impregnaba su voz.

—A la gaviota le han vuelto a dar una paliza, ¿es así? —mientras se lo preguntaba, me descubrí infundiéndole ánimos a modo de caricias en el hombro.

—Te confundes. La gaviota ha hecho cosas malas y no se ha llevado el castigo que merecía. —Miró dubitativo nuestras manos apretadas y apartó la suya. No sabía qué contestar, solo que necesitaba calmar cualquiera que fuese su pena.

—¿Has venido a verme porque yo soy el castigo? —Quería bromear, que me vacilara.

—Más bien todo lo contrario —parecía sincero y, cuando me quise dar cuenta, me atrajo hacia él y me abrazó. Al principio me quedé tensa, pero luego mi cuerpo se adaptó y recibió con gusto el calor que emanaba de su ser—. Ven conmigo, por favor —me susurró al oído.

—No puedo —dije a sabiendas de que podría matar a mis amigas de un infarto si llevaba a cabo mi deseo.

—Te necesito —añadió.

—No puedo —titubeé.

—No lo pienses, monta en la moto y ven conmigo a cualquier lugar. Sálvame de mis pensamientos esta noche. —Se separó un poco, lo justo para poder mirarme directamente a la cara.

—No puedo —repetí en un hilo de voz.

—¿No puedes o no quieres? —preguntó desesperado.

—No puedo.

—¿Y quieres? —añadió.

—No me preguntes eso, por favor —supliqué mientras miraba a mis amigas y comprobaba que estaba en lo cierto, Tamara y Pilar estaban rojas de ira.

—Te causaré problemas con tus amigas, ¿verdad? —sentenció derrotado—. Debí suponerlo. Además, me avisaste, no perderías ni un minuto intentando conocerme… —rememoró.

—Eso no es del todo cierto —le corté. Iba a añadir algo más cuando recordé lo que me había contado Luca de las mafias y me aparté de él.

—Te has ganado un premio —dijo.

—¿Cómo?

—Dejo de molestarte. Llevas razón, no merezco a alguien como tú. —Podría parecer que intentaba dar pena, pero yo sabía que tan solo me hablaba con sinceridad—. Disfruta de tus vacaciones, Bertita, y no te metas en líos con gente de mi calaña. Nápoles está plagado de Leones —añadió mientras sonreía.

Era el momento idóneo para que yo le hubiera dicho algo. Simplemente una frase que hubiera calmado su dolor. Muchas veces intentamos ser racionales pensando que siempre es lo correcto. Sin embargo, ese día debí haber montado en la moto y haberme marchado con él. No porque fuera lo lógico, sino porque era lo que deseaba. Como siempre, me quedé plantada, quieta, sin hacer nada, sabiendo con certeza que me iba a arrepentir. Me dedicó una sonrisa ladeada y, dando gas, se largó. En ese momento supe lo que se sentía cuando un huracán te azota por dentro y los pelos se ponen como escarpias. Cuando sientes una bajada de azúcar, tu tripa se revuelve y los ojos te escuecen sin motivo aparente. Una mezcla de sentimientos a los que no podía definir con palabras y desconocía que existían.

Recobré la compostura y regresé con mis contrariados compañeros. Algo cambió y por fin me atreví a reconocerme a mí misma dos verdades que me acompañarían como una losa durante todas mis vacaciones. No podría estar con Luca ni con ningún otro italiano mientras Leone existiera; me lo podía negar, podía odiar su naturaleza, podía ignorar mi cabeza, pero no podía acallar los latidos de mi corazón.

La última verdad fue más bien una determinación. Quería a mis amigas, es más, las adoraba, pero si volvía a ver a Leone, haría lo que deseaba y necesitaba. La próxima vez montaría en esa moto, sin importarme las consecuencias. Y lo haría por ese sentimiento irracional, dañino, peligroso y adictivo que había descubierto y probablemente no sentiría nunca más.

CAPÍTULO 5



Tamara comía a grandes bocados su *panini* de jamón york y queso, llena de migas por toda la ropa. Estábamos esperando a que la visita guiada por Nápoles comenzase y nos habíamos sentado debajo de un pequeño árbol para burlar a los rayos del sol sin ninguna efectividad. No sabía cómo lo haría, pero tenía el reto personal de acabar mis vacaciones en ese lugar pasando aunque solo fuera un día sin sentir que era un animal dentro del horno asándome para ser comido después.

El puesto donde Tamara había comprado el dulce típico de la ciudad tenía también zumo de naranja granizado, por lo que preferí hacerme con esta segunda opción con la esperanza de que me quitase un poco la sensación de ese asfixiante calor que casi me hacía echar de menos las gélidas corrientes de aire del invierno. Casi. Cuando el cítrico tomó contacto con mis manos, se derritió transformándose en líquido en menos de treinta segundos. Me llegaba a plantear si tener una temperatura corporal tan elevada era buena señal.

La actividad que habíamos planeado para ese día era muy sencilla: pagamos cinco euros a una guía para que nos enseñara los puntos más importantes de Nápoles. La visita duraba hasta las cinco de la tarde con un descanso para comer; no sería hasta la noche cuando iríamos a la playa para reunirnos con nuestros inseparables amigos y hacer unas hogueras típicas de esa zona. No me enteré muy bien de cuál era la historia, pero me quedó claro el procedimiento. Se hacían las hogueras, se comía un poco, se llevaba bebida a mansalva y luego cada uno disfrutaba a su manera.

La chica que nos debía enseñar la ciudad apareció con unos veinte minutos de retraso. Tenía el pelo rubio sedoso y unos ojos azules que parecían de cristal. Lucía un cuerpo esbelto que resaltaba con unos minipantalones blancos y una camiseta de tirantes azul celeste. Los *shorts* contrastaban con su bonito cuerpo bronceado. Francamente, era muy atractiva.

No suelo prejuzgar a la gente, es un comportamiento que nunca he soportado. Sin embargo, a esta chica la juzgué nada más llegar. Estaba allí para seducir a los visitantes. Era un trabajo de verano en el cual ella sacaba su particular beneficio intimando con los turistas.

No creo que mi opinión fuera precipitada. Cuando llegó, obviamente causó impresión entre todos los chicos que formaban parte de nuestro grupo; a uno de ellos creo que hasta le tuvieron que cerrar la boca, pues parecía que iba a empezar a babear como un nene.

Los más valientes y seguros de sí mismos se acercaron a plantearle absurdas preguntas para que ella se fijara en ellos. La joven respondía dándose aires, coqueteando sin disimulo. Además, no paraba de sonreírles, atusarse el pelo y tocarles. Daba igual que fuera el brazo, la mano u otra zona del cuerpo, lo importante era el contacto. A los más afortunados les llegó a hacer una caricia en la mejilla a la que respondieron como perros mansos. Me pareció una situación surrealista pero cómica.

Con las mujeres era harina de otro costal. Sonreía, pero se notaba que le costaba y lo hacía forzada; contestaba con un mero y escueto «sí» o «no» y se giraba. Si alguna atrevida osaba volver a hacerle una pregunta, ella se daba la vuelta irritada, causando incluso un poco de miedo. Finalmente, volvía a su plan inicial y seguía al acecho de algún hombre. Los que lucían trajes o

relojes de alguna conocida firma de lujo eran los que más atenciones recibían. Me caía francamente mal, y eso que aún no sabía de quién se trataba.

En la discoteca no la había visto mucho, más que nada por el temor de que se me echara encima como un tigre. Creo que si ella no me hubiera reconocido y me lo hubiera hecho saber, yo habría sido tan ingenua como para no identificarla.

—Hola —me saludó con un tono cortante y desagradable.

—¡Hola! —respondí yo sin comprender muy bien por qué me miraba como si fuera un insecto, una cucaracha asquerosa, para ser exactos.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad? —continuó, poniendo un dedo en mi barbilla y obligándome a mirarle directamente a los ojos. Me sentí muy incómoda.

—No soy de aquí. Creo que te has confundido. —Insegura, intentaba buscar con la mirada a Tamara y Pilar, para ver si ellas podían explicarme qué estaba sucediendo.

—Creo que sí nos conocemos, o al menos nos hemos visto. —Su voz de pito sonaba dulce y, por raro que pareciera, también escalofriante, mientras apretaba más su dedo en mi mentón—. ¿No eres tú la chica del Arenille?

—Sí. He ido allí, pero de verdad no recuerdo haberte visto… —respondí mientras intentaba recordar dónde podía haberla visto en la discoteca.

—Soy la novia de Leone, y esa noche me enfadaste un poco. —Clavó su uña en mi cara mientras decía el dato. Lo hizo con tanta sutileza que nadie más de nuestro grupo se dio cuenta.

—No sabía que tenía novia —respondí avergonzada. La chica podía haberse marchado, pero se rio con suficiencia. Fue esa soberbia la que me devolvió el poco orgullo que me quedaba—. De todas maneras, no es conmigo con quien tienes que hablar. No fui yo la que se marchó para hablar con él, así que si tienes algún problema, creo que es con Leone. Soluciónalo con él.

—No vayas detrás de Leone —ahora su tono sonaba realmente amenazante.

—No pretendo ir detrás de nadie que tenga pareja. —Era verdad. No me atraía la idea de destrozar a una persona—. La próxima vez que le vea, le diré que he hablado con su novia. Pero a mí no me intimides. —Aquello pareció surtir efecto, porque la chica soltó mi rostro y parecía nerviosa.

—No es…, no es… —titubeaba—, no es mi novio… —finalizó retorciendo sus manos—. Pero es mío —repuso posesiva, levantando la barbilla y mirando con una ferocidad que creía imposible en un ser humano—. Así que no te acerques a él. —Ahora era una amenaza en toda regla.

Normalmente me habría ido llorando a mi casa o me habría asustado tanto que le hubiera dicho: «Sí, no me acercaré, pero no me pegues». La reacción no tuvo lógica, ya que con mi mejor sonrisa añadí:

—No me digas lo que puedo o no puedo hacer —hice una pausa mientras la miraba fijamente —, haré lo que quiera con Leone.

La rubia escupió entonces a un centímetro de mi pie y se marchó. Pero cuando pasó por mi lado, me propinó un sutil y doloroso codazo en las costillas al que yo no respondí. Sabía que era la excusa para una pelea de «gatas» y no quería verme envuelta en esa situación. De hecho, nunca me había pegado en mi vida y dudaba que supiera. Creo que le habría tirado del pelo y después ya no habría sabido cómo seguir. Tamara y Pilar, que lo habían escuchado todo, tuvieron que poner su pequeño granito de arena y, en cuanto vieron que estaban a salvo, empezamos a cotillear.

—Menuda arrastrada más patética —fue la primera impresión de Tamara, ante la cual no pude evitar reír—. ¿De verdad no te acordabas de ella? —dudó.

—No, ¿tú sí?

—Era una de las joyitas del harén de Leone. Cuando estabas bailando con él, hizo el baile más porno que nunca he visto para llamar la atención del malote ese —explicó mientras ponía los ojos en blanco.

—Supongo que me debería acordar, porque me fijé en que me miraban francamente mal…

—Pero estabas tan emocionada bailando… —añadió Pilar con un tono cursi.

—La pequeña Cenicienta en su baile de medianoche —ironizó Tamara—, solo que en esta ocasión el príncipe tenía veinte plebeyas con las que acostarse después…

—Yo no estaba emocionada —espeté—, solo quería quitármelo de encima para que nos dejara en paz. ¡Era la única manera! —me justifiqué.

Mientras, el discurso de la chica que se presentó como Ángela empezó a resonar por todas partes: «Para llegar a la primera parada pasaremos por la Estación Central, por la zona de mayor pobreza de Nápoles. Tened cuidado con los yonquis y vagabundos que se encuentran en sus aceras. Si podéis, no miréis hacia su zona ni les deis ningún tipo de limosna. La mayoría son exdrogadictos y no dudarían ni un segundo en intentar robaros todo lo que tenéis…».

Como no me interesaba el discurso estúpido de seguridad ciudadana que nos estaba dando la rubia de bote, volví a hablar con mis amigas.

—Y vosotras, ¿qué tal con los chicos? —me interesé mientras le daba el último sorbo al zumo, que ahora era más bien sopa y, como ciudadana no civilizada, tiraba el vaso de plástico al suelo.

—El mío cae esta noche. Creo que necesito la habitación un tiempo sola… Si queréis, nos turnamos. Bueno, mejor dicho, si quieres, nos turnamos, Pilar —puntualizó Tamara con voz pícara.

—No —contestó una ruborizada Pilar—, es decir, aún es muy pronto. —Cada vez se ponía más nerviosa—. Ayer nos dimos el primer beso…, no me voy a acostar con él.

Para sacarla del apuro, decidí intervenir:

—¿Y yo? ¿A mí no me cedéis un ratito de habitación?

Pilar se tranquilizó y me dio las gracias con la mirada mientras asentía, pero Tamara se adelantó a hablar:

—¡Qué dices! Por supuesto que no, ¡y que mañana venga toda la mafia del condado a por nosotras! —dijo medio en broma medio en serio.

—¿Por qué iba a venir la mafia? —pregunté medio en broma medio en serio.

—¿Te crees que para la hora sin cámaras traerías a Luca? —consultó mientras me miraba con intensidad y fruncía el entrecejo.

—Puede —contesté yo.

—Ja, no te lo crees ni tú, y mucho menos después de vivir ayer tu particular elección a *Los hombres de Paco* —se mofó.

—¿Qué elección? —dije mientras me reía.

—Última temporada. Sarita. En un lado, Aitor. En el otro, Lucas —mientras hablaba, ponía voz de misterio. Emulaba el final de la serie—. Música de fondo. Ella mira alternativamente a los dos. Comienza a andar…, ¿y con quién se queda, Pilar?

—Con Lucas —dijo ella, que estaba contenta, ya que su personaje favorito del triángulo amoroso era el poli madurito.

—Y nuestra querida Berta eligió… —Puso cara de emoción y se abrazó a Pilar mientras gritaba—: ¡Leone!

Ambas se pusieron a bailar y hacer como que se besaban burlándose de mí. Yo me estaba

riendo hasta que noté dos ojos clavados en mi nuca y, al girarme, vi la cara de ira de la furiosa Ángela.

—Disculpen, pero esto es una visita guiada y todos sus compañeros han pagado por ello, así que, si me hacen el favor, dejen de gritar y respeten a los demás —nos lo dijo lo más borde que pudo dentro del trabajo, sin traspasar la delgada línea en la que nos podía ofender como clientas y provocar que le pusiésemos una queja justificada, y, tras poner la sonrisa más falsa de la historia, siguió hablando.

Los chicos nos miraban con desaprobación e hicieron algunos comentarios de nuestra mala educación en voz alta para impresionarla.

Nos reímos, pero dejamos de hablar durante un rato en voz alta e intentamos prestar atención a lo que decía nuestra «amiga», que seguía con el pesado discurso sobre cómo la gente de la Estación Central daba mala imagen a Nápoles y nos invitaba a fomentar el turismo hablando a nuestros amigos de la ciudad. Tamara hizo un gesto que significaba «voy a vomitar», pero los chicos asintieron elevando la voz. Uno me hizo especial gracia. Debía ser francés y era bastante guapo y muy grande; apartó a todos con una mano y, casi al oído, le dijo a Ángela: «Yo organizo el viaje de fin de carrera y seguro que puedo hacer que sea en Nápoles». Además de su poco creíble y fanfarrón ofrecimiento, lo mejor es que gritó tanto para que Ángela le escuchara que, al estar pegado a su oído,´esta casi se cae al suelo del susto.

Me entró un ataque de risa de estos que sabes que van a sonar a toda potencia y no los puedes detener, por lo que me quedé detrás de una pequeña farola, rezagada para que ella no me viera. Tampoco era plan irle buscando las cosquillas a una persona que parecía tan agresiva.

A mi alrededor había una especie de mercado ambulante e ilegal. Hombres que vendían pulseras y colgantes, colonias de imitación, DVD, CD, fruta, bebidas… La gente se arremolinaba frente a los puestos intentando regatear un precio inferior para llevarse los productos. Un hombre consiguió una cartera de imitación Gucci por siete euros, y una mujer regordeta se llevó cinco pulseras de plata por treinta. Los vendedores tenían mirada de pillos y, pese a que los clientes salían con cara de haber conseguido una ganga, intuía que en verdad habían sufrido un pequeño timo por parte de los ambulantes.

Uno de los chicos me enseñó un bolso bastante bonito, pero yo negué con la cabeza señalando a mi grupo. Entonces, la mujer más harapienta y borracha de todo el mercado se acercó a mí. Al principio tuve miedo al ver sus facciones maltrechas y cómo se tambaleaba de un lado a otro.

—¿Me compras una cervecita? —me pidió rozándome el brazo. Casi me caí para atrás del olor a alcohol que desprendía su aliento putrefacto. La mano con la que me tocaba estaba completamente llena de barro, igual que su ropa. Con el pedo que llevaba, no me extrañaría que pasara más tiempo en el suelo que en equilibrio.

—Lo siento, no tengo —mentí.

—Venga, solo una cervecita —repitió mientras hipaba.

—Tengo prisa —señalé al grupo como si eso lo explicase todo.

Me puse a andar hacia mis amigas cuando oí un golpe seco y alguien riendo. Al girarme, vi a la mujer en el suelo de culo. Intentaba levantarse, pero parecía que le resultaba imposible. Me detuve un momento y volví a ayudarla para intentar ponerla en pie.

Pese a que no pesaría más de cuarenta y pico kilos, no había manera de moverla. Como si se tratara de una niña pequeña, hacía peso muerto hacia el suelo y se mofaba de mis intentos de asistirla. Miré en todas las direcciones buscando alguien que se dignara a echarme una mano. Los vendedores estaban tan acostumbrados a ese tipo de escenas que parecía que ni nos veían.

Los turistas pasaban a una distancia de cinco metros como si fuéramos una cepa de alguna enfermedad contagiosa. Yo ya sudaba como un pollo, pero no cesaba en mi empeño de levantar a esa mujer. Ella me miraba muy divertida ante mi frustración. «Eres muy guapa», fue la única frase que dijo antes de que vomitara en mis preciosos zapatos nuevos que me habían costado una pasta.

Me cabreé y mucho, pero no cejé en mi empeño. Mi grupo se alejaba cada vez más, pero me daba pena dejarla tirada en medio de la acera, a saber cuánto tiempo pasaría antes de que alguien se dignase a ayudarla. Tal vez nadie lo hiciese y estaría toda la mañana tumbada en mitad de la acera. Me planteé comprar una cerveza para ver si así se levantaba, pero entonces podría ser culpable de un coma etílico en toda regla.

—Deja, ya me encargo yo —me dijo la voz de un chico al que conocía bien.

—Gracias, Leone —respondí sin atreverme a mirarle, nerviosa por el vuelco que me acababa de dar el corazón.

—Vete con tu grupo, puedo yo solo. —Su voz sonaba hueca, sin vida. No quedaba nada de la humanidad de la noche anterior.

—No, tranquilo, te ayudo —insistí con más amabilidad de la normal mientras me preguntaba qué hacía allí.

—No hace falta —respondió con un tono nada amistoso.

—Perdona, pero esta mujer no es de tu propiedad —fue mi respuesta.

—Da la casualidad de que sí es de mi propiedad —contraatacó imitando mi tono repipi.

—¿Qué pasa?, ¿te debe dinero por algún tema de drogas? —le ataqué.

—Algo parecido —dijo mientras la agarraba de un hombro y la mujer gritaba.

—¿No ves que le haces daño? —pregunté a la vez que le apartaba de la harapienta señora.

Nos quedamos mirándonos cara a cara, retándonos. Leone parecía un animal, con dos profundas ojeras negras bajo sus ojos. Todo rastro de complicidad del día anterior había desaparecido transformándose en una máscara sin vida que no transmitía nada. No me intimidaba. Por alguna absurda razón, él no me daba nada de miedo ya. Intentó asustarme con su cara de rabia, pero solo consiguió que yo le mirase igual. Era como una lucha silenciosa de carácter hasta que yo decidí hablar:

—¿Cuánto te debe? —saqué la cartera del bolsillo trasero de mis pantalones.

—¿Y a ti qué te importa? —contestó Leone en un alarde de simpatía.

—No seas bobo, dime cuánto te debe y te lo pago. —Saqué un billete de diez euros deseando que la mujer no debiera más de treinta, que era lo que llevaba en efectivo.

—No lo entiendes —contestó cansado.

Empecé a hablar deprisa:

—Comprendo que le vas a pegar una paliza o algo peor porque te debe dinero. Deduzco que mi dinero servirá para saldar su deuda…

—No me debe dinero —rebatió Leone otra vez con la voz hueca.

—Y entonces, ¿por qué te la quieres llevar? —pregunté sin comprender nada.

—Porque, en cierta manera, es de mi propiedad —iba a replicar, pero me cortó—. Es mi madre.

Inmediatamente miré a la mujer que estaba en el suelo intentando ver en ella un solo rasgo que me recordara a Leone. Uno, tan solo uno, pero no lo encontré. Lo lógico cuando ocurre una situación de estas es que sientas pena por el hijo. Aunque no conocía a Leone casi de nada, sabía que sentir lástima por él era como darle un latigazo con todas mis fuerzas. Él se quería creer fuerte, imperturbable, una persona a la que nada le afecta. Mostrar su debilidad tratándole como

si fuera un pobre hombre débil que había soportado una infancia criado por una drogadicta le habría hecho más daño que pegarle o insultarle.

—Espera aquí —fue lo único que le dije. Con el corazón latiendo a mil por hora, me aproximé a mis amigas, a las que ya casi había perdido de vista.

—¿Dónde estabas? —preguntó Pilar mientras me daba un programa de lo que íbamos a hacer.

—Me voy con Leone —afirmé con determinación.

—¿Cómo te vas a ir con ese? —repuso Tamara, que reaccionaba instintivamente al nombre Leone.

—Sí, me has oído bien. Luego os llamo al móvil.

No les di tiempo a reaccionar. Ni siquiera contesté a las quejas que oía a mis espaldas, cada vez más lejos. Con paso ligero me marché. Iba con más seguridad de la que había tenido nunca en mi vida. Noté los ojos furibundos de Ángela clavados en mi cogote, pero me dio exactamente igual. Estuve tentada de girarme y hacerle un corte de mangas. Los vendedores me acechaban a mi paso, pero yo les apartaba sin miramientos, pues tenía prisa para llegar al lado de Leone. Un rayo de sol le daba por detrás y parecía un ángel recién caído del cielo.

Al llegar no hicieron falta las palabras. Agarramos a la señora cada uno por debajo de un brazo y la sostuvimos antes de empezar a caminar. Leone la trataba con tanto cariño y cuidado que por un momento me pareció otra persona diferente a la que yo había conocido durante estos días.

Entre los dos pudimos aguantar su peso. Caminamos por calles atestadas de gente trapicheando. No era raro ver cómo alguien daba dinero de manera disimulada y a cambio recibía un presente. Después de ver al tercer carterista que se llevaba con mucha maña los monederos de turistas despistados, tuve miedo por el mío, que sobresalía en el bolsillo de mi culo. Entonces me di cuenta de que iba con Leone y por primera vez me sentí protegida al estar a su lado.

Uno de los ladrones hacía un truco de magia mientras su compañero quitaba los bolsos a unas mujeres alemanas que aplaudían sin cesar. Hice el amago de avisarlas, pero Leone me paró los pies. Supongo que su protección tenía límites o que entre ellos respetaban sus ilegalidades.

Durante el camino, que fue muy corto, no mantuvimos ningún tipo de conversación. Él se dedicaba a mirar insistentemente a la mujer que parecía encontrarse en el limbo. Yo hacía esfuerzos por aguantar un poco más su peso, ya que ella no hacía absolutamente nada para facilitarnos el trabajo. Yo creo que nos lo ponía más difícil aposta, por pura diversión.

La madre de Leone no paraba de hablar en una lengua extraña, la cual ninguno de los dos parecía entender. Sin embargo, nos cruzamos con un borracho que le contestó a la perfección. Supongo que, cuando bebes, te das cuenta de que sabes otro idioma. El portal tenía como porteros a dos hombres tirados en el suelo dormidos, abrazados a su preciada botella de *whisky*. Tuvimos que hacer un verdadero esfuerzo para que la mujer no se lo robara. Después de sortear los obstáculos, me detuve un minuto a mirar la puerta. Era de madera antigua, como si el edificio fuera del siglo pasado. No hacía falta el picaporte, ya que había una gran abertura con astillas justo en el centro.

Leone metió la mano y sujetó la puerta abierta mientras entrábamos. Creo que me miró de manera fugaz para observar mis primeras impresiones de lo que supuestamente era su hogar. Las escaleras estaban llenas de basura y olía a meado hasta tal punto que tuve que taparme la nariz para poder respirar sin vomitar. Nunca me había imaginado que alguien pudiera habitar en condiciones tan lamentables.

Para abrir la puerta, me dejó durante un rato a la mujer para mí sola, y a esta no se le ocurrió

otra cosa mejor que hacer que vomitarme en todo el pelo, ante lo que pegué un grito algo exagerado y tuve la tentación de soltarla y tirarla escaleras abajo. No lo hice.

Pasamos y lo primero que vislumbré fue un pequeño y cochambroso salón.

—Quédate aquí, voy a acostarla y ahora salgo contigo —ordenó sin mirarme a la cara.

Era la sala más sencilla que había visto en toda mi vida. El mobiliario se componía simplemente de una mesa que sostenía la tele y un vídeo que debía ser de hace veinte años, un sofá de tres plazas y una mesa plegable para comer. Nada más, excepto dos o tres estanterías y millones de botellas y latas de cerveza vacías en el suelo. Al oler mi pelo vomitado y mirar mis zapatos nuevos que ahora estaban inservibles, me sentí más en la onda de esa casa que nunca.

Cuatro puertas desgastadas daban al salón. Dos estaban abiertas y se podía observar un minúsculo servicio y una cocina llena de mugre. En la que acababa de entrar Leone era la habitación de su madre, por lo que la cuarta que quedaba debía ser el cuarto del italiano.

Para pasar el tiempo, me puse a cotillear lo poco que podía en las tres estanterías. Había seis fotos, ni una más ni una menos. Una de ellas era de una niña tomando la primera comunión. Luego había otra de una chica en la graduación del instituto, ataviada con una preciosa toga de satén rojo. Me costó creer que esas dos mujeres fueran la madre de Leone, la que ahora mismo estaba borracha perdida.

Las otras cuatro fotos eran de Leone. Una era actual, con su amigo del primer día, cuyo nombre había hasta olvidado. Estaban en la calle con sus motos, un cigarrillo en la boca y la cazadora de cuero; parecían verdaderos hermanos. La otra era de un bebé. Supe enseguida que era él, esos labios carnosos resultaban inconfundibles. La tercera era de Leone con un hombre al que no conocía. Parecía muy triste e incómodo. Me recorrió un escalofrío. La cuarta fue la que más me impactó; tanto que tuve la necesidad de cogerla y separarla del resto. Estaba hecha en ese mismo salón. A un lado del sofá, la madre de Leone se divertía bebiendo y fumando con sus amigos. En el suelo, sobre una alfombra que ya no estaba, Leone hacía sus deberes concentrado, aunque parecía molesto por el ruido que generaban los asistentes de la fiesta a su alrededor.

—Espiar en casas ajenas no es de buena educación —me sorprendió su voz susurrante.

—Yo… no… no estaba…

—Tranquila, no he dicho que tengas que ser educada —dijo mientras se dejaba caer con fuerza en el sofá—. ¿Qué te parece mi humilde morada? —preguntó con indiferencia.

—Está… bien —intenté que sonara sincero.

—Que seas una cotilla lo tolero, que me mientas en mi propia casa, no. —Se divertía viendo que estaba incómoda.

—¡No te he mentido!

—Así que te gusta mi casa. Por eso estás de pie, sin atreverte siquiera a sentarte en este sofá, por si te contagias de alguna enfermedad o te pican las chinches —preguntó enarcando las cejas.

Enfurecida, me senté a su lado, tirándome incluso más fuerte que él.

—¿Ahora mejor? —pregunté.

—Entonces, estabas esperando a que llegara yo para sentarte muy cerquita. Tal vez tenías otras intenciones más deshonestas, Bertita —se aproximó a mí y yo me aparté dando un respingo.

—¿Deshonestas? —pregunté.

—Sí, sé el significado de esa palabra —contestó vacilando—. Como has visto, era un perfecto estudiante con seis o siete años —sonrió con suficiencia.

—Luego te diste cuenta de que robar molaba más —ironicé.

—Luego me di cuenta de que el dinero importaba más —matizó parafraseando mis palabras

—. Supongo que será fácil para ti, que tus padres te lo dan todo.

—¡Eso es mentira! —dije enfadada.

—¿Has trabajado alguna vez? —me preguntó enarcando las cejas.

—Para tu información, he trabajado muchas veces —contesté orgullosa. Era verdad que lo había hecho; para sacar dinero para mis caprichos.

—Y entiendo que con ese dinero has mantenido una casa —dijo seguro de sí mismo—, porque si es para tus tonterías, no cuenta como necesidad…

—¿Y tú has mantenido alguna casa? —contesté con insolencia.

—¿No creerás que la borracha de mi madre se puede hacer cargo? —ironizó con tanta naturalidad que me quedé helada.

—No la llames borracha.

—¿Por qué? ¿Acaso no lo es? —me preguntó poniendo los ojos en blanco—. Odio que la gente crea que hablar de este tema es tabú. —Me impresionó su frialdad para referirse a algo que, suponía, debía ser tan doloroso—. Mi madre lleva bebiendo desde que me acuerdo. A los diez años empecé a trabajar porque ella siempre estaba con una botella de cerveza y se gastaba todo el dinero en alcohol. Creo que «borracha» es la mejor definición y la palabra más bonita que le puedo decir.

—Pero es tu madre… —Yo nunca hablaba mal de mis padres.

—Y no sabe ejercer como tal —completó la frase por mí.

—Eso no te da derecho a robar. —Intenté que su madre no fuera el centro de conversación.

—Supongo. Nunca he dicho que me lo dé. Está claro que es la manera más fácil de obtenerlo, y la menos honesta. —Encendió la tele y un cigarrillo al mismo tiempo.

—Y entonces, ¿por qué lo haces? —pregunté. Necesitaba que tuviera una buena excusa. Quería que en el fondo fuera bueno.

—Porque me gusta el camino rápido, supongo. —Se encogió de hombros y vio mi decepción en el rostro—. ¿Qué querías que te dijera?, ¿que no he tenido nadie que crea en mí y que lo necesitaba?

—Puede —respondí.

—¿Por qué? —preguntó con una sonrisa ladeada.

—Porque me habría resultado más fácil decirte que yo confiaba en ti que ver que no tienes arreglo —dije muy digna poniéndome derecha.

—A lo mejor si tú me lo pidieras, cambiaría…

No podía saber si lo decía de verdad o me estaba vacilando, para variar.

—No tengo ningún interés en que cambies. A decir verdad, me da igual lo que hagas con tu vida —mentí.

—Nunca seas actriz, Berta; eres pésima mintiendo. Claro que te importo, y lo demuestras con cada acto. Lo que todavía no sé es por qué te lo niegas a ti misma. —Volvió a intentar acercarse y yo empecé a notar que se me entrecortaba la respiración.

—Tal vez porque no quiero estar con un mafioso delincuente. Si tu teoría es cierta, tal vez buscaba ver algo bueno en ti para justificar mis actos, pero después de esta conversación, no tiene sentido. —Me mordí las uñas nerviosa para distraerme.

—A lo mejor yo soy mejor actor que tú. Puede que en verdad tenga algo bueno en mi interior, pero que enseñe la coraza para asustar a la gente. —Apagó su cigarro en el casco de una botella de cerveza.

—¿Y cómo se supone que debería saber qué es verdad y qué es mentira de lo que me dices? —Bajé las defensas que tenía puestas siempre que estaba cerca de Leone.

—Preguntándomelo y pidiendo que sea sincero. Creo que te concedería esa petición después de lo mucho que te he molestado —afirmó con una risa nerviosa—. Eso sí, hazlo con mucha educación —se mofó de mí.

—Está bien. ¿Puedes decirme quién es verdaderamente Leone, con sinceridad? —Esperó, y entonces me di cuenta de que faltaba una coletilla, así que la añadí—: Por favor.

—Así me gusta. Romeo Leone es uno de los italianos más atractivos. —Puse los ojos en blanco. Rio y continuó—: Aunque hoy no estamos aquí para hablar de sus encantos. Fui a la escuela pública, pero cuando vi que no tenía para comer, empecé a trapichear hasta que me echaron del instituto. Lo pasé mal, pero entonces me di cuenta de que trabajando era mucho más feliz y podía tener las cosas que necesitaba. Ya no tendría que mendigar por unos libros de segunda mano o usar un lápiz hasta que lo confundiera con las yemas de mis dedos. Encontré una profesión que no te gustaría y así he seguido hasta ahora.

—¿Eres feliz?

—Supongo —se encogió de hombros—, pero imagino que podría serlo más. —Clavó sus ojos verdes en mí.

—¿Algún ánimo de cambiar? —pregunté. Deseaba que su respuesta fuera adecuada, aunque suponía que no lo sería.

—Si lo que quieres decir es si lo dejaría…, la respuesta es sí. —Puso su sonrisa ladeada—. Imagino que será difícil, pero mi meta no es ser toda mi vida alguien de la calle. Me gustaría tener una casa que tuviera al menos unas sillas para invitados. —Abarcó con las manos su salón y rio mofándose de la estancia—. Y ahora creo que ha llegado el momento de que me digas quién es Berta.

—Berta es una chica de España que estudia Periodismo. Con una familia que se puede calificar como perfecta. Sueña con hacer las cosas por sí misma, tener un trabajo honrado y un hombre que le quiera —terminé orgullosa de mi resumen.

—¿Y qué hace con un mafioso peligroso de Nápoles? En su casa. Sola.

—Creo —bajé la vista hacia mis manos, pues me daba mucha vergüenza reconocerlo— que ni ella misma lo entiende. Puede que en algún momento se volviera loca y llegara a la conclusión de que detrás de ese físico sí existía algo interesante… —Me ruboricé.

—Yo creo que está equivocada y que deberías avisarla para que se alejase ahora que todavía tiene tiempo…

—Opino exactamente lo mismo que tú. —Mis ojos buscaron su boca mientras nuestras caras se acercaban atraídas por un magnetismo inexplicable. Con cada respuesta, esa atracción aumentaba, como si el sonido de nuestras voces nos sedujera e invitara a besarnos. Iba a hacerlo cuando mi oído captó unos gritos de pelea en el exterior que nos interrumpieron. Regresé a la realidad y, tras tirarme metafóricamente un cubo de agua fría encima, me separé—. Opino exactamente lo mismo que tú —repetí—, pero tal vez la chica no se puede alejar porque tiene el pelo manchado de vómito… —Había roto la química del momento adrede y noté su cara de decepción.

—Ve al baño y lávatelo —respondió—, tienes las toallas enfrente. Coge la rosita, que es la mía —bromeó, demostrando que no se había enfadado por rechazarle.

El servicio era tan pequeño como el armario que yo tenía en mi habitación. Lo peor es que tenía un aroma que me turbaba. Olía a él. A su piel, a su cuello, a su colonia… Por un instante me volví completamente loca y pensé en salir y lanzarme a su cuello y hacerle el amor allí mismo, en aquel sofá.

Abrí el agua fría e introduje la melena debajo del grifo del lavabo. El champú era de flores

silvestres, así que en cuanto me lo puse, el cabello dejó de oler a cerveza. Como me había dicho, cogí la toalla rosa y me reí imaginando que era cierto que él la usaba. Se caería un mito si la gente se enterase.

Una vez que terminé la sesión de «limpieza-belleza», abrí la puerta y cuál fue mi sorpresa al ser recibida por unos sonoros y graciosos ronquidos. No sabía lo que había tardado, pero Leone dormía a pierna suelta como un bebé, tirado en el sofá. Hacía movimientos mientras dormía y me pregunté qué estaba soñando. Le iba a despertar, pero me dio pena, así que me decidí por poner un canal de televisión y ver un absurdo programa de *zapping*.

Encima del cojín de la parte libre del sofá había una camiseta. Imaginé que era para mí, ya que la mía estaba manchada con pequeños redondeles marrones allí donde había caído la sustancia pegajosa.

Me metí en el baño y me cambié. Cuando me miré al espejo descubrí que la prenda blanca tenía un enorme mono en la parte delantera al que habían dibujado sacándose un moco. De nuevo, le imaginé con esta prenda y me reí. Tal vez el chico tenía un absurdo sentido del humor como me pasaba a mí, que me reía de cualquier tontería.

Me senté a su lado y estuve esperando hasta que Leone se despertó con uno de sus propios ronquidos.

—¿He dormido mucho? —me consultó mientras poco a poco se reincorporaba y daba un sorbo a un vaso de agua que estaba en la mesa desde por lo menos la noche anterior.

—Solo un poco —le mentí.

—¿He roncado mucho o te he dejado ver la tele? —preguntó divertido mientras se levantaba y se estiraba para desentumecer el cuerpo.

—Has dado un concierto que nunca olvidaré —bromeé.

—Por lo menos he logrado que nunca me olvides —se zafó—. Por cierto, te queda genial esa camiseta —se burló de mí.

—Imagino que mucho mejor que cuando te la pones tú…

—No es mía, aunque podría ponérmela; creo que me daría un toque de locura. Imagina a alguien con mi reputación vistiendo con ese mono —dijo mientras ponía los ojos en blanco y reía. Reía de verdad. Como nunca le había escuchado.

—¿Y ahora qué? —pregunté. Quería salir de la casa y dar una vuelta por ahí con Leone.

—Tú te vas a tu casa y yo veo la tele.

—Creo que no lo has formulado bien. Tú me llevas a mi hotel y luego te vienes a tu casa —expuse seria. Todo el rato había dado por hecho que él me llevaría de vuelta.

—Yo no te he dicho que te iba a llevar —leyó mis pensamientos—. Además, no tengo mi moto, no me la traen hasta dentro de tres o cuatro horas…

Me empecé a poner nerviosa.

—¿Y cómo voy a volver? No conozco la ciudad, y además no sé ni dónde estoy… —me alarmé.

—Calma, no estés siempre tan estresada —me tranquilizó—. Si quieres, puedes llamar a tus amigas. Decirles que llegarás tarde y esperar a que me devuelvan la moto, ¿no?

—No me gustan las motos —repuse. Era cierto, me daban auténtico pánico esos vehículos. No me sentía protegida. Prefería mil veces un coche.

—Cierra los ojos y ya verás como no pasa nada —vaciló.

Me apetecía quedarme a solas con él para conocerle mejor y saber si esa confianza que poco a poco se estaba ganando era merecida. En cierta medida, quería saber más de Leone. El chico representaba un misterio, un puzle que me atraía cada vez con más intensidad. El miedo a las

motos no era un motivo suficiente para llamar a un taxi y marcharme. Prefería enfrentarme a uno de mis grandes temores antes que separarme de él.

Algo que siempre hago cuando tengo miedo a una conversación es usar el viejo truco del mensaje. Es como si por SMS resultase más fácil enfrentarse a la realidad. Pones un texto, lo envías y ya está. No hay reproches, ni gritos, ni reprimendas que te asusten por la otra parte. Una cobardía practicada por mucha gente. En la pantalla escribí: «Llegaré tarde, paso el día con Leone. No os puedo llamar porque no hay cobertura. Estoy bien. Besos». Tecleé el número de Pilar —sabía que ella era más comprensiva— y le di a enviar. Cuando en la pantalla se iluminó «Mensaje enviado», apagué el móvil para que la coartada resultase creíble.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —pregunté nerviosa mientras me ponía a jugar con una lata vacía.

—Espera aquí, no tardo.

Leone se marchó dando dos grandes zancadas. Dejó la puerta abierta. Me levanté y observé cómo subía las escaleras a toda pastilla hasta el piso superior. En vez de llamar al timbre, gritó algo y una especie de respuesta sonó desde el interior de la otra vivienda. Sin esperar a que le abrieran, Leone entró.

Me quedé allí un rato, pero como no se oía nada, volví a sentarme en el sofá hasta que volviera.

—¿A qué has subido? —pregunté cuando oí que terminaba de bajar las escaleras y entraba por la puerta.

—A por una cosa. —Escondía algo detrás de la espalda sosteniéndolo en su mano derecha.

—¿El qué? —Me levanté y anduve hacia él.

—Es una sorpresa. —Antes de que pudiera decir nada más, yo ya estaba a su lado intentando ver qué tenía escondido. Ambos dábamos vueltas. Yo, para ver lo que tenía, y él, para impedírmelo. Le sujeté de la cintura y dando un saltito intenté observar por encima de su hombro. Él era más rápido que yo, así que no tuvo efecto—. Te dejaré ver el envoltorio —dicho esto, levantó una mano y pude ver el estuche de una cinta de vídeo. Era negro. No había carátula. De hecho, era grabado.

—¿Qué película es? —Temí que fuera una de tiros, acción y mafias. El tipo de películas que me pegaba para Leone.

—Te lo diré si me prometes que no te vas a abalanzar sobre mí para violarme ni nada por el estilo —volvió su versión chula.

—Creo que eso es fácil —respondí.

—Además, quiero avisarte de que la voy a ver solo porque tengo curiosidad —añadió.

—Vale. ¿Curiosidad? —me extrañé y continué con un mohín—. Por favor…

—Está bien. Toma. —Mientras me la tendía continuó hablando, pero yo solo podía atender al nombre que figuraba escrito a mano: *Titanic*—. Despertó mi curiosidad cuando leí esa lista tuya.

De repente, un temblor azotó mi cuerpo. No por ver *Titanic*, sino porque él se acordara aún de mi lista. Leone había tenido un gesto bonito conmigo. En esos instantes consiguió que me olvidase de todo… Incluso de la comida con Luca a la que me había comprometido a asistir.

CAPÍTULO 6



—Prométeme que no vas a ir deprisa —solicité por décima vez mientras me ajustaba el casco, poniéndolo tan prieto que incluso me hacía daño, como si eso me pudiera proteger de una caída inminente.

—Vale —contestó con voz cansina—. Estoy harto de decírtelo, iré a la velocidad estipulada, ni un kilómetro más… ni un kilómetro menos —puso especial énfasis en que no pensaba circular despacio.

—No sé si te lo he dicho, pero me dan auténtico pánico las motos, y más viendo cómo conducís aquí —maticé. Mi comentario no era gratuito, pues en el poco tiempo que llevaba en la ciudad había visto más «casi-accidentes» que en toda mi vida como conductora en Madrid. Eso, teniendo en cuenta que mi ciudad no era la mejor de España en cuanto a circulación, decía mucho de cómo tenía que ser Nápoles.

—Si sigues sin confiar en mí, al final vas a volver andando a casa —me amenazó Leone.

—No te atreverías —le reté.

—Nunca juegues con un napolitano —respondió mientras daba un golpecito a la parte trasera de su moto.

—Espera que llame a mis amigas para ver por dónde andan —dije mientras sacaba mi móvil del bolsillo.

En cuanto puse el código PIN —no sé por qué, pero instintivamente lo tapé de la mirada indiscreta de Leone—, el sonido de decenas de mensajes acabó con nuestra conversación. Me llegaron al menos diez SMS de golpe. Sin embargo, no eran todos de mis amigas, como yo suponía. Un nombre inundaba mi pantalla: Luca.

—¡Mierda! —dije en voz alta sin pretenderlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó preocupado mientras intentaba coger mi móvil—. ¿Tus amigas no han podido soportarlo más y se han largado a España sin ti?

—No —repuse con una mueca burlona—, pero se me había olvidado que hoy tenía un plan y he dejado a alguien plantado.

—¿Y ese alguien era muy importante para ti? —preguntó mientras enarcaba las cejas.

—No —respondí con más rapidez de la que deseaba—, es decir, no me importa porque apenas le conozco.

—¿Le conozco? Entonces es un chico, ¿no? —me cortó.

—Sí.

—Déjame adivinar, ¿el pagafantas de la discoteca?

—Luca no es ningún pagafantas —contesté crispada.

—Si te apetece estar con él, no hay ningún problema…; llámale y te llevo a su lado —contestó con sencillez, aunque no pude evitar ver un destello de celos en su mirada.

Otro mensaje sonó en mi móvil en el momento en que me disponía a contestarle. Esta vez el remitente era alguien a quien conocía bastante mejor: Tamara. «Estupendo, ya te has lucido. Espero que estés genial con el Duque. Cuando quieras regresar a la tierra, ven a las hogueras, que estamos con estos. Adiós.»—¿Está muy enfadada? —preguntó Leone preocupado al ver mi cara,

que se había tornado de un color más blanco que la pared.

—No me ha insultado, si te refieres a eso…, pero, sí, creo que esta noche la voy a tener calentita.

—Pues no vayas con ellas —dijo mientras se encogía de hombros, como si no comprendiese la situación.

—Ya, pero da la casualidad de que son mis amigas y he venido de vacaciones con ellas. Además, ¿qué haría yo una noche sola en ese hostal de mala muerte? —contesté.

—Seguramente yo te puedo ofrecer un plan mucho mejor —sugirió poniendo su sonrisa ladeada.

—Seguro, he oído que los planes de Leone son los mejores de toda Italia —ironicé—, pero, verás, verte con tus amigas y amigos —añadí para que no hubiera ni un matiz de celos en mis palabras— no es mi plan más ideal.

—Te habría reservado esta noche para ti solita…, pero como parece que no quieres, lo más que te puedo ofrecer es una maravillosa noche en las hogueras con mis amigos y mis múltiples amigas —sentenció mientras sonreía al ver que me ponía roja.

—Oh, me parece un plan bastante bueno, pero como mis amigas y *amigos* —pronuncié esta palabra con toda la lentitud que pude— también estarán allí, creo que prefiero pasar una noche con ellos.

—*Touché,* te llevaré con esa gente entonces. Eso sí, si en algún momento cambias de opinión y prefieres que nos perdamos entre las rocas, no tienes nada más que decirlo.

—No creo que se dé el caso… —dije mientras me montaba a horcajadas en su moto.

—Siempre tan mala conmigo… —no había terminado de hablar cuando con un rugido la moto se puso en marcha.

Pese a que era consciente de que Leone no iba ni la mitad de rápido de lo que podía, sentí mucho miedo y tuve que agarrarme a él con todas mis fuerzas, como si estar unida a su cuerpo pudiera protegerme de cualquier accidente.

—Una buena excusa la de fingir que te dan miedo las motos para abrazarte desesperadamente a mí —bromeó con su socarronería particular.

El viento soplaba y se agitaba a ambos lados de mi cuerpo. Llevaba los ojos cerrados apretando fuerte los párpados para no ver pasar la ciudad a toda velocidad, como si eso disminuyera la sensación de peligro que me paralizaba el cuerpo. Mis manos estaban enlazadas en el torso de Leone, un torso que se me antojó duro como una tabla de salvación en mitad del océano.

De vez en cuando notaba que se giraba para mirarme y reía. Me imaginé las pintas que debía llevar montada ahí detrás, con los ojos escocidos de cerrarlos con tanta fuerza, y por un momento me reí de mí misma.

Fue una de sus manos, la derecha. Esa parte del cuerpo se posó sobre mis manos acariciándome. Al principio pensé que era porque le hacía daño y quería que aflojase —aunque no pensaba hacerlo, claro—, pero sus dedos empezaron a buscar los míos, a intentar enredarse y perderse entre ellos, y al momento siguiente, mis manos cedieron y empezaron a dejarse querer por esos dedos. Un regusto mitad amargo, mitad dulce, empezó a surgir de lo más profundo de mis entrañas, y antes de que me pudiera dar cuenta era yo la que necesitaba tenerle cerca, la que había derribado las barreras y la que le tocaba como si ese contacto, en vez de quemar, fuera reconfortante.

Abrí los ojos con temor y lo que vi ante mí me resultó bello. La costa con sus olas rompiendo en las grandes rocas se extendía a mi derecha. Miles de pequeñas hogueras iluminaban como

unos farolillos a los cientos de personas que se habían congregado allí y, justo al final de donde me alcanzaba la vista, un gran castillo iluminado presidía esa noche.

Leone se giró lentamente. Quise gritar que mirara la carretera, que era un loco, que me había prometido que sería prudente, pero en lugar de eso cogí aire mordiéndome el labio, tensa, con deseo, suplicando sin palabras que parase en cualquier lugar y me besase con locura.

Él podría haber accedido a mi silenciosa petición. De hecho, aún creo que él quería besarme casi más de lo que lo anhelaba yo. Sin embargo, como todo en él era impredecible, esa noche, en vez de actuar como el cerdo de ganado que era, decidió ser el caballero. Simplemente miró al frente y soltó mi mano, dejándome perdida.

—Ya hemos llegado —anunció poco después.

—Gracias. —Me bajé de la moto con la mayor rapidez posible para huir de la situación incómoda e intentar que mis piernas temblorosas encontraran el equilibrio.

—Creo que he visto a tus amigos allí. —Me señaló el peñón más próximo.

En medio de toda la marea de gente, una joven bailaba sin parar y reía de manera escandalosa. Reconocí a Tamara de inmediato. Pero no me quería ir, quería seguir hablando con él e hice un patético intento para conseguirlo.

—Podrías venir…

—…Y sería una noche de lo más agradable —puntualizó.

No supe qué contestar, porque él tenía razón. Si se sentaba en nuestra hoguera, todo serían malas caras y no solo fastidiaría su noche, sino también la de mis compañeras, esas que habían pasado un día entero preocupadas a la vez que enfadadas y todo por mi culpa y mi mala cabeza.

—Llevas razón —admití.

—Si cambias de opinión…, pregunta por mí…, seguro que alguien me conoce —sonrió y se largó, esta vez sin respetar ningún límite de seguridad.

* * *

—¿Dónde coño te has metido? —esa fue la primera frase del *caluroso* recibimiento de Tamara. Cuando mi amiga introducía tacos en sus frases, quería decir que estaba muy pero que muy enfadada.

Nos habíamos apartado un poco para no montar el numerito en medio de toda la gente. Aun así, el alcohol hizo que su tono de voz no fuera el más… ¿adecuado?…, y las personas de alrededor se giraron, unos con curiosidad, otros con el ansia de que la pelea llegase a más.

—He estado con Leone.

—Eso me deja mucho más tranquila —escupió Tamara mientras con un gesto dramático elevaba las manos al cielo.

—Solo le he ayudado con un problema y hemos visto una película —me justifiqué.

—Muy bien. Ahora solo falta que me digas que ese *problema* es pasar drogas y que eres una de *ellos* —dijo mientras señalaba al peñón más alto, aquel en el que más gente había y en el que estaba Leone—. ¿Y la película, cuál ha sido?, ¿*El padrino?* O mejor…, ¿alguna en la que la protagonista acaba con un tiro por estar con el chico malo?

—Para, por favor —dije sabiendo que llevaba razón en todas y cada una de las palabras que me estaba dirigiendo—. ¿Pilar? —busqué su apoyo.

—Berta…, Tamara lleva razón. Nos has tenido todo el día preocupadas con tu móvil apagado…

—No había cobertura —mentí.

—Mira, encima no me seas embustera —me espetó Tamara—. Sabes perfectamente que has

apagado el móvil para no tener que escucharme porque, sencillamente, querías hacer lo que te viniese en gana, y eso has hecho. Y como consecuencia lógica, ahora nosotras, tus amigas, te echamos una bronca de campeonato por la preocupación.

—Te he visto bailar y no parecías muy «preocupada» —dije mientras me arrepentía por echarle en cara que disfrutara.

—¿Encima me dices eso? No, si quieres, me quedo en el hotel esperando a que te salga de las narices encender el maldito móvil.

—Chicas, ¿tregua? —interrumpió Pilar—. Berta ha actuado mal y lo sabe —Tamara sonrió con suficiencia—, pero, Tamara, también tienes que aceptar que ella actúe como vea conveniente. Berta es la «más formal» —entrecomilló— de nosotras y, si quiere salir con el León ese o como se llame, tampoco se lo podemos prohibir.

—¡Pero si lo hago por su bien! —objetó Tamara enfadada.

—Y seguro que ella lo sabe —siguió Pilar—, pero no es tu hija y tienes que dejar que tome sus propias decisiones. —Y mirándome, añadió—: Siempre que esas decisiones no la pongan en peligro.

—Chicas, lo siento, tenía que ayudarle en algo importante, y de verdad que hoy ha sido un encanto —me justifiqué.

—Un encanto —repitió con acritud Tamara—. Por lo menos espero que no te hayas enamorado de él. Porque si no… —me señaló su peñón.

Y por supuesto, allí estaba él. En una mano, un cubata, y en la otra, una chica que le bailaba tan cerca que poco más y sus labios se rozarían. Aunque sentí una punzada de dolor, aunque fue como si me estuviera traicionando, me limité a permanecer impasible y agregar:

—He dicho que ha sido bueno a su manera, no que me guste, y mucho menos que yo tenga algo con él.

—Bueno —añadió Tamara algo más calmada—, en ese caso, te perdono.

Pese a que me apetecía seguir discutiendo, me di cuenta de que no podía. No con ellas. Mis amigas no tenían culpa de lo que me estaba pasando, y es que me moría de celos de una manera irracional.

Había regresado a los quince años. Italia me había devuelto a mi más visceral adolescencia. Mientras me sentaba al lado de Luca, no podía evitar mirar de reojo a esa roca que ahora me quedaba tan lejana y que durante fragmentos de esa tarde había pensado que era mía. Con total determinación, cogí la botella y dije:

—Juguemos al «yo nunca».

—¿Qué es eso? —preguntó Marco.

—¡Ay, qué mono! —comenzó Tamara mientras le daba un beso a su amor de verano—. El «yo nunca» es un juego español. Alguien dice «yo nunca he…», y lo que sea, y quien lo haya hecho tiene que beber.

—¡Ah! A eso también jugamos aquí —dijo Marco.

—¿Quién empieza? —pregunté impaciente.

—Yo no sé si jugar… —dijo Pilar.

—Venga, no seas aguafiestas —añadió Tamara.

—Empiezo yo —las corté—. Yo nunca he ido a Italia.

Todos levantamos nuestro vaso y bebimos. Pegué un trago que me dejó un regusto amargo a ron mezclado con Coca-Cola, pero era otro regusto el que me preocupaba aún más.

Dos horas después y más chupitos de ron de los que me gustaría recordar, todo me daba vueltas. No podía parar de reír y de hablar. El alcohol había aproximado a todas las parejas entre

sí, que ahora se situaban más cerca y estaban más acaramelados que cuando habíamos llegado. Todas menos yo, que me encontraba en la misma posición y a la misma distancia prudencial de Luca, mientras que él me miraba de reojo analizando la situación y buscando el mejor momento para actuar, si es que ese momento llegaba.

Cuando vio que perdía un poco el equilibrio, lo debió interpretar como el signo que estaba esperando, pues no tardó en preguntarme muy amablemente, como todo en él, si quería acompañarle a dar un paseo por la playa.

Mi respuesta natural habría sido un no rotundo. Ya me estaba arrepintiendo de todo el alcohol que había consumido adelantándome al resacón tropical que tendría al día siguiente y, además, por fin sabía a ciencia cierta que no era con Luca con quien quería estar esos días, ni con ningún otro. No me gustaba dar falsas esperanzas, pero cuando mi visión captó a Leone andando con una chica por esas rocas, algo se adueñó de mí y pronunció el sí más sonoro que había dicho en mi vida.

Pese a ir andando con Luca, apenas recuerdo nada de lo que me decía. No me interesaba lo que me contaba. Es verdad. Yo asentía y reía intentando hacerme notar, pero lo que en verdad buscaba es que la persona que se encontraba a diez metros de distancia se girara al oírme y dejara a su compañera. Captar su atención.

A la luz de la luna, Leone parecía más guapo que nunca. La chica debió darse cuenta, porque no paraba de mirarle y de acercarse cada vez más y más con roces y cariños, actitud que él le permitía de buen gusto. Cuando vi que su acercamiento era inminente, decidí que era el momento de parar de mirar y hacer caso a mi acompañante. La sorpresa vino cuando me di cuenta de que otro beso estaba a punto de suceder. Me aparté en el instante justo en que sus labios rozaban los míos.

—¿Qué haces, Luca?

—¿Cómo? —preguntó contrariado.

—¿Qué haces? —repetí enfadada.

—¿A qué te creías que venías? —dijo mientras se acariciaba con rabia los rizos rubios.

—Bueno —me tranquilicé—, lamento si te he dado falsas esperanzas, pero yo no venía a andar con la misma intención que tú —puntualicé. Si él supiera cuáles eran mis intenciones en realidad…

—¿Entonces, a qué narices creías que veníamos? —preguntó lo más borde que pudo. Aun así, me controlé antes de contestar:

—A pasear como dos amigos…

—¿Amigos? —preguntó incrédulo mientras se reía—. Berta, tú y yo no somos amigos. El único motivo por el que paseo contigo es porque busco este beso, porque creía que eras una facilona como tus amigas, como cualquier chica que viene de vacaciones —sentenció pagado de sí mismo, rencoroso.

—Pues lamento informarte de que no soy así —contesté elevando la voz.

—No. Tú eres peor. Eres una cerda de las grandes. Ya veo que solo quieres follarte a mafiosos.

—Estás borracho —dije mientras intentaba controlar a mi mano derecha, que lo que más quería era darle un guantazo y espabilarle.

—¿Necesitas ayuda? —resonó una voz detrás de mí.

—No, puedo cuidarme yo solita —me giré desafiándole. La luz de la luna marcaba cada detalle de su cara y por un momento perdí el sentido, pero duró poco tiempo, pues yo no me dejaba engañar por un físico—. Anda, vuelve con tu amiga, que yo me encargo del mío. —Le di

la espalda.

Leone me agarró del brazo y me crispé. No entendía cómo actuaba, pero estar con una chica toda la tarde y llegar e irse con otra no era lo más normal. Al menos yo no me comportaba así y, como tal, no estaba dispuesta a exigir algo inferior a lo que yo daba.

—Prefiero quedarme contigo —me dijo al oído y, pese a que era lo que quería oír, ahora no lo creía.

—Ya, pero es que yo ahora no quiero estar contigo —dije mientras me encaraba a él.

—Pero si no he hecho nada —rio.

—No tienes que hacer nada para que a mí no me apetezca verte la cara —contesté con brusquedad.

—Te dije que no era hombre de una sola mujer…

—Y yo te dije que no quería perder mi valioso tiempo contigo…

—…Y, sin embargo, te he hecho cambiar de opinión. —Estaba divertido mientras se acercaba a mí ante la atónita mirada de su compañera.

—Pero no lo has conseguido. —Aparté la mirada.

—No eres buena actriz, Berta. —Trató de agarrarme las manos. Con un movimiento me solté.

—Eso no cambia que no quiera verte más.

—Mientes —dijo suavemente en mi oído y me agarró de la cintura.

—¿Qué? No miento, es más…

—¡Cállate!

Antes de que pudiera reaccionar, sus brazos me aprisionaron y me besó. Intenté zafarme, escapar. Quería apartarme, pero no podía; él me besaba con pasión, era suya y no dejaría que me marchara. Respondí a ese beso con ansia, con rabia y con desprecio, pero a él parecía no importarle. Siguió besándome sin parar, apretándome contra él para que no me escapara. Sus brazos fuertes me sujetaban y su boca devoraba mis labios lentamente. No pude aguantar y le correspondí de nuevo. Fue un beso de pura pasión en el cual me hice hasta daño, pero quería que él fuera mío de la misma manera que yo estaba siendo suya. No podía parar, quería más y más…, necesitaba que Leone me lo diera todo, quería que sus labios no se separaran, quería abrasarle como él lo estaba haciendo conmigo. Pero el mundo no se había paralizado y un «puta» proveniente de mi amigo Luca hizo que se produjera la separación. Los puños de Leone se crisparon e iban directos a la cara de Luca.

—¡No! —grité.

—Te ha insultado —dijo Leone.

—Va borracho —contesté yo.

—Eso no le da derecho a decirte nada.

—Ni a ti a pegarle —reproché.

—Es la manera que tengo de solucionar las cosas —explicó.

—No conmigo —le corté—. En el país de la civilización las cosas no se solucionan a hostias.

—Está bien —dijo apartándose de mí visiblemente enfadado.

—¿Te vas? —le pregunté al ver que cada vez se alejaba más de mí.

—Es lo que quieres, ¿no? —afirmó.

—No.

Fui directa hacia él y esta vez yo tomé las riendas del beso. Fue tan diferente… Le besé con ternura, despacito, suave, disfrutando de nuestras lenguas fusionadas. Sus labios buscaron mi cuello y me dejé querer mientras un cosquilleo recorría todos los puntos nerviosos de mi cuerpo.

La gente nos miraba, unos reían y otros cuchicheaban, pero a mí todo eso me daba igual, yo solo sentía su boca desesperada por toda mi cara.

Con los labios un poco doloridos, nos separamos.

—¿Y ahora qué? —me preguntó mientras me miraba intensamente.

—Ahora me propondrás un plan para mañana y yo aceptaré —respondí.

—Mañana volverás a no querer saber nada de mí. —Sonrió irónicamente—. Hoy vas borracha, pero no creo que este estado te dure doce horas.

—Dime el plan y verás si voy o no —le reté.

—Mañana a las once, en el embarcadero —dijo después de meditar un rato—. ¿Estarás?

—Claro que sí —contesté con seguridad, y tras una pausa, añadí lo que supuse le daría la seguridad—, Romeo.

—¿Cómo has dicho? —dijo mientras sus manos agarraban las mías.

—Iré contigo, Romeo —me reafirmé.

—Creí que nunca me ibas a llamar Romeo —bromeó.

—¿Acaso no puedo? —pregunté mientras mis dedos se enlazaban con los suyos.

—¿Sabes lo que eso significa?

—Creo que sí.

—¿El qué?

—Mañana, si apareces, te lo digo.

—¿Tienes miedo de que ahora que te tengo no vaya? —dijo presuntuoso.

—No, sé que estarás allí y serás tú el que tenga miedo de que no aparezca yo.

—Estás muy segura de ti misma.

—Puede, pero estoy más segura de ti —respondí con más firmeza y seguridad que nunca.

* * *

En la pantalla del móvil aparece la cara alegre de Alessio. Leone piensa que tal vez ha sido la única vez que ese hombre ha sonreído en su vida. De hecho, si no existiera esa prueba visual, creería que el capo solo tiene esa imagen despiadada e inhumana que le domina la mayor parte del tiempo.

Está borracho y disfrutando de las hogueras. Aún guarda el regusto dulce del beso que acaba de dar a la española y que le ha hecho sentir algo, no sabe muy bien definir el qué, después de lo que se le antoja una eternidad.

No quiere responder al móvil. Sin embargo, es consciente de que no tiene elección. Desde el día en que decidió ingresar en los Salvatore, supo que poseería las mejores tecnologías y no tendría jamás ningún problema económico. También firmó una sentencia con la que aceptaba un trabajo en el que debía estar disponible las veinticuatro horas del día. Las excusas no existían en su acuerdo.

Con uno de esos regustos amargos que eliminan la alegría por la ilusión de un nuevo amor, se aparta del grupo para responder a la llamada.

—Dime. —No hay saludos ni cordialidades. Sabe que si Alessio le llama es porque quiere algo y que el hombre odia malgastar palabras a lo tonto.

—¿Estás ocupado? —pregunta con una voz tan carente de vida que Leone piensa que es lo más similar a hablar con un fantasma.

—No. —Por supuesto que está haciendo algo, pero sabe que no es a eso a lo que se refiere su compañero. El único significado que tiene para su interlocutor la palabra «ocupado» es estar haciendo algo que ayude a salvaguardar o a aumentar los intereses de la familia.

—Necesito que estés en la esquina con la vía de la Fontana en diez minutos. ¿Te dará tiempo?

—¿Es algo importante? —se aventura a preguntar el muchacho, pues sabe que si debe llegar en tan poco tiempo tendrá que acudir a una velocidad que incluso a él le da miedo. Aunque lo hará igualmente si es necesario.

—No has formulado la pregunta correcta —le corrige con su voz de serpiente—; para temas de la familia, siempre es algo importante. La duda es: ¿merecerá la pena que te mates en la carretera por este trabajo? —y sin darle tiempo a decir nada, contesta—: y la respuesta es no. Ven a un buen ritmo —lo que quiere decir deprisa—, y no me hagas esperar, pero llega vivo. —Y sin añadir nada más, sin ningún tipo de despedida, cuelga.

Leone se coloca la cazadora de cuero negro y corre hacia su moto sin dar explicaciones a nadie. A ninguna de las personas que están allí les sorprende esta actitud, pues no es la primera vez que su amigo actúa así. En ocasiones incluso han pasado días sin saber nada de él y el temor a que esté muerto les invade. Por ahora, siempre ha salido ileso.

En la carretera se siente libre, con el aire azotándole a ambos lados de la cabeza. Por la noche los coches van a toda velocidad y los que llevan conductores borrachos hacen adelantamientos indebidos, carreras, y serpentean a los demás para llegar los primeros a su destino. Él pasa tan veloz a un lado y a otro de los vehículos que la mayoría apenas le ve y otros creen que simplemente ha sido un destello cegador. Le gusta la velocidad y mucho más cuando esta viene del dominio que tiene sobre la moto. Su vehículo es más una prolongación de sí mismo que una mera máquina.

Entre el sonido de los motores se distinguen los insultos de algunos conductores que deben frenar a su paso. Se gira para intimidarles y justo cuando mira de nuevo al frente se da cuenta de que debe frenar en seco. Hay una retención de coches parados debido a algún accidente.

Se mueve lentamente a ambos lados de la carretera, intentando identificar en qué lugar se ha producido el choque. No es algo a lo que no esté acostumbrado, puesto que en Nápoles decenas de personas mueren por accidentes de tráfico cada día.

Justo frente a él e iluminado por las farolas de un túnel que comienza en menos de diez metros, hay una moto tirada al lado de una verja en la que nadie repara. En el centro de la vía, un cuerpo tapado con una manta reflectante amarilla atrae todas las miradas. Las personas se empiezan a agolpar a su alrededor y los policías toman notas a diestro y siniestro. También hay un par de ambulancias, aunque estas poco pueden hacer.

Leone simplifica la ecuación y llega a la determinación de que el arcén derecho es la mejor opción para poder pasar por su lado y continuar su camino.

Cuando está a su misma altura, distingue la zapatilla Nike que se le ha debido caer al muerto y, tras echarle una ojeada, se atreve a aventurar que este no llevaba el pesado y molesto casco. Casi roza a la mujer que se baja de un coche oficial llorando y que parece ser la madre del desafortunado niño.

Como es la tradición hacer cuando alguien pierde la vida en la carretera, Leone se eleva en un caballito y, mirando a la noche estrellada, pide por el alma de ese chico que ha abandonado la Tierra. Luego coge velocidad y antes de darse cuenta debe frenar otra vez haciendo chirriar las ruedas, aunque en esta ocasión se debe a que ya está en el punto de encuentro con Alessio.

El hombre al que más teme la población de Nápoles está tranquilamente apoyado en una farola en la esquina en la que habían quedado, sin inmutarse por la presencia de decenas de jóvenes bebiendo y empuñando navajas. Leone sabe que Alessio no tiene nada que temer, ninguno de los que están allí se atreverían siquiera a mirarle si él se lo dijera.

—Hola —dice mientras Leone se aproxima sin mirarle directamente a los ojos. Cualquiera podría pensar que el hombre, más que ver, presiente a las personas—. Vamos —continúa mientras le señala que crucen el paso de peatones y vayan a una tienda. Según puede ver Leone, se trata de una frutería que hay en la esquina de la calle.

—¿Qué hay que hacer? —pregunta Leone para ser informado en los apenas cinco segundos que tarden en cruzar.

—Fabricio, el dueño de la frutería Fontana —explica—, lleva un par de meses sin darnos nuestro impuesto. —A Alessio le encanta llamar «impuestos» al dinero que piden a pequeños comerciantes por la seguridad del negocio. No es que la zona sea mala y haya muchos ladrones que les intenten robar, es que, si no les pagan, serán los propios miembros de los Salvatore los que se encarguen de hacerlo—. Por eso creo que debemos hacerle una visita, para recordarle que los impuestos son obligatorios y nadie se puede dar de baja.

El único gesto que hace Leone ante ese comentario es asentir y situarse muy cerca de su compañero.

En el expositor de fuera, el dependiente tiene manzanas, naranjas y cerezas. Alessio saca una navaja y pincha la manzana más roja de entre todas. Leone permanece quieto mirando a través del escaparate el interior de la tienda, vigilando que no haya nadie de otra banda dentro.

Una campanilla suena mientras abren la puerta y cruzan el umbral situándose al lado del mostrador. Desde lo que supone será una sala de descanso dentro del propio negocio se oye la voz de un anciano que grita: «Ahora voy».

El dueño de la tienda aparece entre estornudos que denotan que a sus setenta años no tiene muy buena salud. En cuanto su mirada recae en Alessio y la manzana clavada en la navaja, palidece y, sin dar tiempo a que ellos le digan nada, se tira de rodillas al suelo mientras pide perdón entre sollozos.

—Lo siento mucho, señor Alessio —comienza mientras las lágrimas pueblan su cara y su pelo blanco se le pega a la frente, fruto de los sudores repentinos—. Debía haber llamado. Lo sé. Es mi culpa. —Y se golpea el pecho con fuerza con la mano.

—Para —le ordena Alessio, y el hombre enmudece en el mismo instante en que pronuncia esta frase—. ¿A qué se debe el impago de los impuestos, Fabricio? —le pregunta con tal sequedad que el hombre vuelve a temblar.

—Mi hijo y su mujer se mataron hace un par de meses.

—No me importa —le interrumpe—, a no ser que se deba a que has pagado con nuestros impuestos su funeral, en cuyo caso…

—No, no —y al ser consciente de que le ha cortado la palabra, añade—: No les habría hecho un funeral lujoso si eso conllevara dejar de pagarles a ustedes. Hicimos lo básico que nos ofreció el seguro. Se lo juro.

—¿Entonces?

—Mi hijo tenía un pequeño y ahora me tengo que hacer cargo de él…

En ese momento Leone se percata de que alguien espía a través de las cortinas que dan a la otra sala. Un niño de unos siete años que los mira temeroso desde el otro lado.

—¿Y? —le insta a continuar impaciente.

—La matrícula del colegio, los muebles, la ropa…, fue demasiado gasto para un comerciante como yo… —se excusa.

—¿Me quieres decir que no nos vas a poder pagar?

—No, no, no —contesta rápidamente—, solo pido que me deis este mes de margen.

—¿Margen? —Alessio se adelanta unos pasos hasta situarse frente al hombre arrodillado y,

sacando la navaja de la manzana, se la coloca en la mejilla. Leone mira al hombre, a Alessio y al niño, y un deje de culpabilidad le recorre por dentro haciéndole sentir de lo más incómodo, aunque por fuera no se inmuta.

—Podrán subirme la cuota —grita el asustado anciano.

—No es que podamos, es que lo vamos a hacer —puntualiza Alessio.

—Les daré lo que quieran, pero no me hagan daño —suplica Fabricio, y Leone tiene que apartar la mirada, pues le entran ganas de vomitar.

—Está bien —se aparta sonriente Alessio—. Por lo pronto, me llevaré… —Echa una ojeada rápida por todo el comercio antes de contestar—: tu anillo.

—Es mi anillo de bodas —agrega el hombre mientras lo mira con pesar.

—Tu anillo —repite Alessio elevando la voz, y en tres segundos lo tiene en la palma de su mano—. Ahora te debería destrozar la tienda y darte alguna tunda, pero estoy bastante cansado… —Entonces cambia el rumbo de su mirada y dice—: Leone, lo harás tú —ordena—, y a ti —vuelve a mirar a Fabricio— solo te digo que espero tener el mes que viene todo el dinero si no quieres quedarte sin nieto también. —Y antes de salir, lanza la manzana que tenía en la mano dando al pequeño en la cabeza, demostrando así que durante todo el rato ha sido consciente de su presencia.

Leone le ve partir y se queda con el hombre humillado. Sabe cuál es su deber: tirar toda la fruta, romper un par de cosas, pegar algún manotazo al anciano y marcharse a seguir con la fiesta.

Se dispone a hacerlo cuando el niño sale de su escondite llevándose la mano a la cabeza y limpiándose las lágrimas con su pequeña camiseta de imitación de la Selección española. A la memoria le viene otro niño no tan diferente llorando mientras su madre borracha daba tumbos por la casa.

Pero esta estampa es diferente. Fabricio se levanta corriendo y acude a consolar a su nieto y, casi con la misma velocidad, Leone se marcha mientras la frase «Eres un monstruo» con el timbre de voz de Berta repiquetea en su cabeza.

CAPÍTULO 7



La isla de Capri se extendió ante mí como si se tratara de un torrente de colores y naturaleza en estado puro; una imagen única, de esas que guardas en tu memoria para recurrir a ellas en momentos de melancolía. Su extensión era pequeña y se encontraba en mitad del Mediterráneo, sin nada que enturbiara su presencia ni le pudiera hacer la competencia.

Se me antojó como un puntito de colores azules, verdes y blancos en medio del inmenso azul celeste del mar. Las olas lamían la arena de sus playas y hacia el firmamento se alzaban cientos de árboles que la dotaban de un aspecto señorial. La fusión de la montaña y el mar más maravillosa que había contemplado nunca. Las pequeñas manchas blancas, que se correspondían con las casas de los millonarios que podían pagar vivir en el paraíso, eran lo único que perturbaba la magnífica visión que tenía ante mí.

Noté que Romeo se removía inquieto a mi lado; me miraba, intuyo, intentando adivinar si su idea me estaba gustando o no.

—¿Impresionada? —preguntó tratando de mostrar seguridad, aunque su porte le delataba.

—Un poquito —me hice de rogar. Sin embargo, imagino que la sonrisa tonta que llevaba pintada en la cara delataba mis verdaderos sentimientos.

—Eres una chica difícil —contestó mientras me sonreía—. Cualquiera de mis chicas se moriría por que yo hubiera hecho algo así por ellas.

—Ya, pero yo no soy cualquiera de *tus chicas* —maticé enarcando las cejas, fingiendo estar molesta ante su comentario.

—No, está claro que no —respondió instintivamente, y sus ojos dejaron de observarme para otear el horizonte.

Nada más bajar del *ferry*, Romeo me guio hacia una pequeña cala. Una de las cosas que más me llamó la atención es que, a diferencia de España, aquí la mayoría de las playas no eran públicas.

En Italia, los dueños de bares y chiringuitos también poseían la naturaleza más preciada: la costa y el mar. Tan solo un rinconcito junto a unas rocas de color negro plomizo permitía a los bañistas con poco nivel adquisitivo sumergirse en las aguas cristalinas.

Dejé mi toalla de Bob Esponja en la única zona de la arena que encontraba vacía. El resto estaba abarrotado de los cientos de bañistas que habían acudido a pasar el día. Romeo hizo lo propio y se colocó a mi lado, sin poder evitar la cara de dolor cuando sus pies se encontraron con la ardiente arena. Con un estirón se arrancó la camiseta, rudo, como casi todo en él. Su cuerpo era un espectáculo y, aunque antes no lo había valorado, ahora que sentía a Romeo un poco mío, me permití el lujo de disfrutar de sus músculos, de lo trabajados que estaban, de su belleza.

—¿Te gusta lo que ves? —dijo cuando se percató de que estaba embobada mirándole.

—Sí, es una playa muy bonita —contraataqué haciéndome la tonta mientras él reía.

Con tranquilidad me quité el vestido color verde que me había puesto, dejando al descubierto mi cuerpo ataviado con un no excesivamente bonito ni provocador biquini blanco.

Nunca había estado insegura de mi figura, ni mucho menos. No era una tabla ni una bola. Tenía carnes en algunos sitios en los que probablemente con una dieta más sana no existirían,

pero lo más importante es que me sentía bonita. Siempre había creído que estar a gusto con una misma era lo único que necesitaba una mujer para sentirse guapa, y yo, a mi manera, lo estaba.

Aunque no permitiría sentirme inferior por la opinión de un chico, reconozco que cuando miré a Romeo temí que se arrepintiera de la atracción que desataba en él. Atracción que aún no comprendía del todo cómo había surgido. Ocurrió todo lo contrario: frente a la mirada atónita de las múltiples damas con aspecto de modelos que plagaban la playa, él me miró con una amplia sonrisa, como si yo fuese la cosa más bonita que había tenido delante en su vida, y eso me dio una seguridad que me acompañaría el resto de mi vida.

Me senté a su lado mientras me ponía la crema y, aunque no quería que influyesen en mí, las miradas, las risas y, sobre todo, el notar que una buena parte de las mujeres situadas a mi alrededor me estaban juzgando, acabaron por crispar mis nervios.

Es algo que no comprendía del género femenino. Pese a que somos las primeras que tenemos miles de complejos, también somos únicas a la hora de criticar. Si ves a un chico guapo, el instinto gatuno hace que de manera automática comiences a sacar miles de defectos a la mujer que le acompaña, la mayoría físicos, independientemente de conocerla o no. Pocas veces las chicas se plantean que la mujer que está al lado de ese hombre también tiene sentimientos, que si ese chico la ha elegido a ella es porque le gusta, y que sacar sus imperfecciones no va a hacer que el chico se fije en ti ni, desde luego, que deje de quererla a ella.

—Vamos a correr —me animó Romeo interrumpiendo mis pensamientos.

—Creo que no —reí—, partiendo de la base de que corro como un pato mareado, no creo que aguantase tu ritmo. Es más, no creo que aguantase más de cinco minutos —puntualicé.

—Muy mal, Bertita —se burló—. ¿Nunca has oído lo de *mens sana in corpore sano*?

—¿Sabes latín? —le pregunté asombrada.

—No, ya sabes que no soy tan listo —dijo mientras se cruzaba de brazos—, aunque sé el significado de esa expresión. Pero no cambies de tema, ¿la conoces? —preguntó.

—Sí.

—Entonces sabrás que no vale solo con *cultivar* tu mente, sino que también hay que cuidar el cuerpo…

—Lo dice el que se fuma un paquete de «pitis» a la semana —le corté.

—Y eso me lo dice la que ayer apenas sabía hablar de los cubatas que se había tomado…

—*Touché* —reconocí.

—Como quiero que hoy nos llevemos bien —añadió—, te ofreceré un deporte mucho más simple que creo que hasta un pato mareado puede llevar a cabo.

—¿Cuál?

—Unas palas con una pelotita…, ¿sabrás? —preguntó con suficiencia.

—Sí —dije mientras me levantaba y sacudía la arena que se me había pegado en el trasero.

—Sabes que no me ganarás, ¿no? —dijo poniéndose él también en pie de un salto asombroso, señorial.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque yo no te voy a dejar ganar —se encogió de hombros—, no soy un caballero… Espero que eso no te suponga ningún problema.

—¡Cállate y juguemos! —grité mientras corríamos hacia primera línea de mar para que nuestros pies se mojasen con la espuma del agua que llegaba a la orilla.

Podría mentir y decir que gané y, además, por bastantes puntos. Seguramente él nunca se enteraría de esto, pero quiero ser honesta y he de reconocer que ese día sufrí la derrota más aplastante de toda mi vida. Perdí la cuenta cuando llevábamos veinte puntos a cero. Eso sí,

recuerdo que en algún momento de la tarde, entre chapuzón y chapuzón, mis palas le derrotaron en un maravilloso punto que celebré como si se tratase del número ciento noventa.

El agua, las aguadillas, el sol, la arena que cae por mi cuerpo, el batido más fresquito jamás tomado, la *pizza*, ese helado que se estampa en la cara, las gaviotas, las olas chocando contra las rocas, las conversaciones, los roces casuales, las risas… son imágenes fugaces que acuden a mi memoria cuando intento, años después, rememorar ese día en que tan feliz fui y que tan lejano me parece ahora.

Recuerdo una de las cosas que más le gustó a Romeo de mí, uno de los momentos en los que vi que su percepción cambiaba, uno de los múltiples y absurdos instantes de esa tarde que, para bien o para mal, lo cambiaron todo.

Romeo se había empeñado con todo su ser en que debíamos tomar una *pizza* napolitana, las mejores del mundo, según su experta opinión. Por más que me lo repetía, yo no paraba de pensar en esas jugosas *pizzas* del Telepizza que, pese a denominarse comida basura, tanto me gustaban a mí.

Al final yo me pedí una de salmón y él, la caprichosa. Cuando trajeron la comida, hizo uno de sus típicos comentarios:

—¿Me empiezo a comer tu *pizza* ya o espero? —propuso mientras devoraba su primera porción hambriento.

—¿Cómo dices? —dije mientras, con cuidado (tampoco quería mancharme), partía un minúsculo cacho con el cuchillo y el tenedor.

—Se me hace raro no escuchar el típico comentario de «uf, qué grande es, no creo que pueda con toda» —imitó una voz femenina repelente, con pose incluida.

—Es que yo no soy una chica típica —dije mientras dejaba el cuchillo y el tenedor y comía la *pizza* con las manos, como siempre hacía en España, devorando de un solo bocado toda la punta.

—Así que no te vas a dejar la mitad de la comida en el plato fingiendo estar superllena —bromeó mientras su rostro era inundado por una amplia sonrisa que ahora parecía más blanca debido al color canela que había adquirido su piel.

—No —contesté yo mientras daba un sorbo a mi zumo—; es más, puede que incluso no te deje probarla.

—No serás tan cruel…, yo ya contaba con la mitad de tu comida —rio.

—Pues la próxima vez te lo piensas más antes de invitarme a comer —bromeé.

—¿Ni un bocadito? —suplicó mientras se bebía media cerveza.

—Si te portas bien —contesté con suficiencia—. Ahora —agregué— seguramente estás pensando que soy la mujer menos…, ¿cómo lo diría?…, femenina —me autocontesté— con la que has estado.

—Te equivocas —respondió apurando su cerveza de un trago y pidiendo otra al camarero—. Pienso que eres la más natural.

—¿Y eso es bueno? —interrogué con cautela.

—Depende de a quién preguntes, pero si te interesa mi opinión, creo que es lo mejor. No me satisface que las chicas intenten ser lo que no son para gustarme. Me gustaría que me mostrasen su verdadera personalidad, no cómo creen que las quiero ver —resignado, se quedó un instante pensativo, como quien evoca otras situaciones similares.

—¿Y qué es lo que más abunda? —pregunté intrigada.

—¿De qué?

—¿Chicas que se muestran cómo son o chicas que te muestran la fachada tallada especialmente para Leone? —dejé de comer intrigada por su respuesta.

—Por ahora, eres la primera que no finge estar tallada especialmente para mí. —Romeo no era de los que decían cosas cursis, por eso añadió—: Ahora que lo pienso, solo hay una cosa que me ha extrañado de esta conversación.

—¿Ah, sí?, ¿el qué? —pregunté mientras me erguía.

—Siendo una mujer tan independiente y tan diferente, has dado demasiado pronto por sentado que era yo el que debía pagar la comida.

Y mientras yo me ponía roja como un tomate, ya que él llevaba totalmente la razón, las manos ladronas de Romeo alcanzaron mi plato y con un movimiento casi imperceptible hicieron que desapareciera una porción de salmón.

El sol empezaba a ocultarse por detrás de las montañas de Capri y Romeo decidió que era el momento de dar la vuelta en barco alrededor de la isla. Esta vez pagué yo el pequeño barco, ¡y menuda gracia los treinta euros que me costó!

Nos montamos con un grupo de alemanes, todos ellos ataviados de blanco con grandes sombreros de paja que ocultaban sus rostros quemados por exponerse demasiado al sol. El guía nos preguntó los países de procedencia para así poder dar la explicación en los diferentes idiomas. Era un hombre bajito y gordito, con la cara muy redonda y un poblado bigote que subía y bajaba exageradamente mientras no paraba de reír y de bromear.

Romeo y yo nos sentamos en la parte de arriba para que el aire pudiera darnos de lleno en la cara. En cuanto el barco se puso en marcha, me acerqué a él. La excusa era que me daba miedo; la realidad, que deseaba que hubiera algún tipo de contacto entre nosotros de manera inminente. Nos lo habíamos pasado bien durante el día, pero echaba de menos algún tipo de acercamiento.

El hombrecillo, que se presentó con el nombre de Ettore, no tardó en ponerse a hablar a toda velocidad y en todas las lenguas que podía. Comenzó preguntándonos si éramos capaces de ver a un hombre desnudo. Las ancianas rieron y algunas se ruborizaron. Yo seguí el dedo impasible de Romeo hasta una roca donde una figura de piedra descansaba desnuda para nuestro deleite.

Fue un viaje plagado de playas hermosas y naturaleza, cabras salvajes y veleros privados a los que saludábamos como si fuéramos amigos de toda la vida.

En uno de los momentos, el hombre se dirigió directamente a nosotros:

—Ahora vamos a pasar por debajo del arco del amor —después descubriría que se había inventado ese nombre—, así que todas las parejas —dijo mientras me guiñaba un ojo— deben besarse cuando estén exactamente debajo.

Cerré los ojos mientras notaba el olor a sal que inundaba mis sentidos y el canto de unas gaviotas que se me antojó hermoso. Esperé ese contacto de nuestros labios, pensé que el barco aún no había atravesado el arco. Abrí un ojo y vi la cara de lástima del guía, mientras me observaba como una idiota con los ojos cerrados esperando un beso que por lo visto no llegaría.

* * *

—¿Estás enfadada por algo? —preguntó Leone por quinta vez.

—No —y por quinta vez, mentí yo.

—Estás muy callada desde que hemos cogido el *ferry* de vuelta…

—Hay veces que no es necesario hablar. Hay veces que, por romper silencios incómodos, decimos tonterías, y hoy estoy muy cansada.

—Está bien —se resignó Romeo mientras se apartaba de mi lado.

¡Pues claro que estaba enfadada! Por alguna extraña razón quería que él lo adivinase sin necesidad de tener que decírselo yo. ¿Es que acaso los hombres eran tan simples? ¿No era obvio que estaba molesta? Entonces, ¿por qué me lo preguntaba? ¿No debía saberlo? La razón era

evidente…

En ningún momento me pregunté a mí misma si yo no sería la que estaba actuando mal, puesto que él ya se había molestado en intentar comprenderme en cinco ocasiones. No había tratado de explicarme, ni siquiera le había dado una señal de lo que me pasaba; simplemente, esperaba que él lo supiera por ciencia infusa.

Me despedía de Capri en la popa del barco con decenas de rezagados que preferían disfrutar del aire en la cara, los cigarros en los pulmones y las imágenes para el recuerdo antes que de las cómodas butacas y los refrescos que se ofrecían dentro.

Romeo se había marchado, no sabía si dentro o fuera, si volvería o no, pero la vergüenza del rechazo me cegaba y me impedía ver más allá. Me recordaba a mí misma que Leone era un ladrón, que no me tenía que gustar, que yo despreciaba a la gente como él…, pero luego recordaba las conversaciones, recordaba que era diferente a lo que se veía a primera vista y, pese a que yo siempre había creído que las mujeres que pretendían cambiar a su hombre eran unas ingenuas, me descubrí a mí misma creyendo exactamente lo mismo con más fe de la que había tenido en nada ni en nadie.

Sabía que me engañaba, pero si no lo hacía, no estaba tranquila. Una música y murmullos me sacaron de mi ensoñación. Eran unas notas que conocía muy bien de las miles de veces que las había escuchado. La gente miraba a alguien y reía, se hablaban al oído; incluso pude escuchar a una chica que decía a su compañera: «Qué romántico». Yo intentaba ver lo que producía tanta expectación bajo el hilo musical de *The Portrait*, de la banda sonora de *Titanic*. Intentaba abrirme paso entre la gente, pero todos estaban muy entusiasmados observando lo que ocurría y no me dejaban ver por lo altos que eran.

Entonces alguien miró en mi dirección y dijo: «Dejadla pasar», o algo así, y yo me giré y vi a una chica muy mona que se ponía roja como un tomate al pensar que esa sorpresa iba dirigida a ella. Me aparté y amablemente dejé pasar al flan en que se había convertido la muchacha, mientras le sonreía con todo el cariño de que fui capaz infundiéndole valor.

—¡Esa no! —gritó un chaval joven que me sonaba de algo—. ¡La de verde!

La gente se apartó de mí en ese momento como si yo tuviese la peste. Me encontré en mitad de un círculo de personas que me miraban y me instaban a que continuase adelante y, por fin, pude ver lo que antes me habían impedido. En medio del tumulto, justo al lado de la barandilla, Romeo me esperaba mientras sonreía con una rosa en la mano.

Me acerqué temblorosa y solo alcancé a decir:

—¿Qué narices es esto? —mientras sentía que me iba a marear de la vergüenza.

—Lo leí en tu hoja y pensé que te gustaría —explicó mientras se encogía de hombros.

—Lo siento —titubeé—, pero ahora mismo me quiero ir de aquí. No me gusta ser el centro de atención —agregué mientras observaba la expectación desatada a mi alrededor.

—Piensa que estamos solos.

—Pero sé que no es así.

—¡Las mujeres sois de lo que no hay! Pones en un trozo de papel que lo que más ilusión te haría es que te diesen el beso de *Titanic*, y ahora que lo tienes, no lo quieres —dijo contrariado.

—Y me gusta —añadí—, me gusta mucho el detalle. —Estaba sofocada, sintiendo decenas de ojos clavados en mi nuca.

—¿Entonces? —me cortó.

—No puedo —dije con un hilo de voz.

—Cierra los ojos. —Con un movimiento sutil, me agarró por la cintura con una mano y con la otra me acarició la mejilla—. ¿Ves como me he aprendido bien el diálogo? —se mofó—.

Ahora acércate a mí.

Y mi cuerpo reaccionó a su llamada, sin ver a nadie, a ciegas.

—No me subas —supliqué—, por favor.

—Está bien —accedió, y levemente me atrajo hasta juntar mi cuerpo con el suyo que, misteriosamente, encajaba a la perfección—. ¿Qué te parece que nos demos ahora nuestro primer beso?

—¿Primero? ¿Y ayer…?

—Ayer íbamos borrachos y no cuenta —me interrumpió—. Aún no entiendo el motivo, pero quiero que nuestro primer beso sea especial. Quiero que lo recuerdes como algo… ¿bonito? —preguntó.

—¿Entonces eres hombre de una sola mujer? —pregunté dejándome llevar por su embrujo.

—No —se aproximó hasta rozarme con la nariz.

—¿Cómo? —me sobresalté.

—No soy hombre de cualquier mujer. Soy tuyo.

Y acercándonos, nos besamos mientras la última nota de la canción sonaba retumbando con el eco de las montañas que nos rodeaban. Muchos se rieron, otros se burlaron, otras lloraron y algunos suspiraron, pero yo solo podía pensar en su afirmación y en cómo le creía sin reservas, y sus palabras resonaban en mi interior mientras sus labios carnosos se apoderaban para siempre de mí: «Soy tuyo».

* * *

Romeo llega tarde a casa, pero a nadie le importa. En su salón está su madre con tres borrachos que suelen hacerle compañía para robar alguna que otra cerveza de la nevera. Sin decir nada, va directo a su habitación dejando la sala llena de malas influencias para la que se supone es la cabeza de familia.

Se tumba en la cama y, mirando el techo agrietado en el que la pintura se empieza a desprender, piensa en ella y en las ganas, mejor dicho, en la necesidad que tiene de verla en el menor tiempo posible.

Coge el móvil y lee los cuatro mensajes que le ha dejado Domenico informándole de que esa noche habrá una gran fiesta en el chalé de su amigo Federico, en el que estarán las aspirantes a modelo de lencería de una conocida marca napolitana.

Cuando llega a las llamadas perdidas, se reincorpora de golpe mientras observa la cara de Alessio. Seguramente habrá descubierto que el día anterior no destrozó el local y quiere amenazarle u ordenarle que acuda ese mismo día a terminar su tarea.

Finalmente, y tras meditar con quién debe comunicarse primero, con valentía comienza a escribir un mensaje.

Tiene miedo y espera ansioso la respuesta. Ese sentimiento le resulta extraño, pues no está acostumbrado a temer nada, y mucho menos cuando la persona a la que ha escrito no puede poner en peligro su vida.

No le ha dado tiempo ni a ir a la cocina a por un vaso de agua para calmar su garganta, que en esos momentos está seca, cuando escucha que le ha contestado:

«Perfecto, mañana a las diez nos vemos. Tienes muy difícil superar el día de hoy, ¿de verdad quieres intentarlo?».

Con alegría se tira sobre el colchón pensando en que podrá ver a Berta un día más, olvidándose de contestar a su amigo y, lo que es más importante, ignorando a Alessio.

CAPÍTULO 8



Cerré la puerta de mi antiguo portal con tal ímpetu que casi la tiro abajo. Al otro lado, mientras aún era de noche, me esperaba Romeo apoyado suavemente contra la única farola que daba luz a mi calle.

Era una suerte que hubiera leído el otro mensaje que me escribió a las 2.40 de la madrugada, indicándome que mejor nos veíamos a las 6.00 en la puerta de mi casa. Aunque yo era la primera que consideraba mi asqueroso hotel como mi hogar, me hizo gracia que él lo escribiera.

Cuando se percató de mi presencia, una sonrisa ladeada y traviesa cubrió su rostro, aunque rápidamente trató de cambiar la cara para que yo no me percatase del efecto que ejercía en él.

Romeo me analizó de arriba abajo sin ningún pudor negando con la cabeza.

—¿Así que este es el mejor vestuario que has encontrado para un día como hoy? —Fue su bonito saludo de bienvenida. Nada de un beso o un abrazo.

—¿No te gusta cómo voy? —pregunté—. No sabía que ahora también ibas a ejercer de asesor de moda. La próxima vez, te subo a mi habitación y eliges el modelito —recalqué esta última palabra mientras me aproximaba y me quedaba de pie frente a él, cruzada de brazos, aunque no estaba enfadada, pues sabía que se trataba de una broma.

—Nunca me lo había planteado, pero podría ser asesor si quisiera, y la gente de este lugar iría mucho más elegante que ahora. Soy un tío con clase. —Con la chulería que le caracterizaba, se señaló de arriba abajo dejándome ver los vaqueros claros anchos y la camiseta de manga corta negra que llevaba—. Pero en esta ocasión no es de moda de lo que estoy hablando. Si quieres a un chico que hable contigo de eso, mejor te marchas a Milán —se burló de los norteños italianos —. Me refería a si *ese* es tu atuendo más abrigado.

En el mensaje que me había enviado en mitad de la noche solo había dos indicaciones que me podían dar una pista del tipo de lugar al que nos dirigíamos: el horario y que debía llevar ropa de abrigo.

Revisé de nuevo mis prendas: los vaqueros anchos que Tamara había traído y que en mí se veían ceñidos —y que desataban en mi interior un inmenso miedo a que los explotara en mitad de nuestra cita—, y la camiseta de tirantes blanca junto con la torera beis. Puede que no fuera adecuado para viajar al Polo Norte, pero viniendo a Italia, eran las prendas que más se parecían a algo de abrigo que tenía.

—Sí —afirmé mientras me encogía de hombros.

—Bertita, Bertita… —comenzó mientras me miraba fijamente con esos ojos verdes que, con su bronceado y a la luz de la farola, parecían, si cabía, aún más hipnotizantes—, qué harías tú sin mí…

—Posiblemente muchas cosas —vacilé.

—… Pero seguramente no ir al sitio al que te voy a llevar a ver el amanecer —completó mi frase sin permitirme terminar.

—Eso —dije percatándome de que aún no sabía mi destino—, exijo saber hacia dónde me dirijo —bromeé.

—Lo sabrás cuando te sientes detrás de mí en la moto —y de un salto se situó sujetando el

volante—, me permitas ponerte esta cosa… —me mostró una cinta blanca que debió recortar de una camiseta.

—¿De verdad piensas que me voy a dejar vendar los ojos yendo en ese trasto?

Enarcó una ceja al oír que llamaba a su amada moto «trasto», pero ignoró mi comentario y siguió con su retahíla.

—… Estés segura… —me tendió el casco—, y me cuentes si nuestra escapada te ha causado muchos problemas con tus amigas.

Un sabor amargo me recorrió las entrañas al recordar la conversación de la noche anterior. Aunque no podía ni debía exigirlo, sí que había esperado que al entrar por la puerta del hotel mis amigas se hubieran lanzado a atosigarme a preguntas sobre mi cita con Romeo. Sin embargo, Tamara me recibió con un mísero «Hola» sin levantar la vista de la revista que estaba leyendo y Pilar me saludó con una sonrisa tímida, como si temiera que el entablar conversación conmigo o preguntarme le pudiera causar algún tipo de problema con el toro bravo que era nuestra tercera acompañante. Me senté en mi lado de la cama sin añadir nada más mientras, ya que no podía hablar de ello, recordaba cada instante junto a Romeo.

Aunque Tamara trataba de fingir que yo no existía en esa habitación, el repiqueteo nervioso y constante de sus dedos contra la mesa de madera dejaba adivinar que en breves instantes la pelea se desataría, por lo que traté de tomar aire y esperar a que llegara.

—Así que ¿no piensas decirnos nada? ¿No nos vas a contar si te han extorsionado, robado…? —se acercó a mí y, levantando mi camiseta, añadió dramáticamente—, apuñalado por lo menos veo que no.

—Tamara, para —la regañé—. No he dicho nada porque me has ignorado desde que he entrado por la puerta. No quería crear un conflicto —puntualicé.

—¿Un conflicto? ¿Crearme un conflicto a mí? —Se había puesto tan roja que parecía que iba a estallar de la rabia o ponerse a llorar. No sabía cuál de las dos opciones prefería—. El conflicto lo tienes tú solita saliendo con la peor calaña de este lugar.

—Deja que yo decida con quién quiero invertir mi tiempo y con quién no —dije refiriéndome a Luca, aunque mi amiga se lo tomó como algo tremendamente personal, como si fuera por ella.

—Tranquila —me amenazó mientras me señalaba con el dedo—, que cuando volvamos a España, yo también decidiré si quiero pasar tiempo contigo.

—Sabes que no iba por ti —aclaré, pero ella hizo oídos sordos.

—Tampoco te creas que ahora mismo a mí me apetece pasar las vacaciones contigo. De hecho, estamos mucho más tranquilas con nuestros amigos y sin ti.

Miré a Pilar buscando apoyo, pero esta bajó la cabeza mirando sus manos, que se enredaban en el regazo. Me disponía a llorar como una Magdalena cuando mi móvil sonó: un SMS de Romeo.

No dudé ni un momento en contestar que sí a su propuesta.

—No te preocupes, que mañana podrás disfrutar sin mi presencia. —Y con amargura me dirigí al baño, pero Tamara fue más rápida y de un salto se plantó de pie bloqueando la puerta del servicio.

—¿Dónde te crees que vas?

—Al baño —contesté intentando apartarla.

—Digo mañana, y con quién…

—Con Romeo, y aún no sé el sitio. Ahora, si me disculpas —y haciendo fuerza, la aparté del umbral de la puerta—, tengo que hacer mis necesidades.

—¿No te das cuenta de que no te conviene…? —fue su último argumento con la voz cansada mientras yo cerraba de un portazo.

Su indignación y su actuación de niña de once años me ponían enferma. Si en mitad de la noche, mientras Pilar dormía, no me hubiera susurrado para que habláramos, yo no me habría sentido tan culpable de marcharme finalmente con Romeo y dejarlas tiradas.

—¿Estás despierta? —susurró Tamara mientras se acercaba a mi lado en la cama.

—¿Podría no estarlo? —bromeé yo, aún con el dolor de sus palabras.

—Esto…, ya sabes que a veces me excedo —comenzó nerviosa mientras las palabras se agolpaban en su boca por salir— y digo cosas que ni pienso ni siento, pero la verdad es que estoy muy preocupada por ti…

—Lo sé.

—… Pero, aun así, no tengo derecho a hablarte como lo estoy haciendo. Sabes que si lo hago es por protegerte y porque no quiero que te ocurra nada malo, ¿verdad?

—Sí —asentí mientras las lágrimas caían en la fina almohada al darme cuenta de la razón que ella tenía y cómo yo estaba siendo una temeraria, y no pensaba dejar de hacerlo.

—Es decir, está bien eso de un amor de verano como mi historia con Marco. Soy consciente de que no va a llegar a nada y él también lo sabe, y lo mejor de todo es que a ambos nos da igual y no nos preocupamos por ello. Si tu historia con Leone fuera similar…, yo sería la primera en alegrarme. —Y me sonrió con esa ternura que Tamara siempre tenía hacia mí—, pero en tu caso es diferente, y si este juego acaba haciéndote daño, no me lo podré perdonar.

—Lo sé… —alegué yo.

—Y del mismo modo sabes que es absolutamente mentira eso de que no te quiera en mis vacaciones, porque si tenía ilusión por esta escapada era porque sabía que tú ibas a estar a mi lado.

* * *

—No —mentí—, la verdad es que no me han dicho nada.

Él me escrutó largamente y, poniendo cara de no creerse nada de lo que había afirmado, añadió:

—Menos mal que estudias Periodismo, porque como actriz… —y adiviné la frase antes de que la dijera, de todas las veces que me lo había repetido— serías una bastante pésima, pero… —tomó aire y rebuscó en una bolsa de plástico que tenía a su lado, de la que sacó una bonita sudadera color rojo, y me la tendió para que me la pusiera— no espero que me digas nada que no quieras. Solo que, si lo necesitas, puedo escucharte, y que si tus amigas te dicen que no debes acercarte a mí, no te enfades con ellas, pues seguramente llevan toda la razón.

No le contesté, puesto que no sabía qué decir, así que sin pensármelo dos veces me puse la sudadera y me situé detrás de él en la moto.

—¿Tan gorda crees que estoy? Esto es al menos dos veces mi talla —dije mientras le mostraba todo lo que me sobraba de mangas.

—Disculpe usted por no tener ropa adecuada. Por lo menos no pasarás frío. —Con cuidado, se dio la vuelta en la moto quedando frente a mí, y antes de que pudiera reaccionar, me robó la tela blanca y con sumo cuidado me la ató por detrás de la cabeza, dejándome en la oscuridad más absoluta. Noté cómo me ajustaba el casco—. ¿Te aprieta o te hace daño? —preguntó.

—No —negué mientras notaba que la moto se movía y palpaba con mi mano lo que debía ser su espalda. Me dirigió para que pudiera entrelazar mis manos en su dura cintura.

—Ahora, agárrate fuerte, que nos vamos.

—No corras —fue lo único que alcancé a decir mientras le apretaba con todas mis fuerzas. Si normalmente me daba miedo ir en ese tipo de vehículos, sin el sentido de la visión, esa sensación aumentaba hasta límites insospechados.

—No lo haré. Contigo me gusta ir despacio. —Y aunque no pude verle la cara, supe que esas palabras querían decir mucho más que simplemente un viaje en moto.

Después de unos veinte minutos, seguía sin saber hacia dónde nos dirigíamos. Romeo era un hombre de palabra y su velocidad era tan lenta que me permitía disfrutar del viaje; el aire acariciaba mis mejillas y podía oír el sonido de los pájaros que se despertaban a nuestro paso.

La carretera que nos llevaba a nuestro misterioso destino era sinuosa y debía estar bastante empinada, porque notaba cómo poco a poco nos elevábamos y el clima se hacía más frío. Agradecí la sudadera tres tallas más grande que llevaba y me resguardaba del rocío mañanero.

Frenó de manera suave, lo que me hizo pensar que continuábamos de camino, hasta que noté que él se bajaba y ponía la pata a la moto. Estaba desubicada y no me podía mover, pues me sentía impotente privada del sentido de la vista.

—¿No bajas? —se burló de mí mientras me tendía una mano y con la otra me agarraba de la cintura para ayudarme a descender.

—Con ayuda ha estado mucho mejor. Ahora, ¿me puedes decir de una vez dónde estamos?

Al notar un viento gélido que me daba de frente en la cara, sonreí. Por fin tenía el día que tanto había soñado en Nápoles sin morirme de calor.

—¿Dónde te gustaría estar? —y antes de que contestara, añadió—, y no vale que digas en una habitación encerrada conmigo, porque me podría sentir acosado y presionado para hacer algo…

—¡Cállate! —le grité mientras me ruborizaba. Pese a que había tenido otras relaciones, pensar en estar en esa misma intimidad con Romeo hacía que mi piel se pusiera de gallina y me excitara—. O me lo dices de una vez o me quito la venda y rompo el encanto de tu sorpresa —amenacé nerviosa.

—Hemos venido a ver un partido de fútbol —afirmó.

—¿Un partido de fútbol? —pregunté sin saber si me estaba engañando o no, ya que seguía sin poder verle la cara.

—En efecto —afirmó, y la verdad es que sonaba convincente—, con esto de los trapicheos y demás, tenemos algunas ventajas, y una es que podemos contar con los mejores puestos para ver al gran SSC Napoli. He pensado que podría resultar divertido. ¿Tú qué opinas?

—Hombre… —La pregunta y la sorpresa me estaba pillando un poco de improviso, por lo que tuve que decir lo primero que me vino a la cabeza—. Yo soy del Real Madrid y siempre he querido ir a ver un partido —no era del todo cierto, pero tampoco me hubiese importado hacerlo —, así que seguro que lo pasamos muy bien… Aunque, si te soy sincera…, no me gusta mucho la idea de ir a un sitio en el que tienes privilegios por tus *trapicheos.*…

—¿Estás intentando decir que no te gustan mis actividades *laborales* ni un poco?

—No.

—¡Mientes! —rio.

—No me has dejado terminar. No es que no me gusten un poco, es que no me gustan nada.

—Y querrías que cambiase…

Su frase me pilló desprevenida, por lo que durante una fracción de segundo no supe ni qué decir.

—No lo harías aunque te lo pidiera.

—Eso nunca lo sabrás si no lo intentas —sentenció, e hizo una pausa, por lo que deduje que

se quedó pensando antes de cambiar de conversación y añadir—: Creo que ya es hora de que veas el estadio.

Se situó detrás de mí y al oído me susurró:

—Ahora cierra los ojos y ábrelos cuando yo te diga.

Sentí cómo sus manos rudas recorrían mi espalda acariciándome hasta llegar a la cabeza y deshacían el nudo que hasta ahora sujetaba la tela blanca atada a mi cabeza. Sin dejar de tocarme ni un instante, descendió hasta mi cintura y me abrazó. Presionó los labios contra mi lóbulo antes de decir:

—Ábrelos, Bertita. Ahora esta imagen es toda tuya.

No me hice de rogar y, con un movimiento fugaz, mis párpados se separaron para dar paso a la luz y a la que a día de hoy sigo considerando la imagen más bonita que guardo en los recuerdos de mi vida. Aunque tal vez eso sea debido a la compañía…

No había estadio, ni seguidores, ni puestos ambulantes. Bajo mis pies se extendía la ciudad de Nápoles en todo su esplendor, con el mar bordeando su costa y unos rayos de sol que rozaban los edificios como si fueran pinceladas de un artista.

Me giré para mostrar lo impresionada que estaba a Romeo y entonces lo vi. El Vesubio coronado por el sol, que había comenzado a salir dando paso al día. Él me sonrió al ver mi satisfacción y entonces lo supe: la magia existía, pese a que nunca lo había creído.

Me habría gustado que ese lugar permaneciera intacto para nosotros dos, pero no tardó en llenarse de autobuses y grupos de turistas que subían excitados para ver el gran volcán.

Como buena extranjera que era, no tardé en desenfundar mi cartera como si fuera un arma y acercarme al primer guía que vi para solicitar que Romeo y yo pudiéramos entrar en su grupo de turistas, a lo que este se negó.

—Creo que, llevando aquí toda mi vida, te puedo explicar un poco la historia del Vesubio.

—¿Seguro que la sabes…? —dudé.

—Te lo prometo, aunque si te sientes más segura pagando, me puedes dar el dinero a mí y por ese precio puede que te incluya hasta unos arrumacos cuando lleguemos a la cima —me guiñó un ojo.

—A saber cuántos *arrumacos* te has dado tú ahí arriba…

—Arrumacos —se detuvo en esta palabra mirándome fijamente—, muchos, muchísimos si lo pienso…

—¡Para! —bromeé mientras le golpeaba en el pecho.

—¿No quieres que sea sincero?

—En ocasiones, cuando estás intentando seducir a una chica, no es bueno hablarle de las anteriores.

—Pero tú ya estás seducida.

—¿Perdón? —le miré severamente mientras carraspeaba fingiendo un enfado que no tenía.

—O vas camino de estarlo —reculó intentando arreglarlo. Negó con la cabeza, dándose cuenta de lo estúpido de la situación—. Lo que quería decir es que aunque en mi vida haya estado con muchas mujeres…

—Volvemos a empezar…

—… Tú eres la primera a la que traigo aquí. A la que quiero mostrar las cosas bonitas que conozco y que hasta ahora nunca había compartido con nadie.

El camino a la cima no era tan fácil y mucho menos tan bonito como lo que se observaba desde abajo. Las piedras se escurrían bajo mis pies, y estuve a punto de caer de bruces contra el suelo en al menos un par de ocasiones. Los matorrales que tan hermosos se veían desde abajo

contrastando con la negrura del volcán se convertían en objetos puntiagudos y rasposos a los que te agarrabas cuando no querías perder el equilibrio o te ayudabas para escalar.

Como el camino turístico, y que yo deducía era el más fácil, estaba atestado de gente, cogimos uno secundario que estaba prácticamente vacío, pero que era mucho más empinado. Aunque no quería descargar mi rabia en mi acompañante, tuve que morderme la lengua en más de una ocasión cuando me faltaba el aliento y temía no poder llegar hasta el final. Para colmo, Romeo de vez en cuando soltaba alguna gracia que en esos momentos lo único que me producía eran unas enormes ganas de llegar hasta su altura y empujarle para que cayera colina abajo.

—¿Ves como llevaba razón cuando te decía que tenías que hacer ejercicio, Bertita? —Como yo no respondí, él añadió—: No se pueden hacer carreras oyendo canciones de amor y leyendo novelas románticas.

El cráter del volcán que amenazaba Nápoles era mucho más hondo y profundo de lo que había imaginado viendo las postales y cuando minutos antes me encontraba a sus pies. Era verdaderamente majestuoso y no tardé en sacar la cámara y fotografiar hasta el más insignificante resquicio. Parecía una periodista gráfica y, a la vista de mi entusiasmo, incluso me planteé estudiar un curso de imagen cuando terminase la carrera.

—Es hermoso —fueron las únicas palabras que me salieron cuando fui consciente de que ya no había nada más que inmortalizar en mi cámara. Había hecho fotos de absolutamente todo.

—Yo no lo definiría exactamente así —me contradijo Romeo.

—¿Y cómo lo harías? —pregunté mientras me aproximaba a él y me sentaba a su lado en una roca.

—Peligroso.

—Lo peligroso también puede ser hermoso.

—¿Como yo? —preguntó.

—No exactamente.

—¿No?

—Tú no eres peligroso —afirmé.

—Eso pregúntaselo a la gente que está ahí abajo —y señaló la ciudad de Nápoles. Al ver que yo no respondía nada, puesto que no me sentía a gusto con el Romeo que dominaba y atemorizaba las calles de esa entrañable ciudad, añadió—, o a las miles de personas que quedaron sepultadas en Pompeya. ¿Has estado?

—Sí —asentí, omitiendo el hecho de que mi acompañante en aquella ocasión no había sido otro que Luca.

—¿Sabes que el volcán aún está activo y dicen que algún día despertará y acabará con Nápoles?

—No. ¿Es verdad o solo intentas meterme miedo?

—¿Meterte miedo? ¿A ti? Tú te marcharás en unos pocos días. —Su mirada se perdió en el infinito—. En todo caso, yo debería ser el que está asustado. No estoy acostumbrado a no poder manejar las situaciones. Sin embargo, si nuestro amigo decide que ha llegado la hora, moriré como todos los pobres desgraciados.

—¿Y puedes vivir con ese temor?

—No tengo otra opción. —Se encogió de hombros.

—Siempre respondes lo mismo, como si no tuvieras otra opción en ninguno de los aspectos de tu vida, y yo te garantizo que siempre las hay. —Me refería más a lo que me gustaba llamar su «condición laboral» que al volcán, pero a pesar de que lo comprendió a la perfección, Romeo se desvió del tema.—¡Claro que las tengo! Si viera cómo la lava empieza a descender, cogería mi

moto y trataría de escapar lo más rápido posible sin mirar atrás.

—¿Y dejarías todo lo que conoces? ¿No ayudarías a nadie?

—Puede que si eso ocurriera ahora…

—Si pasase en este mismo instante, ni siquiera te daría tiempo a bajar esta colina…

—No lo sé. —Y dándome la mano, me obligó a levantarme y a quedar mirándole fijamente —. Sin escapatoria, haría que la eternidad fuera soportable.

—¿Cómo? Estarías muerto… —traté de explicarle.

—A veces la muerte puede ser más feliz que la vida misma. —Con un movimiento fugaz, pasó la mano por detrás de mi cintura y me aproximó a él, sin dejar que el aire se colase entre nosotros—. Lo que yo haría sería cogerte de aquí —tocó con una de sus manos mi rostro aproximándolo al suyo mientras mi corazón latía apresuradamente—, te besaría y dejaría que la lava nos petrificara.

—Qué manera más romántica de morir…

—¿Para ti no lo es?

—No, sigo sin ver por qué la muerte sería más feliz que la vida misma —dije volviendo a la frase que Romeo acababa de pronunciar.

—Para mí lo sería. Me encontraría en una eternidad donde a cada instante te estaría besando. ¿Sabes qué? —Negué con la cabeza—. No me gusta correr riesgos, así que te besaré en este mismo instante, por si el Vesubio decide atacar. —Y conforme terminó la frase y sin darme tiempo a replicar, lo hizo.

CAPÍTULO 9



Con la mano palpé mis labios enrojecidos, símbolo de un beso que minutos antes Romeo había depositado en mi boca. Una sensación extraña me inundó el pecho. Ese día quise creer que se trataba de un capricho, pero mi corazón nunca había bombeado con tal rapidez e intensidad.

Me quedé observando aún aturdida cómo él se marchaba en la moto haciendo rugir el motor. Se suponía que debía estar dentro del portal —Romeo había insistido en que quería dejarme sana y salva en casa—, sin embargo, no pude evitar abrir la puerta y salir de nuevo para observar cómo se perdía en el horizonte y regocijarme de su visión.

Había oído hablar de que existe una sensación cuando encuentras a la persona predestinada que sabes que solo tendrás una vez en la vida. Eso era lo que estaba experimentando. Ese sentimiento que te permite vivir, pero que a la vez sabes que destrozará tus entrañas si lo pierdes, te quemará e incluso puede que llegue a matarte. Romeo aceleraba mis pulsaciones y eso me daba miedo. Era el único con el que mi corazón podía vivir lo que significaba tener los latidos de una bala.

Me estaba pasando. Ese momento en el que la chica quiere verle a todas horas, estar con él…, ese instante en el que ni siquiera dormiría por pasar más tiempo a su lado.

Además, en mi caso esos sentimientos incontrolables se intensificaban, puesto que, como ambos sabíamos aunque no habíamos hablado de ello, lo nuestro era una historia con fecha de caducidad.

—¡No me jodas que el que venía contigo era Leone! —preguntó un chico a mi espalda claramente impresionado, o así me sonó a mí.

—Sí —contesté con una voz de boba que no reconocí en mí, y me giré.

Entonces, mientras le miraba, sentí un impacto; un golpe que provenía de alguien que estaba situado detrás de mí y al cual no había oído acercárseme.

Instintivamente me llevé la mano a la cabeza para comprobar que de ella brotaban gotas de un líquido espeso y caliente, y al distinguir su color rojo, me asusté. Ni siquiera me dio tiempo a volverme para identificar quién me había hecho daño; todo se empezó a nublar y caí en la más absoluta oscuridad.

* * *

Romeo deja la moto en el *parking*. Se percata de que la suya es la única que no lleva candado. Nadie se atreverá a robársela si es un poco listo. Es más, pasea la mirada por el resto de los automóviles con la intención de llevarse alguno si eso se produjera. Lleva mucho tiempo queriendo tener coche y cree que, dadas las circunstancias, le convendría hacerse con uno, porque a ella no le gusta la moto.

No obstante, ese vehículo obliga a Berta a agarrarse fuerte a él, y eso le agrada. Recuerda cómo sus manos se entrelazan en su cintura y cómo ella se aprieta contra él más de lo necesario, y una sonrisa curvada tiñe su rostro. Romeo sabe que la tiene loca; lo que aún no ha sido capaz de averiguar es hasta qué punto ella le tiene «loco» a él.

Niega con la cabeza. Berta no estará de acuerdo en el robo y nunca se subirá si sabe de dónde lo ha sacado, y si ella no se monta, tampoco tiene mucho sentido «cogerlo prestado». Al fin y al cabo, él prefiere sentir la velocidad, y eso solo lo permite una moto.

Al entrar en el local, una nube de humo impide que vea nada más. Pasa entre las mesas donde hombres de cincuenta años juegan al póker mientras niñas de dieciséis los observan de manera demasiado seductora para su edad. Una de ellas se gira un momento y sonríe tímidamente a Leone. Él la mira imperturbable y sigue adelante. Está buscando a Domenico entre la multitud, y finalmente lo distingue en el fondo del pub con tres jóvenes de piel canela y cuerpos de espanto.

—Pensaba que no venías —dice su amigo sonriendo, y se dirige a la camarera—. Trae a mi hermano un *whisky* y un buen puro.

La chica, que en esta ocasión va vestida de conejita, asiente y parte hacia la barra, eso sí, no sin antes fingir que ha encontrado algo en el suelo y agacharse, poniendo literalmente el culo en la cara de Leone para que este vea que no lleva bragas. Sin embargo, él parece no inmutarse.

—¿Qué querías con tanta prisa? —pregunta Leone mientras se acomoda en el sofá que hay frente a su amigo.

—Devolverte al mundo de la mala vida —contesta antes de dar una larga calada a su cigarro.

Domenico exhala el humo y, tras pegarle un largo trago a su ginebra, comienza a meter mano a una de sus acompañantes por debajo de las bragas como si fuera lo más normal. Por su parte, otra de las chicas, al notar que no acapara la atención de su señor, se agacha y se introduce debajo de la mesa. Segundos después, Domenico gime de placer.

—¿Imaginas algo mejor en la vida? —Se seca el sudor de la frente con la palma de la mano —. Para esto te he llamado. Ahora no te atreverás a decir que no soy buen amigo —añade juguetón.

En ese instante, tres chicas más se sientan alrededor de Leone. Una comienza a besarle debajo de la oreja, otra coge sus manos y las pone en sus tetas, y la tercera le toca su miembro con efusividad aun por encima del pantalón.

Leone se deja querer. Nota cómo su pene crece poniéndose erecto, necesita practicar sexo ya. Sin previo aviso, engancha a una de ellas, no se fija ni en cuál. Simplemente la coge como si fuera un saco de patatas y, sin hablar con su amigo, se dirige a las habitaciones.

Tras subir las escaleras del burdel de los Salvatore, comienza a abrir puertas. En las dos primeras no puede entrar, puesto que se encuentra con caras de amigos que están practicando sexo y que le saludan con un movimiento de cabeza mientras siguen a lo suyo.

La tercera habitación está libre. Una cama con sábanas sucias, paredes asquerosas y una mesita con condones. Nada más.

Tumba a la chica en la cama y por primera vez ve que es rubia, con ojos azules, delgada y unas tetas inmensas. Ella se relame. Leone no sabe descifrar quién desea más ser tocado. Todas las mujeres quieren pasar una noche con él; tiene la fama y lo sabe.

La joven se retuerce mientras intenta tocarle. Él se arranca la camiseta y con un movimiento rápido se quita el pantalón. Se lanza a por su presa.

—Soy toda tuya —dice la chica mientras empieza a recorrer con sus manos su piel desnuda.

Sus bocas se encuentran y comienzan a devorarse a besos. Las piernas de ambos se entrecruzan. Ella le aparta y se pone encima. Se sienta y le dice con voz seductora:

—Déjame ser yo quien lo haga todo, por favor.

—Lo que quieras, Berta —responde Leone sin darse cuenta.

—Mi nombre es Clotilde, pero llámame Berta si te gusta más.

Mientras la chica intenta quitarse las braguitas de seda, Romeo se percata de la situación, y se

aparta bruscamente, tirando a la chica de la cama.

—¿Cómo has dicho? —pregunta mientras intenta calmar su agitada respiración y su deseo.

—Que me llames como quieras…

Clotilde intenta volver a tocarle, pero no la deja.

—¿Cómo te he llamado? —pregunta Leone tenso.

—Berta —confirma la chica mientras se encoge de hombros, como si ese no fuera un dato muy importante. Como si muchas veces la hubieran llamado por nombres diferentes y a ella no le importase. Al fin y al cabo, la mayoría de los hombres que van allí tienen pareja, muchos de ellos incluso están casados.

—Vete —es lo único que logra articular Romeo cuando le da la espalda.

Y allí se queda solo. Hunde la cabeza entre sus manos. No comprende nada. Tiene ganas de practicar sexo. Entonces, ¿por qué no lo hace? Todo le da vueltas. No encuentra el sentido lógico a su actitud. Él puede estar con las mujeres que quiera, ninguna es su dueña. Cuando quiere algo, lo toma; cuando ya no lo quiere, lo deja.

Deambula por la habitación y entonces lo ve todo claro. Es por ella. Desde que la ha conocido, todo está cambiando. No sabe si eso es bueno. Está contrariado. No le gusta la situación, pues es la primera vez que depende mínimamente de una persona desde hace mucho tiempo. De repente, vuelve a sentir miedo; miedo como no tenía desde que era un niño. Piensa que puede perderla. Él solo es una diversión de vacaciones. Ahora Romeo Leone es un juguete a merced de una mujer.

Niega con la cabeza. Se recuerda a sí mismo que es un italiano, un galán, un hombre que puede tener a miles de mujeres…, pero entonces una voz que llevaba mucho tiempo enmudecida dentro de su ser añade: «Pero que solo quiere a una».

El móvil le distrae de sus pensamientos. Leone ve un número oculto. Contesta y escucha un mensaje de veinte segundos. No reconoce la voz, pero se ha identificado como un Giaccomo.

Al minuto corre hacia su moto, tenso, con ira, con ganas de matar, imperturbable, odiando al ser que ha efectuado la llamada. Pese a la adrenalina del momento, comienza a temblar, pues un sentimiento no deseado le está comiendo por dentro: el miedo. Miedo a perderla. Miedo a que ella haya sufrido algún daño. Si le han tocado un pelo, sabe que lo hará: matará por primera vez sin que le tiemble el dedo en el gatillo.

* * *

Abrí los ojos lentamente. Todo seguía nebuloso. No sabía dónde estaba. Intenté enfocar algo y vi una pequeña farola encima de mí. Poco a poco me incorporé hasta que logré sentarme. Miré a mi alrededor: no había nada, salvo el asfalto encima del que me encontraba. La cabeza me picaba y me llevé la mano a la nuca. Entonces, al sentir algo pegajoso, recordé. Yo mirando cómo Romeo se iba, un chico que me preguntaba, y dolor.

Me puse a temblar. No sabía si estaba sola o el chico que me había golpeado seguía allí. Ni siquiera sabía quién me había hecho daño ni por qué. Cerré los ojos e intenté contar hasta diez. No podía controlar mis nervios. Comencé a llorar como una niña pequeña mientras me preguntaba si mi agresor volvería ahora que me había despertado; tal vez lo mejor sería tumbarme y fingirme desmayada.

No podía mirar, pues si le veía la cara más detenidamente, lo más probable es que las consecuencias fueran negativas. Lo había aprendido en las películas. Cuando algún atracador o algo peor te tenía en sus manos y tú le veías la cara, ya no había vuelta atrás: podías identificarlo, y eso era sinónimo de muerte, y yo quería vivir más que nada en el mundo.

Palpé a mi alrededor en busca de una piedra, un cristal, un palo o algo con lo que poder defenderme, pero no había nada, solo la gravilla menuda que se hundía en la palma de mi mano y me escocía en las zonas en que tenía alguna herida.

Noté magulladuras en mis rodillas. No me habían depositado con cuidado, de eso estaba segura. Me obligué a dejar de llorar, pues no paraba de hacer ruido sorbiéndome los mocos y, si alguien más estaba conmigo, me oiría. Intenté pensar en cosas bonitas, en escenas de mi vida felices, pero la inquietante melodía de *Réquiem por un sueño*, acompañada de posibles desenlaces trágicos, acudía a mi cabeza sin poder detenerla.

Unas botas comenzaron a andar hacia mí.

Me quedé petrificada e intenté respirar hondo para no temblar ni mearme encima.

La persona en cuestión se agachó y me contempló. Aunque no podía verle porque tenía los ojos cerrados, notaba los suyos clavados en mí. Su mano me apartó el pelo del cuello y con cuidado me tomó el pulso. Un suspiro de alivio se escuchó cuando vio que seguía viva. Debía sentir terror ante mi atacante, pero, sin saber por qué, su contacto me tranquilizó. Con delicadeza me agarró de la cintura y me cogió como si de una noche de boda se tratase. Entonces lentamente oí su voz susurrante en mi oído:

—Te pondrás bien —me animó con un leve temblor.

Abrí los ojos de par en par al reconocer esa voz y ahí estaba él, mi Romeo, mi salvador.

—Romeo… —dije, y él dio un respingo con el que estuve a punto de caer al suelo, pero me tenía bien sujeta.

—¿Estabas consciente? —preguntó visiblemente aliviado.

—Sí —confirmé mientras la paz invadía mi cuerpo de nuevo.

—¿Y por qué no has dicho nada? —me preguntó tenso.

—¿¡Por qué!? —grité histérica, descargando todo el miedo e incomprensión que había soportado—. Porque no sabía si eras uno de mis secuestradores y no quería que pensaras que te podía reconocer y luego me mataras o…

—Está bien, está bien —me calmó mientras me apartaba el pelo de la cara—, mira que eres peliculera —dijo, y una sonrisa ladeada asomó de su boca, pero fue solo un segundo, luego volvió a ponerse serio—. ¿Puedes ponerte de pie?

—Creo que sí —contesté dubitativa; la verdad es que quería permanecer en sus brazos.

Con delicadeza me depositó en el suelo, y aunque en un principio no tenía buen equilibrio, pronto me recuperé. Suavemente me giró y comenzó a examinar la zona en la que me habían golpeado. Se relajó tras comprobar que no había sido nada.

—La herida te ha sangrado, pero no necesitarás puntos. Desinféctala y estarás perfecta.

Me lancé a él y le abracé con toda la fuerza que pude. Había estado tan asustada que ahora necesitaba el cariño de alguien…, bueno, no de alguien cualquiera; necesitaba su cariño. Romeo respondió envolviéndome con sus musculosos brazos y dejándome sin respiración mientras apoyaba mi cabeza en su hombro. Entonces, sin previo aviso, se tensó, y cuando le miré, una máscara impenetrable cubría su rostro.

—Larguémonos —fue lo único que dijo.

—¿A dónde? —pregunté mientras intentaba comprender su cambio de actitud.

—Te llevo a tu hotel —su voz estaba carente de vida.

—¿Así? ¿Sin más? —pregunté atónita.

—Si prefieres quedarte aquí y esperar a que tu agresor vuelva… —explicó mientras se daba la vuelta para no mirarme.

—Pero… —dudé—, ¿tú estarás conmigo?

—Claro, y que nos maten a los dos. Eso es muy inteligente —ironizó mientras una mueca de odio le cruzaba el rostro. Tanto es así que tuve miedo.

—Me refería al hotel. No me dejarás sola esta noche, ¿verdad? —me temblaba la voz.

Parecía que le dolía cuando contestó con el tono más cruel posible:

—Creo que no lo has entendido, Berta. Tú y yo no somos nada. Tus amigas pueden acompañarte esta noche. Yo he venido aquí a por ti, porque en cierta manera me sentía responsable de lo que te había pasado —ante mi cara de incertidumbre, añadió—: Sí, esto te lo han hecho por estar cerca de mí. Es más, me llamaron para informarme. Es un juego, ¿no lo entiendes? Yo veo que ellos están con alguien y les hago daño, y viceversa. —Respiró hondo y prosiguió destrozando mis ilusiones—. Lo que ha pasado esta noche ha sido una equivocación, me vieron contigo y debieron suponer que teníamos algo.

—¿Y no tenemos nada? —pregunté mientras me acercaba a él.

—Confusiones, confusiones…, la vida está llena de confusiones. ¡Pues claro que no tenemos nada! —respondió tajante.

En España nunca me habría puesto a llorar porque un cerdo confirmara mis peores temores, pero la presión pudo conmigo y no conseguí evitar el llanto. Leone permaneció impasible a una distancia considerable.

—No te entiendo. ¿Dónde está ese rollo de chica dura del día que te conocí? —Me miró de arriba abajo mientras negaba con la cabeza—. Te lo voy a explicar otra vez, para que tu coeficiente intelectual lo pille.

—Yo tengo mucho coeficiente —repuse mientras me sorbía los mocos e intentaba sacar algo del orgullo perdido.

—Pues permíteme decirte que no lo demuestras —dijo mientras ponía los ojos en blanco—. Así de simple. ¿Sabes lo que he hecho hoy cuando te he dejado?

—Acudir a una llamada de teléfono. Te han avisado mientras volvíamos del Vesubio.

—Veo que memorizas bien todos mis actos —se mofó—, y ¿sabes para qué era esa llamada?

—Por ahora no soy adivina.

—Para ir con mi amigo Domenico a acostarme con otra chica. —Permaneció en silencio.

—¿Y lo has hecho? —pregunté mientras poco a poco me invadía más la rabia.

—Si lo dudas es que eres una ingenua —contestó como si fuera una afirmación universal—. Si he estado contigo es porque quería ligarte. Los italianos somos muy caballerosos y a lo mejor eso te ha confundido, pero lo que buscaba era acostarme contigo y después no volver a saber nada de ti cuando regresases a España.

—Pero… ¿tanto esfuerzo para conseguir sexo? —pregunté incrédula.

—Tanto, depende de cómo lo mires… —Enarcó las cejas, se acercó a mí y casi me escupió en la cara—. Se podría decir que tú has sido de las más facilonas. —Y rio con superioridad.

Entonces lo vi claro. Me di cuenta de que ese no era Romeo ni era Leone, era una máscara que quería ponerse y decidí jugar a un juego. Un juego bastante cruel, pero si él lo estaba siendo, yo no iba a ser menos.

Como la mejor de las actrices, empecé a tocarme la cabeza y a poner cara de angustia. Él seguía impasible y se dio la vuelta. Supondría que simplemente tenía una ligera jaqueca, pero entonces di mi valioso jaque mate.

Me tiré al suelo y cerré los ojos como si me hubiera desmayado —con el consiguiente dolor de culo del golpe—. Pero valía la pena un pequeño moretón con tal de que la seguridad regresase a mí y yo supiera que no había estado equivocada.

Al principio ni se inmutó y eso me preocupó. Decidí esperar un minuto y, si no, me

levantaría con la certeza de que todo lo que me había contado era real. Como casi siempre, yo llevaba razón.

Desde mi posición en el suelo, noté primero cómo se giraba varias veces nervioso mientras decía: «Deja de jugar». No es que me pareciera maduro por mi parte hacerme la damisela en apuros, pero menos me parecía por la suya que fingiera destrozarme el corazón como si yo fuera una princesa a la que proteger que no pudiera decidir por sí misma si quería seguir o no con el malo de la película, pese a que por su culpa hubiera sufrido algún daño. Era mi decisión, no la suya y, a decir verdad, yo tampoco sabía qué quería, pero sí quería ser la dueña de lo que ocurriera.

Con un movimiento veloz, se situó a mi lado y dijo:

—Tú te lo has buscado…, te trataré como una niña.

Error. Comenzó a hacerme cosquillas. Lo que él no sabía eran las guerras que yo había tenido con mis primos desde pequeña de «a ver quién se ríe antes», y cómo la práctica y el entrenamiento casi me habían hecho inmune a que me intentaran hacer reír.

Sus dedos se deslizaban por mi tripa y por mi cuerpo, y cada segundo que pasaba y notaba que no daba resultado, más alarmado parecía, hasta que finalizó con un «joder» y me apretó contra su cuerpo mientras temblaba.

—Estoy aquí, ¿me oyes? —comenzó a hablarme con dulzura y temor, y por un segundo sentí remordimientos, pero no detuve el juego. Solo necesitaba una cosa más —. No te vayas —gimoteó—, no te vayas, te necesito.

—Tranquilo —contesté.

Inmediatamente, al ver su cara de terror y sus ojos anegados en lágrimas, lamenté mi comportamiento, aunque no lo admití.

—¿A qué cojones te crees que juegas? —dijo mientras me soltaba y comenzaba a decir por lo bajo una serie de improperios que no me ha parecido correcto traducir del italiano al español.

—A lo mismo que tú —repliqué mientras me ponía de pie.

—No sabes de qué mierda hablas —contestó mientras me balanceaba por los hombros—, creía que te había ocurrido algo, ¿sabes?

—Lo sé. —Hice una pausa para coger aire antes de continuar. Si lo que me disponía a decir era mentira, probablemente sería la mayor vergüenza de mi vida—. Igual que sé que me has querido apartar de ti solo porque crees que a tu lado corro peligro y te importo más de lo que eres capaz de admitir.

—¿Pero quién te crees que eres, estúpida? —dijo mientras se acercaba a mí.

—La chica que te está volviendo loco, Romeo —afirmé dando yo también un paso al frente.

—No sabes absolutamente nada de mí, ¿entiendes? Si te digo que me das asco, es que me lo das. Si te digo que eres un polvo, es que lo eres. Si te digo que no significas nada para mí…

Le puse la mano sobre los labios antes de que terminara.

—… Eres un mentiroso.

—¿No puedes aceptar que esto es lo mejor para ti? —se derrumbó crispado.

—¿No puedes aceptar que prefiero saber la verdad y decidir? —repuse.

—Pero dos no están juntos si uno no quiere —contestó él mientras sus ojos se detenían en mis labios ávidos de deseo—, y yo no quiero.

—Ya lo creo que quieres —apoyé mis labios en los suyos y él no pudo contenerse y los entreabrió—, lo que pasa es que eres un cobarde. —Me quedé en la misma posición.

—¿Cobarde? Si llamas cobardía a querer mantener a salvo a una persona…, soy el mayor cobarde que hay ahora mismo en Nápoles. —Se humedeció los labios a dos centímetros de mi

boca, como si una fuerza electromagnética no le permitiese alejarse.

—Te llamo cobarde porque lo que de verdad te ocurre es que temes tener a alguien que te importe y prefieres apartarla de tu lado antes de que ella tenga la posibilidad de elegir —le obligué a admitir mientras le acariciaba la mejilla y Romeo respondía instintivamente a mi acto, como un animal.

—¿Qué es lo que quieres, Berta? —Estaba abatido—. Te han encontrado una vez y lo harán de nuevo. ¿No entiendes que lo mejor es que no volvamos a saber nada el uno del otro? Yo estaré tranquilo y tú disfrutarás de tus vacaciones con tus amigas y volverás a España sin ningún desperfecto en tu fisonomía. —Enarqué las cejas—. Y sí, sé lo que significa «fisonomía».

—Un beso —respondí—, y luego, si quieres, no volveremos a vernos. Pero al menos, sabré que no fui una tonta ni un juego para ti.

—Está bien —dijo.

—¿Qué?

Y me agarró con toda la pasión que pudo y me besó a la luz de la farola donde momentos antes había temido por mi vida. Sus carnosos labios luchaban por atrapar mi boca y sus manos me agarraban como si yo pudiera desaparecer en cualquier instante. Entonces, me apartó de él con fuerza, como si yo quemase y, sin mirarme, añadió:

—Ahora te llevaré al hotel.

—Está bien.

—Y no volveremos a vernos —añadió—. Solo quiero que me llames si estás en peligro.

—¿Cómo? —dije asombrada.

Pensaba que después del beso todo se había solucionado. Es decir, en todo caso, la que debía decidir que no nos viéramos más era yo. Porque era yo la que había pasado miedo, era yo la que había sido agredida, y era yo la que prefería estar con él aunque eso supusiera peligro. Era yo la loca que había apartado toda cordura de mi camino para entregarme a este amor que, se mirase desde el prisma que se mirase, no me haría ningún bien.

—Yo he cumplido tu petición. Ahora cumple la mía y aléjate de mí. —Y sin mirarme, me pasó el casco y se subió a la moto.

CAPÍTULO 10



La cena estaba siendo animada; más de lo que suponía que transcurriría después del amargo «incidente» con Luca el último día. Este había decidido usar la estrategia de fingir que no recordaba nada de lo acontecido por la borrachera que llevaba la noche de las hogueras. Es más, nada más llegar, nos había deleitado con un «Me vais a tener que contar todo lo que hice porque no recuerdo nada, ¡menudo pedal!», y así, sin más, en su absurdo pensamiento, todo rastro de culpabilidad le había abandonado.

Odiaba a la gente que hacía eso. La memoria selectiva. No me gustaba que las personas sacaran sus instintos más primitivos escudándose en el alcohol, y menos aún que el resto se volviera excesivamente comprensivo cuando alguien lo usaba de excusa. Los actos estaban ahí y no desaparecían ni eran diferentes porque tu conciencia no te perteneciera del todo. Mi lema era: «Si no sabes beber, no bebas».

No obstante, no tenía fuerzas para recriminar nada. Me encontraba tan inmersa en mi mundo que todo lo demás parecía no tener significado. Era como escuchar voces lejanas y risas y tener que fingir un papel.

No les había contado nada ni a Pilar ni, por supuesto, a Tamara de mi percance. Entré directa al baño y me limpié como pude para eliminar las pruebas del delito. Sabía que no estaba bien engañar a mis amigas como lo estaba haciendo esos días de vacaciones, pero no quería que culpasen a Romeo. Él no había hecho nada. Además, se había impuesto su propio castigo apartándose de mí, o eso quería creer yo.

Nunca me había mezclado con gente de la calaña de Romeo, y no era algo de lo que estuviera orgullosa. De hecho, en alguna parte en mi interior me avergonzaba de los actos en los que me estaba viendo involucrada. Era como si toda mi educación se estuviera yendo por el desagüe de un retrete gigante y yo no hiciera nada para remediarlo.

Me reconcomía por dentro pensar en las consecuencias que mis actos podían tener para mis padres. Si algún día se enteraran, el sufrimiento que les causaría sería tremendo, aunque por ahora no había nada que temer.

Me ahuequé el pelo por tercera vez. Tenía la paranoia de que Tamara no paraba de mirar hacia la zona de mi cabeza donde estaba la prueba de mi… ¿secuestro?; pero eso era imposible. Me había preparado a la perfección para que no se viese absolutamente nada.

Por lo menos el restaurante era bonito. Nos encontrábamos en la terraza de Fratella la Bufala, un mesón que daba el pego de ser elegante y tenía precios asequibles para nuestra economía de estudiantes. Al estar en el exterior, podíamos disfrutar de las vistas, que daban al mar y, posiblemente para mantener el encanto, lo habían decorado con motivos marineros con una vela que presidía su centro.

La gente nos dirigía sonrisas cómplices cuando pasaba por nuestro lado y veía a seis jóvenes disfrutando de la que se decía era la mejor *pizza* de Italia. Algunos murmuraban «Qué bonita es esa edad», o «Mira qué amor de verano con esas españolas».

Dábamos el pego, no lo dudo, pero a mí lo único que me apetecía era andar por el paseo marítimo sola y pensar. Por desgracia, no podía, se lo debía a mis compañeras.

Tamara me sacó de mi ausencia mental cuando, con la copa de vino alzada, se dirigió a mí en primera persona.

—Berta —dijo con voz cansina—, ¿qué te parece lo del viaje?

Intenté recordar alguna conversación sobre un viaje durante la cena, pero a mi cabeza no venía nada.

—No nos has escuchado, ¿verdad? —siguió seria.

—Lo siento —me atreví a contestar mientras mordisqueaba una porción de *pizza*. Estaba muy rica, pero no tenía apetito.

—Marco nos ha hecho una magnífica propuesta y tú estabas pensando en *Sin tetas no hay paraíso* —bromeó, aunque yo no pillé la gracia.

—Marco —continuó Pilar con toda la dulzura del mundo al ver que yo me sentía incómoda — ha sugerido que nos vayamos dos días a Roma antes de marcharnos de Nápoles.

—Dice que la conoce muy bien —interrumpió Tamara mientras el pecho se le hinchaba de orgullo—. Nos enseñará la Ciudad Eterna y así dejaremos esta tierra de perversión —sonrió.

—En Roma hay muchas cosas bonitas que ver… —comenzó Luca sin mirarme directamente a los ojos, oculto tras su pelo rubio—: la Fontana de Trevi, el Coliseo, el Vaticano…, además, si venís con nosotros, os lo enseñaremos todo y no os timarán como al resto de los turistas…

—Qué bien —contesté sin ningún tipo de ánimo ni entusiasmo.

—Si te apetece, puedes decírselo a Romeo —se atrevió a pronunciar Pilar ante la mirada de desaprobación y asombro de toda la mesa.

—No hace falta… —contesté mientras jugaba con mi tenedor y me entraban ganas de largarme de esa mesa en la que seguramente ahora todos me estarían juzgando en su fuero interno.

—Pues yo creo que debe venir —insistió Pilar sin hacer caso a la mirada de advertencia de Enrico y el codazo en las costillas, nada disimulado, de Tamara.

—Si ella no quiere que venga, que no venga —repuso Tamara—. Así vamos los seis —guiñó un ojo a Luca—, y seguro que lo pasamos mejor.

—Me parece buena idea. No es por molestarte —prosiguió Marco—, pero nosotros no nos llevamos nada bien con esos… —omitió el comentario al ver mi mirada de advertencia. No es que yo defendiera ni a los Salvatore ni a los Giaccomo, o como quiera que se llamasen; es simplemente que estaba harta de que personas que no me conocieran se creyeran con derecho a opinar sobre mi vida—. Además…

—¡Díselo! —soltó de repente Tamara mientras ponía los ojos en blanco—, a ver si ya aprende, la pánfila.

—¿Decirme qué? —pregunté.

—Bueno…, hoy, cuando veníamos hacia aquí, hemos ido a apuntarnos en el reservado de una discoteca (ya sabéis que siempre queremos lo mejor para vosotras) —dijo mientras se inclinaba y besaba a Tamara con más fervor del necesario en la mesa de un restaurante. Parecía que se le había olvidado que tenía que seguir hablando, pero Tamara se apartó y le indicó que prosiguiese—, y bueno, estaba tu Leone.

—Me parece bien. Tiene derecho a salir igual que yo —corté.

—Ya, pero el caso es que no estaba solo —interrumpió Tamara.

—Yo tampoco estoy sola —dije mientras recorría con la mirada a todo el grupo.

—Pero él estaba con tres chicas —cortó Luca y, en cierta manera, sentí como si se alegrara de darme la mala noticia.

—Yo estoy con tres chicos.

—Pero tú no estás desfasada, ni los tres chicos te estamos intentando seducir… —añadió Luca enfadado.

Todos se quedaron expectantes, a ver cómo actuaba: nuestros «amigos» italianos, con cara de satisfacción, como si hubieran demostrado una proeza matemática; y Tamara, con su habitual cara de enfado, que ya era normal siempre que hablábamos de este tema. Solo Pilar me observaba desde una esquina, muy pequeñita, temiendo por mi reacción.

—¿Y qué tiene eso de malo? —espeté mientras por dentro me ardían las entrañas.

—¿Qué tiene de malo? —comenzó a gritar Tamara mientras elevaba las manos al cielo—. Mira, una cosa es que te sientas atraída por el orangután ese y que nos dejes plantadas por pasar tiempo con él. Lo que ya no soporto es que permitas que haga lo que quiera delante de tus narices.

—Él es libre —afirmé con más convicción de la que tenía, ya que por dentro me moría de celos y le hubiera dado una patada en sus partes más íntimas.

—¿Qué pasa, que ahora sois una relación liberal? —ironizó Tamara—. Entiendo que cuando vuelvas a España haga lo que quiera, pero aquí, mientras estás con él, se podía cortar un poco más.

—Además, cuando nos vio entrar —prosiguió Marco echando más leña al fuego—, y créeme que lo hizo, empezó a bailar con ellas con más… efusividad.

—¿Ves? No te tiene ningún respeto.

—Ni me lo tiene que tener —grité para hacerme oír—, ya no estamos juntos.

—Por eso llegaste ayer llorando y te encerraste en el baño —meditó Tamara en voz alta.

—Un hombre que te hace llorar no te merece —dijo Luca en esos momentos mirándome de nuevo con intensidad.

—Y un hombre que me insulta borracho, tampoco —agregué mientras con la mayor dignidad posible me levantaba y me dirigía al baño.

Tamara y Pilar dijeron algo, pero las ignoré. Pasé corriendo por delante de una camarera muy chiquitita que llevaba tantos platos en la bandeja que por poco hago que se le caigan. La mujer me miró con cara de reproche, pero no me dijo nada.

Una vez en el baño abrí el grifo y me eché agua en la cara para refrescarme, quitándome así el maquillaje y haciendo que el rímel se me corriera.

Mi reflejo en el cristal era de lo más patético. El bonito vestido rojo de seda ceñido que me había dejado Tamara no pegaba con el rostro lleno de ojeras y teñido de negro que me devolvía el espejo.

Quería regresar a España. Necesitaba largarme de ese sitio ya, o quedarme encerrada en la habitación de mi hotel, contando cómo las horas iban pasando.

Sin embargo, me limpié con el papel higiénico de los váteres y regresé a la mesa. Cuando pasé por delante de la camarera enana, me dirigió de nuevo una mirada de reproche y se apartó de mí, como si yo fuera un huracán que podía destrozar todo el establecimiento.

—Has llegado justo a tiempo —anunció Tamara mientras hipaba debido a la cantidad de vino que llevaba ingerido. Ningún rastro denotaba su preocupación por cómo me sintiera después de lo que me acababan de decir—. Vamos a brindar —dijo mientras me colocaba un vaso de vino nuevo en la mano.

—¡Por nuestro viaje a Roma! —gritó Marco.

—¡Por nuestro viaje! —respondimos todos al unísono. Unos con más efusividad que otros, claro…

Nos terminamos el vino, y después pedimos un chupito de limoncello, y después…, más

chupitos de bebidas que no podría identificar. Tamara y Marco fueron los primeros en levantarse y ponerse a bailar de una manera tan sensual que hizo que las mujeres se escandalizasen y algunos hombres desearan poder tocar a Tamara. El tímido de Enrico y Luca se levantaron para ir a por más bebida, para ver si así podían conseguir el mismo efecto en nosotras. «Tendrás que traerme una botella entera e inyectármela en vena», pensé mientras veía cómo se marchaba Luca.

Pilar aprovechó nuestro momento de intimidad para sentarse a mi lado y darme un apretón de manos.

—No sabía nada —comenzó a disculparse.

—No te preocupes —la tranquilicé yo.

—Yo no te lo habría dicho de esa manera —explicó, y porque la conocía, sabía que estaba enfadada por las formas de Tamara—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —mentí—, es solo que…, da igual, no lo vais a entender.

—Pues explícamelo.

Intuí que su interés era sincero, por lo que comencé. Necesitaba desahogarme.

—No puedo entrar en los motivos…, pero él no es tan malo. De hecho, aunque te cueste entenderlo, ahora mismo no está conmigo por mi bien y hace esas cosas para que yo quiera separarme de él. —Era la única manera que tenía de decirlo sin contar el incidente en el portal.

—Te gusta de verdad y lo sigues pasando mal por él, aunque realmente estuviera con esas tres chicas —afirmó.

—Sí —asentí.

—Entonces, ¿crees que hay algún motivo para que actúe así? —siguió.

—Sí. Es más, creo que quería que yo me enterase —dije mientras hundía la cabeza entre las manos cansada.

Pilar calló y se quedó pensativa. Entonces empezó a rebuscar algo en su bolso, pues esa noche le había tocado llevarlo a ella por las tres, mientras echaba miradas furtivas a Tamara, que parecía haber olvidado que nosotras también estábamos allí.

—Toma —susurró como si me contara un secreto mientras me daba mi móvil—. Ha sonado mientras estabas en el baño —prosiguió con la confidencia—. Primero han sido muchas llamadas. —La miré sin entender nada—. Era Leone. —Pausa—. Luego ha sonado un mensaje de otra persona que te escribía en referencia a él.

—¿¡Qué!? —dije sin poder creer que hubiesen cotilleado en mi móvil. No tenían derecho a hurgar en mi intimidad—. ¿Quién? —balbuceé.

—No hay tiempo —señaló a Tamara. La canción estaba a punto de finalizar—. Me han dicho que borrara el SMS, pero no lo he hecho. Lo tienes en el buzón de entrada. Lárgate y léelo.

—¿Para qué me tengo que largar? —Podía leer el mensaje en la mesa si quería, era mi móvil y nadie podría echármelo en cara.

—Cuando salgas, lo entenderás. No quiero que tengáis una discusión cuando te quieras ir —argumentó Pilar, como si fuera obvio que, después de leer el SMS de quienquiera que fuese, yo me marcharía.

Sin dudar, hice caso a Pilar y me levanté, no sin antes dirigirle un silencioso «Gracias, supongo».

Salí escondiéndome de mis acompañantes, pasando por delante de Tamara ocultándome detrás de unos cincuentones para los que la noche había terminado. Una vez en el exterior, me separé del grupo del Imserso y me senté en un banco de piedra en el paseo marítimo, donde el sonido del mar se mezclaba con el de los jóvenes bebiendo.

Abrí la tartana de móvil que tenía y tecleé hasta llegar al buzón de entrada. Allí había un

número que no conocía de nada. Le di a leer con curiosidad. ¿Por qué Pilar estaba tan convencida de que tras leer el SMS me marcharía inmediatamente?

El texto era muy claro. Se trataba de Domenico. Romeo estaba mal, su madre se encontraba en el hospital con una sobredosis. La parte que más llamó mi atención era la que ponía una dirección y añadía: «Por favor, ve, solo tú puedes ayudarle». No lo dudé ni un instante. Saqué mi monedero y me planté en medio de la carretera, esperando al primer taxi que pasara.

Nunca había estado en un hospital italiano, pero, a decir verdad, la fachada era igual que la de los españoles: blanca y lúgubre como siempre me habían parecido. Entré. En la recepción no había nadie, y no había nadie en todo el vestíbulo a quien preguntar. Me topé con uno de seguridad y pensé que me pediría algún tipo de documentación para acceder, pero ni me miró.

Así, una vez dentro, me puse a andar sin rumbo fijo. Pasé por delante de una sala de espera, llena de familiares de pacientes jugueteando con el paquete de tabaco en la mano, mirando nerviosamente hacia todos lados y con las ojeras de no haber descansado durante días. Busqué insistentemente a Romeo, pero no había ni rastro de él.

Me dirigí hacia los pasillos con la esperanza de encontrarlo sentado frente a la habitación de su madre. Una enfermera de mediana edad, con un moño estirado y cara de pocos amigos, me cortó el paso mientras me decía que ya no era horario de visita.

—Pero es una urgencia —le recriminé yo.

—Todo aquí es una urgencia —contestó ella mientras me cerraba la puerta del pasillo en las narices.

Intenté localizarle en el móvil, pero lo tenía apagado. No podía encontrarle.

Me senté en el alféizar de una ventana y, de repente, me di cuenta de que sabía exactamente dónde buscarle. Aunque no era más que una intuición, tenía la certeza de que estaría allí…

En el *parking*, absolutamente solo, apoyado contra una pared de manera informal fumando un cigarrillo, se encontraba Romeo. Por una vez en la vida no me escuchó antes de que yo llegara. Estaba tan inmerso en su propia realidad, en su profunda tristeza, que sus aguzados sentidos de matón parecían haberse esfumado. Miraba hacia la luna ensimismado mientras unas finas lágrimas recorrían su rostro. Parecía la estatua de un dios romano bajo el pequeño haz de luz de una farola lejana.

Le rocé la mano y él se giró. Hubo tanto amor y tanta gratitud en esa mirada que todo lo malo se me olvidó y temí ser yo la que me cayera al suelo.

Sus ojos verdes, más oscuros esa noche, me miraban como si fuera un espejismo, un sueño que no pudiera ser real. Necesitaba contacto y no se lo negué. Le abracé como solo se puede hacer a una persona que quieres, y él depositó todas sus fuerzas en agarrarme y llorar en mi pelo. De vez en cuando se separaba para mirarme, entonces una sonrisa tímida recorría su rostro y volvía a perderse entre mis cabellos.

—Esta vez se muere, Berta, se muere —sollozaba.

—Tranquilo, estoy contigo —le intentaba calmar acariciando su rostro y limpiándole las lágrimas.

—No te vayas —suplicó.

—Nunca —respondí.

—Es demasiada heroína, no lo soportará.

—Claro que sí, y yo estaré aquí para acompañarte a llevarla a casa.

Con tranquilidad, me agarró el rostro entre sus manos.

—Eres tan bonita…

—Creía que era una chica del montón… —le quité hierro al asunto.

—Eres preciosa, y no solo por fuera. —Su dedo índice rozaba mis labios—. Eres más preciosa aquí —y posó la palma de su mano en mi corazón, haciendo que este se disparase.

Me acerqué lentamente a él y, mientras notaba los golpes de su corazón como si también se tratara de latidos de una bala, entreabrí mis labios para fusionarlos con los suyos en un beso único.

Sus manos me agarraron lentamente de la cintura y me apretaron contra él.

—No te vayas —suplicó—, aunque te lo pida, no te vayas. Eres lo único bueno que he tenido en mi vida —afirmó.

Nuestras lenguas se encontraron de nuevo y esta vez jugaron a entrelazarse haciendo que nuestra respiración se acelerara poco a poco. Me rodeó con sus brazos y me estrechó fuertemente, aumentando el ritmo de los besos.

El deseo me empezó a quemar por dentro y comencé a mover las caderas para rozar su miembro, que había crecido deseoso de encontrarse conmigo. La ropa me pesaba y sabía que a él también, por lo que le quité la camiseta dejando claras mis intenciones.

Cuando me quise dar cuenta, Romeo se movió sigiloso empotrándome contra la pared que servía de sujeción. Recorrió todo mi cuerpo con sus manos mientras yo me estremecía y gemía aun antes de haber comenzado el acto.

Sin previo aviso, cambió mi boca por mi cuello y mientras trazaba a besos el camino que descendía hasta mi pecho, me quitó el vestido rojo para dejarme completamente desnuda y a su merced.

Como no había hecho en mi vida, le arranqué el pantalón y los calzoncillos y comencé a tocar todas esas partes de Romeo que nunca había visto, deteniéndome el tiempo necesario para memorizar cada una de ellas.

No podíamos parar. Nada podía detenernos. Su lengua acariciaba furiosa partes de mi cuerpo y el deseo aumentaba; ansiaba sentirle dentro de mí y ser uno solo.

Crucé las piernas alrededor de su cintura y Romeo me llenó embistiéndome una y otra vez con más pasión de la que había sentido en mi vida. Por primera vez supe lo que era reír de placer y rozar el cielo mientras lloras de felicidad.

Y así, bajo la luz de la luna y una farola indiscreta, comprobé que el mejor sexo es el que se practica con una persona a la que definitivamente amas.

* * *

Entre los dos llevamos a la madre de Romeo a su habitación, pues aún estaba débil. Tuve que hacer un esfuerzo para no vomitar cuando vi sus sábanas llenas de mierda. La mujer se había cagado encima cuando sufrió la sobredosis.

Él se marchó a casa de una vecina para pedir otras limpias y yo, como pude, dejé atrás mis escrúpulos y me puse a limpiar y asear la habitación mientras la mujer me miraba sentada en una silla.

En el suelo encontré una bola de papel arrugada y la abrí. En su interior ponía: «La próxima vez que te diga que vayas a la frutería de Fabricio, irás, o tu madre no estará contenta. Firmado: Alessio». Como no tenía sentido para mí, lo tiré a la misma bolsa de basura que el resto de los papeles.

La señora me miraba atentamente mientras trataba de ubicarse.

«Demasiado tiempo sin beber ni drogarse, ya no conoce otra realidad que estar colocada», pensé.

Abrí la ventana de la habitación para que se aireara, pero en vez de eso entró olor a cloaca,

por lo que decidí que era mejor dejarla como estaba.

—Te conozco —rompió a hablar la señora con una voz rota. Como cuando alguien ha fumado toda su vida y su garganta ya no funciona como debería.

—Un día estuve aquí —expliqué mientras me acercaba a ella.

—Eres tú —fue lo único que dijo mientras abría los ojos—, deberías llevártelo —añadió sin más.

—¿A quién? —pregunté mientras pensaba que la mujer estaba desvariando.

—A mi hijo, por supuesto —contestó ofendida.

—¿Cómo dice?

—¡Que te lo lleves! —repitió.

—¿Dónde? —pregunté.

—Contigo, donde sea. Puede que penséis que soy una borracha y una drogadicta, y no os equivocáis —se rio como una posesa; parecía una demente—, pero a veces me doy cuenta de las cosas. La verdad es que, desde que has aparecido, te he odiado un poco.

—¿A mí? —pregunté sin entender—, ¿por qué?

—No hay droga —contestó secamente.

—¿No hay droga?

—En esta casa. Los amigotes de mi hijo ya no vienen y no hay droga. No hay alcohol gratis ni droga que me dejen en pago de algún *favor* mientras mi hijo se ducha.

—¿Cómo? —dije sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando.

—La vida no es de color rosa como tú piensas, princesa. Aquí nos gusta la mala existencia —afirmó mientras asentía categóricamente—. A la gente le hace gracia decir que la madre de Leone se la chupó…, y a mí, sinceramente, no me importa una mierda lo que se rumoree si me dan algo a cambio. Pero desde que estás tú, ya no vienen.

—Y… ¿eso le molesta? —seguía sin entender su filosofía.

—Ya te he dicho que te he odiado. Hasta que me di cuenta.

Mi cabeza daba vueltas. No debía decirle a Romeo lo que hacían sus amigos con su madre o se volvería loco, como cualquier ser humano. Por un instante, la mujer de cuarenta kilos que tenía delante me dio asco. ¿Cómo podía ser tan frívola?, ¿cómo podía tratar así a su único hijo? Me enorgullecí de mis padres más de lo que lo había hecho en toda mi vida.

—¿Hasta que se dio cuenta de qué? —dije con la voz más brusca de lo que pretendía. No podía respetar a ese ser humano por mucho que acabara de salir del hospital y él la quisiera a su manera.

—¿De qué va a ser? —dijo mientras ponía los ojos en blanco—. De que es feliz.

—¿Feliz?

—Sí —contestó seca—. Además, ahora empieza a ser raro.

—¿Raro por mi culpa? —Me sentí ofendida.

—El otro día le escuché hablando con una vecina sobre módulos…, una tontería, nunca se podría sacar algo así…, pero empieza a querer ser algo más…

—¿Progresar?

—Puede que se diga así. Por eso, si le has metido las ideas de ser alguien en esta vida, debes llevártelo. Aquí, en mi casa, hay droga y robos, nada más, y si Romeo es más feliz siendo otra cosa, no debe estar conmigo.

Me disponía a contestar indignada alegando que eso era algo bueno cuando Romeo entró por la puerta con las sábanas y me dirigió una sonrisa. La mujer, por su parte, siguió esperando que yo dijera algo, como si la presencia de su hijo no le importase lo más mínimo. Cuando comprobó

que yo no iba a contestar, me miró con cara de asco y volvió a ensimismarse en su mundo.

* * *

Romeo estaba tumbado con la cabeza apoyada en mi regazo mientras se comía una bolsa de patatas. Parecía más tranquilo y con total confianza en mí. Era como si toda la vida hubiéramos estado juntos, y el hecho de estar en su casa sentados en el sofá fuera nuestro ritual de pareja. Me gustaba esa sensación. Sin embargo, un pensamiento no paraba de atravesar mi cabeza como flechas punzantes. Su madre me había dado a entender que yo era su salvación, él me había dicho que me necesitaba, y yo…, yo me marcharía a España en pocos días, dejándole de nuevo sumergido en su peligrosa vida, sin importar qué ocurriera con él.

—¿En qué piensas, que tienes esa cara de concentración…?

—En nada —contesté rápidamente.

—Ya—ironizó—, las mujeres siempre decís «en nada» cuando en realidad queréis decir «en todo». Pero creo que lo puedo adivinar… Puede que sea por algo que te han contado tus amigos sobre mí y muchas mujeres y una discoteca… —dijo mientras se incorporaba.

—No me acordaba, pero ahora que lo dices —sentí un ataque de celos—, ¿qué pretendías?

—Separarte de mí —contestó mientras se cruzaba de brazos.

—Y te parecerá que esa es la mejor manera…

—Era la única que se me ocurrió. —Se mordió el labio nervioso dándose cuenta de su estupidez—. Poco madura, pero con las mujeres que he tratado siempre ha sido bastante efectiva.

—¿Cuándo te darás cuenta de que no soy como las mujeres que conoces…? —dije exasperada.

—Ya me he dado cuenta —repuso agarrándome las manos.

—¿Y qué opinas de ello? —le pregunté mientras entrelazaba mis dedos con los suyos.

—Es raro. Diferente. Me gusta demasiado —dijo, y depositó un beso en mis labios.

Tiempo después, mientras me reincorporaba en el sofá de su casa, me preguntó:

—¿Estabas soñando conmigo? —No —contesté tapándome con la chaqueta, pues el sueño me había dejado destemplada.

—No me mientas… —señaló con aire de suficiencia, se quitó su cazadora de cuero negro y me la echó encima de las rodillas.

—A ver… —comencé mientras ponía los ojos en blanco—, sorpréndeme. ¿Por qué crees que miento?

—Por esto —acercó el lateral de su mano a la comisura de mi boca y comenzó a limpiarme lo que vergonzosamente reconocí como baba.

Me imaginé a mí misma dormida sobre el hombro de Romeo con la boca abierta y un hilillo de baba cayendo de mi lado derecho, e inmediatamente enrojecí.

—Qué broma más mala… —dije al intentar limpiarme corriendo la boca con la manga de mi chaqueta, tan rápido que hasta me hice daño.

—No es broma… Es por lo que has dicho mientras dormías —repuso enigmático.

—Yo no hablo en sueños —recalqué, aunque debería haber añadido la coletilla «que yo sepa».

—¡Ya lo creo que sí! Y por lo que he oído, casi prefiero tenerte a mi lado sumida en un profundo sueño. —Me guiñó un ojo.

—Tranquilo, que andaré con cuidado cuando estés cerca —dije cruzándome de brazos.

En realidad no estaba enfadada, solo avergonzada por no saber lo que podía haber dicho. Me gustaba controlar mis actos. ¿Y si algo inapropiado salía de mi boca?, ¿y si revelaba cualquier

cosa que no me gustaba sin ser consciente de ello?

—¡No te lo tomes tan en serio! —bromeó mientras me imitaba cruzándose de brazos.

—Pues dime qué es lo que has oído —pregunté al girarme y sonreírle.

—En fin, si eso es lo que quieres… —Elevó las manos hacia el cielo como si me fuera a contar un secreto universal y añadió—: Solo balbuceabas como una niña pequeña y de vez en cuando decías: «Llévate a este perro» —Suspiró al mismo tiempo que sus ojos me penetraban.

—¿Solo eso? —pregunté cauta mientras le acariciaba el dorso de la mano con un dedo, provocando que él se pusiera tenso, excitado.

—Sí.

—¿Y por eso dices que me prefieres dormida?

—La verdad es que te prefiero dormida porque cuando te oigo hablar en lenguas extrañas me haces reír, y como no te enteras, tengo la seguridad de que no te enfadarás. —Me besó con pasión y añadió—: Lo malo es que no te puedo besar.

—Y entonces, ¿con qué te quedas?, ¿con mi estado consciente o inconsciente?

Llevó los dedos a mis ojos y me los cerró. Con un movimiento ágil me alzó y me colocó sentada en su regazo, me acunó como si fuera un bebé y me besó dulcemente mientras me sostenía.

CAPÍTULO 11



El gran descubrimiento de nuestro viaje tenía nombre: *aperitivi*. Si de algo presumíamos los españoles cuando salíamos fuera de nuestro país era de nuestras maravillosas tapas. Cuando había viajado a otros lugares, se me llenaba la boca de orgullo cuando, tras pedir una Coca-Cola o una cerveza, explicaba a los autóctonos de los diferentes países que en España existía una cosa llamaba «tapa» que te ponían con cada pedido y que era gratis.

Me encantaba comprobar que para el resto del mundo eso era algo excepcional y nos preguntaban interesados por cada detalle. Por eso nos había sorprendido tan gratamente que la cultura italiana tuviera algo similar a la nuestra. En este país recibía el nombre de «aperitivo», y se trataba de una mesa en la que ponían todo tipo de comida y que tú, tras pedir una bebida, podías coger con un pequeño plato de plástico, como si se tratara de un bufé. Como buenas turistas, Tamara, Pilar y yo habíamos permanecido quietas, observando cómo los napolitanos llevaban a cabo esta tradición antes de levantarnos y disponernos a imitarlos.

—¿Se podrán coger los platos que queramos o solo uno? —cuchicheaba Pilar en mi oído mientras cuidadosamente ponía un poco de ensalada de pasta en su plato.

—¡Por supuesto, todos! —gritó Tamara mientras señalaba sin sutileza alguna a una pareja de napolitanos que habían cogido dos platos cada uno en los que pusieron ensalada, *pizza*, *risotto* y filete empanado.

—No conozco ni la mitad de las cosas que hay aquí… —comencé yo una vez levantada, pues veía tanta variedad de aperitivos y con tan buena pinta todos que no sabía cuál elegir.

—¡Pues echa un poco de todo y ya está! —me sonrió Tamara. Esta había decidido ignorar todos los momentos malos que habíamos vivido y volver a ser la chica alegre que estaba siempre a mi lado. Aunque por la manera en que me miraba de vez en cuando, comprendía que seguía sin aceptar lo que estaba haciendo y que permanecía alerta, a la espera de regañarme o aconsejarme en cualquier momento. Por supuesto, el tema de Romeo se había convertido en algo tabú que fingíamos que no existía—. Total, es gratis —concluyó.

—*Tipical spanish* —bromeé yo mientras con la otra mano echaba una cucharada de cada cosa para poder probarlo todo.

—¡Anda, toma! Aprovéchate, que seguramente otro día en algún restaurante nos cobren mucho más por esta comida —insistió Pilar, que de la cantidad de cosas diferentes que estaba poniendo en el suyo parecía estar haciendo una montaña que yo temía se pudiera caer en cualquier instante.

A diferencia de la mayoría de los lugares que habíamos visitado en estas vacaciones, el pequeño bar en el que nos encontrábamos ahora no estaba lleno de turistas. Nos lo había aconsejado el recepcionista del hotel y la verdad es que se agradecía, ya que podíamos apreciar cómo era la verdadera cultura italiana.

Pese a que la mesa con los aperitivos estaba en el interior del local, todo el mundo se sentaba en la pequeña terraza de fuera, que daba a una hermosa plaza con una fuente en su centro y suelo de piedra. Los edificios que se arremolinaban a su alrededor eran antiguos y sus vecinos tenían la ropa tendida en las ventanas, tal y como era la imagen mental que siempre había tenido de las

calles italianas.

En los laterales, se reunían los grupos de amigos, sentados en algún muro de piedra mientras bebían la famosa cerveza Peroni y reían a carcajadas. También había algunos vendedores ambulantes, pero no de *merchandaising*, como estaban plagadas las otras zonas. Los mercados aquí eran de fruta del día o de flores frescas para llevar a la casa. Por lo que nos habían dicho, la tradición de comprar ramos aquí era mucho mayor.

—No son ramos exactamente —nos interrumpió Pilar mientras hablábamos del tema—, son plantas.

—¿Macetas? —pregunté intrigada, sin apartar la mirada de los diferentes grupos de jóvenes, pensando en lo mucho que me gustaría vivir allí aunque fuera solo un año de Erasmus.

—Sí —asintió mientras daba un sorbo a su cerveza—, te suelen traer la planta para que tú la cuides y la veas crecer.

—¿Y sabes cuál es el motivo? —continué con mi entrevista.

—Según me han dicho —y se quedó pensativa—, se supone que es como si te dieran algo con vida, algo que, conforme crezca, hará que también se estreche vuestra relación, y un símbolo de que siempre te acordarás de la persona que te la regaló.

—Y un engorro que tendrás que cuidar cada día —bromeó Tamara mientras indicaba a la camarera que trajera la carta, puesto que teníamos que probar algo más.

—En realidad —añadió Pilar con la mirada perdida—, no riegas la planta, sino vuestra relación.

—Menuda tontería —escupió Tamara, aunque como yo era la que mejor la conocía, me di cuenta de que mentía y supe exactamente por qué.

El ambiente de Italia no solo nos estaba enamorando a Pilar y a mí, sino que Tamara, la chica dura y que siempre controlaba sus sentimientos, estaba cayendo rendida a su encanto, y eso era algo que intentaba evitar por todos los medios.

—Eso es lo que me han dicho —se excusó.

—Ah, así que es eso…, y ¿quién?

—Enrico —Pilar se puso colorada. Entonces recordé la maceta que había aparecido en nuestra habitación hacía un par de días y que mi amiga cuidaba tanto, y lo entendí todo.

Con cariño le sonreí mientras deseaba que, en el caso de que se enamorase del italiano, todo le saliera bien, pues Pilar no era el tipo de chica que podía soportar que le rompieran el corazón. Para eso ya estaba Tamara con su máscara y yo con mi coraza de hielo.

Aunque se suponía que Pilar y yo no queríamos beber más alcohol, Tamara nos ignoró y pidió un cubo —sí, un cubo— de una bebida que se llamaba «caipiroska alla fragola» y que debía de estar riquísima, pues la estaban tomando en todas las mesas de nuestro alrededor.

En realidad nos resultó gracioso y nos proporcionó numerosas fotografías por lo original del envase y las pajitas gigantes que lo coronaban para poder beber.

—¿Sabes lo que se me ha antojado ahora con esto? —intervino Tamara, que durante los primeros cuatro minutos no se separó de su pajita—: Una fresas. —Yseñaló con la cabeza al hombre del puesto que las vendía.

—Voy yo —me ofrecí adelantándome a Pilar, que tenía las mismas ganas que yo de sumergirse en la marea italiana y comprar en un puesto típico y, por qué no decirlo, de que le diera un poco el aire para que se le pasara un poco el mareíllo que comenzaba a aparecer.

Me zambullí en el torrente de personas que poblaban la pequeña plaza. Todo me parecía extraño, diferente y hermoso a la vez. Vale que en España también había puestos callejeros, las mujeres gritaban desde los balcones a los hijos para que subieran a cenar, en verano, y los

jóvenes se reunían en cualquier lugar solo para hablar y reír. La diferencia con Nápoles era la belleza de la ciudad. Había monumentos en sitios insignificantes, incluso en los adoquines del suelo —tenían su propia magia, otorgaban a la ciudad un aire místico que te calaba dentro—.

Me encontraba observando ensimismada las figuras de la fuente que se encontraba en el centro exacto de la plaza cuando me percaté de que alguien tenía sus ojos fijos en mí y me estaba vigilando. Me volví, nerviosa, entre el gentío, con la imagen en la mente del joven que días atrás me había golpeado y secuestrado. Instintivamente, llevé mis manos a la costra que me había salido en la herida de la nuca y que me recordaba que ese accidente había pasado de verdad y no era una mala pesadilla.

Andaba más deprisa de lo que debía mientras apartaba de manera brusca a la gente a mi paso. Un par de italianos se acercaron a tenderme una rosa y fui tan mal educada que escuché cómo se despedían de mí con una expresión que tenía toda la pinta de ser un tremendo insulto.

Alguien me agarró por la espalda y yo, en un acto reflejo, sujeté fuertemente mi bolso.

—No tengas miedo —me dijo la voz masculina del hombre que me impedía moverme y girarme para verle la cara—. Camina como si no ocurriera nada. —Y dicho esto, me empezó a dirigir a una calle aledaña en la que no había ni una sola persona. A pesar de no notar nada punzante con lo que me estuviera amenazando, le obedecí sin rechistar, pues había una orden expresa en su voz.

Una vez que nos encontramos en aquella callejuela estrecha y bastante más oscura, me paré y, tomando aire, me giré lentamente. Aunque nos habíamos visto anteriormente, me costó trabajo reconocerle y mucho más entender qué hacía él allí. Frente a mí, y vestido con los mismos vaqueros y la misma camisa del primer día, estaba el policía de la gran barriga, moreno y con barba bastante pronunciada.

Lo primero que me vino a la cabeza fue una palabra: «corrupción».

Aunque cueste creerlo viendo mi actuación en las vacaciones, yo no era por lo general una persona desconfiada y temerosa, pero no pude evitar creer que ese hombre tenía algún tipo de contacto con la mafia, con los ladrones o con cualquiera de los corruptos que existían allí, y que se disponía a hacerme daño o algo peor. Y todo esto lo pensé sin que el señor hubiera hecho ninguna señal violenta; todo era fruto de mi paranoia.

—Tranquila —me calmó su compañera pelirroja, que debía de llevar allí un buen rato, pero de cuya presencia yo no me había percatado. No entendí su cara de preocupación hasta que reparé en que mis piernas temblaban de una manera frenética e incontrolable—. No estamos aquí para hacerte daño.

Se aproximó a mí como si yo fuera un animal salvaje que pudiera arañar o incluso morder y, cuando supuso que ya debía de estar más tranquila, posó su mano en mi hombro, y sentí cómo el color volvía a mi rostro, aunque aún no podía hablar. Al barbudo no debía de hacerle ninguna gracia eso, puesto que, mientras me miraba con cara de asco, comenzó una conversación paralela con su compañera en otra lengua, deduzco que napolitano.

Yo sabía que en Italia no solo se hablaba el italiano, idioma que más o menos controlaba, sino que en el norte mucha gente lo compaginaba con el alemán, y en numerosas ciudades como Roma, Sicilia o Nápoles había dialectos. Supuse que el napolitano o el idioma que hablaba este policía era como el vasco en España. Tal vez yo podía entender gallego, valenciano o catalán, pero si me hablaban en vasco me sentía como si estuviera en China.

—¿Por qué me habéis traído aquí? —intervine finalmente, haciendo que su conversación se detuviera por el momento.

—Al fin te decides a hablar —me regañó el hombre mientras con el dorso de la mano se

limpiaba el sudor.

—No estoy acostumbrada a que me saquen de plazas sin decirme el porqué —le contesté yo aún sin entender la situación, cosa que me empezaba a desesperar.

—Entonces debo deducir que sí está acostumbrada a tratar con criminales en su país —me juzgó mientras sus ojos me taladraban.

—Lo que mi compañero quiere decir —le interrumpió la pelirroja con calma, reprochándole con la mirada cómo me estaba hablando— es que su compañía en Nápoles no es de lo más adecuada, por lo que tenemos que andar con cuidado.

—Yo no trato con criminales —le respondí más a él que a ella.

—¿Ah, no? —me preguntó, y antes de que le pudiera responder, ella se me adelantó—. Matteo, déjame a mí —se dirigió al hombre. Luego me tendió la mano y se presentó—. Vamos a hacer las cosas bien. Mi nombre es Ludovica y, como ya sabes, trabajo en la Policía napolitana.

—Berta —fue lo único que respondí mientras le estrechaba la mano sin fuerzas, esperando que me explicaran lo que estaba pasando.

—El primer día, cuando te conocimos, fue porque te vimos con un Salvatore, Leone. ¿Lo recuerdas?

—Sí. —Nerviosa, me pregunté qué habría hecho Romeo esta vez.

—No te estábamos siguiendo a ti, sino a él.

—Porque es un mafioso —agregó Matteo.

Ludovica le fulminó una vez más con la mirada por haberla interrumpido. Supongo que ella quería ganarse mi confianza, y sabía que con esa clase de intervenciones por su parte no lo conseguiría.

Matteo se encogió de hombros y, sin despedirse, se alejó un poco de nosotras y se encendió un cigarrillo.

—Ese día nos preocupamos al verte alterada. Por eso nos descubrimos. —Disimuladamente, como si alguien pudiera vernos, volvió a enseñarme la placa—. Desde ese día hemos visto que tus encuentros con ese chico han aumentado y que incluso te ha herido…

—¿Cómo? —la interrumpí, y ella señaló la parte de detrás de mi cabeza. Volví a cubrir la herida con mi mano, como si el hecho de que nadie más la viera pudiera hacer que se borrara el recuerdo del secuestro—. A mí no me ha pasado nada.

—¿Ah, no? —Se quedó callada esperando mi respuesta. La pobre solo era una policía que me quería ayudar, así que rectifiqué:

—Y en el caso de que hubiera ocurrido, Romeo —al ver que no entendía de quién hablaba, cambié el nombre, aunque no me gustaba llamarle así—, Leone no tendría la culpa.

—¿Me estás diciendo que todo el tiempo que pasas con él no lo haces coaccionada ni nada similar? —me preguntó.

—No, paso mi tiempo a su lado porque quiero.

Al ver la mirada de decepción en sus ojos, me sentí incluso culpable, como si yo hubiera pasado de ser una turista en problemas a una chica perdida, igual que las amigas de Romeo.

—La verdad, no me esperaba esa respuesta. Creíamos —se giró un segundo hacia su compañero, que desde la otra punta seguía fulminándome— que te tenían extorsionada o algo peor. Me alegro de que eso no ocurra —puntualizó—, pero, si te soy sincera, no entiendo cómo una buena chica como tú —y me señaló de arriba abajo— puede estar involucrándose con alguien como él. —Esperó a que yo me defendiera o dijera algo, pero no podía pensar y permanecí allí quieta deseando que este encuentro terminase lo antes posible—. Es peligroso, mucho más de lo que te imaginas o de lo que te han dicho. Esto no es un juego, Berta.

Recordé las palabras que día tras día Tamara me repetía sin cesar.

—Todo lo que me diga ya lo sé —me derrumbé.

—… Pero estás enamorada —agregó, y puso los ojos en blanco, como si eso fuera la mayor tontería que había presenciado en su vida.

—No —le corté. No me había planteado mis sentimientos por Romeo, y no quería ni tenía fuerzas para hacerlo ahora, acorralada en un callejón oscuro con unos policías secretos que me querían ayudar—. No es por eso. Conmigo es bueno.

—¿Y cuánto crees que durará eso? Tal vez hasta que te tenga, se canse de ti, te tire y te destroce como a un muñeco viejo…

—Eso es algo que nadie sabe. De todas maneras, me quedan aquí solo unos días, así que no creo que le dé tiempo a aburrirse, y mucho menos creo que tenga la capacidad de destrozarme. —«Porque, aunque él me dejara, yo no permitiría que eso me afectase lo más mínimo, por supuesto», me dije. Había cosas mucho peores en esta vida, y el final de un romance veraniego no iba a poder conmigo.

—Eso es lo que tú te crees… —Y mirando al infinito, se perdió en algún tipo de recuerdo que yo desconocía. Tuve que carraspear sonoramente para que regresara a la tierra conmigo—. Si estás bien, solo me queda decirte dos cosas: ten cuidado y, si ves algo ilegal, aunque no te lo hagan a ti, no dudes en llamarnos. ¿Aún conservas la tarjeta que te di?

—Sí. —Y mientras pronunciaba la afirmación me sorprendí planteándome por qué, en vez de tirarla a la papelera cuando regresé al hotel, la había guardado en la cartera si realmente no tenía intención de usarla.

CAPÍTULO 12



—Recuerda, no hables y permanece detrás de mí —repitió Romeo por cuarta vez mientras cruzábamos el pequeño puente de piedra que nos conducía a los portones de madera que daban paso al Castel dell'Ovo.

—No podría olvidarlo. —Me miró enarcando una ceja, por lo que añadí bromeando—: Como nada de lo que me dices.

—Eso espero. Aunque no te lo creas, mis consejos en esta ciudad son como la palabra de Dios —sentenció.

—Ya será menos… —le corregí.

—Bueno… —añadió pensativo—, puede que lo haya exagerado mucho. Se podría decir que mis «ayudas» pueden facilitar que tu estancia en esta maravillosa ciudad sea un poco más cómoda.

—¿Y me puedes explicar en qué me va a ayudar no hablar y situarme detrás de ti en esta excursión?

Lo llamaba «excursión», puesto que así lo había definido él minutos antes, cuando había llamado a la puerta de mi habitación. En un primer momento, me había quedado paralizada, puesto que no me lo esperaba; pensaba que se quedaría en casa cuidando a su madre tras lo de la sobredosis. «No es la primera vez que ocurre, Bertita, y si me apuras, creo que no será la última», me explicó cuando le pregunté por ella, dando a entender que era una situación habitual que no intervenía ni interrumpía la rutina de su día a día.

—Si quieres ir toda la excursión callada y detrás de mí, hazlo, yo no te lo voy a prohibir, aunque reconozco que entonces mi día será un poco más aburrido…

—Eso es porque, aunque no me lo vayas a decir nunca, yo te hago un poquito feliz. —Noté que me miró intensamente tras las gafas de sol después de mi comentario, pero no me dijo nada. Simplemente, siguió hablando como si yo no dijera nada.

—… Pero si sigues mi consejo y permaneces con la boquita cerrada hasta que pasemos ese control —y señaló las taquillas, donde decenas de turistas se habían amontonado para comprar las entradas, todos ataviados con grandes sombreros o gorras y pantalones demasiado cortos para lo que se consideraba decoroso para entrar en un sitio así—, tendremos las mejores vistas de Nápoles y en tu cartera seguirás contando con sesenta euros.

—¿Sesenta euros? —repetí llevándome las manos a la cabeza—. ¿Cuesta tantísimo?

—No. —Se encogió de hombros mientras se detenía, apoyándose en la barandilla desde donde se podía ver el mar que circulaba a nuestros pies—. Cuesta treinta.

—¿Entonces? —Y conforme lo preguntaba, caí en la cuenta—. ¡Ah! Habías dado por hecho que yo te invitaría.

—Claro —contestó.

—No es de buena educación decir a alguien que vaya contigo a una excursión para que te invite… —bromeé.

—Entonces tampoco lo debe ser que ese alguien te lleve invitando a casi todo…

—Llámalo «ser un caballero»…

—Prefiero la palabra «igualdad» para definirlo. Además, si sigues mi plan, no tendrás que pagar y ambos saldremos ganando.

—¿No irás a amenazar al hombre de la taquilla ni nada de eso? —cambié de tema, pues en ese momento me di cuenta de que, si Romeo no quería que hablara y me ordenaba permanecer detrás, era para que no escuchara ni supiera lo que iba a hacer.

—¿Realmente crees que no tengo más recursos? —fingió que se molestaba mientras volvía a caminar rumbo a la puerta.

—No lo sé —contesté sin moverme. No había en mi voz ni un rastro de broma. Puede que estuviera jugando con todo este tema, pero no iba a permitir que se hiciera nada delictivo delante de mis narices—, pero si no me explicas cuál es ese recurso que nos va a permitir entrar, no pienso ir contigo.

—Si me preguntas si, en cierta manera, es legal —y entrecomilló con los dedos esta última palabra—, la respuesta es no.

—¡Fíjate qué casualidad, igual que la mía! —ironicé mientras me giraba para marcharme.

—Pero… —me alcanzó y me detuvo—, creo que si me dejas explicártelo, estarás totalmente de acuerdo.

—Nunca voy a estar de acuerdo con tus trapicheos, por mucho que me gustes.

—¿Por mucho que me gustes? Eso es que te tengo loca…

—No es el momento de bromear, Romeo.

—No, la verdad es que parece que contigo nunca lo es —repuso mientras me sujetaba.

—¿Sabes lo que ocurre? —Me indigné, ya que él no comprendía mi situación—. Normalmente mi círculo social no es tan bajo como el tuyo con los demás mafiosos. —Y en el momento en que lo pronuncié y él me soltaba, me arrepentí de haberlo dicho—. Lo siento —pronuncié temerosa.

—No lo sientas, llevas razón —dijo mientras miraba el mar dándome la espalda.

—No quería decir eso…

—Sí que querías, y no has mentido en ninguna de tus palabras —respondió con amargura—. Sé lo que he sido y lo que soy…

—Pero no lo que puedes llegar a ser —le corté.

—Me hago una ligera idea.

No sabía por qué, pero por el tono de su voz supe que mis palabras habían calado en él.

—Yo te podría ayudar. —Conforme las palabras brotaban de mi garganta, supe que, si Romeo aceptaba, yo lo haría sin importar las consecuencias.

—Y eso te destrozaría la vida —sentenció, y tras un largo silencio, volvió a hablar mientras me tendía unos papeles que no comprendí muy bien—. Tienes que guardarlos en tu cartera y, cuando lleguemos a la taquilla, me los das.

—¿Qué es esto? —pregunté mientras le echaba una ojeada y veía que mi nombre aparecía en un documento que tenía el sello de la Universidad Oficial de Nápoles.

—Nuestro billete ahorrativo. Bertita oficialmente se acaba de convertir en estudiante de Arquitectura de la universidad de aquí, y es ni más ni menos que mi compañera favorita de clase que me deja los apuntes.

—¿Cómo? ¿Quieres que vaya contigo a la universidad?

—Sí, y mañana, que nos casemos, y pasado, que tengamos un hijo —ironizó—. No, no te he matriculado en ninguna universidad, si eso es lo que piensas. Solo he falseado el documento porque para los estudiantes es gratis la entrada… Aunque, claro, tal vez esto sea demasiado corrupto para usted —dijo haciéndome una especie de reverencia— y prefiera pagar sesenta

euros, o treinta, si no me denuncias a mí por fraude y pagas tú sola la entrada.

—¿Y por qué no puedo hablar? —dije dando por hecho que iba a aprovechar esa gran oferta, ya que encajaba dentro de lo que me gustaba denominar «picaresca española».

—Entre tú y yo —con un movimiento veloz, saltó hasta situarse detrás de mi oreja—, por mucho que tu italiano sea bueno y yo finja que te entiendo todo…, tal vez no pases por napolitana.

—¿Insinúas que debo aprender más el idioma? —dije mientras reía.

—Puede…

—Pero no tengo dinero para pagarme más clases…

—Si te quedas conmigo, no lo necesitarás. —Como me ocurría casi siempre a su lado, no me dio tiempo a decidir si lo decía de verdad o estaba bromeando cuando carraspeó y dijo—: ¿Me la vas a dar ya?

—¿El qué? —pregunté mirando a ambos lados.

—La mano. —Y al ver que yo no comprendía, añadió—: Si queremos hacernos pasar por una pareja de encantadores napolitanos, tendremos que hacerlo bien desde el principio.

—Oh, claro, sí. —Solté la tarjeta de la policía con la que había estado jugueteando entre mis dedos dentro del bolsillo, y mientras enlazaba mi mano con la suya, agregué—: Todo sea por una buena actuación, aunque será un suplicio tener que fingir durante tantas horas que soy tu pareja.

Pese a que entendía perfectamente el idioma y la mujer de la taquilla no había dudado de que éramos dos estupendos estudiantes de Arquitectura, no pude evitar los nervios hasta que estuve al otro lado y lo suficiente lejos como para que la señora nos dejara de escuchar.

—Creía que me habías dicho que no practicabas deporte —consultó Romeo, que casi tuvo que venir corriendo a mi encuentro de lo rápido que había hecho los primeros metros a través del pasillo que daba a los patios interiores.

—En situaciones extremas puedo llegar a ser una deportista de elite.

—¿Llamas a *esto* situación extrema? —enarcó las cejas mientras se ponía a mi altura.

—En mi mundo puede que lo sea… —Sabía que mi reacción era exagerada, pero en menos de una semana había tenido encuentros con la policía, un intento de robo, un conato de secuestro…

Como estaba acostumbrada a que Romeo me explicara todos los lugares a los que me llevaba, ni me planteé coger la audioguía. Había aprendido muchas cosas en este viaje tanto a nivel histórico como cultural. En cierta medida me planteaba si todos los datos que me había proporcionado eran reales o se había inventado unas historias muy jugosas, pero ya lo comprobaría a mi vuelta con el famoso Google.

Nos detuvimos en el primer patio, el cual estaba lleno de cañones que años atrás habían custodiado el inmenso castillo.

—Creo que es el momento de que comiences con la explicación —sugerí mientras me paraba y sacaba algunas fotos del cañón con el mar de fondo.

—Pues como no lo hagas tú… —replicó él mientras se sentaba encima del artefacto.

Antes de contestar, no me pude reprimir y le saqué una foto sin que él se percatara. Le di a la pantalla táctil para echarle un ojo, y la imagen hizo que me estremeciera. Con los rayos de sol dándole de frente y su mirada perdida en el horizonte, era lo más similar a un modelo que había contemplado.

—Tic, tac, sigo esperando —añadió mirando aún el océano.

—Se suponía que tú, siendo el de aquí, me lo debías explicar.—Y sentándome a su lado, añadí—: De haber sabido que no ibas a ejercer de la manera adecuada tu papel de guía, me lo

habría preparado yo.

—Soy un mentiroso bastante bueno —apuntó—, pero no tengo ni idea de qué pasó en este lugar. Podría contarte una historia de guerras en las que estos cañones mataron a cientos de personas y derrumbaron embarcaciones. —Se puso en pie de un salto mirando al interior—. Seguiría contándote rumores de reyes y reinas que fueron infieles, de súbditos que murieron de hambre y obispos que conspiraron para tener más poder. Acabaríamos —en este momento me señaló el torreón— comentando cómo los amantes acudían a esa torre para permanecer alejados de miradas indiscretas y poder dar rienda suelta a la pasión.

—Vamos, que me contarías una novela que luego podría escribir en España. —Reí.

—Y no te cobraría por los derechos —matizó—, pero sería todo una farsa.

—¡Pues menudo plan! —dije fingiendo enfadarme, cruzándome de brazos y haciendo pucheros como una niña pequeña.

—Aunque, como soy un hombre de recursos —en esta ocasión y ante su chulería, no dudé en poner los ojos en blanco—, y suponía que tenías más confianza en mí de la que debías, he organizado un plan alternativo.

—¿Una fiesta en palacio?

—Ya sabes que yo no soy de grandes lujos. Mis planes son algo más sencillos…

—Espero que no me lleves a un botellón ni nada por el estilo.

—Y yo que creía que tenías tanta confianza en mí que hasta pensabas que podrías cambiarme, y de pronto, a dos días de que te vayas, me sales con esto, que mi único plan contigo es emborracharte…

—¿Y puedo? —pregunté depositando todas mis ilusiones en esa pregunta y deseando con todas mis fuerzas que la respuesta fuera un sonoro sí.

—¿Cambiarme? Eso es algo que ni tú ni yo sabemos.

Su mirada se ensombreció de nuevo, por lo que decidí cambiar el tema. Era algo que tenía que hablar con él, pero no podía presionarle. Las cosas tenían que seguir su propio cauce para que Romeo se convenciera de que la idea de dejar ese mundo era suya y no mía.

—Si no son en palacio, ¿dónde son tus planes?

—Anoche, mientras pensaba en qué haría…

—O sea, que esto no es algo espontáneo. Romeo, Romeo, que no puedes parar de pensar en mí.

—Anoche, mientras pensaba *qué haría* —repitió puntualizando esta última parte—, me planteé qué habría pasado si yo hubiera vivido en la época en que este lugar estaba habitado por personas y no era una atracción para los turistas que vienen de fuera. Descarté la nobleza y los bailes de salón. Me detuve con los soldados, pero llegué a la conclusión de que tal vez no fuera tu plan ideal ir a disparar… ¿O me equivoco?

—En absoluto. —Las tripas empezaban a revolvérseme solo de imaginar qué podría haber tramado.

—Supe que seguramente mi posición social podría equivaler a la de un ladrón, pero… —negó con la cabeza— no quiero estar en una celda o un calabozo, ni aunque sea para bromear contigo.

—¿Entonces?

—Dejé de pensar en lo que habría sido realmente y me planteé qué te habría gustado que yo hubiera sido, dentro de mis posibilidades, claro.

—¿Y qué creíste, si se puede saber? Debo decirte que tal vez te sorprendas al darte cuenta de que no me conoces tan bien.

—Yo estaría ahí.

Seguí el rumbo de su dedo y vi que señalaba al otro lado de las murallas del castillo, donde solo se podía apreciar el mar.

—¿Ahogado en el mar? —pregunté.

—Anda, cállate y sígueme.

Nos paramos en el muro de piedra, y entonces pude distinguir a qué se refería. En un lateral, casi a nivel del mar, había unas rocas donde las olas rompían y los pescadores se apostaban para pescar. A su lado, fruto de las nuevas generaciones, prácticamente actual, se encontraba una explanada de hormigón en la que algunas familias se sentaban a comer algo, con unas magníficas vistas y sin gastarse ni un euro.

—¡Pescador! —afirmé mientras me giraba y le sonreía.

—Pescador, o cualquier trabajo honrado que se ejerciera fuera de estas murallas. El lugar donde habitaba la gente humilde y honrada.

—Me has leído el pensamiento —confirmé mientras imaginaba que seguramente *esa* habría sido la mejor calidad de vida en la época. Lejos de la corrupción que acompaña a todos los lugares donde el dinero aflora.

—Entonces, ¿nos vamos de este lugar y bajamos con el pueblo llano?

—Sí —asentí mientras pensaba que no necesitaba estar rodeada de grandeza para sentirme a gusto con Romeo.

Nunca supe si Romeo conocía a los pescadores que estaban allí con sus cañas o si todos se saludaban como un acto reflejo. Tampoco me dio tiempo a comprobarlo, puesto que pronto fui consciente de que esas rocas no eran mi destino final, aunque él me dejó el tiempo suficiente en ellas para sacar unas cuantas fotografías mientras me empapaba gracias a una maldita ola y él reía escandalosamente como si fuera un niño inocente que está disfrutando de una tarde de verano.

Por un momento, todo rastro de tensión desapareció de su cuerpo. Luego lentamente me indicó que acudiera a un lado y allí pude intuir que había una barca debajo de una lona. Estar con Romeo en el mar mientras el sol se ponía me pareció tan perfecto que no me creía capaz siquiera de haberlo imaginado.

—¿Piensas ayudarme o vas a quedarte toda la tarde mirando el barco con la boca abierta? —interrumpió mis pensamientos con su grosería habitual, aunque en el fondo supe, por la sonrisa ladeada que ponía, que estaba encantado del efecto que su sorpresa había ejercido en mí.

Siguiendo sus indicaciones, quité la lona de uno de los lados para dejar a la vista la barca, que debía ser bastante antigua. Uno de los detalles que me llamó la atención mientras Romeo guardaba todo y se subía a bordo fue descubrir que en su interior había más cosas tapadas con sábanas rotas. Tuve la curiosidad de preguntar lo que era cuando me ofreció su mano.

—¿Por qué piensas que necesito ayuda para entrar? —bromeé mientras veía que las olas hacían que la barca se balancease de un lado a otro y me entraba el miedo de que ese momento romántico se fastidiara por un mareo mío.

—Si no, te caerás al agua. —Coloqué un pie dentro de la barca—. Aunque, como bien dices, tú eres autosuficiente. —Y me soltó, dejándome gritando con una pierna dentro y otra fuera de la embarcación.

—¿Quieres hacer el favor de cogerme, idiota? —chillé exasperada.

—Si me insultas, no.

—¿Podrías… —casi me caí con el tambaleo— ayudarme, señor Romeo Leone?

—Así mucho mejor. —Y acto seguido, me cogió con destreza para situarme a su lado, y yo

abrí la boca para tomar una buena bocanada de aire.

Mi primer instinto fue darle una colleja, sin mucha fuerza, por el susto que me había metido. El segundo fue irme al lado opuesto de la barca, por temor a que esta volcara por tener nuestro peso en un solo lado.

—No tengas miedo —se rio de mí—, aunque parece que has leído mi mente, porque justo te iba a pedir que fueras allí.

—¿Y eso por qué?

—Para que me ayudaras.

Me tendió un remo. Al principio pensé que se trataba de una broma y me reí el tiempo estipulado socialmente, esperando a que Romeo comenzara a remar, pero en lugar de eso me explicó cómo se debía hacer.

De esta manera, ayudé a que nos alejáramos de las miradas indiscretas, descubrí lo cansado y divertido que es remar, y por primera vez sentí lo que es ser parte del mar, comprender un poco al océano como solo los marineros saben hacer. Aunque en ningún momento me preguntó si necesitaba ayuda, noté que él estaba pendiente de mí a cada instante, y tuve la certeza de que habría hecho el «trabajo duro» si no hubiera visto lo que yo estaba disfrutando.

—¡Ya hemos llegado! —me señaló en mitad del mar.

—¿Aquí? Yo pensaba que íbamos a algún sitio. —De hecho, creía que me llevaría a una cala apartada o algún lugar con tierra.

—Este es un sitio. Además, un sitio muy especial.

—¿Por qué? —pregunté curiosa.

—Seguramente en este punto del océano y con esta agua es la primera vez que hay una cita.

Sonreí, pues me pareció un detalle muy romántico.

—Como estamos en mitad de la nada, puedes cerrar los ojos y transportarte al sitio al que te voy a llevar.

—¿A otro lugar?

—Cierra los ojos.

Confié en él y lo hice de inmediato.

—Ahora, abre la boca.

Obedecí, y en mi boca explotó una bomba de chocolate y canela. Un sabor dulce que hizo que me relamiera sin poder evitarlo.

—¿Qué es? —pregunté aún con los ojos cerrados.

—Tiramisú del Pompi. Para mí, el mejor tiramisú de toda Roma. —Antes de que preguntara qué significado tenía todo aquello, habló—: Espera, no abras los ojos todavía.

Noté que se movía nervioso de un lado a otro de la barca, colocando algunas cosas. En cierto momento tuve que sujetarme a uno de los laterales por el movimiento de nuestro «navío», pero aun así me mantuve con los ojos cerrados todo el rato, hasta que oí nuevamente su voz frente a mí.

—Ya puedes mirar.

Lo hice.

La llama de la vela titilaba al ritmo del viento, alumbrando un pequeño mantel con lo que parecía *pizza*, pasta y… ¿croquetas?

—Con mucho dolor, he comprado *pizza* romana para que la pruebes —me explicó—, y eso para un napolitano, que tenemos las mejores *pizzas*, es delito —sentenció—. La pasta la he encargado a un restaurante que se supone que trae los ingredientes de la Ciudad Eterna, y luego tienes el *supplí di riso*…

—¿Qué es eso? —Al ver su cara perpleja, especifiqué—, lo último.

—¿El *supplí*? ¿Nunca lo has probado? —Negué—. Dentro lleva arroz con tomate y queso, y luego está rebozado como…

—… Como una croqueta —finalicé la frase por él mientras le daba un mordisco y me moría del gusto por el sabor.

—¿Croqueta?

—Cuando vengas a España, te lo enseñaré yo.

—Eso es que me invitas.

—Tú estás siempre invitado. —Aunque el sol ya se estaba ocultando, observé cómo su rostro se sonrojaba.

—¿Quieres algo de beber antes de que nos marchemos a otra ciudad? —Con un trapo envolvió, como si se tratara de champán, una botella de Peroni, la cerveza italiana.

—¿A otra ciudad con esto? —señalé la barca mientras me planteaba lo loco que debía estar para considerar a nuestro transporte el indicado para marcharnos.

—¡Bebe y calla! —Puso los ojos en blanco como si considerase que yo era más idiota por creer siquiera que iba en serio su comentario de marcharnos a otra ciudad.

Bebimos y comimos hasta que mi tripa ya no podía más. Siguió sacando platos típicos de distintas ciudades italianas, una tras otra, pero ya no recuerdo los nombres; solo que, por una vez en la vida, deseé comprarme un libro de cocina, ya que mi familia y amigos debían probar todo aquello. Era mi obligación.

El sol ya se había marchado cuando sacó un farolillo para que nos diera luz y me colocó una chaqueta para que yo no pasara frío.

—Tus amigas ya han vuelto de Roma, ¿no?

Este comentario me dio una pista de su sorpresa. Había decidido permanecer en Nápoles en lugar de acompañar a Tamara, Pilar y los chicos a la Ciudad Eterna. Supuse que, como yo no había ido a Roma, Romeo quiso compensarme trayendo la ciudad hasta mí.

—Supongo, pero yo aún no me quiero ir.

—Imagino que te dará envidia no haber ido… —Fui a contestar, pero situó un dedo en mi boca silenciándome—. Aunque dicen que lo más bonito es ver Roma por la noche.

Entonces, silbó. Un fogonazo destelló en la oscuridad. A nuestro lado pude ver que había otra barca, ahora totalmente iluminada. No podía distinguir a los que iban dentro, puesto que los laterales estaban forrados con imágenes inmensas de la Ciudad Eterna. Así, mientras la barca giraba a nuestro alrededor, bajo las estrellas y con la música italiana inundando mis sentidos gracias a un radiocasette, me sentí en el Vaticano, la plaza del Pueblo, la plaza de España, el Coliseo, y acabé tomando champán con la imagen de la Fontana de Trevi iluminada frente a mí.

—Es lo más bonito que me han hecho en la vida.

—Son solo unas pancartas —trató de quitarle hierro al asunto, aunque se le veía muy ilusionado por la impresión que estaba causando todo en mí.

—Sabes que no. —Apoyé mi cabeza en su pecho mientras él me envolvía con sus brazos.

—Bertita, parece que tu corazón está compitiendo para alcanzar la velocidad de los latidos más rápidos de la Historia —bromeó.

—Yo solo quiero que mi corazón alcance una —puntualicé.

—¿Cuál?

—La de los latidos de una bala.

—¿Por qué?

—Porque para mí es el sonido que hace el tuyo. Así, si algún día falla, yo estaré allí y los

podremos compartir.

SEGUNDA PARTE
LA MUJER QUE SUJETÓ
EL GATILLO

CAPÍTULO 13



Romeo permanecía quieto. Trataba de moverse con todas sus fuerzas, pero su cuerpo no le respondía. El sudor había aumentado hasta tal punto que las gotas habían atravesado sus labios y podía saborear la sal que le transportaba hasta minutos antes, cuando aún estaba con Berta en la barca. Ni siquiera esos recuerdos conseguían poner fin a la sensación de desasosiego que le embargaba.

Pese a encontrarse de pie observando dos cuerpos inertes en el suelo, su mirada solo se clavaba en uno de ellos. Los temblores dieron paso a las lágrimas. «¡Qué ironía! —pensó—, todo acaba justo como empezó».

Apretó los puños y trató de hacerse daño clavándose las uñas en las palmas, pero el dolor no hizo que la valentía y coraje que todos le presuponían a Leone aparecieran. No era simplemente que no quisiera imaginárselo, era que no podía, no era capaz de vivir en un lugar donde Domenico hubiera muerto asesinado.

Mientras su cerebro mandaba una orden a sus piernas para que se movieran a toda la velocidad y salía corriendo a su encuentro, volvió a esa tarde de verano en la que lloraba desconsoladamente mientras todos sus compañeros de clase se mofaban de su ropa y le repetían sin cesar y a coro que era «pobre».

Un muchacho al que no conocía y que años después se convertiría en su único apoyo apareció de la nada, o eso le pareció a él. Iba con unos pantalones rotos y una camiseta llena de barro.

—¡Dejadle en paz! —fue la primera frase que le escuchó pronunciar con su vocecilla de pito.

El grupo cesó durante un momento los insultos a Leone y reparó en el nuevo chico, tan delgado y menudo que producía más risa que miedo.

—Y si no lo hacemos, ¿qué nos harás? —se encaró el más grande de todos mientras miraba a sus amigos divertido.

Leone negó con la cabeza mientras se preparaba para recibir los puntapiés de los chavales, aunque, según se imaginaba, esta vez los golpes de la paliza se repartirían entre dos, pues el niño que había salido de la nada se llevaría también una buena tunda.

Sin embargo, este no les dio tiempo a reaccionar. Como si fuera una fiera, se abalanzó sobre el grandullón y con velocidad y destreza empezó a propinarle patadas y puñetazos, esquivando los de su contrincante. Se suponía que en las peleas uno no podía dar en los huevos, pero el niño lo hizo y el gigante cayó al suelo aullando de dolor. Fue entonces cuando el resto de la manada dejó su actitud pasiva y acudió en grupo para defender al líder de su pandilla.

Un silbido, ni más alto ni con un timbre diferente al que emitía Leone, fue la reacción del pequeño, y a él acudieron jóvenes cargados con maderos que salieron como ratas de todos los callejones, y sin previo aviso, sin esperar a ser atacados, comenzaron a golpear a todo el que encontraban en su camino. Cuando el primer diente voló de la cara de uno de los matones que siempre le pegaban, todos huyeron corriendo como niñas.

—A este dejadle en paz —señaló el primer niño que le había defendido mientras se acercaba a su lado—. ¿Estás bien? —le preguntó hablando de nuevo con esa voz de pito.

—Sí —confirmó Leone, que poco a poco se iba calmando, ya que de nuevo se sentía seguro.

—Estoy harto de estos pijos. Les llevo viendo varios días pegándote.

—Son muchos —se quiso justificar Leone.

—Lo sé, por eso te he defendido. No me gusta que una panda de cobardes se metan con el más débil. —En ese momento se convirtió en su héroe sin pretenderlo—. ¿Cómo te llamas?

—Romeo.

—Argg, qué nombre más cursi. No puedo tener un amigo que se llame Romeo.

—Es mi nombre —se quejó.

—¿Cómo te apellidas?

—Leone.

—Ese sí que me gusta. Además, da más miedo.

—¿Y tú? ¿Cómo te llamas?

—Domenico. —Se produjo un silencio incómodo mientras ambos se estudiaban con la mirada—. ¿Quieres que te enseñe a pelear?

—Sí —contestó de inmediato, pues estaba harto de volver a su casa llorando y que su madre le gritara borracha que era un mariquita.

—Entonces ven conmigo. Te llevaré a un lugar donde harás muchos amigos —con un gesto abarcó al resto de los chicos—, y donde nunca más estarás solo.

Con este simple ofrecimiento, Leone siguió a Domenico y, a partir de ese instante, su destino quedó ligado a los Salvatore y tuvo un hermano.

Mientras corría hacia el cuerpo inmóvil de su amigo, las imágenes se sucedían a toda velocidad. Lo primero que hicieron fue enseñarle a pelear, y por fin nadie más se pudo reír de él, puesto que pertenecía a un grupo que le defendía con uñas y dientes; más tarde llegó el momento en el que quiso dinero y su nueva familia no tardó en enseñarle a robar primero a turistas y luego a napolitanos despistados; a medida que se hacía mayor, sus músculos se desarrollaron, y entonces él pasó a ser el defensor de Domenico y a adquirir nuevas funciones en su familia.

Sus peores temores se confirmaron al llegar al lado de Domenico y ver que este mantenía los ojos cerrados. La moto estaba a unos diez metros de su amigo, por lo que la caída había sido bastante grave. Un líquido rojo espeso rodeaba la parte trasera de su cabeza. Cogió aire y con sumo cuidado alargó una mano hasta sus muñecas.

«Pum, pum», fue el sonido imaginario que reprodujo la cabeza de Leone cuando notó que aún tenía pulso. Sacó su móvil y marcó el número de emergencias.

—Necesito una ambulancia urgente…

—No —le cortó la voz ronca de su amigo mientras hacía un esfuerzo por hablar.

—¡Estás herido! —le gritó más fuerte de lo que pretendía, puesto que en esos momentos solo podía pensar en saltar de la alegría que le había producido volver a oír su voz.

—Estoy bien. En casa me podrán curar.

Leone sabía lo que eso significaba y colgó para marcar otro número.

—Alessio, soy Leone. Domenico ha tenido un accidente con la moto. Necesito que vengáis ya. —Leone se sorprendió ante la respuesta positiva de la persona al otro lado del teléfono, sobre todo porque este no le había preguntado dónde estaban—. ¿Qué ha pasado aquí? —se dirigió a Domenico una vez que colgó el móvil.

—¿Cómo está? —consultó su amigo mientras señalaba a la otra persona que se encontraba tirada unos metros más allá.

Leone se acercó al segundo cuerpo, esta vez sin la preocupación inicial. Tampoco se movía y estaba en medio de un charco de sangre. A pesar de que intentó no fijarse en su cara, no pudo

evitarlo, y vio que se trataba de un niño con los ojos abiertos y la mirada perdida; y lo peor de todo es que ese chico le sonaba, aunque no sabía de qué. Posó sus dedos en la muñeca del pequeño, pero no le encontró el pulso.

—Está muerto —confirmó a su amigo.

—¡Bien! —gritó Domenico, y Leone le miró horrorizado. No podía comprender la reacción de su amigo. Se suponía que ellos no eran asesinos. Aún no. Volvió al lado de Domenico sin poder apartar la vista de los ojos sin vida del chico.

—¿Qué ha pasado aquí? —repitió la pregunta.

—¡Lo he matado! ¡Lo he matado! —chillaba eufórico su amigo.

—¿Ha intentado hacerte daño? —trató de comprender.

—No.

—Entonces, ¿por qué?

—¿Por qué? Es un Giaccomo. —Miró a los ojos a Leone buscando su comprensión tras aportarle este dato.

—¿Y? Era solo un niño…

—¿Qué más da eso? Alessio me lo ordenó y yo lo hice, y no necesito saber más. —Se encogió de hombros—. Si es enemigo de la familia, también lo es mío.

Leone se quedó quieto mirando a su amigo en el suelo sin poder creer lo que estaba escuchando. Domenico había matado a una persona y eso no le había afectado lo más mínimo.

¿Era eso lo que significaba pertenecer a los Salvatore? ¿Matar sin más porque uno de ellos te lo dijera? ¿Sin motivos? ¿Sin explicaciones? Su cabeza se movió en un gesto de negación antes incluso de que él fuera consciente de su pensamiento.

—¿Qué te ocurre? —preguntó sin comprender nada el que hasta ahora había considerado su alma gemela.

No contestó y dio marcha atrás rumbo a su moto. Tenía que largarse, alejarse de todo aquello. Él no quería ni podía convertirse en algo así. De repente, como el disparo de una bala, supo por qué recordaba a ese chico. Era el joven al que él había dejado con vida en el muelle, el que se había meado, el niño al que había salvado de convertirse en un asesino y que había condenado a esa vida a su hermano.

Solo hizo una parada antes de marcharse, y no fue porque Domenico se desgañitara llamándole a gritos, sino para cerrar los ojos del muchacho que, por la rivalidad entre dos familias, ese día había abandonado este mundo.

CAPÍTULO 14



Romeo conduce a toda pastilla. Pasa al lado de los vehículos como una corriente violenta de aire torrencial. Tal vez un ciclón. La rapidez con la que guía su moto solo se puede comparar con la de los pensamientos que le azotan como latigazos certeros y veloces contra una zona desconocida de su cerebro, la que alberga su conciencia. Los sentimientos se arremolinan en su interior y, con un movimiento brusco de muñeca, da gas a la moto. El rugido que escapa del motor equivale al que emana de sus entrañas que, en esos momentos, están en carne viva, removiéndose, clamando en voz alta, poniendo fin a años de represión.

Él nunca se ha considerado alguien ingenuo. Siempre ha sido perfectamente consciente de dónde se estaba metiendo y cuáles eran sus consecuencias. La mafia es brutal y sus integrantes, que se hacen llamar a sí mismos «hombres de honor», malhechores salvajes que se dedican al asesinato, chantaje, contrabando, soborno y robo.

Llevaba meses en la organización cuando sufrió su primer dilema moral y tuvo que valorar lo que quería. Por desgracia, no era más que un niño con mucha ira en su interior que tomaría decisiones que marcarían de manera irremediable su futuro.

La parte en la que le enseñaban a estafar, robar las carteras de turistas despistados o dar un toque de atención era pan comido. Pero esa no era la auténtica realidad del sitio en el que se estaba metiendo. Un lugar con una puerta de acceso suculenta y llamativa que, con sus luces de neón, eclipsaba a aquellos que no tenían nada, a base de sueños en los que estarían rodeados de lujo, de mujeres y de poder.

Dar el paso hacia delante era pan comido; retroceder, no tanto. La salida de emergencia era una sala de torturas envenenada. Romeo no tardó en saber a qué se refería la gente cuando hablaban de la crueldad y la brutalidad de la *vendetta* de la mafia.

Lo hizo una tarde de verano que le dejó marca en la piel y le robó el alma. Nunca supo el nombre de aquel hombre ni indagó para saberlo. Despersonalizar a las víctimas era algo fundamental para poder continuar con tu vida después de observar el horror, para que los fantasmas nunca tuviesen rostro.

Estaba con los chicos fumando un cigarrillo mientras contabilizaban lo recaudado ese día cuando apareció Alessio con salpicaduras de sangre por toda la cara. Romeo sospechó desde que le vio entrar que el mafioso no se había lavado por el placer sádico de sentir esas gotas sobre su piel durante más tiempo. Cuando observó cómo se relamía, como si el sabor de la muerte le excitase, supo que había acertado.

—Seguidme —fue su única orden, y todos avanzaron en silencio detrás de él.

No era la primera vez que lo hacía. En la ocasión anterior les mostró la sala de mutilación voluntaria. Cuando pronunció el nombre del lugar, Leone no pudo evitar pensar que debía ser una ironía, que nadie se dañaría a sí mismo. Sin embargo, estaba confundido. Descubrió que algunos miembros estaban tan comprometidos que eran capaces de drogarse hasta perder la sensibilidad para poder amputarse un dedo, con el único fin de cobrar la suculenta indemnización del seguro y dar todo el dinero íntegro a la organización.

Muchos de sus compañeros admiraron a esos hombres por su nivel de implicación. Leone, en

cambio, pensó que, si no estaban dementes, eran estúpidos. Lo hizo al observar cómo los desgraciados se hacían un torniquete mientras que sus superiores los miraban detrás de sus vasos repletos de *whisky*. Contrastó las dos caras de la moneda y llegó a la conclusión de que él nunca haría algo similar. No había salido de la mierda para meterse de cabeza en un estercolero. No quería ser un peón, sino la persona que daba las órdenes, y para ello se convertiría en alguien peligroso, respetable. El jodido rey de los suburbios.

Ese día no tuvo dudas de lo que quería. La proyección de sí mismo le gustó. Lo contrario que le ocurrió la siguiente vez, cuando se dio cuenta de las decisiones y las consecuencias que acarreaba convertirse en un capo.

En aquella ocasión, Alessio pasó de largo por la sala de las torturas y se internó hasta llegar al garaje donde reposaban los coches de alta gama robados, a la espera de ir a los proveedores.

—¿Os gustan? —preguntó Alessio al ver cómo todos los jóvenes miraban los vehículos con el deseo impregnando sus pupilas—. Algún día podréis conducirlos y, si sois útiles, puede que hasta os quedéis con algunos. —Les tentó el diablo y se detuvo al lado de un Ferrari rojo—. El otro día me follé a una puta aquí. —Dio un golpe en el capó y, mientras el resto de los chicos reía, Romeo solo pudo pensar en la chica.

No era ningún secreto la crueldad con la que Alessio trataba a todos los seres vivos. No hacía falta ser muy observador para ver la mirada de pánico y horror que ponían las muchachas cuando el mafioso las seleccionaba para una sesión de sexo.

—Os he traído aquí para saber qué tal estáis en la organización —preguntó.

—Bien —contestaron algunos de sus compañeros. Leone permaneció alerta. Conocía el carácter del hombre despiadado que tenía enfrente y sabía que le importaba una mierda la opinión o los sentimientos de los demás.

—¿Solo bien? Para ser los jodidos reyes de Nápoles, no habéis sonado demasiado efusivos. —Enarcó una ceja.

—¡Lo mejor que me ha pasado en la vida! —exclamó el joven que estaba al lado de Leone. Error. Destacar delante de Alessio nunca era la mejor opción. No le gustaba la gente efusiva, sino los que estaban vacíos como él. De ahí que inmediatamente dejase de prestarle atención.

—Mientras estéis con nosotros, todo lo que hay sobre el suelo de esta ciudad es vuestro. Seréis dioses, la gente os respetará y se apartará a vuestro paso —comenzó su discurso. Hizo una pausa y sonrió de un modo que a Leone le heló la sangre en las venas, aunque no dio muestra de ello—. Pero como se os ocurra abandonarnos o pasaros al enemigo —lo cual era sinónimo de colaboradores de la Justicia—, os torturaré hasta que mataros sea un acto de piedad.

Se hizo el silencio. Esa amenaza no era un juego.

—Podréis defenderos ante un error, pero la única sentencia de la traición es la muerte —mientras saboreaba la última palabra en su paladar, les tendió unas fotografías. Era la secuencia de una ejecución en toda regla—. Os presento a un desgraciado que creyó que podía redimirse, escapar de nosotros colaborando con la Policía.

Los jóvenes fueron pasándose las imágenes hasta que llegaron a Leone. Cogió los folios impasible, serio, rígido, sin mudar la expresión mientras las pasaba de una en una con detenimiento, ante la atenta mirada de Alessio, que analizaba cada uno de sus movimientos.

Los acontecimientos del brutal asesinato estaban claros. Primero le habían cortado las dos piernas y los dos brazos; después metieron su cabeza en una bolsa de plástico y le prendieron fuego. Leone no se detuvo en los detalles. Su estómago no se lo permitía. Lejos de llamarle la atención lo escabroso de la escena y el cadáver, lo hizo la imagen capturada del mafioso que se comía tranquilamente un bocadillo mientras miraba cómo su víctima, envuelta en llamas,

agonizaba con un sufrimiento espantoso.

—Podríamos haberle abatido a balazos. Pero la piedad no entra dentro de mi vocabulario. La lección que tenéis que extraer hoy es que con nosotros no se juega, ¿os ha quedado claro?

Todos asintieron.

Leone borró inmediatamente las macabras imágenes de su cabeza hasta que ese día los ojos del cadáver de las fotos aparecieron de nuevo en sus pensamientos. ¿Por qué no se marchó en ese mismo instante? ¿Por qué no huyó cuando todavía podía? ¿Por qué continuó, sabiendo que se estaba metiendo por su propio pie en el infierno?

Podría echar balones fuera. Escudarse en que la única persona en la que podía haber confiado, con la que podía haberse abierto, su madre, estaba tan drogada que tuvo que subirla hasta su casa al hombro. Podría justificarse diciendo que, además, ese día se ganó un enemigo potencial cuando le destrozó la cara al camello con el que estaba su madre cuando vio que pegaba sin piedad a su mujer delante de su hijo, que no tendría más de tres años, y necesitaba protección para que los delincuentes de poca monta que le seguían no le partiesen las piernas el día menos pensado cuando se cruzase con ellos en algún lugar con poca iluminación.

Pero si algo le gustaba menos a Leone que dar pena era que la gente le tomase por una persona manipulable. Las circunstancias no habían marcado su camino; había sido él mismo con sus decisiones. Buenas, malas o pésimas, daba igual. Nunca le pusieron un cañón frío contra la sien para dar un paso. Lo dio, y todo tiene consecuencias. Tarde o temprano ese momento iba a llegar. Que sus amigos se convirtiesen en asesinos era cuestión de tiempo.

Por eso, no comprende por qué saber que Domenico lo es le quema por dentro como si su sangre se hubiese transformado en lava hirviendo, y siente ganas de destrozar todo lo que encuentra a su paso, gritar hasta desgarrar sus cuerdas vocales o pisar el acelerador de su moto hasta que no dé más de sí.

Se decide por la tercera opción y serpentea por las carreteras secundarias de Nápoles hasta fundirse con el negro de la noche. Bordea la costa y se detiene en un descampado. Camina con fuerza y determinación hasta el borde del acantilado, desde donde observa fascinado cómo las olas golpean la roca con violencia hasta transformar el agua en espuma blanquecina y la luna dirige las mareas reflejándose en la superficie.

Desenfunda el móvil de su cazadora de cuero y, antes de saber qué está haciendo, manda un escueto mensaje a Berta con una ubicación. En realidad no confía en que esta acuda. La vida le ha enseñado a no esperar nada de nadie. Las personas son pasajeras, defraudan. Por eso, cuando media hora después unos faros le iluminan desde atrás y, al girarse, ve a la española bajar de un taxi, empieza a perder todo el autocontrol que se había impuesto y, por primera vez en la vida, siente un cosquilleo en el estómago. Se resiste a pensar que son mariposas; más bien parecen águilas reales que acaban de emprender el vuelo con sus anchas alas llenándolo todo. Experimenta lo que es la ilusión.

Berta camina hacia él. Con unos sencillos vaqueros claros, una camiseta de tirantes roja y unas Converse del mismo color, le parece la mujer más atractiva que ha visto nunca, más sensual que si llevase un vestido ceñido en el que no quedase nada para la imaginación. El movimiento de su coleta alta oscilando de un lado para otro le produce ternura.

Romeo sabe que debería esperar en su posición mostrando indiferencia. Ese ha sido siempre su rol. Él es el chico duro por el que todas se derriten. Inaccesible. Nunca se ha tenido que esforzar por conquistarlas. Por eso no puede evitar sorprenderse cuando sus pies se mueven solos y corre hacia ella con desesperación.

—¿Qué ha pasado? He venido lo más rápido que he podido. Me has preocupado con tu

mensaje —le dice ella con la respiración agitada—. ¿Qué necesitas?

—A ti. —Es lo único que alcanza a pronunciar antes de cogerle la mano, tirar de ella y besarla como si fuera cierto que el Vesubio ha despertado y aquel fuese el último acto de su vida.

Atrapa sus labios que saben a fresa mientras coloca las manos en la parte baja de su espalda para poder atraerla más cerca, si eso es físicamente posible, ¿por qué hasta el aire parece un intruso cuando se cuela entre ambos?

Berta responde al contacto y comienza a devorarle con la misma pasión y ansiedad que él. Su boca se entreabre y, conforme su lengua le invade y prueba su saliva, Leone decide que a partir de ese preciso instante ella es su sabor favorito. No ha habido ninguno igual antes ni lo habrá después. Es como una droga a la que te vuelves adicto en el preciso instante en que la pruebas.

Las manos del mafioso viajan hasta la parte baja de la camiseta y la agarra con fuerza, arrugando la tela hasta que sus nudillos se ponen rojos. Desea arrancársela. Partirla en dos. Mejor dicho, necesita hacerlo. Un sonido animal brota de su garganta solo con imaginar de nuevo el tacto de su cálida piel cuando la recorre con la yema de sus dedos.

Romeo tira de la prenda hacia arriba y Berta le detiene. Se separa con las mejillas enrojecidas y los labios hinchados.

—Romeo, contéstame, ¿qué ha ocurrido? Me has dejado…

—Ya hablaremos de eso luego… —la interrumpe y trata de volver a la carga, pero Berta le coloca las manos en el pecho para detenerle. No comprende lo que está pasando, nadie se ha resistido tanto con él, sobre todo cuando es más que evidente que la española le desea con la misma intensidad.

—No.

—¿En qué clase de universo vives para que creas que este es el mejor momento para iniciar una conversación? —gruñe.

—En uno en el que tú dejas de ser un pene con patas y le importas a alguien.

—Si sientes que estás abusando de mí, tranquila, Bertita, me estoy dejando. Soy un facilón —bromea, pero ella niega con la cabeza para su propia frustración.

—¿Acaso no te das cuenta de que trato de ayudarte?

—¿Y tú que lo único que necesito es sentirte cerca para estar mejor?

—Acostarte con una mujer no solucionará tus problemas.

—Creía que ya habíamos aclarado ese punto.

—¿Cuál?

—Tú no eres simplemente una mujer.

—¿Y qué soy?

—Mi mujer.

Berta no lo puede evitar y se estremece. Gesto que no le pasa desapercibido a Romeo, que cree que ya ha ganado. No conoce a la española y lo cabezona que puede llegar a ser.

—Si eso es cierto, ábrete, déjame conocerte, hazme partícipe de tus problemas. No repitas el *modus operandi* que utilizabas con las demás. No me llames en mitad de la noche para que tengamos una sesión de sexo salvaje que expulse a tus fantasmas momentáneamente, porque volverán.

—¿Te crees que esto es uno de tus libros románticos en los que todo se soluciona con un buen discurso?

—Ojalá, porque los protagonistas masculinos son claramente más inteligentes que tú y saben que, compartiendo, la carga es menor.

—¿Sabes qué te digo? —Romeo se aparta—. Que si quisiera una psicóloga, habría llamado a

alguien que estudiase esa carrera. —Se gira.

—¿Y sabes qué te digo yo? —Berta le agarra del brazo y le obliga a mirarla—. Que si solo quisieras alguien a quien metérsela, no me habrías escrito ese mensaje a mí.

Dicho esto, Berta comienza a andar orgullosa, alejándose, ante la atenta mirada de Romeo, que no se puede creer que esa chica tenga tanto carácter, que sea capaz de enfrentarse a él en lugar de sucumbir a sus encantos como hacen las demás. Por eso es especial. Por eso, en lugar de largarse como habría hecho en el pasado, coger su moto e ir a la casa de cualquier otra, camina refunfuñando y se coloca a su lado, de nuevo en el acantilado.

—Te he llamado porque hoy ha sido un día de mierda —confiesa Romeo mirando al mar.

—¿Me vas a contar por qué ha sido un día de mierda?

—No.

—¿Por qué?

—Sé cómo reaccionarías. Leo a las personas.

—¿Cómo lo haría?

—Huirías.

—Te confundes. —Sin mirarle, enlaza sus dedos con los suyos. Romeo los aprieta—. No me movería de aquí en toda la noche, ni mañana cuando amaneciese un nuevo día.

Ambos se giran y se miran fijamente, perdidos en los ojos del otro.

—Definitivamente, no quiero contarte mi mierda… —Pone un dedo sobre los labios de Berta antes de que esta le reproche algo—. Pero sí puedo explicarte lo que me ha pasado sin entrar en detalles. —Las palabras se le atragantan en la garganta—. Estar vacío es fácil. No preocuparte por nadie y sentir indiferencia ante todo. Así ha sido mi vida siempre. Nunca me la he replanteado. Es cómoda. Pero hoy, ante algo que ya sabía de antemano que pasaría, he reaccionado de un modo diferente.

—¿Cómo?

—Me he avergonzado de lo que represento. Me he avergonzado de mí.

—¿Y por eso me has llamado? Porque si necesitas que te enumere todas las cosas por las que mereces la pena…

—No. Lo he hecho porque quería saber si entre tantas cosas podridas tenía algo que mereciese la pena, y he pensado en ti. Eres la única cosa buena que me rodea. —Toma una gran bocanada de aire. Le cuesta sudor y lágrimas romper la coraza aunque solo sea un instante—. Y estás muy confundida si crees que toda esta palabrería barata que negaré haber pronunciado es para acostarme contigo. —Romeo aparta la mirada y observa el mar perdiéndose en su infinito —. Siempre soy sincero. No te lo digo como una estrategia para que, como tú dices, te abras de piernas en los próximos quince segundos. Tarde o temprano lo conseguiría con mis dotes de seducción —bromea y pone esa sonrisa ladeada que tanto le gusta a Berta—. Lo hago porque, cuando estoy dentro de ti, siento unos instantes de paz en medio de la guerra continua de mi vida.

Berta coloca sus manos a ambos lados de la cara de Romeo y estampa sus labios en los suyos, fusionándose en un beso que nada tiene de salvaje y sí mucho de amor. Es un contacto íntimo, dulce, lento, como si a través de sus lenguas buscasen tocarse el alma.

Desciende el camino que separa su boca de su cuello posando los labios en cada centímetro de piel que encuentra a su paso mientras con las manos le retira la cazadora de cuero y la deja caer al suelo. A sus pies. Separa su rostro de Romeo para poder quitarle la camiseta y acaricia su pecho con la mano, trazando las líneas de sus músculos, deteniéndose en su corazón. Romeo se deja hacer embrujado por esa española que logra que se estremezca más sintiendo la yema de sus dedos en su piel desnuda que practicando una sesión de sexo salvaje en la que utilice todas las

posturas que conoce e innove alguna nueva.

Comienza a desabrocharle los pantalones y Romeo la ayuda quitándose las zapatillas con un movimiento rápido.

—Siéntate —le indica, y él lo hace.

Desde su posición la observa de pie frente a él, erigiéndose como una diosa. La chica se desnuda con tranquilidad, sin dejar de mirarle fijamente para poder evaluar sus reacciones. Primero las Converse, luego los vaqueros y, finalmente, la camiseta. Se queda en ropa interior. Unas simples braguitas blancas y un sujetador del mismo color. No tiene el tipazo de una modelo, el vientre no es una tabla de planchar y los huesos están cubiertos de más carne de lo que habitualmente está acostumbrado. Se relame. Le parece deliciosa. Real. Como si siempre se hubiera estado acostando con espejismos.

No puede resistirse y tira de su mano, provocando que caiga encima de él. La desea tanto que le duele. No recuerda haber sentido nunca algo que se le asemeje. Se besan y entre caricias, rodando por el suelo, la ropa interior desaparece hasta que los dos están desnudos.

Berta vuelve a tomar el control de la situación. Coge la erección de Romeo y la introduce lentamente en su interior. El miembro resbala y la inunda por completo. Comprobar lo húmeda que está por él hace que el joven gima de placer, y cuando ella se empieza a mover rítmicamente, prácticamente aúlla.

Coloca las manos en sus caderas y aprieta la carne. El reflejo de la luna le da a contraluz, creando un halo luminoso alrededor de su silueta. Le está cabalgando. Ella es su amazona. Su dueña. Su todo.

¿Qué están haciendo?, se pregunta Romeo. Es decir, sabe que se trata de sexo, pero le parece más, infinitamente más. Él, que se ha acostado con más mujeres de las que recuerda, se descubre a sí mismo enfrentándose a lo desconocido, a un terreno nuevo en el que no le importaría perderse para siempre.

Rueda sobre sí mismo y la coloca debajo. Encima, con los brazos flexionados, marca el ritmo de las embestidas, primero lentas y suaves para cambiar después a rápidas y potentes. Berta se estremece ante cada penetración.

—No pares —gime de placer la española.

—No lo haré. Nunca. —Y hay más verdad de la que quiere mostrar en sus palabras, porque se da cuenta de que podría estar el resto de su vida con ella entre sus brazos y no se cansaría.

Trata de contener el momento de llegar al orgasmo. No quiere que el instante se acabe, y al mismo tiempo, sin embargo, no puede disminuir el ritmo porque cada vez necesita sentirla más y más cerca. Observa cómo ella retuerce el césped que les rodea arrancándolo de cuajo, y sabe que ya queda poco para que se vaya. Se agacha. Quiere llegar junto a ella, mirándola a los ojos y besándole la boca mientras explotan de placer. Algo muy diferente a sus anteriores relaciones, en las que rehuía de cualquier tipo de contacto íntimo o cariñoso.

Posa sus labios, la mira a los ojos y los dos se estremecen mientras estallan en un orgasmo brutal con las uñas de Berta hundiéndose en su espalda. Se va siendo consciente de que es la primera vez que lo hace de ese modo. Acaba de comprender ese dicho de que cuando encuentras a la mujer que se te clava en las entrañas, prefieres discutir con ella que acostarte con otras, porque el sexo deja de ser solo sexo. Es mucho más. Indescriptible. Inigualable. Una sensación con nombre, apellidos y dueña.

Se deja caer a su lado. La abraza atrayéndola hasta que queda con la cabeza apoyada sobre su pecho, que sube y baja con potencia.

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por salvarme la vida.

—Un poquito exagerado, señor Romeo —nota que lo dice con ilusión, y le besa el pecho.

—Vivir no es solo respirar. También es perspectiva, y tú has cambiado la mía. —Mira al cielo, consciente de que lo que acaba de decir es totalmente cierto. Toda la violencia, el odio y la desesperación se evaporan al mismo ritmo que va almacenando sonrisas de Berta. Algo ha cambiado en su interior. Ahora quiere que los únicos golpes de su vida sean los de sus labios chocando con los de la española—. Mira, una estrella fugaz.

—Pide un deseo.

—Yo no creo en esas tonterías.

—¿No hay nada que quieras?

La observa en silencio.

—No —miente, porque en realidad la respuesta que le viene a la mente es «Estar contigo».

Siempre había creído que su vida cambiaría por un balazo que le destrozase el corazón, y al final ha sido por una chica con mucho carácter que se ha colado en su mente.

CAPÍTULO 15



Fui a pasear sola. Mis amigas habían ido a despedirse de Marco y Enrico y las paredes del hotel me estaban comiendo. Como aún no había caído la noche, no tenía nada que temer. Por eso cogí el primer vestido veraniego que encontré en mi revuelta y desordenada maleta y, haciéndome dos trenzas para que me sujetaran la parte delantera del pelo, salí a la calle.

Sorteé a un par de borrachos que estaban tumbados en la calle secundaria y me situé en la principal mientras sacaba mi mapa para buscar algo interesante que ver próximo al hotel. No me quería alejar mucho porque estaba esperando la llamada de Romeo, que me había escrito diciendo que «me quería volver a ver» y que «tenía algo importante que decirme».

Estaba tratando, con mi nula orientación, de distinguir cuál era el mejor y más eficaz camino para llegar a una bonita y antigua iglesia cuando escuché los pitidos. No es que fuera una chica creída, pero era la única persona que estaba a esa altura en la calle. Normalmente me daban mucha vergüenza ese tipo de situaciones. Tampoco es que se produjeran con mucha asiduidad, pero las pocas veces que ocurrían no sabía qué hacer.

Ante la insistencia de los pitidos, decidí mirar para poner alguna cara al conductor —que, o bien tenía interés en mí, o bien quería burlarse— que denotara que me estaba cansando y que quería que pasara de largo.

Lo que no me esperaba es que iba a conocer a la persona que estaba al volante y que, además, se trataba de una mujer. Ludovica, la policía con la que me había encontrado en al menos un par de ocasiones allí en Nápoles, estaba sentada en un Ford Fiesta color blanco, con su cabellera pelirroja recogida en una coleta alta, sudando, nerviosa, mientras me indicaba una y otra vez que acudiera a su lado.

Sin detenerme a pensar qué era lo que ocurría, corrí hacia el coche; por el camino se me cayó el mapa, pero no volví para recogerlo.

—¿Qué pasa? —pregunté con mi voz agitada ante la ventanilla que había bajado Ludovica mientras me aproximaba.

—¡Sube, corre! —me instó gritando mientras miraba a ambos lados con preocupación.

—Vale, pero ¿qué ocurre? —volví a consultar preocupada mientras abría la puerta y entraba.

—Te lo explicaré cuando lleguemos a mi casa —contestó seria, y se marchó de ese lugar a la mayor velocidad posible.

«Así que me lleva a su casa», era lo único que podía pensar durante el trayecto, ya que estaba desorientada. Si la policía había venido a buscarme hasta las calles aledañas a mi hotel era porque necesitaba ayuda, estaba en peligro, y no sabía por qué. La chica debió notar mi nerviosismo —había empezado a comerme las uñas y parecía que no iba a dejar ni una—, porque se apresuró a decirme:

—Tranquila, estás a salvo conmigo. —Y con un sutil movimiento, abrió la guantera que estaba en mi espacio del coche para que pudiera ver la pistola que reposaba en su interior.

Aunque era la primera vez que tenía delante un arma, no me produjo rechazo como cabría esperar, sino una sensación de protección inminente.

Noté que Ludovica no paraba de mirar a todos los lados de la carretera, ya fuera por los

espejos interiores o exteriores, como si pudiera ver algo, que yo no era capaz, que le hacía pisar el acelerador cada vez más a fondo. Yo solo quería que ese coche pudiera volar, sin preocuparme lo más mínimo de mi seguridad. Tenía que huir de aquello invisible que podía seguirnos sin importar cómo.

Paró en una calle vacía con pequeños edificios. Sin hablar, me indicó que saliera y cogió el arma que hasta entonces había reposado a mi lado.

Una vez en el exterior del vehículo, se situó a mi lado y apuntó con el arma a todos los lados reconociendo el lugar. Con una mano me colocó a su derecha. Era tan delgada y pequeña que no me cubría entera, así que me encogí esperando no quedar expuesta y que su cuerpo me tapara.

Nos dirigimos a un bloque de ladrillo rojo y, tras echar una ojeada, bajó el arma para sacar unas llaves y abrir. Fui directa al ascensor, pero ella negó con la cabeza sin hacer ningún ruido.

—Las escaleras son más seguras —susurró, y cambié mi rumbo hacia el lado izquierdo donde estaban estas.

Esperé a sus órdenes sin saber en qué posición debía estar. Ella pulsó el interruptor de la luz y se asomó por el hueco de la escalera empuñando el arma hacia arriba. Luego volvió a echar una ojeada al exterior y decidió subir en primer lugar, dando un pequeño salto cada vez que nos encontrábamos en una esquina o un punto muerto de visión. Apuntaba a la nada, pero aun así me sentía segura, pues con su poco peso supe que no dudaría en disparar a cualquiera que nos encontráramos si suponía algún peligro para nosotras.

Nos paramos en el tercer piso, en el que había dos puertas. Ella se acercó deprisa a la que tenía la letra A grabada en la madera y, bajando la pistola por segunda vez, volvió a sacar las llaves y abrió; aunque esta vez pude notar que daba un suspiro de alivio y las manos le temblaban un poco.

—Espérame aquí —indicó con su voz cortante mientras me dejaba en el pasillo de la entrada y ella, con el arma en mano, reconocía la que pude identificar como su casa después de ver que aparecía en un par de fotografías enmarcadas en la pared.

No debió encontrar nada, pues cuando regresó parecía más tranquila, y mientras guardaba la pistola, sacó el móvil para realizar una llamada.

—Hemos llegado —dijo en un tono profesional—, creo que nadie nos ha seguido. —Hizo una pausa para que le contestaran al otro lado—. Espero vuestras órdenes. —Y colgó.

Yo no me moví de mi sitio hasta que Ludovica me guio hasta el salón y, una vez allí, sin detenerme a mirar cómo era, me dejé caer en el sofá. Fue en ese momento cuando noté que me estaba mareando y que tenía la boca seca.

—Estás blanca —afirmó enarcando las cejas—. ¿Te encuentras bien?

—No —confirmé sus sospechas, puesto que tenía la impresión de que, como mi corazón siguiera a ese ritmo, iba a sufrir un infarto. Quería, no, necesitaba volver a España *ipso facto*. Ir a la embajada y suplicar que adelantaran mi avión. En esos instantes no me importaba nada ni nadie.

—Espera, que te voy a traer algo con un poco de azúcar.

Se levantó y volvió de la cocina con una Coca-Cola que me tendió. Cogí la lata, le di un gran trago, y otro, y otro…, en tres segundos me la había bebido del tirón.

Un poco más tranquila, me dispuse a preguntar por lo que había ocurrido, pero noté que me fallaba la boca. No podía hablar ni gritar, los ojos se me cerraban sin que yo los dominase, y mientras Ludovica se acercaba y me tomaba el pulso, me dormí.

Me desperté desorientada, sin saber cómo ni dónde estaba. Con mi vista distorsionada, pude distinguir la luz de una mesita de noche. A través de mis ojos entrecerrados, la imagen era un

conjunto de colores y puntos borrosos en los que adivinaba un sofá y lo que parecía una persona en él.

Traté de frotarme los ojos, y entonces me percaté de que no podía. Quise pedir ayuda, pero mi boca estaba seca y no respondía. Dirigí todos los esfuerzos a mi mano, a intentar moverlas, o a hacer algún tipo de ruido que permitieran a la pelirroja saber que estaba bien. Entonces lo noté. Yo ya no estaba en el cómodo sofá en el que me había sentado. Ahora estaba sentada en una silla de madera, y no se trataba de que mis manos no respondieran, sino de que no podían hacerlo porque las tenía atadas a mi espalda.

No comprendía nada. Los malos nos habían encontrado y estábamos secuestradas. Era por eso que mis manos estaban inmovilizadas. Debía huir y ayudar a Ludovica. Me concentré con todas mis fuerzas. Tenía que hacer algo, ese no era mi final ni mucho menos.

Tras un rato concentrada suplicando que mi situación cambiase, tuve la primera sensación como de cosquilleo en las manos. Eso solo podía significar una cosa: estaba despertando y en pocos momentos las podría mover lentamente.

Poco a poco la niebla que dificultaba mi visión se iba disipando y todo se volvía más claro. No distinguía la imagen de ningún ser humano, aparte del tono rojizo del pelo de Ludovica en el sofá. Ponía todos mis sentidos en hacer algo, un ruido, un gesto, lo que fuera, que captara su atención. Ella era mi única esperanza de salir de allí con vida.

Como mi cuerpo no se movía, traté de orientar hacia un lado todo el peso muerto para conseguir caerme y que, o bien el golpe despertase a la policía, o informase a los vecinos de que algo extraño estaba ocurriendo. Por supuesto, ni se me pasó por la cabeza que tal vez eso pudiera poner en aviso a mi o mis secuestradores —aún no sabía si eran uno o varios—.

Fueron tres balanceos sutiles antes de caer de bruces contra el suelo. El frío del mármol se coló por mi piel. Aunque creía que mi cuerpo no era capaz de sentir nada, lo hizo, y fue ese dolor en la boca lo que me hizo reaccionar y emitir un sollozo que podría pasar por el amago de un grito.

—Mierda —oí que decía Ludovica a mi lado, y supuse que al fin había despertado.

Noté cómo vibraba el suelo bajo los pasos de alguien que se situaba a mi lado, y temblé al no saber si era mi salvadora o la persona que quería hacerme daño.

No tuve dudas al vislumbrar entre los puntitos dorados que aún poblaban mi vista la melena ondeada y pelirroja de la mujer. Ya no estaba cogida en una coleta, sino suelta, por lo que me permitía apreciarla mejor.

Quise agradecérselo, pero la boca me dolía cada vez más, una sensación que seguramente se incrementaría conforme fuese recuperando la sensibilidad.

A pesar de que la muchacha era bastante delgada, tuvo suficiente fuerza para levantar la silla a la que me habían atado y colocarla de manera vertical, permitiéndome volver a tener equilibrio. Tenía un pañuelo blanco en la mano y poco a poco lo acercó a mi boca para, supuse, limpiar la sangre que brotaba de ella, fruto de alguna herida que me habría hecho con el golpe.

Lo extraño fue cuando mi lengua saboreó el pañuelo, pues lo había introducido dentro de mi boca, y noté que algo se me pegaba en la nuca, algo que daba vueltas alrededor de mi cabeza y que era cinta adhesiva.

Sin ocultar mi sorpresa, el rumbo de mis ojos fue hacia Ludovica, esperando que hubiera alguien que la estuviera amenazando para hacer lo que estaba haciendo, pero tras una ojeada general, supe que en ese espacio los únicos dos seres vivos éramos ella y yo.

—¿Sorprendida? —me preguntó mientras se dejaba caer en el sofá y soltaba el cuchillo con el que minutos antes acababa de cortar la cinta que ahora no me permitía hablar—. No deberías

confiar en nadie. Ni siquiera en un policía que te grita que te subas a un coche en una ciudad extraña —me regañó.

Y yo no pude por menos que sentirme como una niña pequeña que lo había hecho todo mal y que por su mala cabeza se veía en esta tesitura.

En un ataque de pánico comencé a llorar y los mocos se acumularon en mis fosas nasales impidiéndome respirar. Me iba a ahogar. Ludovica miró a un lado y a otro buscando a alguien que le dijera algo, pero no encontraba a nadie. Finalmente, mientras venía en mi dirección, cogió la pistola y me la enseñó, balanceándola delante de mi cara.

—La ves, ¿verdad?

Asentí, notando cómo me ahogaba debido a lo más parecido a un ataque de ansiedad que había sufrido en mi vida.

—Como hagas un ruido, grites o algo, te meto un tiro entre ceja y ceja, ¿comprendido?

Asentí ansiosa para que la mordaza desapareciera.

La mujer la retiró, sacándome el pañuelo de la boca. Conforme el aire volvió a mis pulmones, pude respirar tranquila y, mirando mi reflejo en el cristal de la mesa que nos separaba a ambas, noté que poco a poco mi rostro dejaba de estar contraído e iba recuperando el color. Dudé si mirar entonces a Ludovica, pero lo hice, puesto que tanto ella como yo sabíamos que la podía reconocer y que eso no me dejaba muchas posibilidades de salir de aquel lugar con vida.

—¿Por qué? —susurré casi afónica, pues la garganta me dolía como si nunca hubiese hablado.

—Hay muchas respuestas para una pregunta tan general. —Cansada, apoyó los codos en sus rodillas y mirándome fijamente comenzó—: Por ejemplo, si la pregunta es «¿por qué estoy atada a la silla?», la respuesta sería que «no debes beber lo que te den los extraños» —y cambió el tono de su voz mientras decía mirando al infinito—: Si es «¿por qué me has hecho esto?», solo te puedo decir que no ha sido idea mía. —Se derrumbó y escondió su cara para que no la viera—. Es más, me pregunto qué le has hecho tú para que haya recurrido a mí —sentenció y me miró con odio mientras puntualizaba—: Después de este día, no hay marcha atrás, has arruinado mi carrera y mi vida para siempre.

Como aún me dolían las cuerdas vocales, no pude gritar el sonoro «¿Yo?» que ansiaba. No era ella quien estaba atada y hasta hace unos momentos amordazada; y del mismo modo, no era yo la que arruinaba carreras y vidas, no era yo la que tenía una pistola apoyada en una mesa para dispararle.

—No lo entiendes, ¿verdad? —se rio con amargura al contemplar mi perplejidad—. Cuando te vi me recordaste tanto a mí que no pude evitar pedirle a Matteo que nos acercáramos. Traté de protegerte, de alejarte de Leone, y ¿qué conseguí? Que estuvieras cada día más cerca de él, exponiéndote. —¿Podría ser que estuviera enamorada de él y por eso me matase? No, me negué a mí misma, ese argumento era demasiado típico para ser real—. Te dije que era peligroso, pero a ti te dio igual. Eso es lo único que me hace suponer que, del mismo modo que asumiste ese riesgo, seas conocedora ahora de que la consecuencia es la muerte —y al pronunciar esta palabra, miró de refilón al arma y su vello se puso de punta.

Durante un momento, tanto ella como yo nos evadimos, aunque yo solo podía pensar en que me daba pánico morir. De nuevo, quería que fuera un mal sueño del que despertarme.

El teléfono sonó en ese intervalo de tiempo y me percaté de que ella respondía, pero no escuché las palabras que dirigía al otro lado. Solo quería dormirme y que al abrir los ojos todo hubiera cambiado. Aprovecharía las drogas que me había obligado a tomar en la Coca-Cola para caer en un profundo sueño, así que cerré los ojos.

El peso no es proporcional a la fuerza. Esa verdad la aprendí cuando Ludovica me despertó golpeándome en la cara con tanta fuerza que me la giró de lado a lado.

—Ya estás despierta. —Soltó el aire mientras yo abría de nuevo los ojos; esta vez sí la pude distinguir con todo mi ser.

—Por favor… —supliqué, aunque lo que más me apetecía era golpearla, gritarle y suplicarle para que me dejase salir de ese lugar.

—¿Crees que depende de mí? —preguntó mientras se llevaba las manos a la cabeza, como si suponer eso fuera la mayor tontería del mundo—. Ojalá, pero ¿ves este móvil? —Señaló el artefacto que estaba situado en la mesa junto con la pistola y el cuchillo—. En la siguiente llamada me ordenarán algo y lo tendré que hacer, convirtiéndome seguramente en lo que más he detestado toda mi vida —explicó mientras volvía al sofá—. Como posiblemente te mate —dijo como quien constata una realidad—, deja que te cuente una historia, mi historia, para que así, cuando te apunte, justo antes de que apriete el gatillo, consigas perdonarme.

«¿Perdonarla?», pensé. Ni aunque me contase la mejor de las historias podría, aunque, por supuesto, si me obligaba a decirle si le perdonaba o no, la respuesta sería un sí. Tenía que convencerla por el método que fuera de que yo merecía salir con vida de allí, fuera cual fuese la consecuencia. Mi meta era lograr darle pena y que el dedo le temblara. Por ese motivo, puse mi cara más comprensiva y angelical, dándole pie para que empezase a hablar. Como si mi interés por su vida fuese muy superior al que de verdad sentía.

—Hubo una vez en que tuve un sueño, y hubo un hombre que depositó su confianza en mí y me lo otorgó —volvió al pasado—. Ni siquiera sabrías de quién se trata, aunque te dijera su nombre. —Y me miró enfadada porque yo no recordase a alguien del que no sabía ni su nombre. Estaba loca, concluí—. Con poco más de veinte años pertenecía a la cápsula de seguridad de uno de los políticos napolitanos protegidos, un hombre que, más que un compañero de trabajo, fue un padre para mí. —Hizo una pausa para tomar aire y con tono acusador y duro continuó—: Entonces le conocí a él. No sabía a dónde pertenecía, pero no me quiero engañar a mí misma, siempre supe que no era de los mejores hombres. Me dejé cegar, del mismo modo que tú lo hiciste con Leone. Me enamoré y pensé que haría cualquier cosa por estar a su lado.

En un impulso se levantó y se ocultó tras las sombras del salón, sin permitirme ver su cara, solo oír el sonido de esa voz rota, sin vida, que ahora estaba temblando.

—Nadie habría supuesto lo que tramaba —se intentó convencer más a ella que a mí—. Me pidió matrimonio, nos compramos una casa, me presentó a su familia y dijo que quería un hijo.

Cuando, a través de su sombra pude ver cómo sus manos acunaban a un bebé que no existía, me ratifiqué en que necesitaba ayuda de inmediato. Concretamente, requería la de un psicólogo, antes de que me matara sin motivo aparente.

—Dome nació, y ese día la tortura empezó. —Entró de nuevo en la zona iluminada y, mientras me daba en el pecho con un dedo acusador, comenzó a hacerme preguntas para las que yo no tenía respuesta—: ¿Crees que yo debería haber sabido que todo era una mentira? ¿Que el niño solo era un arma? ¿Que se lo llevarían de mi lado para poder manejarme hasta que dejara de serles útil? ¿De verdad lo crees? —Y esperó con los ojos llenos de cólera a que yo le contestara.

—No —susurré muerta de miedo.

—Un mes fue el tiempo que disfruté del bebé. ¡Un mes! —Y volvió a acunar al que suponía que se llamaba Dome, pero esta vez en la zona con luz, dotando a la escena de un aspecto tétrico —. Luego, me lo arrebataron, y el hombre del que me había enamorado no me volvió a ver ni quiso contactar conmigo. Siempre pensaba que a él también le tenían amenazado, hasta que me lo encontré y supe que la persona de la que me había enamorado no había existido nunca. Era un

fantasma que había destrozado mi vida. —Fue subiendo el tono, hasta que terminó en un grito que le salió de las entrañas—. ¿Sabes por qué me querían a mí?

—No —negué con rapidez para ganarme su confianza.

—¿Y a ti?

Intenté pensar en algo que hubiera hecho que les pudiera sentar tan mal como para matarme, pero no encontré ningún motivo. Lo único que había hecho era tener una relación con un chico, y no iban a matar a todas las mujeres con las que hubiera estado Romeo.

—No —repetí la negación.

—Yo tampoco —confesó mientras miraba de manera furtiva al móvil, que seguía en el mismo lugar sin sonar.

La desequilibrada mental se marchó a lo que poco después averigüé que era la cocina, porque regresó con un humeante café. Con los ojos enrojecidosy unas ojeras moradas que le habían aparecido de repente, me miró esbozando una sonrisa.

—¿Has probado el café italiano? —me ofreció su taza—, dicen que es el mejor del mundo. —Sonreía y hablaba como si nosotras fuéramos dos amigas que habíamos quedado en su casa para tomar un café y charlar de nuestras cosas. Me negué a su ofrecimiento. Puede que ella no fuera consciente de la situación, pero yo sí. En ese momento, esa mujer me tenía secuestrada y no paraba de repetir que me iba a asesinar. No, no era la clase de amiga que quería, ironicé en mi fuero interno—. Más tonta eres tú —regresó a su sitio y, mientras se sentaba, añadió—: al fin y al cabo, no podías beberlo con las manos así.

—Tal vez si me las desataras, podría probar el mejor café del mundo. —Recuperar la sensibilidad y poder apreciar la rugosidad de la cuerda de esparto que me mantenía atada fue una especie de señal de que tenía que hacer lo posible para que esa mujer deshiciese el nudo. Incluso fingir que quería jugar a que éramos las mejores amigas del mundo merendando juntas si era necesario.

—¿Te crees que soy tonta? —me dirigió una mirada asesina, y yo rápidamente negué con la cabeza y bajé la vista, como si el hecho de mirarla directamente a los ojos pudiera desatar su furia—. He pertenecido a una de las principales cápsulas de protección. Me he encargado de los desplazamientos de políticos en los lugares habituales. —¿A qué venía ese discurso?, me pregunté, y debió leerme el pensamiento, porque explicó—: Yo protegía a la gente más importante en su casa, en su lugar de trabajo, ¿sabes? —Al ver que seguía sin comprender, añadió—: Eso es lo más difícil, son los lugares donde mayor riesgo existe. Yo —su mirada estaba perdida y un deje de orgullo hinchó su pecho al recordar lo que quiera que hubiera hecho en el pasado— iba de paisano para prevenir, vigilar y controlar los actos. Yo —hizo una pausa y se señaló el pecho con el dedo índice tembloroso— reconocía las áreas, hacía la cobertura, neutralizaba cualquier agresión cubriéndole. Incluso me dejaron acompañarle en su viaje en barco. —Su voz se quebró, aunque en pocos minutos recobró la compostura—. Comuniqué al puesto policial la salida y la llegada, le apunté en un área reservada, me puse en contacto con las lanchas que nos acompañaban y… chequeé a la tripulación. —Volvió a interrumpir su relato y buscó mi aprobación para continuar. Era una chiflada y eso era positivo para mí. Asentí dulcemente y elaboré un plan para empatizar con ella y lograr así salvarme.

»Yo no sabía que él —y por el tono en que dijo él, supe que se trataba del hombre que la había engañado— estaba allí. No tenía ni idea —se justificó—. No te voy a detallar nuestra conversación, pero básicamente me dijo que o dejaba que llevaran a cabo su atentado, o alguien de mi familia lo pagaría muy caro. ¡Ni lo sueñes!, le respondí —gritó mientras se levantaba de un salto, reviviendo aquella conversación. No pude evitar sobresaltarme, pero también noté algo

positivo: mis manos podían moverse por fin, así que, sin cambiar el gesto de mi cara, comencé a retorcerlas tratando de liberarme. Si lo lograba, ya pensaría sobre la marcha qué podía hacer después—. El único error fue que no le delaté, aunque salvé a mi protegido. Me adelanté a su disparo. Le agarré con una mano por el cinturón y con la otra le empujé por la espalda para que flexionara el tronco y la bala no le diera. Mis compañeros actuaron de inmediato, detuvieron a los terroristas y evacuaron a mi pa… —Supuse que iba a decir «padre», pues antes se había referido al hombre con el que trabajaba con ese nombre, pero no lo hizo. Fue como si esas palabras no pudieran salir de su boca—. Me retrasé y me coloqué a su derecha, tal como me correspondía, mientras le sacábamos de allí sano y salvo. —Narrando la historia, se había crecido hasta el punto de que se la veía satisfecha—. Se lo merecía. Era un buen hombre —añadió mientras se sentaba, esta vez alicaída, debido obviamente a su doble o triple personalidad.

Me quedé con el detalle de que siempre hablaba de esa persona en pasado. Si mi objetivo era salir de allí, tenía que hacerlo antes de que llegase al momento de su muerte, puesto que su desequilibrio podría aumentar cuando me narrase esa parte.

—Al día siguiente comenzó mi pesadilla —volvió a ocultarse entre las sombras—. Mi madre apareció muerta y supe que habían sido ellos y que tal vez no era por mi culpa, pero sí consecuencia de las malas decisiones que había tomado. —La voz se le cortó—. En el entierro se acercó un hombre. Alguien a quien no conocía y parecía afectado. Supuse que venía a darme sus condolencias, pero lo que escuché fue una orden y una amenaza: «Mata a… o a tu hijo le ocurrirá lo mismo que a tu madre».

Aunque la historia no había terminado, supe que ella lo había hecho, puesto que era lo único que podía explicar por qué no había dicho el nombre de su víctima.

—Entonces supe que no podría permitir que mataran a mi pequeño —a pesar de las sombras, pude vislumbrar cómo se llevaba las manos al vientre—, y tomé la determinación de pasar de policía a asesina. Desde ese día solo pensaba en un plan para que ellos le asesinaran y que nadie pudiera sospechar de mí.

Noté que estaba llorando, por lo que traté de consolarla.

—No tenías elección. Era tu hijo —traté de justificar lo injustificable.

—Siempre hay elección antes de matar a alguien. —Memoricé esta frase, por si después me servía—. Me puse de acuerdo con ellos y supe que el método más sencillo era en el vehículo. Los avisé de todos sus movimientos y estropeé el aire acondicionado. En pleno verano y con el calor, sabía que me pediría que abriera un poco la ventana, y aunque me regañarían por hacerle caso, nadie me despediría por ello. Así, fui por calles anchas para poder maniobrar, no detuve el vehículo, solo conduje por vías que conocía…, hasta que me lo pidió, me suplicó que dejara un pelín abierta la ventana. Entonces cambié el rumbo hacia la calle donde sabía que ellos estarían y vi ante mí al motorista que le iba a meter un tiro en la cabeza a mi protegido.

Se hizo el silencio y así permanecimos las dos durante algunos largos segundos. Yo trataba de aflojar los nudos con insistencia. Siempre había pensado que era mucho más fácil de lo que en realidad estaba resultando. Las hebras de la cuerda empezaban a hacerme rozaduras, pero no me importaba.

—Ese día fue el comienzo de años de ayuda a la mafia, pero no ha sido hasta tu llegada —dio un paso al frente, colocándose en el círculo con luz mientras me miraba fijamente y me apuntaba con un dedo acusador— cuando me han pedido que sea yo misma la que lleve a cabo el crimen.

—No lo hagas —supliqué, mientras notaba que me desgarraba la piel de las muñecas de la fuerza que empleaba para soltarme.

—¿De verdad piensas que si dejé que mataran a un hombre al que quería por mi hijo, no te

mataría a ti, que ni me importas?

—«Siempre hay elección antes que matar a alguien» —cité, y contuve la respiración, esperando que eso provocara un cambio en ella, y ocurrió. Un tremendo guantazo en mi cara me dejó claro que no había sido buena idea.

—No utilices mi frase tú —escupió—, tú, que eres la culpable de que mi vida se vaya a arruinar.

—Eso no tiene por qué ser así —traté de convencerla y calmarla, mientras mi cerebro buscaba a toda velocidad algo que me permitiera salvarme.

—Claro que debe ser así. Eres una asquerosa que me has destrozado la vida —me acusó.

Y en ese momento lo supe. No me iba a desatar, la pelirroja me iba a matar. Era una certeza. Lo único que podía hacer era seguir hablando para que por lo menos supiera que lo que hacía no estaba bien y en algún momento de su vida eso le remordiera la conciencia.

—¿Yo? —la interrumpí—. Eres tú quien me tiene atada. Eres tú la asesina que va a matarme. Es tu decisión y no la mía, así que no te atrevas a decirme que yo soy la asquerosa.

—¡Cállate! —me ordenó, pero no le hice caso.

—Lo que te pasa es que sabes que siempre has tenido la opción de ir por el buen camino. Podías haberlo denunciado y tratar de solucionarlo por las buenas, pero…

De repente enmudecí. Ludovica estaba frente a mí apoyando la pistola en mi sien y mantenía un dedo tembloroso en el gatillo. No pude llorar, simplemente me quedé en estado de *shock*.

—Cállate o te mato antes de que me llamen.

El miedo me había paralizado. No podía ni moverme. No podía hablar, y mucho menos pensar. Apreté los ojos con fuerza y entonces escuché el disparo.

Despegué los párpados lentamente, sin saber si seguía viva o no. Lo primero que vi fue a Ludovica con cara confusa corriendo hacia la puerta.

Aunque sabía que estaba viva y que el disparo que había sonado no había salido del arma de Ludovica, me sentía inerte, completamente bloqueada.

Desde donde me encontraba no podía ver nada de lo que estaba ocurriendo, aunque he de decir que tampoco lo intentaba. Por los sonidos de las armas, los golpes y los objetos cayendo y rompiéndose, suponía que estaba habiendo una pelea en la puerta de la casa. No me quise engañar con el espejismo de la esperanza. Nada daba a entender que la persona que había llegado fuese una mejor opción para mi integridad física. En el momento en que fui consciente de que no me podía fiar ni de la Policía, la esperanza de escapar con vida a España se desvaneció, dando lugar al vacío.

Los golpes cesaron y oí que alguien se acercaba apresurado hacia el salón, abriendo e investigando cada habitación de la casa que encontraba en el camino.

La cara de Romeo apareció frente a mí como un ángel, rodeado por un aura de luz blanquecina, fruto de los rayos que emitía la única lámpara encendida en la estancia, que le iluminaba por detrás.

Debí alegrarme, pero permanecí impasible. Aunque el calor de la seguridad poco a poco se iba extendiendo dentro de mí, no se producía de manera tan inmediata como habría cabido esperar.

Él se arrodilló hasta quedar a mi altura y con cara de alivio y preocupación comenzó a analizar cada detalle de mi cuerpo con sus infinitos ojos verdes.

—Tranquila, no te va a pasar nada —me aseguró, e instintivamente miró hacia atrás para estar seguro de que no había nadie más—. ¿Te han hecho daño? —me preguntó a la vez que desataba con cuidado las ligaduras de mis manos.

No tenía fuerzas, y por eso caí hacia delante; por suerte, él me cogió antes de que pudiera golpearme sosteniéndome entre sus brazos. Me acunó un rato mientras peinaba mi cabello y susurraba a mi oído.

—Nunca permitiría que te hicieran nada malo.

Estaba asustado. Chasqueaba los dedos a un lado y a otro frente a mis ojos, esperando ver algún tipo de respuesta en mí, pero yo seguía como ausente.

—Pagarán caro por lo que te han hecho —amenazó, y aunque sabía que esas palabras no iban dirigidas a mí, no pude evitar sentir un escalofrío.

Me cogió en brazos como si yo fuera un bebé y se abrió paso por la casa mientras rompía las puertas de una patada. En las paredes podía ver cuadros movidos y sangre. El andar de Romeo producía un siniestro sonido de cristales que acompañaba a cada una de sus pisadas.

Con suavidad y saliendo de mi letargo, elevé los brazos hasta enlazarlos alrededor de su cuello. Aunque no dejó de caminar, me miró y sonrió de lado, y en ese mismo instante su corazón volvió a latir a la velocidad normal, pues hasta entonces creo que había estado a punto de salírsele del pecho mientras aguantaba la respiración.

El calor de su torso me permitió relajarme. Había un cuerpo tirado en la entrada. El rojo de los cabellos de Ludovica se había mezclado con el de la sangre que ahora manaba de su cabeza. Pensé que estaba muerta hasta que vi su pecho moverse arriba y abajo.

—Espera —dijo Romeo, que empezó a buscar algo en la cintura de su pantalón mientras me sostenía con una sola mano. Con destreza sacó una pistola y apuntó directo a la cabeza de la policía corrupta. La iba a matar.

—¡No! —grité. Había tenido suficiente violencia por hoy, y no quería que la imagen de un asesinato me acompañase el resto de mi vida.

—¿Por qué? —me preguntó extrañado sin bajar el arma.

—No quiero que la mates. No quiero que seas un asesino. Al menos, no por mí. —Viendo la naturalidad con la que empuñaba el arma, me pregunté si no lo habría hecho antes.

—Ella ha tratado de hacerte lo mismo —sentenció.

—Pero no lo ha conseguido —agregué, y recordé cómo había repetido que me iba a matar en cuanto le hicieran la llamada. Por un segundo deseé quitarle el arma yo misma y ser yo quien le disparara, pero me contuve.

—No por falta de ganas. Si no llego a venir, lo habría hecho. —La certeza de sus palabras le debieron afectar a él mismo, porque se puso en tensión.

—Pero has venido y me has salvado —puntualicé acariciándole la mejilla.

—Aunque las balas son rápidas, siempre llegaré antes que ellas para interponerme en su camino y salvarte.

—Por favor, larguémonos.

Cambié de tema, pues sabía que, si permanecíamos más tiempo allí, la mataría. Era su naturaleza violenta. Puede que la justicia del «ojo por ojo, diente por diente» fuera lo que más deseaba en esos momentos, pero no quería que se ensuciara las manos por una perturbada que en realidad no tenía culpa de sus actos.

La sorteó sin llegar a pisarla y, sin cerrar la puerta, nos marchamos ante la mirada atónita de todos los vecinos, que habían salido al oír los tiros y se escondían a nuestro paso.

* * *

Apoyó ambas manos en las puertas de la entrada y con fuerza las abrió, permitiéndome el paso.

Fui a quitarme el casco y entonces me di cuenta de que no lo había llevado en todo el trayecto a doscientos por hora en moto. No sabía dónde me había traído. Lo único que sabía era que no me encontraba en la puerta de la comisaría, como cabría suponer. Tampoco estaba en la puerta de mi mugriento hotel, esperando a que pasara la última noche antes de coger el avión que me llevaría de vuelta a mi amada España.

En su lugar, había aparecido en una calle sin apenas iluminación, sin personas andando por ella, y donde aquella nave era el único edificio que no se encontraba en ruinas.

Unos días antes habría puesto el grito en el cielo por no ir al lado de un policía en esos instantes. Sin embargo, ya no confiaba en nada ni en nadie; es más, sabía que no volvería a sentirme segura en muchos meses. La pistola apoyada en mi cabeza sostenida por la mano de una mujer desquiciada era el único recuerdo que tenía en esos momentos de todo mi viaje.

La culpa no era de Italia. Ni tan siquiera lo podía achacar a Nápoles. Todas las ciudades tenían zonas peligrosas y en todas existían mafias. La diferencia en este caso residía en mí y en mi estupidez a la hora de elegir la gente con la que me iba a juntar.

—Permanece todo el rato a mi lado —me ordenó Romeo en el descansillo desde el que podía apreciar otra puerta. Debió notar que me ponía en tensión por el peligro latente en su advertencia, porque añadió—: No te pasará nada mientras estés a mi lado. —Como se dio cuenta de que estas palabras tal vez no tuvieran todo el efecto deseado, me agarró de la mano y me la apretó, hasta que noté que otra vez el color volvía a mi rostro.

Con paso decidido, cruzó la segunda puerta.

La música alta fue lo primero que llegó a mis oídos. Aunque no había coches ni motos aparcados fuera, su interior estaba lleno de gente. Romeo andaba tan deprisa que me costaba seguirle el paso y observar lo que nos rodeaba. Solo pude apreciar que había un patrón que se repetía: los hombres, tanto jóvenes como adultos, estaban sentados en sofás bebiendo copas o cervezas, mientras que unas mujeres bailaban en el medio de cada grupo de manera seductora. El local debía estar muy bien insonorizado, porque la gente no paraba de gritar y en el exterior no habíamos escuchado absolutamente nada.

Algunos miraban de reojo a Romeo, otros trataban de brindar la copa con él y una decena le llamó tratando de que se acercara, pero los ignoró a todos. Sabía su destino e iba directo hacia él, sin hacer caso a nada más.

Aunque intentaba suavizar su mirada, cada vez que me hablaba o me miraba a los ojos no podía evitar atisbar ese odio que ahora mismo le dominaba. Si alguien me hubiera hecho daño, lo habría matado sin dudarlo ni un instante, y no sabía decir si eso me parecía romántico o una locura. En la vida real la gente no mataba por querer a alguien.

Iba tan ensimismada en mis pensamientos que no vi los tres escalones que subían a la zona VIP, que era donde nos dirigíamos, y tropecé. Tuve que agarrarme a él para no caer al suelo. Me sujetó a tiempo con sus fuertes brazos, y mientras me apartaba con cuidado el pelo que se había escapado de mis dos trenzas, me preguntó:

—¿Te encuentras bien?

—Sí, no había visto el escalón, eso es todo.

Me analizó con sus ojos verdes antes de añadir serio:

—No te preocupes, haré lo que haga falta para que estés bien.

Una vez en la zona VIP, pude distinguir que allí, sentados en sofás blancos y bebiendo champán mientras las mujeres más guapas del recinto les acariciaban, se encontraba un grupo de unos cinco hombres bastante mayores que reían a carcajadas.

El único que llamó mi atención fue el hombre que estaba de pie. Tenía la cara surcada de

cicatrices y la mirada más oscura que había visto o imaginado nunca. Sostenía una botella de agua y miraba a todos lados, como si fuera un guardaespaldas. Se percató de que le estaba observando y me imitó, haciendo que todo mi cuerpo temblase del temor que me inspiraba. Apreté más fuerte aún la mano de Romeo.

Nos detuvimos de pie frente al grupo, el cual parecía estar tan entretenido en sus conversaciones, sus cubatas y sus mujeres, que al principio no reparó en nuestra presencia. Romeo tuvo que carraspear sonoramente para que sus ojos se levantaran hacia nosotros.

—Vaya, mirad quién ha venido —habló el hombre que estaba situado en el medio de todos, en una posición estratégica. Se trataba de un señor de unos cincuenta años, trajeado, con una larga melena color castaño—. Veo que Leone ha osado honrarnos con su presencia y, con su mala educación habitual, ha decidido que tenía derecho a interrumpir. —El resto del grupo no le quitaba el ojo de encima a ese señor, que debía ser el líder o algo así—. Además, viene acompañado.

Sutilmente, Romeo me movió un poco, situándome detrás de él.

—Tengo que hablar contigo, Abramo.

Había oído ese nombre anteriormente. Era el jefe, el cabeza de familia, el patriarca o como se llamara, de los Salvatore.

—Pide una cita y te será concedida.

—Ahora —ordenó.

Sonó demasiado brusco, y eso hizo que todos los hombres se llevaran la mano al pantalón, gesto que provocó que algunos mostraran la culata de sus pistolas. De todos, el que más me preocupó fue el que estaba de pie con la botella de agua, que se situó a mi lado de dos zancadas.

—Tranquilos, señores —bromeó Abramo dirigiéndose a los otros—, no vamos a matar a uno de los nuestros, y menos si lleva mi sangre. —Noté cómo Romeo se tensaba, pero no le pude preguntar nada—. No te pongas nervioso, Leone —rio mientras veía que él lo estaba pasando mal—, al fin y al cabo, no he dicho ninguna mentira, ¿o es que acaso no le has contado a tu acompañante —y me miró de arriba abajo— quién fue la persona que puso el espermatozoide en tu madre? —Romeo permaneció en silencio, y una idea retumbó en mi cabeza: «es su padre»—. Como te he dicho —centró la atención otra vez en su hijo—, pide una cita y tal vez cuando encuentre un hueco en mi apretada agenda —palmeó el culo de una de las señoras, que parecía no darse cuenta de nada de lo que estaba sucediendo allí—, te atienda.

—Es una urgencia —escupió Romeo, y pude notar cómo se estaba conteniendo. Aunque Abramo fuera su padre, no lo trataba como tal.

—¿Una urgencia? —gritó, y se incorporó más serio—. Déjame que piense. —Y comenzó a acariciarse la barbilla, en un gesto teatral—. ¿No eran urgencias las veces que le has llamado esta última semana, Alessio? —El hombre que estaba de pie a su lado asintió esbozando una sonrisa maligna—. ¿Y qué hacía Leone?

—Ignorarme.

El mero sonido de su voz me produjo un escalofrío.

—Ignorarte…, no, no, no, eso no está nada bien. Y para colmo, según he oído, lo hacía todo por una fulana española que se marcha ya para España.

—A ella no la metas en esto. —No cambió su semblante, pero noté cómo apretaba más mi mano.

—¿No me digas que…? —dejó la frase a medias y me miró a mí, luego a él, y volvió a posar sus ojos en mí—. ¿Es esta la señorita? —Romeo no contestó—. Pensaba que alguien con mis genes tendría mejor gusto…, sin intención de ofenderla, por supuesto.

Bajé la vista y la fijé en mi mano libre, que temblaba. No me importaban sus insultos; lo que no quería era sentir sus ojos posados en mí.

—No he venido a hablar de mujeres contigo —fue lo único que dijo al respecto, aunque se podía notar su tensión.

—No has venido a hablar, pero sí me traes una. Espero que no quieras que le consiga un trabajo, porque ahora mismo estamos completos. —Y señaló a las mujeres que se encontraban dispersas por todo el local.

Aunque sabía que ese señor, si es que le podía llamar así, solo estaba tratando de enfadar a Romeo por razones que solo él conocía, no pude evitar negar con la cabeza sin mirarle directamente a los ojos.

—Son los Giaccomo. —Al oír el apellido de la banda contraria a la suya, todos se tensaron y prestaron atención—. La han intentado secuestrar dos veces. Hoy, de hecho, la tenían ya en un piso, y he podido comprobar que tienen nuevos contactos con la Policía.

—¡La Policía es nuestra! —constató Abramo, si bien había un toque de curiosidad en su afirmación.

—No toda —explicó—. La persona que la ha secuestrado hoy —al oír la palabra «secuestro» de sus labios, la realidad cayó como una pesada losa sobre mis hombros— era una agente de policía. No sabemos cuántos han captado y tenemos que descubrirlo.

Todos salvo al que habían llamado Alessio, que parecía no tener más registros en su cara, parecieron sorprendidos ante esa información.

Ordenaron a las mujeres que se fueran, cosa que estas hicieron de inmediato, y luego comenzaron a hablar en voz baja entre ellos, sin dejarnos participar en la conversación.

Aunque Romeo no se movió de su posición inicial, oí un «tranquila» que salía susurrante de sus labios.

—Lo primero es lo primero —comenzó Abramo cuando la conversación se dio por finalizada ante el asentimiento de sus compañeros—. Tendremos que limpiar tu estropicio. Lamento que te hayas estrenado de esta manera —hablaba con una amplia sonrisa, por lo que sus palabras de disculpa no parecían resultar sinceras. De hecho, daba la sensación de que estaba disfrutando con todo lo que ocurría—, pero no hay tiempo para hacerte una fiesta. Dinos la dirección y mandaremos un grupo para que limpien el piso y se deshagan del cadáver.

Daba por supuesto que la había matado y estaba orgulloso y contento por ello, no había ninguna duda.

—No hay cadáver —afirmó Romeo.

—¿No hay cadáver? —repitió enfadado—. ¿Quieres decir que una persona secuestra a tu chica y no la has matado?

—Está herida —explicó.

—Pero no muerta —añadió decepcionado—. ¿En qué te ha convertido? —Me señaló despectivamente con la cabeza—. En un hombre que da la espalda a su familia y no es capaz de proteger a su mujer.

No llegué a escuchar la respuesta de Romeo, pues el sonido de un tiro hizo que me diera la vuelta de un salto, con temor, esperando ver una emboscada y preparándome para una nueva huida.

Mi temor no se correspondió con la realidad. No nos estaban atacando ni mucho menos. Simplemente dos chicos estaban discutiendo en las mesas, y el del sofá de al lado había disparado al techo para que finalizara. «Lo más normal del mundo», ironicé en mi interior.

Iba a girarme cuando le vi y le reconocí de inmediato. No había dudas.

—Romeo… —murmuré mientras le daba en el brazo sin apartar la vista del joven.

—Espera, ahora no es el momento.

—Romeo —repetí.

—Diez minutos y nos vamos de aquí. Te lo prometo.

—¡Romeo! —insistí, y mientras señalaba con el dedo sin poderme contener, agregué—: Es ese chico.

—¿Qué?

—El que me atacó —lo recordaba perfectamente. Unos días atrás, la primera vez que me cogieron. En esa ocasión pude verle el rostro, y en mis pesadillas se repetía sin cesar la cara de ese joven que ahora estaba allí delante de mí.

—¿Cómo dices? —preguntó dándose la vuelta y siguiendo la dirección de mi dedo.

—Ese, el chico de los pantalones negros. Fue el que me cogió la primera vez.

—¿Estás segura?

—S…

No me dio tiempo a terminar. Romeo me soltó la mano y corrió hacia él, apartando a la gente a empellones. El chico ni siquiera vio venir el puño que se estampó contra su cara. La sangre comenzó a manar a chorros de su nariz, pero Romeo no paró. Le tiró con fuerza contra el suelo, se sentó encima de él y le golpeó con toda la rabia y la potencia que tenía en la cabeza y en el costado.

Le iba a matar. Salí corriendo sorteando a la gente, que los miraba impasible, sin hacer nada para separarlos.

Cuando llegué a su lado, vi que la cabeza inerte del joven se movía de un lado para otro por los puñetazos mientras le salía sangre de la boca y la nariz. En el suelo, a su lado, había un par de dientes.

—¡No! —grité horrorizada mientras agarraba el puño de Romeo por arriba. Este, como si reconociera mi voz y tacto, se detuvo y me miró con la cara salpicada de sangre—. No le mates, por favor —lloriqueé. Le odiaba tanto como a Ludovica, pero no podía permitir que le asesinaran. Yo no era una bárbara; no solucionaba las cosas matando a la gente.

Romeo no dijo ni una sola palabra, pero su cara reflejaba la lucha que se estaba produciendo en su interior. Estaba fuera de sí. Era un animal rabioso fuera de control. Lo único que le impedía partir el cuello a ese muchacho era su mirada fija en la mía.

Sus ojos verdes poco a poco cedieron, y entonces me di cuenta de que yo era la dueña de ese animal, que, lentamente y sin echar la vista atrás, se levantaba para situarse a mi lado y destensaba el puño con los nudillos llenos de sangre para darme de nuevo la mano.

El silencio se hizo a nuestro alrededor. El local, que hasta hacía un momento había estado invadido por gritos de júbilo y diversión, ahora se hallaba sumido en un silencio tenso, con la gente rodeándonos y observando al chico que aún respiraba manchado de sangre.

Mi animal miraba receloso a todos lados, dispuesto a atacar al primero que osase acercarse.

—En esto te has quedado. —Abramo se hizo paso, seguido de su séquito—. Un hombre que ni siquiera tiene el valor suficiente para acabar con el que puso en peligro la vida de su chica.

Noté la tensión de Romeo mientras, rabioso, elevaba la vista para encontrarse con la de su padre.

—Yo no te he dicho que él —señaló al joven inconsciente— la había secuestrado.

—Pero yo lo sé. —Sonrió.

—¿Cómo? —le gritó.

—Porque yo le envié, igual que a la policía —afirmó seguro de sí mismo.

—¡Estás mintiendo! —quiso creer Romeo, aunque no había ninguna duda de que Abramo decía la verdad.

—No tengo esa necesidad. No nos estabas siendo útil. Alessio me contó que ibas por el mal camino. Necesitaba que reaccionaras. —El hombre no estaba tratando de justificarse, simplemente narraba unos hechos.

—Pero tú eres mi padre… —se derrumbó.

—No confundas los términos. Yo soy el hombre que se acostó con tu madre. Nada más. Aun así —puso un falso tono lastimero—, siempre he intentado darte todo. Educarte. Guiarte. Necesitabas un empujón para que volvieras a ser ese joven tan prometedor, y si para ello tenía que fomentar tu odio…

—Los Giaccomo lo hicieron, ellos son el enemigo —trató de engañarse cegado.

—¿De verdad crees que no tienen nada más importante que hacer que jugar con tus líos de faldas? No seas estúpido. Nos movemos en otras esferas en las que tú ni siquiera eres conocido. Eres un número más o menos de la lista de muertos en esta guerra de asesinos. Alguien prescindible, nada importante. —Imaginé lo que se debía sentir cuando tu padre te hablaba así, y no concebí nada más destructivo—. Siendo de mi familia, pensé que un único toque bastaría para que volvieras en ti. Tal vez el hecho de que mi sangre corre por tus venas me llevó hoy hasta este último intento con Ludovica. Has fallado en ambos. Eres débil.

—Te mataré —amenazó temblando de ira.

El sonido de cientos de armas apuntándonos no hizo que Romeo se amedrentara.

—No lo harás. ¿Sabes por qué? Porque en el fondo me odias y me amas en la misma medida. Soy todo lo que te recuerda lo que no eres y el único que te puede ayudar a conseguir lo que quieres, a prosperar en una tierra sin ley.

—¿Por qué a ella?

—Es lo único que te ha importado. Era la primera cosa con la que podría despertar un odio tan profundo en ti hacia los Giaccomo, que matarías por ello y me serías fiel para siempre.

—Te juro que…

—No prometas cosas que no puedas cumplir —le interrumpió—. Soy lo único que tienes y me necesitas. Así que deja de decir tonterías y vuelve en un par de días; seguro que para entonces habré olvidado el incidente.

—No pienso volver. No si no es para matarte.

Alessio, el hombre de las cicatrices que tanto miedo me había dado, se adelantó y, apuntándole directamente entre ceja y ceja, le advirtió:

—No vuelvas a hablar así a Abramo.

—Tranquilo, mi fiel mano derecha. Es solo un muchacho. No sabe lo que dice.

Abramo hablaba de manera tranquila y con una amable sonrisa, y no pude sino sentir asco. Él había sido el culpable de todo lo que había ocurrido. Era un ser despreciable cuya única meta era extorsionar a la gente.

—Sé lo que digo, lo hago consciente. Y ahora, una última cosa. —De reojo me miró para coger fuerzas—: No te amo, solo te odio. No representas todo lo que necesito, sino todo lo que no quiero llegar a ser. Por eso lo dejo. Te abandono. Paso de los Giaccomo y de los Salvatore. Sois todos la misma mierda.

—Nadie nos ha abandonado —afirmó Alessio dando un paso adelante.

—Pues yo seré el primero.

—Eso, si te lo permitimos. —Alessio deseaba matarle, no había ninguna duda.

—¿Te quieres marchar? —interrumpió Abramo—, ¿dejarnos? ¿Abandonar nuestra

protección? —Romeo asintió—. Dejemos que lo haga —se dirigió a Alessio—. ¿Cuántos días le quedan a la joven en la ciudad? ¿Uno? ¿Dos? Y después, ¿qué? —Hacía las preguntas al aire—. Os diré lo que pasará después: se verá solo, sin nadie, sin poder, sin nada. Tal vez aguante una semana, como mucho diez días. Entonces volverá arrastrándose aquí y querrá que le readmitamos. Estará desesperado, será capaz de hacer cualquier cosa por regresar a nuestro lado y yo… yo pienso aprovecharme de su desesperación.

CAPÍTULO 16



—¿Estás bien? —pregunté acercándome corriendo. Noté un ligero temblor al abrazarle, pero él contestó con firmeza:

—Sí.

—¿No te ha hecho nada? —dije mientras le miraba de arriba abajo y me detenía en su estómago al ver que él lo estaba presionando con sus dos manos después del golpe que le acababan de propinar al dejarnos en mi hotel. Lo notó, por lo que añadió con una sonrisa:

—Una patada puñetera. Nada que no haya soportado antes y, a decir verdad, creo que cuando las he dado yo han sido mucho peores. —Puso su sonrisa ladeada y me acarició con el dorso de la mano la cara.

Ambos nos quedamos en silencio mirándonos.

—¿Quién era? —pregunté.

—Un Giaccomo.

—¿Por qué te ha pegado?

—No necesita ningún motivo —dijo como si fuera lo más obvio—. Nos odiamos desde siempre, es así de simple. Seguramente, si yo hubiera visto a alguno de ellos desprevenido, también le habría pegado.

—Pero tú ya no perteneces a esa banda —aseguré recordando los acontecimientos que habían pasado ese día. Romeo ahora era libre, estaba fuera de la lucha entre mafias.

—Berta —repuso con tono cansado—, hace una media hora que ya no pertenezco a los Salvatore, ¿piensas que es tiempo suficiente para que todo Nápoles se entere?

—No —balbuceé—, pero…

—Ya sé que crees que soy el chico más importante aquí —comenzó a darse sus aires de superioridad, y me alegré de que volviese a ser el de siempre, pese a lo duro de las situaciones que le había tocado vivir ese día—, pero eso es porque me tienes sobrevalorado —añadió mientras reía—. Estás demasiado obsesionada conmigo, pero gracias a Dios, todo el mundo no lo está.

—¿Cuándo se enterará todo el mundo? —pregunté angustiada.

—Unos antes, otros después —dijo encogiéndose de hombros. Debió notar que eso no me tranquilizaba, porque añadió—: En cualquier caso, te garantizo que yo siempre recordaré que ya no pertenezco a ningún bando. Eso debería bastarte, es lo máximo que te puedo ofrecer. —Se puso serio un instante, meditabundo. Iba a tratar de animarle cuando esbozó una sonrisa traviesa. Había tenido una idea, estaba segura—. Me acabo de percatar de que estar aquí ahora mismo no es seguro. Vayamos a otro sitio. —Asentí sin saber a dónde me llevaba. A esas alturas creo que habría ido de su mano al fin del mundo—. Abre el portal —me indicó.

Lo hice con las manos temblorosas, suponiendo que el destino era mi habitación del hotel. No sabía si Pilar y Tamara estarían en el interior y, mientras subíamos las escaleras, crucé los dedos deseando que hubieran decidido estar con sus respectivas parejas del viaje de verano para que nos dejasen esa intimidad que yo tanto necesitaba.

Me sorprendió que siguiésemos ascendiendo, pasando de largo por la planta de nuestra

habitación e internándonos en los niveles que contenían viviendas privadas, hasta el último piso, el octavo. Mi escasa forma física provocó que prácticamente llegase con la lengua fuera y tuviese que apoyarme agotada en la barandilla cuando él se detuvo. Me miró de arriba abajo, enarcó una ceja y con una sonrisilla de suficiencia me dijo:

—Las abuelas de algunos de mis amigos tienen más aguante que tú. —Se apoyó a mi lado contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho—. ¿Nunca has pensado en apuntarte a un gimnasio?

—El deporte y yo no nos llevamos muy bien.

—Eso es porque nunca me has tenido como entrenador. Te motivaría.

—Tienes un concepto demasiado bueno de ti mismo. Dudo que encontrases la manera de hacerlo…

—Conozco un ejercicio que se me da muy bien al que fácilmente te podrías volver adicta. Una yonqui —repuso con voz seductora.

—¡A veces eres odiosamente engreído!

—Puede —se encogió de hombros—, aunque eso no significa que no tenga razón, ¿verdad?

—¡Anda, cállate! —bromeé dándole un pequeño codazo en el estómago.

Aunque intentó ocultarlo, el rostro se le contrajo en una mueca de dolor que me preocupó. Me coloqué enfrente de él y comencé a levantarle la fina camiseta para poder ver su abdomen. Le habían pillado desprevenido mientras me acompañaba al hotel y en cuestión de segundos tres jóvenes le habían propinado una sarta de puñetazos y patadas de un modo cobarde. Digo cobarde porque, en cuanto Romeo reaccionó y tiró a uno al suelo con una llave de judo, todos habían salido huyendo. Supongo que en otras circunstancias les habría perseguido para pagarles con su misma moneda, pero prefirió quedarse conmigo. Otro ejemplo más que me demostraba hasta qué punto yo le importaba.

—¿Te duele? —Paseé mis dedos sobre su vientre duro, teñido de un tono rojizo que con el paso de las horas se convertiría en morado.

—Si llego a saber que te ibas a poner el disfraz de enfermera, habría contratado a alguien para que fingiese pegarme hace tiempo. Me daría mucho morbo verte con una bata blanca sin saber si llevas algo debajo…

—Romeo, no te desvíes y contesta.

—No.

—¿De verdad? Tiene mala pinta… —Seguí trazando la línea de sus definidos abdominales, como si su piel pudiese confesarme lo que él nunca me diría con palabras.

—Para hacerme daño es necesario algo más que tres gilipollas que pegan como nenazas. —Cubrió sus manos con las mías.

—Conmigo no tienes que hacerte el duro.

—No me lo hago. Lo soy. Romeo el indestructible —bromeó bravucón.

—Más bien, Romeo el fantasma. —Me liberé de sus manos y le pellizqué en la zona dolorida, provocando que diese un respingo hacia atrás—. ¿Lo ves? Sí que te molesta, mentiroso.

—Solo cuando me agredes. ¿Cuándo hemos cambiado los roles y tú eres la camorrista?

—Supongo que ha aflorado la delincuente que llevaba dentro de mí… —Puse los ojos en blanco.

—Bien. —Se separó—. Así no elevarás los brazos al cielo con lo que voy a hacer ahora —murmuró misterioso.

—Y eso es…

—¿Tienes una horquilla? —No contesté de inmediato. Quería procesar los motivos por los

que podría necesitar una horquilla en esos momentos—. Ya la veo. —Antes de que me diese tiempo a moverme, sus manos sigilosas y demasiado largas me quitaron una de las que llevaba en el pelo—. Haces que pierda mi virilidad a pasos agigantados —pronunció meciéndola entre sus dedos, observando fijamente la mariposa rosa que había en uno de los laterales.

Se giró y la luz se apagó. Palpé con la mano la pared, evitando apoyarla demasiado por si, igual que en el descansillo de nuestro hotel, estaba embadurnada de una sustancia pringosa no identificable. Localicé el interruptor y lo pulsé. Romeo estaba agachado muy concentrado en la puerta de roble de uno de los pisos.

—¿Qué haces? —consulté acercándome lentamente.

—¿Para qué lo preguntas si ya conoces la respuesta? Siempre he pensado que no hay que malgastar palabras. Solo decir las adecuadas, las que verdaderamente aportan algo.

—¿Vas a forzar la cerradura? —ignoré su comentario.

—Evidentemente. —Puso los ojos en blanco y volvió a centrarse en su tarea.

—¡Nos van a pillar! —Miré hacia abajo y afiné el oído por si subía alguien.

—No me subestimes. El sistema de seguridad es un chiste malo. Hagamos un trato: si en tres segundos no la he abierto, te doy permiso para que me grites, pero si lo hago, no te enfadarás.

—¡No!

—Shhhhh. Tres…

—¡Pero…!

—Dos. —Se escuchó un clic.

—No pienso entrar…

—Uno…, y *voil*à. —La puerta cedió y se abrió. Romeo se irguió en todo su esplendor—. No me mires con esa cara. Debes cumplir tu parte. He ganado.

—Una apuesta no es válida si los términos no se deciden entre los dos involucrados y sellan el pacto con un buen apretón de manos.

Romeo estiró el brazo y apretó mi mano antes de tirar de mí.

—Ya está —me dijo colocando las palmas de sus manos en la parte baja de la espalda para atraerme más cerca.

—Pensaba que habías decidido dejar de hacer estas cosas… —repuse molesta.

—Es una casa abandonada y preciosa. Creo que llenarla de vida durante unas horas es hacerle justicia.

—¿No vive nadie?

—Te lo prometo. Y si no confías en mi palabra —se apartó y encendió la luz del interior—, compruébalo con tus propios ojos.

Me asomé desconfiada. Romeo era capaz de cualquier cosa con tal de lograr lo que se proponía, y las leyes no tenían el mismo significado para él que para mí. En su opinión, no eran absolutas, sino relativas, valorables dependiendo de las circunstancias.

Me consoló que no me hubiera mentido. En el interior se podía ver un amplio salón con los muebles cubiertos por sábanas que en su día debieron ser blancas, pero entonces estaban impregnadas de una gruesa capa de polvo que las teñía de un tono grisáceo. Le seguí al interior, justificándome con que estaba deshabitada y no pasaba nada cuando en realidad sabía que estaba allanando una propiedad privada.

Pensaba que nos quedaríamos en la sala, pero Romeo siguió caminando como si conociera la casa hasta una puerta lateral que daba a una pequeña terraza. Salimos y el aire cálido me azotó la cara. Pasé de largo por las sillas y la mesa oxidadas, sorteé los maceteros vacíos y me apoyé en la barandilla de hierro negro. Romeo se colocó detrás, rodeó mi cintura con sus manos y apoyó

su cabeza en el hueco de mi hombro. Cuando habló, su aliento rebotó contra mi piel, provocando que un escalofrío me recorriera de arriba abajo.

—Quería que te llevases un buen recuerdo de Nápoles, que comprobases que detrás de los suburbios y la parte pobre, marginal y salvaje de la ciudad, también hay belleza y tranquilidad.

Miré al frente oteando el horizonte. Más allá de la zona de la Estación Central, con sus edificios maltrechos, se extendía una ciudad hermosa, repleta de color, de la esencia de esa Italia en la que parecía que respirabas historia a través de cada una de sus calles, con identidad, única, inmejorable, un lienzo para observar durante horas sin cansarte. Y el mar. Esa masa azulada que se extendía hasta donde te alcanzaba la vista.

—No te negaré que me gusta la ciudad, pero me llevo un recuerdo mejor de aquí.

—¿Cuál? —preguntó contrariado, deduciendo erróneamente que no me había impresionado su sorpresa.

—A ti. —Me giré para observar de nuevo su rostro.

Ni la mejor de las ciudades podía equipararse a la belleza de Romeo. Él en sí mismo y sin pretenderlo era un espectáculo de la naturaleza. No me refería solo a que fuera guapo. En el mundo hay muchos hombres atractivos. Sin embargo, él irradiaba magnetismo, fuerza, potencia, intensidad. Era capaz de removerte las entrañas como si recorrieras un paraje salvaje que hubiese estado vetado a los humanos hasta tu llegada.

—¿Te ruborizas, Romeo? —bromeé al ver que sus mejillas se teñían levemente de un tono rosado.

—Sí —afirmó, y me quedé paralizada. Suponía que respondería con socarronería y no con una sinceridad que me desarmó. Iba a ser impredecible hasta el final—. ¿Debería avergonzarme de ello? ¿Acaso no es cierto que los perros abandonados y callejeros son los que verdaderamente saben apreciar el valor de una caricia? —Me apretó tan fuerte contra su torso que daba la sensación de que quería que traspasase su piel y habitase en su interior. Tirité, y no de frío—. Vayamos dentro.

Romeo se sentó en uno de los sofás y yo me dediqué a inspeccionar el salón en busca de algún detalle que me permitiese saber más de las personas que habían habitado ese lugar. No vi ninguna fotografía. Se habían llevado todo. Tal vez cuando se marcharon decidieron portar con ellos las cosas que verdaderamente tenían valor, y no hablo del monetario, sino de esas cosas insignificantes para el resto, pero que suponen tanto para ti que no serías capaz de venderlas ni por todo el oro del mundo.

Me detuve en un antiguo tocadiscos. Retiré el polvo con la mano y abrí la cristalera que lo cubría; en su interior había un vinilo. Estaba tan desgastado que no distinguía el nombre de los intérpretes, el título del sencillo o el nombre de la canción. Decidí probar si funcionaba. Encendí el aparato sin muchas esperanzas de que eso sucediera, apoyé la púa sobre el borde del disco y me preparé para comprobar si emitía algún tipo de sonido. Para mi propia sorpresa, lo hizo. Era un tema que me sonaba, pero no conseguía ubicar, una dulce melodía desgarradora que tiempo después, dada mi obsesión con todo lo que ocurrió ese verano y mi necesidad de rememorar hasta el detalle más insignificante, supe que se trataba de «Heaven» de Bryan Adams.

Me di la vuelta, orgullosa de mi hazaña, y me encontré con que Romeo estaba recostado en el sofá con los brazos colocados detrás del cuello, observándome como si mis movimientos fueran fascinantes. Sin embargo, en lugar de reparar en su admiración, lo hice en otra cosa: sus pies encima de la mesa.

—Bájalos.

—No.

—No es de buena educación —señalé—. Si fuera nuestra casa, te obligaría —. No supe por qué había dicho eso, pero inmediatamente me arrepentí, sobre todo al ver la sonrisa de suficiencia de Romeo.

—Pero no lo es —apuntó cruzando las piernas para molestarme aún más. Le encantaba jugar conmigo, llevarme al límite en todos los sentidos.

—Llevas razón —concedí—. ¿Sabes qué? —medité—. Creo que deberíamos intercambiar clases. Yo te enseño buenos modales y tú me entrenas, ¿qué te parece?

—Lo suscribiría a ciegas si tuviéramos más tiempo.

De repente la realidad cayó de nuevo sobre mí y las manecillas de mi reloj de pulsera comenzaron a asfixiarme conforme seguían su ritmo inexorable. Se agotaba nuestro tiempo. La cuenta atrás había comenzado y se aproximaba el inevitable final.

—No, Bertita. Te prohíbo terminantemente que te pongas triste. —No me había dado cuenta, pero los ojos comenzaban a picarme—. Fantaseemos. Imaginemos lo que nunca vamos a tener. ¿A qué otras torturas me someterías en esa hipotética casa?

Medité y dije lo primero que me vino a la cabeza, embrujada por las notas que salían del tocadiscos.

—Bailaría contigo esta canción.

—Yo no sé bailar este tipo de música. No es mi estilo.

—Lo hiciste en la discoteca.

—Servía para un fin.

Ya pensaba que había puesto punto final a esa conversación de absurdos sueños que nunca se cumplirían cuando se puso de pie de un salto y caminó con determinación hacia mí. Me quedé paralizada mientras cogía mis manos y las colocaba alrededor de su cuello para después descender con las suyas por mi cuerpo y rodearme la cintura, atrayéndome cerca.

Le debí mirar alucinada, sin comprender nada.

—¿Qué? He dicho que no sé hacerlo, no que no lo intentaría por ti.

—Esta vez no hay ningún fin. Ya lo tienes todo.

—Qué poco valoras lo que vales, Bertita. Hacerte feliz es un fin en sí mismo.

Una especie de congoja ascendió por mi pecho y le abracé tan fuerte que creo que le clavé las uñas en la piel. Si le dolió, no se quejó. Su aroma me inundó y se me aceleró el corazón.

—Hazme el amor, Romeo, como nunca antes lo has hecho —supliqué apoyando los labios en su cuello.

—Que me pidas eso me molesta —su voz sonaba ronca.

—Si la palabra «amor» te parece muy cursi, podemos cambiarla por otra…

—No es eso. El lenguaje que utilices me da igual, lo que me importa es lo que significa. Parece que todavía no te has dado cuenta de que contigo siempre ha sido todo diferente, nuevo para mí.

No me pude resistir y me puse de puntillas y le besé, intentando que mis labios le dijeran con caricias todas las palabras que me daba miedo pronunciar en voz alta. No podía sentir algo tan profundo en tan poco tiempo. Era imposible. Irreal. Yo siempre había sido racional, ¿acaso me estaba volviendo loca? ¿Acaso confundía la demencia con estar enamorada?

Mis manos actuaban solas. Era como si hubiera perdido el control de mi propio cuerpo y solo reaccionase ante el joven que tenía delante. Quería tocar cada centímetro de su anatomía para llevarme a España el recuerdo del tacto de su piel y el calor que desprendía cuando se acercaba a la mía. Era una necesidad compartida y ese fue el motivo por el que, mientras bailábamos al son de la melodía más dulce del mundo, nos desnudamos hasta quedar expuestos el uno delante del

otro, con las sábanas blancas ondeando a nuestro alrededor gracias al aire que entraba a través de la puerta de la terraza abierta, el mismo aire que no dejábamos que pasase como un intruso entre ambos.

Romeo me agarró del trasero y me impulsé para rodear su cadera con mis piernas. Me llevó a pulso hasta una superficie que, interpretamos, era una mesa con una extraña forma ovalada. Me depositó con cuidado y se separó un poco para observarme con detenimiento.

Nunca he tenido traumas con mi cuerpo, ni los tenía entonces. Sí, no estaba plana, y cuando me sentaba, de mi barriga brotaban algunos pliegues que no desaparecían aunque metiese tripa aguantando tanto la respiración que estuviese a punto de asfixiarme. Pero me daba igual. Era feliz con mis imperfecciones. Me quería.

Sin embargo, mentiría si no dijese que ver la admiración que desataba en Romeo, la forma en que me miraba fijamente, esforzándose en no parpadear siquiera y empaparse de todo, me halagó y pude experimentar lo que era ser una diosa. Tal vez nunca lo sería para el resto del mundo, pero sí para él. No necesitaba más.

—Ven, por favor —supliqué. No quería perder un segundo más.

Me hizo caso y acudió a mi llamada como un animal hambriento que va a devorar a su presa hasta que no quede rastro de ella. Me cogió la cara y nos besamos con pasión y angustia. No me atrevería a valorar quién lo hacía con más fuerza o intensidad, si él o yo. Nuestros dientes chocaban y conforme me escocían más los labios por lo salvaje de nuestro contacto, más lo ansiaba. Abrí las piernas para recibirle y Romeo me embistió con una certera penetración que me hizo morder su grueso labio inferior hasta hacerle sangre.

Cualquiera diría que era algo extremo para ser la despedida. Que deberíamos haberlo hecho entre caricias, susurrándonos palabras al oído como la noche del barranco. Que eso habría sido más romántico para un momento tan crucial como ese. Yo no lo veía así. Nos estábamos acostando con lo que nos salía directamente del corazón. No podíamos practicar sexo de un modo suave porque ambos estábamos alterados, desesperados, saboreando con antelación el dolor que vendría después. Necesitábamos descargar ese cóctel de sentimientos, quitar la anilla de la bomba y explotar juntos.

Estar con alguien de un modo íntimo solo es posible si se traducen los sentimientos en acciones. Y yo deseaba que, cada vez que me invadiese, lo hiciese con la misma potencia de los latidos de mi corazón, con su mismo ritmo acelerado. Apoyé mis talones en su firme trasero, arqueé la espalda, eché la cabeza hacia atrás y comencé a empujarle con los pies sobre las nalgas para que acelerase la velocidad, experimentando un placer sublime.

Me incorporé cuando sentí que me faltaba poco para irme. Quería hacerlo mirándole fijamente a los ojos. Memorizando la escena en fotogramas que luego rememoraría una y mil veces. Romeo y su mandíbula apretada para tratar de contener sus sentimientos. Romeo atrayéndome contra su torso para abrazarme con fuerza antes de terminar. Romeo y su boca susurrando mi nombre sobre mi pelo con agonía. Ambos conteniendo las lágrimas cuando explotamos en un orgasmo demoledor. Y yo con la mejilla apoyada contra su pecho, que subía y bajaba intensamente, deseando que su broma se convirtiese en realidad, que el Vesubio despertase y nos sepultara con su lava unidos para siempre.

Pero no lo hizo. El volcán continuó en reposo, olvidado de la destrucción, y nosotros permanecimos como dos ladrones hasta que no quedaron más segundos que robar y descendimos de ese piso que se había transformado en nuestro paraíso particular dentro del mundo real.

Cuando pienso en los momentos que sucedieron a continuación, aún cierro los ojos e intento trasladarme con la memoria a ese instante, a esa puerta del hotel, ver sus ojos oscuros mirándome

fijamente y esos labios carnosos que no sabían qué decir. Lo intento, pero no lo logro, todo se vuelve borroso, parece que nunca hubiera sucedido…

Yo lo sabía y él lo sabía también. El tiempo se agotaba, habíamos exprimido hasta el último minuto, pero el fin se acercaba; lo notábamos en ese sol que empezaba a salir y nos rozaba con sus primeros rayos. Se había acabado. Toda la lucha, todo el amor, toda nuestra relación caducarían en el momento en que yo subiera a mi habitación y cogiera ese vuelo que me llevaba de vuelta a mi país.

Ninguno quería ser el primero en hablar. No nos gustaban las despedidas.

—Imagino que ahora debería decir algo —comenzó Romeo mientras un espasmo de dolor recorría su rostro.

—No hace falta —contesté yo mientras memorizaba cada detalle de su rostro.

—Lo sé. Lo hago porque quiero hacerlo. —Tomó aire y continuó—: Lo más normal es que te dijera que te quiero, pero no lo voy a hacer. —Le conocía lo suficiente para saber que estaba muy nervioso—. No se puede llegar a querer a una persona en una semana… —dijo en lo que parecía un intento de convencerse a sí mismo—. Además, he dicho tantas veces esas dos palabras para conseguir que una chica se acostara conmigo, que no creo que merezcas oírlas. —Me miró intensamente—. Tú no.

Aquello estaba siendo más duro de lo que esperaba, y volví a intentar quitar hierro al asunto.

—No es necesario que…

—Déjame terminar, por favor. —Y me estremecí de la pena tan grande que inundaba su mirada—. Primero te he dicho lo que no te puedo decir —sonrió—, sueno un poco estúpido, ¿verdad? —Y se rio de su propia broma.

Para mí nada de lo que estaba diciéndome me parecía tonto; al contrario, me parecía hermoso. Agarré su rostro con mis manos y le obligué a besarme mientras notaba que mi corazón estaba intentando abandonar mi pecho para acudir a su lado.

—Lo que sí te puedo decir, y lo hago con la poca sinceridad que me queda, es que has sido la mujer más importante en mi vida.

Debí contestar, pero no lo hice. Me quedé en el sitio aturdida. Cualquiera se hubiera sentido desilusionado al escuchar a la persona que ama que no le quiere. Muchas veces dotamos de demasiada importancia a esa coletilla que con el tiempo ha perdido totalmente el significado. Romeo me había dicho que no me quería, pero en su última frase me había demostrado que lo que sentía era algo más fuerte, y entonces lo supe, no necesité de frases extras: él me amaba.

—Yo…

—Tú no vas a decir nada —me hizo callar.

—Pero quiero…

—Y eso me destrozará el corazón.

—Lo necesito —supliqué—, necesito decirlo. —Tragué saliva.

—No. ¿Sabes lo que nos hace diferentes? —Negué con la cabeza—. Que no tienes que expresar lo que sientes en palabras, porque yo ya lo sé.

—Pero quiero darte algo. Algo para que sepas que por mi parte también es real.

—¿Estar conmigo después de que te secuestraran y todas tus amigas se opusieran no te parece suficiente? —Enarcó las cejas.

—Quiero darte más. Algo que te demuestre todo lo que tengo aquí dentro —dije mientras le llevaba la mano a mi corazón, que latía apresuradamente.

—Está bien. ¿Quieres que te diga lo que deseo que hagas?

—Sí.

—Quiero que me sonrías, me mires a los ojos sin llorar —puntualizó al ver que las lágrimas recorrían mis mejillas—, y me despidas desde el portal como haces siempre. Como si mañana nos fuéramos a volver a ver.

—No puedo —balbuceé. No podía fingir que volvería a estar a su lado.

—Pero es lo que yo quiero que hagas, así que esfuérzate, Berta…, por favor.

Y dicho esto, se separó de mí y se subió a la moto mientras me miraba por última vez.

—¿Un último beso? —supliqué.

—Sería un beso triste, lleno de angustia. Prefiero recordar los besos dulces y no este, lleno de amargura.

Arrancó su moto mientras me dirigía una mirada intensa, y a la vez que se colocaba el casco, gritó:

—¡Nos vemos!

No pude contestar. Romeo dio gas a su moto y, mientras yo le despedía tal y como él me había pedido, se perdió en el horizonte. Cuando el ruido de su motor desapareció, me metí en el portal, me senté en el suelo y lloré, no podía hacer nada más. Mi historia de amor con fecha de caducidad había llegado a su fin.

CAPÍTULO 17



Romeo llega a su casa cuando los primeros rayos de luz invaden las calles de Nápoles. Parece que toda la oscuridad de la noche ha sido absorbida por él, en concreto por esas bolsas moradas que se han formado debajo de sus ojos.

Al apagar el motor, el silencio se le clava en las entrañas. El ruido y la adrenalina segregada mientras conducía a toda potencia habían mantenido a raya sus propios pensamientos y sentimientos, los cuales caen ahora encima de él como una pesada losa que aprieta fuerte hacia abajo tratando de aplastarle.

En la acera de enfrente de su portal, pone la pata de cabra a la moto y esta se inclina hasta casi rozar el edificio. Ese es su lugar. Un aparcamiento que tiene grabado su nombre de un modo invisible. Se fija en las otras que hay por la zona. La mayoría tiene algún mecanismo de protección. El barrio es peligroso y las habilidades de sus residentes para apropiarse de lo ajeno, extraordinarias. Sin embargo, él nunca ha necesitado pinzas de disco, cadenas, candados o anclajes. Es una leyenda. Todo el mundo le conoce y nadie osaría quitarle lo que es suyo. La fama que le precede es el mejor mecanismo de seguridad.

¿Cambiará eso ahora que ha abandonado a los Salvatore?, se pregunta, y al instante niega con la cabeza. Nunca ha temido la incertidumbre invisible, y eso no va a cambiar ahora. El miedo a lo desconocido solo genera una cobardía injustificada. Le gusta basarse en hechos, analizar los acontecimientos y valorar las posibilidades que tiene. Además, Romeo ha sido siempre un personaje por sí mismo, no un miembro insignificante de un colectivo mafioso.

Camina hasta el portal y rebusca las llaves en el bolsillo de su cazadora de cuero. Un mendigo tapado con una fina manta de cuadros verdes y azules está recostado en la puerta con una litrona de cerveza vacía al lado. Cuando levanta una pierna para sortearle, se percata de que el señor no está solo: un pitbull terrier americano asoma por debajo de las telas. Sus ojos se encuentran con los del perro. El animal, de una raza potencialmente peligrosa, es además desconfiado y enseña los dientes en un acto reflejo. Cualquier persona saldría corriendo o sentiría temor; a Romeo, en cambio, lo que le provoca es pena, lástima.

Ese pitbull también fue en su día un cachorro inocente al que todos los niños querrían tocar. Sin embargo, las circunstancias le cambiaron; las cicatrices que tiene le cuentan su historia, marcas de mordeduras en el lomo y en el hocico. Seguramente, dado su potencial, algún desalmado le utilizó para ganar dinero en peleas de perros clandestinas y le abandonó cuando dejó de ganar, vagando solitario hasta que un mendigo se apiadó de él. Como todos en ese mundo, el perro había sido un mero objeto para conseguir un fin. Empatiza con él. Tal vez la vida de ambos habría sido muy diferente de haber tenido otro dueño.

Prevenido para apartarse si el perro trata de atacarle, mueve la mano con lentitud, dejando que le huela un rato. El animal sigue mostrándose receloso hasta que sus dedos se posan encima y le acarician; entonces entrecierra los ojos con una especie de placer velado.

—Buen chico —pronuncia Romeo cuando el pitbull abre de nuevo los ojos y gruñe mirando detrás de él, avisándole de un peligro. Sin embargo, no le da tiempo a girarse antes de que dos brazos fuertes le agarren por la espalda.

Trata de zafarse y forcejea contra su atacante que, claramente, le dobla en tamaño y es mucho más fuerte que él. El perro comienza a ladrar y el mendigo se despierta. Observa la escena y sujeta al animal mientras se da la vuelta; no quiere meterse en líos que no van con él. Jugarse la vida por un desconocido no es una práctica extendida en ese barrio.

El hombre arrastra a Romeo hasta una callejuela paralela en la que huele a orín y no hay escapatoria.

—¿Qué coño quieres? —le pregunta retorciéndose para intentar soltarse. Pero su captor no le contesta, se limita a tenerlo inmovilizado.

Romeo no intenta buscarle sentido. Las cosas allí no lo suelen tener. Nada es racional. Los actos no se explican desde un planteamiento cuerdo.

—¿Te creías que era tan sencillo marcharse? —escucha la voz de Alessio retumbando contra las paredes.

—No quiero líos —le responde.

—Lástima que no seas tú el que decide eso, Leone.

El mafioso se coloca delante de Romeo y le mira de arriba abajo con desprecio. Romeo no se extraña. Había barajado aquella posibilidad. Al fin y al cabo, siempre había sabido dónde se estaba metiendo.

—¿Vas a matarme? —no le tiembla la voz.

—No. —Un regusto de amargura recorre el rostro de Alessio. Es evidente que la decisión de no hacerlo no es suya—. No elimino a los instrumentos que todavía pueden ser útiles.

—¿Vienes a convencerme de que me quede con vosotros?

—No malgasto saliva. Aunque tú todavía no lo sepas, volverás suplicando. Somos lo único que tienes. Sin nosotros, no eres nada. Como mucho, un objetivo fácil, llamativo y suculento para hacer prácticas de tiro.

—Es irónico que me catalogues como fácil cuando estás tan acojonado que necesitas que uno de tus matones me sujete para hablar conmigo —escupe y, aunque Alessio trata de permanecer impasible, nota cómo hiere el orgullo del mafioso.

—¿Hablar? ¿Quién está aquí para hablar? —Los ojos se le oscurecen de un modo sádico—. Es todo más sencillo. Me gusta que alguien me sujete el saco mientras boxeo. —Romeo comprende lo que va a ocurrir, tuerce el gesto y Alessio sonríe—. Nunca ha existido ni existirá el ser humano que pueda desafiarme en mi casa y no ser castigado.

Hace estallar los nudillos y aprieta los puños.

—Y da gracias a que eres hijo de quien eres y que nos haya pedido que no derramemos tu sangre. No por cariño, para él solo eres el desagradable resultado del día que se folló a una desgraciada sin condón. Lo hace por imagen. Opinión que no comparto. Como consejero, creo que sería un magnífico golpe de efecto asesinarte a sangre fría, que todos vieran de lo que somos capaces.

—Supongo que debería mandarle un mensaje después de tanta consideración. —Romeo se revuelve por última vez para intentar escapar y, cuando comprueba que no puede, se yergue recto en todo su esplendor. Soportará los golpes con honor. No le verán quejarse, sufrir o padecer—. Dile que se vaya a la mierda —sonríe y añade—, pero con amor.

Alessio no se reprime ni un segundo más y sus puños comienzan a impactar contra el abdomen de Romeo, una vez, y otra, y otra. Lo hace con golpes certeros y rápidos en los costados y en la boca del estómago.

—¿Esto es lo máximo que sabes hacer? —le desafía Romeo, que transforma cada punzada de dolor en adrenalina y fuerza para que su contrincante no le vea doblegado—. Ahora entiendo que

no tengas cojones suficientes para enfrentarte a mí si no estoy inmovilizado. No me durarías ni el primer asalto.

Alessio le pega con tanta rabia que su cuerpo rebota con potencia contra el pecho de su captor y este casi pierde el equilibrio.

—No me tientes. Si estás inmovilizado es porque, de no estarlo, no me podría controlar.

Es cierto, y el chico lo sabe. Solo uno saldría vivo de una pelea cuerpo a cuerpo. La rabia los cegaría ambos y nadie en todo Nápoles podría detenerlos.

—Tus palabras corroboran lo que pienso. Acabas de utilizar la justificación de los cobardes.

Como respuesta, Alessio eleva la pierna y, en un visto y no visto, le pega una patada a la altura del esternón que provoca que Romeo tosa con ansiedad durante unos segundos y no pueda respirar, ante la mirada de satisfacción del mafioso. Verle en ese estado no hace que calme su afán de destrozarle. Es más, se ceba con el chico haciendo que su puño y su pierna impacten sin piedad contra su cuerpo.

Transcurren así unos minutos interminables que destrozan a Romeo por dentro, aunque este encuentra la fuerza suficiente para reponerse una y otra vez y mirarle desafiante. Comprobar que no suplica ni se queja solo hace que incremente el odio y la necesidad de sangre de su atacante, que no se detiene hasta que está sudando, tiene la respiración agitada y le duelen sus propios músculos de pegarle. Entonces Alessio se acerca y le dice:

—Espero que te haya quedado clara la lección.

—¿Cuál?

—Que no tienes voluntad. Nos perteneces, y haremos contigo todo lo que queramos.

Dicho esto, le hace un gesto al gorila para que suelte a Romeo, que no puede tenerse en pie y cae al suelo como un fardo. Antes de marcharse, Alessio le da un último puntapié que hace que el joven se doble y no pueda reprimir un quejido de agonía. Intenta levantarse y correr detrás de los dos hombres, pero sus piernas le fallan y permanece en posición fetal un buen rato antes de poder ponerse de pie sujetándose a las paredes del estrecho callejón.

Camina hasta su casa sintiendo cómo le duele hasta el alma. Incluso le tiemblan las manos cuando va a meter la llave en la cerradura de su casa. Lo consigue al tercer intento. Una vez dentro, empieza a nublársele la mirada, por lo que se apresura a sentarse en el sofá antes de desmayarse.

Apoya los codos en sus muslos y sujeta su cabeza entre sus manos tratando de recuperarse. Entonces escucha a alguien que se aproxima, levanta los ojos y ve a su madre. Ella no le pregunta por la hora a la que ha llegado, o por el motivo por el que parece destrozado, física y anímicamente. Simplemente, se detiene y acerca la mano. Cualquiera pensaría que le va a consolar, pero él no se hace ilusiones. Sabe que ese tipo de gestos, el cariño maternal, nunca lo tendrá con ella.

—Dame dinero.

—Trabaja.

—Ya sabes cuál es el único puesto en el que me contratarían —amenaza, como siempre, dando a entender que se metería a prostituta.

—Si eso es lo que crees, adelante —repone cansado ya de todo.

La respuesta la pilla desprevenida.

—¿Te daría igual verme haciendo la calle con tus amigos montándome?

—¿Sabes qué? Estoy hasta las pelotas de que te sirvas de chantaje emocional barato para salirte con la tuya. Lo siento mucho, pero he dejado de ser tu banco particular.

—¡Me lo debes!

—¿Por qué?

—Por parirte.

—¡Esa sí que es buena! Lo reconozco. —Ríe con amargura—. Hasta donde yo sé, suelen ser los padres los que se hacen cargo de los hijos, y no a la inversa.

—¡Tú me arruinaste la vida!

—¿No te cansas de usar siempre el mismo argumento? —Romeo se levanta y, enfrascado en la conversación, olvida con la paliza verbal de su madre la física que acaba de recibir—. Déjame que te explique de una maldita vez cómo lo veo yo. Yo no tengo la culpa de que te fascinase Abramo. Yo no tengo la culpa de que, sabiendo como era, te creyeses todas sus mentiras. Yo no tengo la culpa de que lo dejases todo para irte con él. Y desde luego, no tengo la culpa de que te utilizase como le vino en gana y luego te dejase tirada, demostrándote que era incluso peor de lo que te decían tu familia y amigos cuando te prevenían contra él.

—¿Sabes qué? Debí abortar cuando estaba embarazada de ti y haber regresado con mis padres como si nada.

—No vayas de madre abnegada. No te pega. Me tuviste porque pensabas que un bebé le ataría a ti, y después no regresaste con tu familia porque, cuando Abramo te rechazó, te volviste una adicta a las drogas. Que no te engañe la televisión, no eres la protagonista de un romance de amor imposible, sino el personaje que ha tomado en la vida todas las malas decisiones que ha podido y ha arrastrado a los demás con él.

Romeo conocía la historia de sus padres. Su madre provenía de una buena familia y siempre había sido el prototipo de niña de bien, estudiosa, perfecta y férreamente controlada. Con su uniforme con falda de cuadros y ese rostro angelical, Abramo posó sus ojos en ella.

Él representaba el chico malo, lo prohibido, aquello a lo que se oponían sus padres, lo salvaje, pasional e irracional, y ella, a pesar de las señales que le advertían de cómo era el hombre del que se estaba enamorando, cayó rendida ante él. Cuanto más trataban de prevenirla para que se alejase, más atracción ejercía ese imán que la obligaba a aproximarse.

En su imaginación y gracias a esas fantasías románticas generalizadas, su romance era épico, para siempre, el ejemplo vivo de que esas frases cursis de las novelas rosa, como que el amor podía con todo, eran reales. La ilusión de que él dejaría su mala vida por ella. La esperanza de que tendrían un futuro juntos en el que ni siquiera recordarían ese pasado lleno de violencia.

Sin embargo, la realidad se impuso y el lobo devoró a Caperucita sin piedad. A Abramo le gustaban los retos, lo imposible, arrebatar lo que no era suyo. Por eso, una vez la tuvo en cuerpo y alma, le aburrió y no tardó en apartarla de su lado sin miramientos. Ella se volvió loca, veía señales de que él la seguía queriendo allí donde no las había. No regresó con sus padres y se aferró a ese bebé que crecía en su vientre para recuperar al mafioso, formar esa familia que ella quería que fuesen. Pero sus sueños no se cumplieron, y la única manera de vivir en esa fantasía irreal que había inventado era a través de las alucinaciones que tenía al introducir la droga en sus venas con un leve pinchazo.

—Se nota que llevas su semilla. Eres cruel, ¡peor que él! —asegura con rabia.

—Soy sincero y las verdades resultan incómodas.

Su madre comienza a gritarle y él camina hacia la puerta y se larga. Sabe exactamente lo que le va a decir. No es la primera vez que lo hace. Cuando tiene el mono, la invade una especie de espíritu que le hace escupir dagas afiladas que se clavan en la carne. Con los años ha desarrollado una especie de coraza para detenerlas y que no le dañen, afortunadamente.

¿Qué ha cambiado para que ese día se vaya, en lugar de ignorar las palabras como siempre? La respuesta es tan fácil que le hace sonreír: Berta. Cuando alguien te trata bien, es muy fácil

volverte adicto, desear que el resto del mundo se comporte igual. Llegar a la conclusión de que eso es lo que mereces, y no tienes tiempo ni paciencia para conformarte con menos.

Berta. No se había ido a España todavía y ya la echaba de menos. Un pensamiento cruza su cabeza. Una idea egoísta. Duda y asiente. Él nunca se ha caracterizado por ser una persona altruista. La codicia es parte de su naturaleza, pero, además, esa vez tiene excusa. Merece la redención.

Sin darse tiempo a cambiar de idea, sube a su moto con determinación. Ella le ha mostrado la luz y no quiere volver a esa oscuridad a la que parece que está destinado. Ha vagado demasiado tiempo perdido entre las violentas olas del océano y nadie le puede culpar por tratar de aferrarse al primer salvavidas que ha encontrado. Y si lo hacen, sinceramente, le importa una mierda. Se agarrará a esa tabla que representaba la española hasta desgarrarse las manos.

* * *

Apenas había dormido, pero el caos del aeropuerto ejercía como un potente café que me despejaba completamente. No sabía si a todo el mundo le ocurría, pero a mí el tiempo dentro de esas cuatro paredes se me multiplicaba por quince, es decir, llevábamos allí una hora y algo y ya me parecía que había pasado una eternidad desde que había abandonado el hotel.

El otro efecto es que por fin me sentía tranquila y sin ningún temor. En pocas horas estaría de nuevo en Madrid, en mi territorio, y todo lo que me había pasado no sería sino una mala pesadilla que debería olvidar.

—¿Queréis ir un poco más deprisa? —nos instó Tamara, que parecía alterada todo el rato y no paraba de repetir que íbamos a perder el avión.

—No puedo con esto —le indicó Pilar mientras le mostraba de nuevo que ella cargaba con la maleta de mano y la planta que le había regalado Enrico.

—No me lo recuerdes…

Nuestra amiga había tomado la decisión de no marcharse de allí sin el símbolo de su amor de verano, y eso a Tamara la exasperaba. Habíamos calculado el tiempo para llegar, pasar el embarque y situarnos en la cola de nuestro avión, pero no habíamos contado con que teníamos que facturar nuestra nueva maceta —la planta era tan pequeña que aún no se veía y parecía una semilla—.

—Tengo que llevarlo conmigo —nos había insistido Pilar.

—¿Por qué? —había preguntado una nerviosa Tamara.

—Porque me ha dicho que vendrá a verme a Madrid y, cuando lo haga, quiero que vea que no le he olvidado y que he seguido regando nuestro amor.

—¿Amor? —repitió Tamara mientras la miraba con los ojos como platos y ponía una mueca que significaba «voy a vomitar».

—Sí, amor —afirmó una sonrojada Pilar—. ¿Acaso tú no quieres a Marco?

Conociendo a Tamara mejor que nadie, me imaginé que estallaría en una sonora carcajada, pero en esa ocasión prefirió usar la ironía.

—Claro —hizo una pausa para agarrarla de los hombros antes de decir—, de hecho, aún no os lo había contado, pero ha pasado algo. —Con aire teatral tomó aire y remató—: ¡Me ha pedido que me case con él!

—¿De verdad? —estalló en júbilo la romántica Pilar, ya que, como me temía al ver su expresión, se lo había creído todo.

—¡Pues claro que no! Las cosas son lo que son. —Y mientras volvíamos a caminar, Tamara puntualizó—: Los amores de verano, amores de verano son, ni más ni menos. ¿Has disfrutado?

—No dio tiempo a que Pilar respondiera—. Pues entonces guárdalo como un bonito recuerdo y no lo enturbies con una relación a distancia que no saldrá adelante y que seguramente haga que cambies la opinión sobre Enrico, porque, recuerda, él es fruto de la magia del verano, no lo estropees con el frío del invierno.

—Yo no lo veo así…

—Es más —siguió hablando Tamara, omitiendo su comentario—, una vez, un taxista muy sabio me dijo una gran verdad mientras me llevaba a casa. Existe un hombre para cada etapa de tu vida: está el chico de parvulitos, el del colegio y/o instituto, el de la universidad y, luego, el último. —Tamara no era nada romántica; tal vez por eso su cabeza se movió en una negativa instantánea al pronunciar el último, como si le repeliera—. Entre medias están los rolletes, las tonterías de verano…, esos que en un primer momento son muy intensos, pero que pasado un tiempo ni te acuerdas de su nombre. ¿Dónde encajaría Enrico, en el hombre de una etapa o en un rollete?

—¿Tú qué opinas, Berta? —Pilar ignoró la pregunta de Tamara. Supongo que buscando mi apoyo.

A decir verdad, y con lo habladora que yo era, llevaba una mañana demasiado callada, sin ganas de decir ni hacer nada.

—No lo sé. Imagino que existen los hombres de etapa y los rolletes, pero no creo que sea tan sencillo saber dónde encaja cada uno en el momento en que estás con él. Tal vez un hombre de etapa comenzó siendo solo eso, alguien que pensabas que era pasajero… —contesté con lo primero que me vino a la cabeza.

—¿Lo ves? —se encaró Pilar a Tamara—. Si no le doy la oportunidad, como ha dicho Berta, nunca sabré dónde clasificarlo.

—Los consejos de Berta, hasta pisar suelo español, no sirven de nada —bromeó Tamara.

Llevaban todo el camino hablando del tema. Cada vez que una barrera de turistas chinos nos impedía cruzar al otro lado, Tamara murmuraba: «Maldita planta». Por supuesto, Pilar se había salido con la suya y la había facturado por tanto dinero como nos había costado nuestro hostal casi toda la semana.

Cuanta más prisa tienes, más despacio vas; esa es una verdad absoluta. Entre las indicaciones dudosas, los turistas con mapas dentro del aeropuerto, los niños correteando y los grupos de estudiantes o amigos que cerraban el paso, nos estaba costando el doble de lo previsto llegar a las escaleras mecánicas para subir al embarque.

Tamara había perdido la paciencia y se había convertido en el tipo de persona que odias cuando estás en un evento o en un lugar con mucha gente. Situándose a la cabeza de nuestro grupo, se había transformado en una jugadora de rugby que nos iba abriendo hueco, ya fuera a codazos, empujones o serpenteando entre las personas. Algunos la insultaban y otros, simplemente, se contentaban con asesinarla con la mirada. A ella no le importaba.

Alcanzamos las escaleras después de un último golpe a una pareja que había decidido que el mejor lugar para hablar de hacia dónde tenían que ir era justo frente a las escaleras mecánicas, impidiendo el paso de las personas que conocían su camino.

—Odio a los turistas —bromeó Tamara una vez subida a ellas y limpiándose el sudor de la frente.

—¿Y nosotras qué somos? —le pregunté riendo mientras le recordaba que pertenecíamos al mismo grupo.

—Estudiantes —afirmó Tamara.Y ambas estallamos en carcajadas al recordar que esa era la «mentira piadosa» que le habíamos dicho a nuestros padres para que nos dejaran ir. Estudiar un

idioma a cambio de vacaciones pagadas a otro país había sido uno de los mejores tratos que habíamos hecho.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó dando un saltito Pilar y mirando fijamente a la nueva sala que se extendía ante nosotras.

—¿Qué pas…?

Fue lo único que me dio tiempo a pronunciar antes de ver a lo que se refería. No, no nos habíamos equivocado: estábamos delante de la puerta de embarque y, por lo que podía ver en el enorme reloj que había en esa sala, a la hora correcta. No, tampoco estaban Enrico o Marco con un ramo de flores para despedirlas.

En su lugar, en medio de todo el tumulto, podía distinguir a Romeo vistiendo los mismos pantalones vaqueros de cintura baja y la camiseta color blanco de la noche anterior, apoyado contra una columna, con la mirada fija en la fila de personas que iban a pasar el control.

La tranquilidad se esfumó de un plumazo y comencé a andar rápido con mis dos amigas, una de ellas refunfuñando, persiguiéndome. Me había hecho ilusiones tantas veces ese día con que ocurriría eso que no sabía cómo reaccionar, me parecía irreal.

—Pensé que no vendrías —bromeó Romeo presintiéndome antes de llegar realmente a verme.

Se giró y pude ver el nerviosismo en su rostro. También atisbé dos franjas moradas que se correspondían con unas buenas ojeras debajo de sus ojos. La noche anterior no había parado de escuchar una moto que daba vueltas alrededor de nuestra manzana, pero cada vez que me había asomado no había alcanzado a ver a su conductor. Ahora sabía que Romeo había pasado la noche vigilando, protegiendo mi hotel por si su abandono de la familia tenía algún tipo de consecuencias para mí.

—¿A dónde iba a ir sino? —le pregunté mientras me situaba a su lado e instintivamente llevaba la mano a su cintura. Necesitaba tocarle, comprobar que no se trataba de un espejismo. Había asumido que no le volvería a ver y ahora, sin embargo, le tenía allí, frente a mí.

—No sé, pero viendo la hora a la que sale tu avión, llegas un poco tarde. Me temía…

—¿Cómo sabes la hora de mi avión?

Él no me lo había preguntado, así que no podía habérselo dicho.

—Aún tengo mis contactos —alardeó, aunque pude notar que había perdido parte de la prepotencia que tenía cuando contaba con el respaldo de los Salvatore.

—¿Y qué temías? —Me acerqué lentamente a él y me perdí en sus ojos verdes. Una mirada que por primera vez parecía insegura.

—Que estabas un poco loca y habías vuelto a buscarme —aunque quiso que sonara como una broma, su sonrisa mostró cierta decepción de ver que no era así.

—¡No estoy tan loca! —exclamé quitando hierro al asunto.

—Cualquiera que siguiera tus pasos estos últimos días podría decir lo contrario.

—Entonces… —vacilé—, ¿has venido para garantizar que me subía a ese avión y no hiciera más tonterías?

—No exactamente.

¿A qué había venido?, era la pregunta que no paraba de martillearme la cabeza mientras mi corazón bombeaba con más fuerza.

—¿Por qué estás aquí entonces? Creía que no te gustaban las despedidas —recordé sus palabras la madrugada anterior cuando me dejó en el hotel.

—Y no me gustan. Esta noche he tenido mucho tiempo para pensar —su sonrisa ladeada comenzó a temblar y por primera vez le vi sudoroso—, y he llegado a la conclusión de que no

tiene que serlo.

—¿Cómo? —exclamé atónita por lo que acababa de escuchar.

Me pareció que alguien a mi lado también hacía la misma pregunta, pero no le presté atención. Necesitaba que me explicase a qué se estaba refiriendo de inmediato.

—Nos encontramos en un mundo lleno de alternativas. ¿Quién dice que tienes que coger ese avión si yo te ofrezco mi casa para que te quedes aquí conmigo? O ¿quién se atreve a negarme el derecho a cogerlo mañana y marcharme a España si tengo la invitación de permanecer a tu lado? —Vulnerable, con los ojos cansados, la mirada perdida y unos temblores que ya no podía evitar, Romeo calló esperando una respuesta.

A su manera me acababa de proponer que nuestro romance, relación o como quisieras llamarlo, no terminara. Si pensar que dejaría la mafia era una locura, tener la certeza de que se vendría conmigo si yo se lo decía, lo era aún más. Sabía que no mentía y que su ofrecimiento era cierto, sincero. Entonces, ¿por qué tenía tantas dudas? Esa, mi película, mi historia con final feliz, estaba a solo un paso. Lo único que hacía falta es que mis labios se abriesen y pronunciaran un «Sí, me quedo» o un «Sí, vente». ¿Por qué estaba tardando tanto en decirlo si sabía que en el fondo era lo que más deseaba? A cada segundo que yo más dudaba, Romeo más vulnerable se volvía.

Tamara carraspeó y se situó entre ambos.

—Disculpad, ¿puedo hablar un minuto con mi amiga? —Romeo asintió medio abatido y, sonriendo falsamente, Tamara me apartó unos pasos y me metió tras una columna desde donde no podía verle—. ¿Se puede saber qué es lo que está pasando por tu cabecita loca?

—Romeo me ha dicho… —traté de explicarle.

—Sé lo que te ha dicho, a ver si te crees que estaba a tu lado por placer y no para cotillearlo todo. Mi pregunta es otra. —Se mordió el labio—. Cambiaré la forma de hacerla, porque veo que no la has entendido: ¿se puede saber por qué no le has contestado ya que no?

—Es que no sé si es eso lo que quiero.

—Ya veo —fingió ser comprensiva—. Lo que quieres es quedarte aquí, hacerte una Salvatore y ser tú la que roba a los turistas.

—Romeo ya no pertenece a esa banda —le defendí.

—Ilústrame, ¿cuántos días lleva sin hacerlo?

—Desde anoche —contesté, e incluso a mí se me hizo poco, antes de que Tamara me hiciera chocar contra la realidad.

—Un tiempo insuficiente.

—Yo no me quedaría —le confesé—, pero ¿y si él se viene a España?

—¿Y qué les dices a tus padres? —Cambió de tono, y poniendo voz de pito para imitarme, añadió—: «Hola, papá, mamá. Este es Romeo, mi novio exmafioso. Le conocí en Nápoles y en diez días me he dado cuenta de que es el futuro padre de mis hijos y os lo traigo para que viva con vosotros». —Volvió a su tono habitual para añadir—: ¿No ves lo absurdo que suena todo esto?

Pensé en sus palabras. Lo que menos me hubiese importado habría sido el hecho de explicar a mis padres lo que sentía y acogerle en mi casa, aunque tuviera que aguantar los juicios de toda mi familia, amigos y conocidos. Por el contrario, otra cosa revoloteó por mi mente. Aunque quería olvidarlo y no se lo había contado a mis amigas, el recuerdo del secuestro y de la pistola apuntándome en la frente seguía muy latente. ¿Y si en esta ocasión, en vez de a por mí, los Salvatore decidían ir a por mi familia? ¿Y si le hacían daño a alguien que yo quería porque Romeo se había marchado?

Eso sería algo que no me podría perdonar nunca.

—Berta —seguía su discurso Tamara, aunque esta vez algo más tranquila y con los ojos vidriosos—, yo te quiero, y es por eso por lo que te estoy aconsejando. Quiero que seas feliz, de modo que, aunque tenga que gritarte, nos enfademos y me odies, te obligaré a subir en ese avión sin él porque se lo debo a tu familia, porque te lo debo a ti y porque me lo debo a mí. No estoy dispuesta a perderte y ver cómo tiras tu vida por la borda sin más. Me da igual que esto me cueste nuestra amistad.

—Berta —interrumpió Pilar que, aunque no había intervenido, se había reunido con nosotras —, Tamara lleva razón. No puedes dejar que esta fantasía te siga hasta tu vida real y te la destroce.

—He tomado una decisión —fue mi única respuesta.

Y mientras intentaba sacar fuerzas de donde fuera, me dirigí hacia el ilusionado Romeo que me estaba esperando, dejando a mis amigas al borde del infarto.

Ahora lo pienso y tal vez todo habría sido más fácil si él no hubiera sonreído con felicidad absoluta al verme acercarme pensando que había ganado. Cómo me abrazó con fuerza y cómo depositó todos sus sueños y esperanzas en ese contacto es algo que no puedo olvidar, del mismo modo que aún recuerdo exactamente la frase que hizo que se le rompiera el corazón.

—No voy a quedarme —le dije mientras con profundo dolor me separaba de él. Romeo aguardó a la segunda parte—, y tú tampoco vas a venir conmigo —escupí lo más rápido que pude para expulsar esa amargura que me azotaba.

—Veo que al final has aprendido a tomar decisiones racionales —quiso sonar despreocupado, pero no logró disimular la agonía en la que le había sumido.

—No es lo que te imaginas —traté de explicarle—, no es por ti.

—Es por mí —su intención era bromear, pero ni eso podía hacer. Su voz estaba hueca, vacía.

—No es el momento de hacer gracias. —Aunque exteriormente yo era la fuerte, mi interior estaba gritando como si lo estuvieran azotando con látigos. Nunca había pensado que dejar a alguien podía causar dolor físico hasta ese momento—. No puedo arriesgarme.

—¿A llevarme a España? —preguntó incrédulo.

—A que otros te sigan —puntualicé—. Si algo le pasase a mi familia por mi culpa…

—Dirás por *mi* culpa —matizó, pero yo negué.

—Sería la culpa de los que les hicieran daño —y agarrándole de las manos, agregué—, pero yo la consideraría como mía porque podía haberlo evitado.

—Estoy perdido —se derrumbó, y aunque no lo mostré, yo caí a ese abismo con él—. No sabré cómo hacerlo sin ti. Volveré con Abramo… —no lo dijo para amenazarme o chantajearme para que cambiara de opinión, sino para mostrarme su mayor temor.

—No volverás con él.

—¿Cómo estás tan segura?

—Porque tú eres más fuerte. Por eso ha empleado tanto tiempo y esfuerzo en convertirte en su súbdito. En el fondo, Abramo te teme. Sabe que eres inteligente y que, una vez que te marches, no volverás. Recuerda que has tenido el valor de abandonarle.

—Tú estabas a mi lado, tú confiabas en mí, tú me diste las fuerzas necesarias. —Y besándome los nudillos de la mano, corrió escaleras abajo.

Salí tras él para detenerle, pero la mano de Tamara me retuvo. Era la hora. Teníamos que pasar el control para embarcar. Me apoyé en la barandilla desde la que se podía ver la planta inferior del aeropuerto y observé a Romeo perderse entre la gente.

Los ojos comenzaron a escocerme conforme desapareció, y fui consciente de cómo mi

corazón se partía en dos pedazos que por sí solos nunca serían capaces de alcanzar las palpitaciones del verdadero amor, los latidos de una bala.

TERCERA PARTE
EL HOMBRE QUE MURIÓ
DE UN BALAZO

CAPÍTULO 18



Aunque en ocasiones parezca mentira, los meses pasan, y con ello todo se hace más distante. A veces incluso llega el olvido, o esa suerte tienen algunos.

Si miro hacia atrás, me recuerdo a mí misma y me doy pena, a pesar de que tal vez no merezca ni mi propia compasión. Rememoro los cientos de veces que le llamé al móvil, los mensajes que le envié, cómo le supliqué un perdón que nunca me fue concedido. Intento ponerme en su lugar, pensar en lo que él sentía, pero siempre se produce la misma respuesta: la nada.

Nunca me cogió el móvil. No me dio un toque. No contestó a mis mensajes ni mis *e-mails*. Ni siquiera sé si llegó a leerlos o se limitó a darle al botón de borrar sin ningún tipo de contemplación.

Supongo que esta última opción es la más valida, pues aunque Leone me amó con toda su alma, lo destrocé. Yo fui testigo de ese momento y me limité a quedarme quieta, a dejar que su corazón se partiese en mil pedazos.

Ahora le llamo Leone. Me cuesta pensar que algún día le susurré Romeo al oído mientras hacíamos el amor. Él no me lo ha pedido, pero yo me lo he prohibido. No tengo derecho, no me puedo considerar ni siquiera su amiga.

De todas maneras, nunca hablo de él. Seguramente al principio lo hiciese a todas horas, puede que incluso de una manera preocupante y obsesiva. Pero mis amigas se cansaron. Normal. Nunca me lo dijeron, pero a veces las palabras sobran. Al principio me escuchaban, me comprendían, me ayudaban, estaban conmigo a todas horas, me intentaban animar…, pero un día notas que ponen los ojos en blanco, luego miran para otro lado y al final se limitan a escucharte y no contestar, intentando que la conversación termine cuanto antes y poder hablar de temas más…, ¿cómo lo diría?…, actuales.

No las culpo. Es más, me pregunto si yo habría sido capaz de soportar tantas conversaciones acerca de un amor de verano. Porque eso es lo mío con Leone para ellas, un chico que conocí en Nápoles, con el que pasé unos bonitos y peligrosos días de calor asfixiante y del que luego me despedí de una manera melodramática en el aeropuerto. Nada más y, a decir verdad, eso es lo que debería ser.

Me intento convencer a mí misma de que mi estado se debe a una idiotez, e incluso que me estoy volviendo loca. Puedo olvidarle, puedo no pensar en él, puedo seguir adelante, puedo incluso fingir que nunca ocurrió. No puedo dejar de sentir un dolor en la boca del estómago. No soy capaz de dejar de verle por las noches, en esa semiinconsciencia que precede al sueño. No tengo fuerzas para dejar de desear que sean sus labios los que siento cada vez que beso a otro hombre.

¿Que si he estado con otros chicos? Claro. Mi vida no se ha limitado a quedarme encerrada en casa llorando por su ausencia. De hecho, creo que no he vuelto a llorar desde el día del aeropuerto, como si mis ojos se hubieran secado de una manera triste e irremediable.

He salido de fiesta como todo veinteañero, me he ido de vacaciones con mis amigas, he conocido a chicos, me he reído y he besado.

He logrado llevar tan bien mi vida sin Leone que para cualquier persona que me conozca soy una joven normal, no destaco por nada. Más aún, si les preguntáis a mis padres, os dirán que soy una chica totalmente feliz.

La verdad solo la sé yo. La certeza de que nunca podré amar a nadie es algo que llevo como una pesada losa encima de mis hombros. Que pase el tiempo y con ello llegue el olvido es mi mayor anhelo. ¿Por qué no se cumple? ¿Por qué no puedo parar de pensar en él? Solo Dios lo sabe.

En los días caldeados todo es más fácil. La calle se inunda de luz y de color y esa alegría se adhiere a mi cuerpo como una protección solar. Los días fríos y grises, en los que la lluvia o la nieve se apoderan del paisaje, el vacío se hace dueño de todo mi ser impidiéndome engañarme a mí misma, formando un torrente de sentimientos encontrados que no sé cuánto tiempo seré capaz de soportar. «Hiciste lo correcto», me repito constantemente, pero no lo interiorizo, no creo que mis palabras sean ciertas.

Soy una egoísta. Tengo todo lo que he podido desear y más. Trabajo en Antena 3 como periodista cultural. A mi jefa le encanto, a mí me encanta mi jefa. Hago lo que quiero y encima dicen que lo hago bien y me pagan por ello, algo que, en los tiempos convulsos que corren, es un lujo. La rutina del trabajo me permite ser feliz del único modo que ahora sé que lo experimentaré.

Como todas las mañanas, el móvil no para de sonar. Hoy, un poquito más, dado que es mi cumpleaños, un bonito y nevadísimo 4 de diciembre. Desbloqueo la pantalla táctil y veo que me han llegado quince mensajes. Miro los remitentes. No hace falta que diga qué nombre querría ver reflejado en la pantalla. Pero no, no hay suerte.

Me ducho, me aliso el pelo y me pongo unos *leggins* grises con un jersey negro largo que hace las funciones de vestido, y mis botas de cuero. Rímel, brillo de labios y ya estoy lista. Cojo una manzana de la nevera, a la que doy pequeños mordiscos mientras acaricio a mi gata y veo el primer informativo.

Me encamino hacia la puerta y el móvil suena recordándome que lo olvidaba en aquella oscura casa. Miro la pantalla de nuevo porque, sea de quien sea, lo cogeré o fingiré que estoy en el coche camino del trabajo. No, no quiero hablar con todo el mundo aún.

Un nombre, y el corazón se me agita. No, no es quien vosotros pensáis.

—¡Hola! —saludo nerviosa—. No esperaba una llamada tuya —añado mientras me muerdo las uñas y espero ansiosa su respuesta.

Llevo mucho tiempo queriendo que me llame.

—*Ciao, bella* —dice una voz masculina al otro lado—. ¿Qué tal estás?

—Bien —contesto deprisa; no quiero andarme por las ramas. Quiero que me dé su información y rápido.

—Le he encontrado —añade leyendo mis pensamientos—, o eso creo —agrega con dudas.

—Cuenta —le animo a continuar sin dilación mientras me apoyo en el sofá de mi casa.

—Primero, un poquito de protocolo —agrega—. No lo publicarás, ¿verdad?

—No, te lo prometo —contesto inmediatamente. Necesito que confíe en mí.

—De acuerdo. Estaba haciendo un reportaje sobre la mafia napolitana —comienza a contar con suficiencia—. Las cosas están muy mal entre las dos familias y no para de haber altercados. Muchísimo trabajo, vamos. —Y ríe, porque lo único que le importa a mi colega es encontrar una buena historia que le dé prestigio. Para él solo son nombres de un artículo, un titular; para mí, personas a las que pongo el rostro de Leone—. El otro día me llegaron a mi hotel unos papeles de unos chicos de entre veinte y veinticinco años que fueron asesinados. —Dolor de estómago,

mucho más punzante que nunca—. No los han podido identificar: calcinados, sin huellas, sin dentadura…, entiendes, ¿no?

—Sí —contesto mecánicamente. Me gustaría estar a su lado y pegarle un bofetón para que me cuente la información más rápido—, ¿qué más? —añado un poco impertinente por mi parte.

—No me parecía nada fuera de lo común. De hecho, creía que no iba a sacar nada de esto, pero al final se ha puesto bastante caliente…

—Dime lo que me interesa —le corto abruptamente mientras me doy cuenta de que me he mordido tanto la uña del dedo gordo que hasta me sangra un poco. No me queda paciencia para cordialidades.

—Entre esos nombres —continúa—, hubo uno que me llamó la atención. Todo son conjeturas —explica—. Como te digo, ningún cadáver ha sido identificado, pero han comprobado los jóvenes desaparecidos sin dejar rastro en la ciudad este año, que pertenecían a la misma banda…

—¿Sí? —me desespero.

—Bueno —continúa, esta vez un poco molesto—. Entre ellos figuraba un tal Romeo Leone. Al principio no sabía de qué me sonaba, era como si le tuviera que conocer; entonces recordé tu interés por este joven y supuse que te gustaría saber…

He dejado de escuchar. No oigo nada excepto la palabra que hace que caiga de rodillas: «muerto».

Muerto. Muerto. Muerto. Muerto. Nada más. No hay más palabras en mis pensamientos, solo la que acaba de pronunciar.

—¿Dónde está? —consigo preguntar con la boca reseca. Le he cortado, pero ahora mismo eso me da exactamente igual.

—Aquí —dice como si fuera obvio.

—¿Dónde? —pregunto con un hilo de voz.

—En el depósito de cadáveres. Los cuerpos fueron encontrados en un basurero.

—Mándame la dirección del basurero por mensaje —le ordenó.

—¿Estás bien? —me pregunta preocupado.

—Sí —miento—, gracias —consigo decir con educación. Luego le cuelgo, me marcho corriendo al baño y vomito ante la mirada atenta de mi gata, que no sabe qué me ocurre.

Termino, tiro de la cadena y me levanto. Cojo el portátil y abro la página de vuelos de Ryanair. Con un clic compro los billetes de ida y vuelta a Nápoles. Un día. No necesito más.

Preparo un bolso. No sé lo que he echado. Entonces me doy cuenta de que tal vez debería avisar a mi jefa. Nunca he faltado y es un favor que debo pedirle. Por mi mente cruza la idea de que en el caso de que no me lo dé, soy capaz de marcharme, pese a que eso suponga un despido inminente. Es una locura, pero si me quedo en Madrid y no voy a Italia, sé que no me lo perdonaré.

Mi jefa me escucha asustada. No le cuento la verdad, le digo simplemente que me encuentro mal y que necesito ese día. Sé que ella se preocupa de verdad al escuchar mi voz e, igual que sé que a otros compañeros no les dejaría, a mí me da permiso sin dudarlo ni un momento. Soy una trabajadora modelo, prácticamente vivo en la redacción, siempre disponible y trabajando. Me lo debe, yo lo sé, y ella también.

Cuando intento cerrar con llave la puerta de mi casa, me percato de que algo raro me tiene que estar sucediendo, porque las manos me tiemblan en intervalos muy cortos, como espasmos. Entro en mi parlanchín ascensor, y cuando por el altavoz suena «Piso cero», salgo y me pongo a correr.

Sin sentido, arrollando a la gente que no se aparta de mi camino. Veo el taxi y prácticamente me tiro encima de él. El taxista me grita, probablemente me insulta. Yo le enseño el fajo de billetes, y es todo sonrisa. Me lleva al aeropuerto sin volver a chistar.

En la escala de Milán, decenas de recuerdos aparecen frente a mí. Nada ha cambiado, o al menos eso me parece. Por un lado, rememoro cómo esperábamos ansiosas el avión coqueteando con el chico de enfrente. Casi nos oigo reír. Por otro, vuelvo al momento en el que, agazapada, lloraba en los brazos de Tamara de vuelta a Madrid. Me desprecio.

La hora de Milán a Nápoles se me pasa volando. Miro las nubes que envuelven al avión y deseo perderme entre ellas.

Al poner el pie en Nápoles, un aire frío cala mis huesos y vuelvo a tener ganas de vomitar. «¿Por qué no regresé antes?», me pregunto. «Porque él no quería verte, Berta —contesta algo en mi interior—. No te respondía, te había olvidado, ya no te quería».

El taxista me mira con cara de salido, pero algo en mí le asusta y conduce sin dirigirme la palabra hasta las señas que le he dado. Cuando entro en el barrio de la Estación Central y empiezo a reconocer lugares, me abstengo de mirar. Cada esquina me recuerda a un beso, a una caricia y a una sonrisa de la última noche. La última noche que fui feliz.

Llego al bloque. La puerta sigue rota, los alrededores siguen estando infestados por mendigos, prostitutas y yonquis. Nadie me pregunta quién soy, nadie me impide entrar, y de la manera más fácil del mundo llego a su puerta. A su casa. Antes de llamar, me planteo qué pasará si él no ha muerto; si me abre la puerta y no le reconozco; si me insulta, si no me quiere ver; si me dice con suficiencia que no pinto nada ahí. Me digo que lo prefiero. Cualquier cosa antes de imaginar que su esencia ha desaparecido de este mundo para marcharse a otro que no sé a ciencia cierta si existe o no.

Llamo a la puerta. Una vez. Dos. Tres. Nada.

En mi percepción lo hago flojito, casi sin fuerzas, hasta que una mujer sale de la puerta de al lado y me mira preocupada.

—Bonita, ¿estás bien? —dice mientras me sonríe con unos dientes negros carcomidos por la droga.

—Sí —miento débilmente.

—No sigas llamando —me aconseja—, nadie te abrirá.

—¿Por qué? —pregunto mientras vuelvo a intentar morderme las uñas y veo que mis nudillos están enrojecidos de los golpes contra la madera.

—La señora se murió —dice contenta por tener a alguien a quien contar un cotilleo—. Una tragedia. El cáncer se la llevó en pocos meses —añade esperando a que empiece a preguntar para seguir charlando.

—¿Y el hijo? —pregunto con debilidad.

—No se supo más de él —me invita a entrar a su casa y lo hago sin saber si me va a robar—, nunca volvió —dice mientras me pone hielo en los nudillos envuelto en una toalla que no parece nada limpia. Me dejo hacer—. Al principio decían que se había marchado con una chica; una española que le rompió el corazón. Pobre muchacho… —desvaría—, pero luego —vuelve al hilo de la conversación— me dijeron que había vuelto con la gente mala. —Cuando pronuncia «mala», se estremece sin querer—. Hace poco la vecina del sexto me contó la verdad.

—Y esa, ¿cuál es?

—Murió —dice mientras se encoge de hombros—, o eso dicen. Fue un día muy feo. Mataron a muchos y el muchacho se encontraba entre ellos. —Los ojos me escuecen y me los rasco—. Una pena…

—Me tengo que ir —hago amago de ir a la puerta.

—Lo siento si era tu amigo —agrega la mujer mientras me da golpecitos en la espalda—; tenía muchas amigas. Muchas chicas que lloraron el día que se murió. Él no era bueno con ellas. No, señor. Solo lo fue con una, pero ella no le quiso, ¿sabes?

Me marcho de la casa sin despedirme. Sé que quiere contarme el cotilleo de la muchacha española que destrozó a Romeo Leone, pero no lo quiero escuchar. No quiero saber cómo se narra mi historia en labios ajenos.

Lo más lógico es que me marche al aeropuerto. Es la dirección que quiero dar al taxista. Pero al montar en el vehículo, en mi voz resuenan palabras extrañas de recuerdos pasados. El taxista no me quiere llevar, así que vuelvo a enseñar el fajo de billetes y, sin ningún problema, se deja comprar.

Una vez en el club, descubro que ya no siento miedo como la última vez que lo pisé. Abro la puerta ante la mirada atónita de algunos viandantes. Por dentro ha cambiado bastante. Una barra americana precede a cada mesa, y chicas jóvenes y bellas se desnudan mientras viejos babosos y asquerosos las soban y les meten dinero por partes que no debería ser legal que se tocasen en una *stripper*.

Me acerco a la barra del fondo y miro al nuevo camarero. Tiene una gran cicatriz en la cara; seguro que este no es su único empleo.

—¿Quieres algo, preciosa? —Me ojea de arriba abajo mientras se relame la boca—, beber, fumar, trabajar… —propone al ver mis curvas.

—Ver a Abramo —contesto con seguridad.

—Me temo que eso no va a poder ser —dice sonriendo con picardía.

—He venido desde España para verle y esperaré el tiempo que haga falta —sentencio mientras me siento en un taburete.

—Puede que sea toda una vida —contesta.

—Me parece bien —acepto desafiante.

—Y mientras tanto, ¿quieres tomar algo? ¿Un zumo?

—Un *whisky* doble y un paquete de cigarrillos.

—¿Marca?

—Me da igual.

—¿No es muy pronto para beber, preciosa?

—No —contesto tajante.

Y me sirve el *whisky*, me da un paquete y se marcha. Me muevo nerviosa por el bar con la esperanza de ver al padre de Leone en alguno de los sofás o trapicheando en un rincón, pero debe estar en su despacho.

Me siento en un sillón e inmediatamente después, una joven se sube a la barra americana y me baila. No le digo que pare. Fumo un cigarro tras otro, a la espera.

—No me reconoces, ¿verdad? —pregunta la bailarina.

—No —niego mientras doy un largo trago a mi *whisky*, e intento no vomitar por el amargo sabor en el preciso instante en que el líquido atraviesa mi garganta.

—Lo suponía —dice mientras se ríe amargamente.

Capta mi atención y la miro más atentamente. Detrás de esa melena rubia recogida y ese cuerpo casi desnudo hay algunos rasgos que me suenan.

—Ángela —digo para mí misma, aunque suena en voz alta.

—La misma —confirma que no me he equivocado mientras se quita el sujetador—. ¿Qué haces aquí? —me pregunta.

—He venido a buscarle —digo encogiéndome de hombros.

—Le tenías y le dejaste. ¿Sabes lo mal que lo pasó? ¿Lo sabes? —me espeta.

—No —reconozco mientras me enciendo otro cigarro.

—Y ahora lo quieres… como si pudieras tenerle cuando te diese la gana —dice a la vez que se contonea ante un hombre que acaba de entrar y le mete treinta euros en el tanga.

—Sé que ya no puedo tenerle —me levanto agobiada—, sé que ya no está.

—Entonces, ¿qué haces aquí si él ya no está entre nosotros? —pregunta Ángela; una lágrima asoma por sus mejillas.

—Necesito hablar con su padre.

—Y podrás hablar con él —afirma una voz que aún reconozco detrás de mí—. Nunca imaginé que te volvería a ver.

Me giro y ahí está Abramo, como siempre, con esa cara llena de maldad que te atraviesa el alma, con esa mirada negra, con esa boca con dientes afilados y ese cuerpo cargado de tatuajes de precaución y santos.

—Pero ven a mi despacho —me indica con la mano que le siga—, no voy a hablar con la exnovia de mi pequeño aquí. —Sus palabras tienen la cantidad exacta de ironía y ganas de hacer daño sin necesidad de utilizar un arma.

Le sigo y atravesamos el local mientras las personas se hacen a un lado y miran a Abramo con una mezcla de admiración y terror. En esta ocasión vamos a una sala con un gran sofá de terciopelo negro donde el capo se sienta nada más entrar.

—Siéntate —me indica.

—Estoy bien de pie —contesto mientras contemplo a la persona más temida de Nápoles, y solo siento asco.

—Siéntate —ordena la voz de un hombre que no había visto y que aparece de la esquina derecha: Alessio.

—Déjala —dice Abramo, que parece muy divertido—. Y dime, preciosa, a qué has venido, porque imagino que no será para trabajar conmigo ahora que mi hijo no está.

—¿Dónde está Leone? —digo.

—¿Ves, Alessio?, ya ni le llama Romeo. Le amariconó y ahora ya no le quiere. —Me guiña un ojo.

—¿Dónde está? —repito.

—Pregúntate a ti misma. Seguro que sabes la respuesta.

—Dímelo tú.

—A donde le llevó convertirse en un traidor —contesta mientras se pone de pie.

—¿Vas a decirme el lugar exacto? —pregunto intentando no perder la calma.

—No.

Sé que no solucionará nada hablar con él. Por algún extraño motivo había pensado que, ahora que su hijo estaba muerto, me dejaría ir a despedirme de él, pero no lo hace.

—¿Dónde están los Giaccomo? —le pregunto, puesto que lo único que quiero es enfrentarme a sus asesinos.

—¿Para qué lo quieres saber? —interroga con interés mientras se inclina hacia delante con una amplia sonrisa.

—Quiero hacer justicia por lo que le hicieron.

—¿Tú? —y mientras lo pregunta, rompe en una sonora carcajada que casi hace que se vaya hacia atrás.

—Yo misma —no me amedrento, víctima de la locura.

—Te matarían en un minuto.

—Ese es mi problema.

—Además, para ser honesto, debo decirte una cosa. —Espero; su mirada me dice que está disfrutando de este momento—. ¿Quién te ha dicho que fueron los Giaccomo?

—Yo lo había supuesto… —titubeo. Es verdad que nadie me lo había contado, pero durante todo el tiempo había dado por sentado que habían tenido que ser ellos.

—¿No eras periodista? Está muy mal suponer, y en este caso no han sido ellos —afirma.

—Entonces, ¿quién…?

—Uno de los míos.

Habla del asesinato de su hijo con tanta tranquilidad que me asquea. Me voy hacia él e intento golpearle la cara, pero Alessio se adelanta y me sujeta desde atrás, haciéndome daño en los brazos.

—¡Era tu hijo! —escupo tratando de zafarme de Alessio, que me tiene bien sujeta.

—No, era un espermatozoide que engendré en una imbécil que había visto demasiadas películas de Disney.

—Aun así…

—Aun así —me interrumpe imitándome, y Alessio me aprieta más para que no pueda hablar ni moverme. No siento miedo—, yo no di la orden de que le mataran.

—Mientes. Tú eres el jefe.

—Y Leone era un traidor. Nos vendió. Se unió a la Policía y nos enteramos. Alguien le mató. Eso es todo —me expone como si se tratase de lo más normal.

—¿Quién? —Un nombre. Solo necesito un nombre para poder vengar su muerte. En estos momentos no pienso en las consecuencias.

—No lo sé —se toca el mentón pensativo y agrega—, no lo he querido saber porque, aunque fuera un delator, llevaba mi sangre. Mi honor me obliga a ajusticiar al que le haya matado, y Leone no se lo merece. —Se queda pensativo un momento y noto que Alessio le está haciendo gestos detrás de mí. Aunque quiero ser valiente, mis piernas comienzan a temblar. No solo porque sé que ese hombre me quiere matar, sino porque de repente soy consciente de que Leone murió por tratar de ir por el buen camino, traicionando a los suyos—. No, hoy no estoy para muertes —se dirige a mi captor y oigo el gruñido de su enfado, aunque no dice nada—. Deja que se marche. El peor castigo para esta señorita es que tenga en mente que Leone murió por su culpa —y mirándome nuevamente, añade—, porque el maricón de mi hijo ha muerto por intentar merecerte.

En el mismo instante en que me suelta, me giro sin despedirme y me dispongo a marcharme, pero antes siento que tengo que decir algo o explotaré:

—Él no era ningún maricón, si es que quieres usar esa expresión como un insulto.

—¿Ah, no? ¿Y qué era? —me pregunta intrigado.

—Era mucho mejor de lo que llegarás a ser tú.

Y mientras me marcho, escucho a mis espaldas una conversación ideada para hacerme daño, si es que aún hay algo que me pueda afectar.

—¿Le doy un escarmiento, jefe? —pregunta de nuevo Alessio, y me recorre un escalofrío a pesar de que ya esté lejos de ellos, puesto que no sé si después de mis palabras Abramo estará tan dispuesto como antes a dejarme marchar.

—No —dice Abramo, y elevando el tono de voz, me pregunta—: Si tan bueno era, ¿por qué le dejaste?

Sus carcajadas me acompañan hasta que estoy fuera del local. El taxista no me ha esperado.

Intento sacar el móvil para llamar a uno, pero veo que me lo he olvidado en España. Me dedico a andar y andar con el temor de que me roben, me peguen o algo peor, pero nadie me toca. Solo me miran y se apartan. Es como si mi rostro destilara tanto dolor o tanta ira que temieran meterse con la persona equivocada.

Paro al primer taxista que encuentro. Le digo las señas del último mensaje que he leído en mi móvil y me deja frente al basurero que me obsesiona.

Cientos de bolsas de basura, mugre e inmundicia aparecen cuando bajo del vehículo. Fue lo último que el cuerpo de Leone tocó. Me quedo quieta, observándolo desde la lejanía. Una mujer está hurgando en busca de comida, un hombre saca cartones y un niño pega una patada a unos restos de comida.

A diez metros me encuentro yo, con el corazón destrozado, queriendo gritar o llorar y sin hacer nada. Cruzo el paso de peatones, pero me quedo parada en mitad de él, esperando a que Leone llegue con su moto y me pite o me atropelle, da igual. No ocurre nada, como no ocurre desde que me marché.

¿Cómo te despides de alguien a quien has amado? ¿Cómo? Por favor, necesito que alguien me lo explique. No es la primera muerte en mi vida. He pisado los tanatorios en otras ocasiones, he llorado mientras veía que los seres queridos yacían detrás de una pared de cristal, sin poder tocarlos, tan cerca y tan lejos a la vez.

He visto a mujeres ataviadas de negro hablarle a un mármol que las separa del cuerpo sin vida de su gran amor. He visto a esas ancianas descomponerse de dolor mientras asumían que el compañero de su existencia se había marchado y que solo una mísera losa fría les permitía estar cerca de él.

Otras veces, alguien con una urna muy pequeña, pero que contiene lo más importante, se ha subido a un peñón para esparcir sus cenizas para que así, de alguna manera, siempre estuviese a su lado, acompañándole.

He oído decir a gente que sus abuelos le acompañan; que aunque se han marchado, sienten su presencia y creen que desde el más allá les ayudan y protegen.

Pero todas esas personas en algún momento han tenido algo de lo que despedirse. Yo tengo un basurero en el que tiraron su cadáver, y lo peor de todo es que tal vez no merezca más.

Rozo el cubo de basura y me aparto con un pequeño grito, como si quemara, mientras me agarro la tripa con todas mis fuerzas, intentando consolarme. La mujer que está recogiendo la basura me mira extrañada, y yo me caigo al suelo y me abrazo las rodillas, me quedo en la postura fetal mientras un olor asqueroso inunda mis entrañas.

La señora se acerca arrastrando los pies por el suelo, se agacha a mi lado y me acaricia el pelo. Y entonces, aunque no la conozca de nada, aunque su ropa huela a alcohol, me engancho a ella con todas mis fuerzas y lloro desconsoladamente. Ella no me habla, se limita a apartarme el pelo de la cara y limpiar las lágrimas que no paran de brotar de mis ojos, que ahora mismo están inundados y me impiden ver.

* * *

En el avión de regreso ya vuelvo a ser la mujer con la máscara de hierro que me he forjado. Sonrío a las azafatas, miro por la ventanilla, como un *panini* de jamón y queso…, pues sé que este es mi secreto. Algo que he de sufrir sola. Algo que cuando llegue a España quedará en un rincón de este corazón que ahora se encuentra tan débil. Nadie más lo sabrá. Será mi carga, mi penitencia…, mi vida, mi Romeo. Sí, le llamo Romeo, y su cara morena con esos labios carnosos aparece como la más dura de las verdades, y le beso en sueños como tantas veces podría haberlo

hecho en vida si hubiera tomado otra decisión.

Mi gata lame mi mano como si intentase curar mis heridas. Me abstengo de decirle que son tan profundas que ni su áspera lengüecita podrá llegar a sanarlas.

Mi móvil brilla indicando que hoy he estado muy solicitada. Treinta mensajes, treinta llamadas perdidas, quince de Tamara. Mis manos deciden que no voy a estar en casa y con rapidez y soltura le escriben un SMS a ella, mi mejor amiga, que dice así: «Me voy al pueblo».

Lo leo extrañada. No recuerdo haber pensado en irme allí, pero ahora mismo no me parece tan mala opción. En ningún lugar voy a estar a salvo con mis pensamientos y conducir me despejará la cabeza.

Lo hago por encima del límite de velocidad. Solo a veces, cuando me doy cuenta, aminoro. Necesito llegar al Villar del Maestre. Ese pequeño paraíso de la serranía conquense. Mi pueblo. Sin cobertura. Aislado por unas montañas verdes que coronan todas las vistas. Una comunidad de tres habitantes empadronados donde todos los veranos nos reuníamos amigos venidos de todos los rincones de España. Donde están mis amigos de verdad, donde me siento segura, donde siempre he sido feliz. Quiero que su aura me invada para poder así contener un poco el dolor desgarrador que amenaza con apoderarse de mí.

Llego a la plaza, a mi hogar. Dos de sus habitantes, una pareja de ochenta años que lleva toda su vida allí, me saludan extrañados, tal vez por la pintas que llevo, tal vez por aparecer en mitad de la noche rompiendo la rutina que suele acompañar a la zona.

La mujer, Paz, me pregunta por mis padres, por mis abuelos, por mis tíos, por mis primos, por mis estudios…, por todo. Yo contesto con amabilidad. La mujer me conoce desde que era pequeña, me quiere y no tengo por qué pagar mis malos momentos con ella.

En cuanto puedo, invento una excusa para marcharme y caminar. Recorro los caminos serpenteantes que dan a la linde del bosque, escuchando con tranquilidad los grillos y viendo los puntitos brillantes de las luciérnagas. Paseo por la chopera de árboles y me detengo a arrancar alguna hojita hasta que finalmente subo a la iglesia.

La cuesta empinada se me hace eterna, pero, una vez que llego arriba, no me arrepiento: desde el mirador puedo observar el pueblo rodeado por las montañas y eso me calma unos instantes.

Me enciendo un cigarro y empieza a nevar. Permanezco sentada en el banco mientras los copos caen a mi alrededor. Me siento en paz. Respiro profundamente. Entonces, en la lejanía, dos faros me llaman la atención. Se dirigen hacia el pueblo y sigo su trayectoria.

Cuando reconozco al Ibiza amarillo, todo me da vueltas. Tamara, mi Tamara, ha venido a ayudarme. No ha hecho falta que se lo diga. Ella lo sabe. Mi mitad, mi amiga, lee dentro de mí como yo leo dentro de ella. Era a quien necesitaba, y allí está.

Bajo corriendo por la cuesta de la iglesia, sin pensar en que puedo caerme debido a la pequeña capa de hielo que se ha empezado a formar. Necesito llegar hasta ella, solo eso. Me detengo frente a su hermosa casa de color amarillo, fruto de una historia de amor de las que tienen final feliz.

Espero en su puerta y ella sale. Su cabello recogido en una cola de caballo negro azabache, su flequillo negro recortando su cara y una amplia sonrisa me reciben.

—¡Felicidades, boba! —me saluda alegre, y le respondo con la misma sonrisa—. ¿Qué narices has hecho hoy?

—Si te lo contara, no me creerías —contesto mientras me acerco y la abrazo más fuerte de lo normal.

—¿Te pasa algo? —pregunta mientras enarca una ceja. Luego mueve la cabeza y continúa

hablando muy rápido. Está nerviosa—. Con todo el tiempo que llevo planeando tu regalo, y vas tú hoy y no me coges el móvil, no vas al trabajo, no estás en casa… ¡Desapareces de la faz de la tierra!

—Lo siento —me atrevo a decir mientras Romeo vuelve a aparecer en mi mente y el corazón vuelve a dolerme.

—No te lo tendría que dar…, pero ¡qué narices! Con lo que me ha costado, o te lo doy, o me cabreo conmigo misma. Además —añade—, no sé dónde lo voy a meter… —Y me guiña un ojo.

—Gracias —contesto cansada—, pero necesito hablar. —Quiero contárselo. Ser egoísta y que ella me ayude.

—Luego. Primero, el regalo —dice emocionada.

—Tamara, es importante. —Algo se cae dentro de la casa—. ¿Has venido con alguien? —pregunto mientras me enfado porque querría tenerla para mi sola.

—Sí —repone orgullosa.

—Entonces, creo que es mejor que me vaya… —digo mientras comienzo a alejarme. No me apetece hablar con nadie más, no puedo fingir, no esa noche.

—¡Espera! —me grita.

Pero yo sigo caminando y empiezo a bajar el camino mientras las cortinas de su casa se abren.

Noto que viene hacia mí, pero no me giro; al contrario, comienzo a andar más deprisa. Ya se lo contaré, y seguramente me comprenda, pues aunque ella le odiase, a su manera me apoyará, estoy segura.

—¡Berta, espera! —oigo a Tamara, y me giro.

En la puerta de su casa están todas mis amigas esperándome. Supongo que me ha organizado algún tipo de fiesta sorpresa y las ha trasladado hasta Villar.

—¿Se puede saber qué te pasa? —me interpela con la respiración agitada. Como yo, Tamara no suele hacer mucho deporte.

—Mañana te lo digo. Diles a las chicas que gracias, pero que no me encuentro bien.

—¿Es verdad?

—¿El qué?

—Que no te encuentras bien.

—Sí —confirmo derrotada.

—¿Qué ha pasado? —pregunta preocupada mientras me empieza a dar calor con las manos a ambos lados de mi cuerpo, momento en el que me percato de que voy sin chaqueta.

—Mañana te lo digo —repito—. Tú disfruta ahora de la fiesta. —Supongo que llevará meses planeándolo, y no quiero que se lo pierda por mi culpa.

—No y no —niega en rotundo—. No te voy a dejar sola si te pasa algo, y no voy a disfrutar de la fiesta si tú no estás conmigo. Así que vamos a tu casa y me lo explicas. —Se gira y grita al resto de las chicas—: Nos vamos un momento, después venimos.

Noto que las demás se molestan con Tamara, pero a ella no le importa, solo tiene ojos para mí.

Una vez en mi salón, Tamara me obliga a sentarme y trata de encender la chimenea, sin éxito. Cabezona como es, ella no ceja en su empeño, hasta que al girarse me ve tiritar. Sin decirme nada, se marcha de la sala rumbo a mi habitación, de donde coge una manta que me echa por encima. No ha hecho falta que la acompañe, puesto que ella se conoce cada centímetro de mi casa al dedillo, de la misma manera que yo conozco la suya.

Se sienta en una silla frente a mí y espera a que le cuente toda la historia. Yo lo hago sin

ocultar nada y añadiendo algunos datos de nuestras vacaciones que hacen que a ella se le frunza el ceño. No me interrumpe y me deja terminar antes de hablar. Supongo que con su mala leche me va a regañar, pero en lugar de eso se acerca a mí y me abraza.

—Lo siento mucho —susurra a mi oído y, sin darme cuenta, comienzo a llorar mientras me acuna con suavidad—. ¿Sabes?, todo lo que hice fue por tu bien. Porque no quería ni quiero que nada malo te pase. —En este punto, noto que le tiembla la voz—. Espero que sepas que yo estoy aquí para reír, llorar e incluso pegar —bromeó—, y todo por ti.

—Gracias —logro decir entre hipo e hipo.

—No hace falta decirlo, para eso están las hermanas —afirma.

—Dirás las amigas —le corrijo.

—No, las hermanas. ¿O es que acaso yo no soy eso para ti?

Lo pienso un instante y las imágenes a modo de recuerdo acuden solas: Tamara y yo yendo a misa con cuatro años como monaguillas; las dos aprendiendo a usar la bicicleta y haciendo excursiones y viajes reales e imaginarios por el pueblo; viendo *Titanic* tres veces seguidas en las noches de invierno; soplando las velas de los cumpleaños, ya sean de ella o míos; de fiesta y en casa las dos solas hablando; llorando y riendo hasta doblarnos en dos; discutiendo y arreglándolo; viajando por Benidorm y visitando el Palacio Real en Londres…

En todos y cada uno de los momentos de mi vida, tanto en los insignificantes como en los más importantes, allí había estado ella.

La oscuridad de la muerte de Romeo da paso a un rayo de luz, y ese es Tamara. Sé que el sufrimiento será compartido, pues ella nunca podrá ser del todo feliz mientras yo esté mal, y eso me ayuda a dividir la carga. Entonces recuerdo la frase que siempre me aconseja cada vez que estoy mal: «No llores por no poder ver el sol, porque las lágrimas te impedirán ver las estrellas». Eso es ella en mi vida, mi estrella, el astro que me dará luz incluso cuando las farolas se nieguen a hacerlo.

—Por supuesto que eres mi hermana —afirmo.

—¿Qué te parece si, como buena hermana que soy, subo y les digo a las demás que te encuentras mal, cojo un paquete de palomitas y otro de pañuelos y pasamos la noche viendo películas?

—No concibo ningún plan más perfecto.

Se marcha y en el umbral de la puerta se gira solo para dirigirme una sonrisa de ánimo. Ahora sé que los finales felices solo existen en los cuentos de hadas, que la realidad es cruda tal y como dicen, y que siempre hay baches a lo largo del camino. Pero también estoy segura de que al lado de Tamara todos los impedimentos y las desilusiones serán más fáciles de llevar, porque cuando yo me caiga, ella estará ahí para darme la mano y levantarme.

CAPÍTULO 19



Ahora lo sé. Me ha hecho falta comprobarlo en mis propias carnes para poder hacer esta afirmación: el dolor nunca desaparece, y tampoco disminuye. Muchas personas piensan que mengua con el paso del tiempo, pero yo tengo la certeza de que no es así. Creo que lo que sucede es otra cosa. Día tras día te acostumbras a soportarlo, hasta que al cabo de un tiempo ya no lo notas, puesto que se ha adherido a ti y forma parte de tu vida. No es que dejes de sentir a cada momento que te falta el aire para respirar; es que ya nunca volverás a respirar de la misma manera. Es tan potente el pegamento que te une a él o a ella de por vida que a veces olvidas que en otro tiempo pudiste sentir de otra manera. Se convierte en lo habitual y no concibes una vida en la que ese sentimiento no te acompañe. Como una garrapata que te chupa la sangre a cada instante y a la que al final consideras tu compañera de viaje.

Ya no noto las ojeras, aunque las vea bajo mis ojos cada mañana cuando me miro al espejo. Ya no lloro, puesto que los pinchazos en el estómago son tan habituales para mí como levantarme y desayunar.

He de confesar que lo único que ha cambiado un poco es mi manera de ver la vida. Cuando era niña, creía que todo era fácil. No había responsabilidades y la mayor decepción provenía de tener que «quedármela» toda la noche jugando al escondite. Ahora sé que tampoco soy especial, que mi existencia pasará sin pena ni gloria y que soy una más en la masa de seres humanos que pueblan el planeta. Siempre había visto las desgracias tan lejanas que pensaba que a mí nunca me afectarían. Yo estaba segura de que era diferente y que por eso en mi vida no sucedería ningún suceso trágico como los que observaba a mi alrededor. Era mentira.

El invierno está en su punto más glacial, al menos en Madrid. Febrero ha llegado con un torrente de nieve que hace que todo resulte más frío. La excusa de que la temperatura me impide salir de casa es algo tan creíble que nadie lo duda. Solo Tamara viene cada semana a visitarme y me obliga a reír, a salir y a llevar una vida normal dentro de lo que cabe.

Me miro al espejo. Voy perfecta. La falda negra corta de cintura alta, la camisa blanca que sobresale, las medias, las botas de cuero con un poco de tacón y el pelo ondulado me hacen lucir como si verdaderamente fuera una profesional, y eso es lo que necesito.

Hoy, este sábado 14 de febrero, voy a salir, pero no se trata de ninguna fiesta. Carlos, mi amigo periodista de la universidad y la persona que me ayudaba con el tema de las mafias, me ha llamado. No se trata de un reencuentro, sino de una velada profesional. Aún no entiendo exactamente por qué quiere presentarme a una de sus fuentes. Él me ha dicho que ha sido la propia Policía quien se lo ha pedido.

Como nos enseñaron durante los años de licenciatura, las fuentes, y más las que pertenecen a una institución, son lo más importante de nuestra profesión. Sin embargo, yo trabajo en Cultura. Voy a presentaciones de libros, hago reseñas, críticas de cine, de teatro… En principio, de poco me puede servir un policía en mi vida, pero, como nunca se sabe a dónde me llevará mi trabajo, no dudo ni un instante en coger mi agenda de contactos periodísticos y acudir al encuentro.

Puede que ese día beba, por lo que decido coger un taxi que me lleve hasta el bar de Vicálvaro donde hemos quedado. Pago en efectivo y me bajo mientras me coloco mi abrigo de

capucha roja, ese que me he comprado para este invierno y que tanto me gusta. Voy a ponerme un gorro para que no se me hielen las orejas, pero desisto en el intento, puesto que el local está a cien metros y su búsqueda en mi bolso-maleta me llevaría demasiado tiempo.

El lugar es como cualquier cantina de barrio, solo que hay mucha más gente. No tardo en apreciar la razón: la jarra de cerveza está a un euro y las tapas son tan baratas que casi me produce risa. Como una nota mental, apunto la dirección de este lugar para traer a mis amigos otro día.

A través de la cristalera distingo a Carlos. Creo que voy demasiado elegante pues su *look* lo componen unos vaqueros y una camiseta con sudadera. Está tan guapo como en la carrera. Durante los cinco años de Periodismo, siempre supimos que llegaría alto. Tenía las cualidades físicas para ser presentador, la voz perfecta para cualquier emisora y la pluma increíble para los periódicos. Al final, y puede que solo de forma provisional, Carlos había decidido trabajar de autónomo, no sin antes viajar por el mundo y aprender diferentes idiomas y culturas. En este momento, escribía sobre las mafias y las injusticias de este y otros países.

Mientras cruzo el umbral, no puedo evitar pensar en la frase que siempre decía cuando un profesor explicaba que el Periodismo necesitaba de los anunciantes, y que por eso debía ser comercial: «Un periodista no está aquí para ganar dinero, sino para informar y, si es posible, lograr que la información que transmita haga de este mundo uno mejor». Idealista, pensaban algunos, los que ya tenían la calculadora en la mano para ver en qué medio sacarían más beneficios. Impresionante, era mi opinión.

En cuanto me ve aparecer se levanta de la silla y acude hacia mí dándome un profundo abrazo. Eso me gusta de él: siempre parece que nos vemos todos los días, aunque pasen años desde la última vez.

—¿Qué tal está mi pequeña Berta? —pregunta sin soltarme, con esa voz que podría ser propia de los mejores galanes de la radio antigua.

—Bien —digo sonriendo mientras trato de apartarme para quitarme el abrigo, puesto que el calor humano lo hace insoportable.

—Eso, eso, quítate el abrigo y siéntate a mi lado, que tenemos mucho de que hablar. —Hago lo propio mientras él me dirige a la mesa en la que reposa el culo de una cerveza—. ¡Madre mía, qué guapa vienes! —exclama mientras yo me siento. Con un gesto indica al camarero que ponga dos cañas más.

—No, yo prefiero una Coca-Cola —le digo, pero él niega con la cabeza.

—No me defraudes. ¿Qué han hecho con la Berta que en las fiestas universitarias de Moncloa me ganaba a chupitos? Ahora mismo te bebes una cerveza —me ordena mientras ríe.

—Está bien —accedo—, pero solo una.

—Detrás de otra. —Y sin darme la opción de hablar, continúa—: Bueno, y cómo va el trabajo, la vida sentimental, la salud…, vamos, lo típico.

—El trabajo en Antena 3, genial. La salud, espero que bien. Y la vida sentimental… —Tomo aire—, ahí anda, ¿y tú?

—La salud como tú, espero que bien, aunque hace mucho que no voy al médico por si es lo contrario. —Se ríe—. La vida sentimental, genial. ¡No tengo novia! —Ahí no puedo evitar reír yo también. Carlos no ha cambiado, sigue tan libre de ataduras como siempre—. Y el trabajo, tratando de vender el mayor número de reportajes y artículos posibles, aunque me está saliendo mucha competencia.

—Tú eres el mejor. —Y no le hago la pelota, es una realidad.

—Lo sé —bromea de nuevo—, y ahora que hablamos de esto, ¿sabes un poco el trabajo de

mi fuente? —Niego con la cabeza—. Lo digo porque… —Echa una ojeada al reloj del móvil— ella va a llegar en unos diez minutos o quince, así que, si quieres, te explico un poco y luego nos ponemos al día.

—Me parece perfecto —digo, aunque en realidad preferiría seguir hablando con Carlos y que me impregnara de esa alegría y esa vitalidad que solo él posee.

—Espera un momento. —Y señala detrás de mí, por donde vienen las cervezas. Damos las gracias al camarero a la vez y Carlos levanta la suya para brindar antes de ponerse a hablar. Después de dar un trago y beberse media cerveza, continúa—: Primero de todo, ¿alguna pregunta?

—La verdad es que sí. No entiendo muy bien por qué tu fuente quiere hablar conmigo, si yo escribo de cine, de libros, del teatro…

—Esa es una pregunta para la que yo no tengo respuesta, señorita. Tal vez quiera que escribas un libro sobre la Policía, o que hagas una mala crítica de las películas que se meten con el Cuerpo. Vete tú a saber. ¿Algo más?

—La verdad es que prefiero que me lo expliques.

—Está bien. —Da un redoble en la mesa lo suficientemente fuerte para captar mi atención, pero no la del resto del bar. Carlos se inclina hacia delante y comienza—: La chica se llama Lara. Por supuesto, debes saber que las fuentes en la Policía no están muy bien vistas por comisarios, etcétera, por lo que no debes nunca revelar su nombre.

—No lo haré —contesto al ver que se queda callado esperando una respuesta.

—Ella pertenece al Cuerpo de Protección de Testigos de exmiembros infiltrados en organizaciones criminales dedicadas al narcotráfico, a la mafia y al blanqueo de dinero. —Inmediatamente me pongo en tensión. ¿Sabrá esta mujer lo que hice en Nápoles y por eso me querrá conocer? Tal vez no quiera darme información, sino que yo entre a formar parte de su programa—. En particular, se dedica a aquellos cuya actividad es violenta, y se infiltra en algunas organizaciones. —Me acuerdo de Ludovica, ella era policía. ¿Tal vez sea ese el motivo de la reunión?—. ¿Estás bien? —me pregunta Carlos con las cejas enarcadas. Noto que los recuerdos me han hecho temblar y tal vez ponerme blanca.

—Sí —miento.

—¿Quieres una tila, un café o algo? —sigue preocupado. No me ha creído.

—No, no —trato de cambiar el tono de voz y quitarle importancia—. Por favor, sigue. Es que no estoy acostumbrada a estos temas —intento de manera fallida dar una excusa para mi nerviosismo.

—Vale… —Y me mira fijamente esperando a que agregue algo más, pero yo no lo hago—. Hay varios tipos de colaboradores. Lara suele llevar a aquellos que alegan estar arrepentidos y testifican contra la mafia o lo que sea. Normalmente los exmafiosos —se acerca más para hablar en susurros— suelen tener unos «beneficios» en las penas que les corresponden por esto. Dos grados menos, si no me equivoco.

—O sea, que muchos salen impunes por testificar… —me indigno al imaginar a alguien como Abramo o Alessio sin recibir su castigo.

—Yo no estoy aquí para dar mi opinión al respecto. —Pone los ojos en blanco y sé que piensa exactamente como yo—. Por supuesto, el proceso tiene algunas obligaciones. Estas personas, aparte de prestar declaración, no pueden cometer otro delito, tienen que colaborar con los funcionarios, acatar las medidas que se les imponga para su propia seguridad, e informar de sus actividades y su paradero en todo momento.

—¿Nunca escapan?

—¿Eso es una pregunta? —suelta aire y continúa—: ¡Claro que sí! El mundo es muy grande y hay muchos que aprovechan este recoveco del sistema para no ir a la cárcel y escapar a la primera de turno.

—Además de bajar su pena dos grados, ¿qué más se les da? —Cojo mi jarra, pero veo que, sin darme cuenta, ya me he bebido toda mi cerveza. Carlos hace un gesto al camarero para que traigan otra ronda de lo mismo y yo no me opongo.

—Algunos de verdad están arrepentidos y no lo hacen solo por evitar la pena —me explica —, y para estos, intervenir supone un peligro grave. Por ello, en las diligencias no están ni sus nombres, ni apellidos, ni domicilio ni cualquier otro dato. No hay fotografías ni imágenes, y se les proporciona una nueva identidad, reubicación, cobertura económica proporcional al estatus y al número de personas que de él dependen… —Toma aire y sigue enumerando—. Se les da representación y asistencia legal y sanitaria, así como ayuda para encontrar trabajo con cursos de capacitación y preparación.

Le detengo en este último punto. Sé que como periodista no debería tener prejuicios, pero no lo puedo evitar.

—No me parece una mala vida para antiguos delincuentes.

—Nadie ha dicho que lo fuera —responde serio, como quien está dando un curso sobre una materia que yo desconozco.

Me cuesta reconocer al alegre de Carlos en esos momentos. Es todo un experto y llegará alto, seguro.

—¿Cómo surgió? —cambio el rumbo de las preguntas.

—Déjame que piense. —Se rasca la cabeza y mira al techo, como si allí estuvieran las respuestas, igual que hacía en los exámenes—. Los pioneros en la lucha contra el crimen organizado y protección de los colaboradores de la justicia fueron los Estados Unidos, si no me equivoco, con el presidente Johnson, que creó una Comisión para ello.

—Lara —digo con familiaridad el nombre de la fuente— ¿trabaja con USA?

—¿USA? —se mofa de mí—, no, ella trata con Italia. —Inmediatamente me pongo recta. Ahora estoy casi segura de que todo esto tiene que ver con mis vacaciones. Las coincidencias nunca existen—. Como estaba bastante acosada por la mafia y la corrupción y tenían un gran número de colaboradores con la justicia, siguieron el modelo americano y crearon el Servicio Central de Protección, integrado por funcionarios de los tres Cuerpos policiales del Estado (Policía del Estado, Carabinieri y Guarda de Finanzas), que solamente se dedican a la protección de estos colaboradores…

—¿Fue en Italia donde conociste a Lara? —le pregunto, ya que recuerdo que Carlos estuvo viviendo un tiempo en Roma para poder investigar sobre las diferentes mafias.

—Sí, chica lista. —Sonríe. Ya se ha acabado la conversación profesional, al menos por su parte—. Ella es el nexo entre España e Italia. Nos conocimos y me ayuda.

—¿Te ha dicho qué quiere de mí? —repito, ya que mi cabeza da vueltas a mil revoluciones por hora. No voy a entrar a formar parte de ese programa. No voy a denunciar a nadie. Solo quiero estar tranquila para siempre.

—No, pensaba que eso lo harías tú. —Ahora está actuando el periodista. Sabe que hay algo que no huele bien en todo esto.

—¿No se lo podrías preguntar? —le suplico.

—Creo que es mejor que lo hagas tú misma —y señala hacia la puerta.

He debido estar evadida durante la conversación, pues no me había percatado hasta ahora de que el volumen de las personas que nos rodean ha aumentado considerablemente. Entre el

tumulto de gente, distingo a una mujer joven que se dirige hacia nosotros. Está plegando un paraguas, por lo que supongo que ha comenzado a llover.

No es como me imaginaba que sería una policía de un cuerpo secreto. Lara es menuda y delgada, con el cabello largo con mechas rubias. No tendrá más de treinta y cinco años y la sensación que transmite es de confianza. Eso hace que me tranquilice un poco, aunque no del todo, puesto que Ludovica me transmitió exactamente lo mismo cuando la conocí.

Carlos se levanta y le da dos besos.

—Vienes empapada.

—Está cayendo el diluvio universal. —Tiene el tono de voz muy alto. No tarda ni dos segundos en girarse en mi dirección y analizarme con la mirada. Nunca sé muy bien cómo se debe actuar en este tipo de situaciones, por lo que le tiendo la mano de manera profesional, pero ella la aparta y me da dos besos—. Así que tú debes ser la famosa Berta.

—¿Famosa? —pregunto mirando a Carlos, y él se encoge de hombros.

—Es una forma de hablar, ya me entiendes —recula—. Veo que estáis bebiendo cerveza, y ¿a mí no me pedís una? —bromea. Es campechana y no sé por qué, el miedo que sentía hace un instante desaparece, aunque sigo estando prevenida.

Carlos va a pedir cuando el móvil le suena. Mis ojos se desvían sin querer hacia la pantalla y veo que se trata de un número oculto.

—Lo siento —dice mientras baja el volumen mirando a Lara.

—¡Sal fuera y atiéndelo! Nosotras te esperaremos aquí mientras nos tomamos algo.

—De ninguna manera. Ya llamaré más tarde.

—Es un número privado —le dice la muchacha, que también ha debido mirar para ver de quién se trataba.

—¿De verdad que no os importa? —Esta vez me mira a mí. Me conoce y sabe que estoy nerviosa, y que lo estaré aún más si él se va.

—No pasa nada —respondo.

Carlos siempre actúa rápido y de manera impaciente, por lo que no tarda en contestar al móvil y, mientras dice a la persona que está al otro lado que espere, ya que allí dentro no se puede oír, nos hace gestos de que será solo un momento y se marcha dando grandes zancadas hasta la puerta.

Lara y yo nos quedamos mirándole hasta que cruza el umbral. Me dispongo a decir cualquier tontería para iniciar una conversación, sobre el tiempo, por ejemplo, cuando noto que sus manos me cogen y aprietan con fuerza las mías.

—Berta, tenemos poco tiempo —se apresura a comenzar Lara, y mis peores temores se confirman: sí que hay un motivo para que esa señora se quiera reunir conmigo, y Carlos no lo sabe.

—¿Para qué? —tartamudeo—, yo no tengo nada que decir —me adelanto a una futura pregunta sobre Nápoles.

—No te andes con evasivas, Berta —echa una ojeada rápida al cristal, a través del cual podemos ver a Carlos hablando por el teléfono—. Mi compañero no podrá entretenerle mucho tiempo.

—¿Su compañero? —pregunto perpleja—. ¿Es que acaso todo está organizado?

—¿Te suena de algo el nombre de Romeo Leone?

Pinchazo en el corazón.

—Puede. ¿No sale en alguna serie? —intento ganar tiempo para largarme de allí. Miro las opciones y me planteo salir corriendo, pero la mujer está alerta.

—Déjate de tonterías —me regaña, y cambia el tono de voz a uno más bajo—. Tú y yo sabemos que le conoces.

—¿Qué quieres? —digo totalmente a la defensiva.

—Darte una información.

—¿Sobre su muerte?

Es una posibilidad. Que lo que quiere de mí esa mujer es ser mi fuente. Puede que sepa lo que ocurrió y crea que yo estoy interesada en escribir, investigar o hacer un reportaje sobre ello.

—Sobre su vida.

—¿Su vida? ¿Quieres que haga una biografía de él o algo así?

—No estoy aquí para ayudarte en tu carrera, si es lo que estás pensando —me corta—. Estoy aquí trabajando.

—¿Y qué tengo yo que ver con tu trabajo?

—En principio nada, pero tú eres una de sus condiciones. —Me mira de arriba abajo esperando ver algún cambio en mí—. De hecho, la principal condición —matiza.

—¿De sus condiciones? —repito.

—Eres la razón por la que se metió en nuestro programa. —¿Romeo se metió en el programa de protección de testigos por mí? ¿Es cierto que ha muerto por mi culpa?

—Por favor. —Estoy ansiosa por saberlo todo. Miro a la calle de reojo. Carlos sigue inmerso en su conversación, pero tal vez sea cierto y no tengamos mucho tiempo. Sea lo que sea, es algo que solo me puede contar a mí—. Te escucho.

—Menos mal. —Lara pone los ojos en blanco y empieza a hablar tan rápido que me cuesta seguirla—. Llevamos muchos años detrás de los Salvatore y los Giaccomo. Nos daba igual una familia que otra. Nuestro único fin es que ambas acaben donde deben estar, y ese lugar es en la cárcel. El problema es que hacerse con un testigo en cualquiera de las dos bandas es algo muy difícil, por no decir imposible. —Toma aire y mira a todos los lados—. Por eso nos sorprendimos cuando uno de los principales miembros llamó a nuestra puerta sin que nosotros le hubiéramos hecho ninguna oferta ni nada. Además, se trataba ni más ni menos que del mismísimo Romeo Leone, que, como todos sabíamos, era el hijo del jefe de familia, aunque este no lo reconocía como tal.

—¿Romeo quiso ayudaros?

—Quiso y lo hizo —sentenció—. Nos proporcionó nombres, nos ayudó a incautar droga y a meter a muchos de ellos en la cárcel. Fue por eso por lo que pronto supimos que le matarían.

—¿Y no le ayudaron? —grito, y varios pares de ojos se giran hacia mí, por lo que bajo la voz —. Se supone que los testigos tienen un peligro grave y ustedes los protegen, ¿no es esa su labor?

—Y así lo hicimos —dice mientras hincha el pecho de orgullo. No le gusta que nadie hable mal de su profesión o su trabajo.

—El resultado de un buen trabajo con los testigos protegidos no es que estos acaben muertos —contraataco indignada al saber que Romeo quiso hacer el bien por una vez en su vida y la muerte fue su única consecuencia.

—Y no murió.

Su afirmación resuena en mi cabeza y tengo que preguntarlo, por si no he oído bien.

—¿No murió?

—No.

Todo empieza a darme vueltas. No puedo creer que eso sea cierto. Romeo ha muerto. Abramo me lo dijo. La vecina me lo dijo. A Carlos se lo dijo su fuente. Yo estoy de luto por ello.

—Tuvimos que fingir que el cadáver de otro mafioso quemado e irreconocible era suyo para que así no lo buscaran. —Estoy en una nube. No puedo creer esta información. Tal vez esté soñando. Como no reacciono, Lara continúa—: Así nos lo puso más fácil para que cumpliéramos su condición.

—¿Qué condición?

—Leone nos dijo que haría todo lo que hiciese falta con la única condición de venir a España. —«¿¡Está aquí!?», quiero preguntar, pero espero a que termine, pues la voz no me sale —. Una vez aquí, solicitó la ayuda de capacitación y preparación para encontrar un trabajo, así como la nueva identidad.

—¿Han hecho caso a sus peticiones? —Tengo un hilo de voz atenazado con unas lágrimas que amenazan con salir en cualquier momento.

—¿Por qué te crees que estoy aquí si no? —De nuevo pone los ojos en blanco, como si yo fuera un poco lerda—. Leone está en el programa y estaba esperando a que todo fuera seguro para poder reunirse contigo. Si no lo ha hecho aún es porque no quiere bajo ningún concepto que corras ningún riesgo.

—¿Todo lo está haciendo por mí? —pregunto incrédula.

—Sí —afirma con total seguridad—. El pacto era que no nos pusiéramos en contacto contigo hasta el momento en el que el peligro desaparezca, pero Leone se enteró de que fuiste a Nápoles y se puso nervioso, por lo que me pidió que hablara contigo y que te dijera que está bien y que aparecerá en tu vida en el momento que pueda, pues si fuera por querer, lo haría ahora mismo.

Empiezo a asumir la realidad.

—¿Dónde está ahora?

—No te lo puedo decir.

—Quiero verle —suplico.

—No, hasta que sea seguro, tal y como pide el testigo.

—¿Está bien? ¿No le pasa nada?

—Está perfecto, como toda la gente que entra en el programa. Carlos vuelve —dice, y ambas nos giramos para ver que mi amigo está colgando—, no hace falta que te diga que no puedes hablar con nadie de esta conversación —asiento—, y que ahora, cuando entre Carlos, fingiremos estar hablando sobre algo estúpido, y luego yo diré que te quería conocer para tener a alguien en Antena 3 porque el periodista con el que me comunicaba antes ha sido despedido. Tú cogerás el número que yo te dé y fingirás que la situación es la que yo cuente.

—¿Podré llamarte para preguntarte por Romeo?

—Nunca. —Y se inclina seria—. No debes escribir ni llamarme. Ahora tú también eres una actriz, y de ello depende su vida.

—Comprendo. —Y con esa sola palabra, acepto todo el peso de la carga que llevaré encima. Al fin y al cabo, ya me he acostumbrado a vivir con una máscara que camufla mis sentimientos. Noto que voy a llorar, por lo que me apresuro a hablar antes de que Carlos alcance nuestra mesa —. Necesito ir…

—Ve al baño —me interrumpe, y toda la profesionalidad desaparece para añadir con cariño —: Ese chico te quiere de verdad. Aunque tarde mucho en ponerse en contacto contigo, nunca lo dudes.

Con la congoja, llego al baño. Es individual, por lo que cierro con pestillo y me abandono a mis sentimientos. Abro el grifo paranoica porque alguien me escuche y río y lloro a la vez mientras observo mi reflejo en el espejo.

Romeo está vivo. Es la única frase en la que puedo pensar. Lo ha hecho todo por mí. Es el

sentimiento que hace que las fuerzas que me habían abandonado vuelvan a mi cuerpo.

«Cuando todo sea seguro, vendrá a por ti». Mi corazón vuelve a latir apresuradamente, y me doy cuenta de que desde hacía tiempo estaba apagado.

Tengo que salir del baño. Me gustaría saltar y gritar a los cuatro vientos lo feliz que estoy, pero en lugar de eso cojo agua con las dos manos y me lavo la cara, esperando que eso ayude a eliminar las señales que indican que he estado llorando.

Pum. Pum. Pum. Suenan tres golpes secos en la puerta.

—¡Ocupado! —grito alegre mientras cojo papel para secarme las manos y la cara.

Estoy quitándome los restos blancos de la cara cuando noto que un minúsculo papel blanco entra deslizándose por debajo de la puerta. Me agacho a recogerlo y veo que hay algo escrito. Tal vez sea de Lara; seguramente, alguna indicación más que debo seguir.

Lo abro cuidadosamente y leo las únicas dos palabras que están escritas: «Sei bellisima». Lo giro entre mis manos mientras la adrenalina sube por todo mi ser al ver las dos iniciales que sabía se correspondían a la persona que lo había escrito: R. L.

Romeo está allí. Está en el bar.

Abro la puerta y corro chocándome con la gente y volteando a cada hombre que está de espaldas que se pudiese corresponder con él, pero no le encuentro. Sin detenerme, cruzo el umbral de la puerta de la calle mientras oigo los gritos de Carlos.

—¡Estamos aquí!

Ya me inventaré que pensaba que había visto a un conocido. El manto de lluvia me impide ver y me empieza a calar de arriba abajo, pero a mí no me importa. La calle está llena de gente andando apresuradamente con pesados paraguas. No le encuentro. Entonces veo la luz de un taxi que cambia del verde al rojo y, mientras el conductor da gas, distingo la cabeza de un pasajero y sé que es él, mi Romeo, y eso me da fuerzas para aguantar los meses que hagan falta.

Como dice una de mis películas favoritas, ahora sé que Romeo es como el aire: no lo puedo ver, pero sí sentir. Abro el puño en el que tengo escondida la nota y la releo. Desconozco cuánto tiempo pasará hasta que nos podamos encontrar, pero no lo dudo, le esperaré toda una vida si es necesario.

CAPÍTULO 20



Un año y ocho meses antes

Romeo era una persona ambiciosa. A pesar de su juventud, había deseado muchas cosas. Todas las había conseguido. Sin excepción. Sin esforzarse. Lo imposible se tornaba sencillo en cuanto se lo proponía. Así había funcionado siempre hasta aquel día. Hasta que se dio cuenta de que Berta tenía una voluntad que él no podía manejar. Él, acostumbrado a ser la mano que lo manejaba todo, saboreó la amargura de la derrota cuando abrió su pecho en canal, se expuso por primera vez tal y como era y no recibió la respuesta anhelada.

No sabía si estaba decepcionado, tenía su orgullo herido o le dolía el corazón. Tal vez lo que sentía era un cóctel explosivo con esos tres ingredientes que amenaza con reventar. Sin embargo, había una cosa de lo que estaba seguro: admiraba a Berta por hacer lo correcto cuando cada poro de su piel le pedía que se dejase llevar; por demostrarle que todavía existía gente que merecía la pena y pensaba más en los demás que en sí mismo; que ese universo de egoísmo y relaciones viciadas no se extendía por todo el mundo, que en algún lugar de la tierra todo era diferente.

Observó la pared del edificio del aeropuerto. En otro momento habría descargado toda su ira y frustración golpeando sin piedad los cimientos, destrozando sus nudillos y desconchando la pintura, y pobre del que osase mirarle con gesto contrariado. Sin embargo, lo que le apetecía era apoyarse y dejarse caer contra el muro. ¿Estaba experimentando la debilidad que acompañaba a la pérdida?, ¿lo insoportable que era vivir sin la persona que había dado sentido a aspectos de su vida que hasta entonces desconocía?

¿Qué le estaba pasando?, se preguntó contrariado. No supo responder. No tenía con qué comparar. Ese desasosiego era nuevo para Romeo.

Sacó el móvil de su cazadora de cuero. Comprobó que le quedaba poca batería porque había estado toda la noche custodiando la puerta del hotel de Berta y no había podido ponerlo a cargar. El recuerdo de la española le atravesó las costillas, sintió una especie de pinchazo en el pecho y notó que le faltaba el aire. Se engañó a sí mismo diciéndose que eran las secuelas de los golpes que Alessio le había propinado, que su cuerpo se quejaba dañado, y no que no sabía cómo gestionar que ella se hubiese marchado a miles de kilómetros y nunca volvería a verla.

Marcó un número que sabía de memoria y esperó con impaciencia los tres toques que su interlocutor tardó en contestar.

—Me dejas tirado en la carretera y nos abandonas, ¿por qué crees que sigues teniendo derecho a llamarme? —fue el saludo de Domenico. Estaba molesto y quería guerra. Pero Romeo no tenía ganas de pelear. Optó por ser sincero.

—Estoy jodido. Mucho. De verdad —no añadió nada más y se quedó en silencio esperando el veredicto de su amigo. Tampoco suplicaría. No estaba arrepentido de los actos que Domenico le achacaba como negativos.

—Te espero en mi casa —repuso entre dientes tras cinco segundos que se le hicieron eternos, y colgó. Se había tragado su orgullo.

Se montó en la moto y emprendió un camino que se sabía de memoria. Mientras salía del aeropuerto, observó un avión que despegaba y se perdía entre las nubes. Se preguntó si Berta iría

en su interior, y su intuición le dijo que así era. Estuvo tentado de perseguirlo hasta su destino. Tal vez allí cambiase de opinión. Negó enérgicamente. No tenía sentido. Por mucho que quisiera, llegaría al mar y ya no podría continuar. La separación era un hecho y nada de lo que hiciese cambiaría esa realidad.

Tenía que eliminar todas esas ideas estúpidas que se le pasaban por la cabeza. Él siempre había sido práctico y prefería vivir la cruda realidad que imaginar fantasías que nunca experimentaría.

Llegó al portal de Domenico y subió directamente a su piso. Como ocurría en la mayoría de los edificios de esa zona, la cerradura estaba rota y la comunidad de vecinos no se planteaba arreglarla. ¿Para qué invertir dinero en un cerrajero cuando aparecería destrozada esa misma semana por algún habitante de esas calles experto en allanar casas?

Entró sin pedir permiso. Nunca lo había necesitado. A diferencia de su piso, el de Domenico siempre estaba pulcramente limpio. Cualquiera podría pensar que eso se debía a su tamaño minúsculo. La casa de su amigo estaba compuesta por un pequeño salón, la cocina, el baño y una habitación que años atrás habían dividido en dos. Con ese número de estancias, durante mucho tiempo allí habían vivido seis personas: los abuelos en una cama de matrimonio en uno de los cuartos, su madre sobre un colchón en el suelo del salón, y Domenico y sus tres hermanos en una litera en el cuarto que quedaba libre. El puesto de su amigo era el más alto, tan cerca del techo que podía notar cómo su respiración rebotaba contra este.

Sin embargo, el aspecto higiénico y aseado de la casa no era por su tamaño, sino por los esfuerzos de la madre de su amigo, que quería que ese espacio hiciera honor al sustantivo «hogar». Francesca era una mujer admirable que se había partido el lomo trabajando en todo lo que encontraba para sacar adelante a su familia después de que su marido falleciese en un accidente laboral por el que no cobró ninguna indemnización, ya que no tenía contrato. Todo se podría haber solucionado si alguno de sus compañeros hubiese accedido a testificar en el juicio en contra de la empresa, pero no lo hicieron por temor a que los despidieran. Durante esa etapa, Romeo no pudo evitar pensar quién era más delincuente, si los mafiosos que se mostraban sin filtro, o los ejecutivos trajeados que cometían delitos bajo el amparo de la ley. La justicia real era una utopía que no existía. La de la calle, aunque más violenta, en ocasiones era más verdadera.

Nada más entrar se encontró con Francesca. La mujer levantó la vista y sonrió con sinceridad al reconocerle. Parecía mucho mayor de lo que realmente era. Las arrugas de su cara eran el resultado de todos los disgustos que había padecido.

—¡Qué alegría verte de nuevo por aquí! Me levantaría a saludarte, pero tengo que solucionar esto o no podré ir a trabajar. —Le mostró un zapato que tenía entre las manos.

—¿Puedo ayudarte? —se ofreció Romeo.

—No es necesario. Solo tengo que esperar el tiempo suficiente para que se pegue bien la planta y estará listo…

—Te he dicho mil veces que te puedo comprar unos nuevos. —Domenico salió de su habitación. No era extraño que hubiese escuchado a Romeo, pues las paredes eran prácticamente de papel—. No es necesario que vayas como una pordiosera —repuso como si se avergonzase de ella, aunque Romeo, que conocía bastante bien a su amigo, sabía que en realidad lo hacía de sí mismo. Francesca nunca aceptaría nada que viniese de la mafia. Domenico no podría devolverle todo lo que le había dado su madre mientras siguiese por ese camino criminal que no quería abandonar—. Tengo dinero.

—Prefiero ir descalza a utilizarlo —sentenció muy seria.

—Deberías dejar de ser tan orgullosa y permitir que tu hijo te ayude. ¡Díselo tú, Romeo!

El joven iba a hablar, pero Francesca se adelantó.

—¿Quieres ayudarme? Bien. Entonces escúchame. En mi trabajo están buscando un mozo de almacén. Haz la entrevista y con el primer sueldo regálame los mejores zapatos de la ciudad, y esa misma tarde tiraré estos a la basura.

—¿No te cansas de repetir lo mismo?

—Nunca lo haré de aconsejarle a mi hijo. —Se levantó y le retó con la mirada.

—Bien. Vamos a mi cuarto, Romeo —zanjó la conversación.

Romeo le hizo caso, aunque antes de entrar en la habitación, miró de nuevo a Francesca. ¿Cómo era posible que su amigo no se diera cuenta de la suerte que tenía por contar con una madre abnegada que solo quería lo mejor para él?

—¿Qué ha pasado? —preguntó tirándose en la cama.

Romeo se apoyó contra la pared cruzando los brazos a la altura del pecho.

—Se ha ido —sentenció como única respuesta.

—Si vas a pedirme que te consuele mientras escuchamos canciones de Adele juntos, ya sabes dónde está la puerta.

—Tienes mi permiso para meterme un tiro si algún día hago eso.

—Lo apunto —bromeó. Domenico le miró de arriba abajo antes de añadir—: Tienes una pinta horrible y eso me beneficia. Si hoy saliésemos de fiesta, sería el primer plato por primera vez.

—Dame media hora durmiendo y recupero mi puesto. —Romeo trató de parecer igual de bravucón que siempre, pero su voz no sonó chulesca, sino hueca.

—Ahora en serio, ¿qué necesitas? Tú y yo nunca hemos sido la clase de chicos que se pillan y componen tragedias cuando las tías los abandonan. Más bien unos capullos arrogantes con mucha labia y estilo. Sabría cómo aconsejarte para que destrozases un corazón, pero no tengo ni puta idea de qué decir para recomponerlo. Tú siempre has sido la cabeza pensante. Dime qué quieres que haga y me limitaré a obedecer como siempre.

—¿Sabes cuál es el problema? Que no lo sé. Es como si tuviese una maldita enfermedad desconocida.

Domenico se mordió el labio pensativo y de repente se puso de pie de un salto.

—¿Sabes qué es lo único que lo cura todo? ¡El alcohol! Vamos a tomar unas Peronis y esperemos a que la solución llegue sola. —Se quitó la camiseta que llevaba y se puso una limpia negra.

Romeo iba a secundar el plan cuando el móvil de ambos vibró. Lo sacó y observó el remitente mientras le saltaba el aviso de que le quedaba un cuatro por ciento de batería. Se trataba de Alessio. Volvió a guardarlo en el interior de su chaqueta sin leerlo siquiera. Lástima que su amigo no hiciese lo mismo.

—Mierda. Tenemos que ir.

—No —le interrumpió Romeo—. No tenemos que hacerlo.

—¡Nos reclaman! —exclamó su amigo, como si eso fuese una razón indiscutible.

—¿Desde cuándo somos sus malditos esclavos? Que digan lo que les dé la gana, nosotros decidimos si cumplimos o no.

—Te recuerdo que son nuestra familia.

—No. Tu familia es esa mujer pluriempleada a la que estás matando lentamente a disgustos.

—No me rayes. Voy a ir, ¿vienes?

Domenico sacó el arma y se la colocó en el cinturón. Cogía las cosas acelerado para llegar lo antes posible.

—No. —Romeo no tuvo dudas. Lo había dejado.

—¡Esa chica te ha comido la cabeza! ¿Es que no te das cuenta? —Era cierto. Pero eso no significaba que fuese algo negativo, como su amigo le trataba de hacer ver, más bien lo contrario —. Tío, has cambiado —fueron sus palabras de despedida al darse cuenta de que Romeo no iba a acompañarle.

Domenico se largó bajando las escaleras de dos en dos para acudir a la llamada y Romeo descendió lentamente, saboreando el placer de saber que se había mantenido firme, sin importarle que eso le acarrease otra paliza como la de esa misma mañana a manos de Alessio.

Los cambios habían comenzado. Estaba avanzando y no se podía detener, para no darle ni una oportunidad a la potente corriente de arrastrarle de nuevo hacia atrás. Por este motivo, condujo directamente hasta la tienda donde trabajaba Francesca.

—Estoy interesado en la oferta de mozo de almacén de la que has hablado.

—¿Traes currículo? —le sonrió la mujer con esperanza, puesto que sabía que Domenico siempre había seguido los pasos de Romeo, imitándole, como si fuera su referente.

—No tengo. Para los trabajos que he hecho hasta ahora no me lo pedían.

—Comprendo… Deja que hable con el encargado y vemos qué podemos… —Las palabras se le quedaron atrancadas en la garganta y se llevó la mano a la boca.

Romeo siguió la mirada de Francesca. No tardó en averiguar el porqué de la reacción de la madre de Domenico. Observaba la televisión. Habían interrumpido la programación para informar de unos sangrientos ajustes de cuentas que acababan de tener lugar en las calles de Nápoles. Al parecer, varios jóvenes armados montados en motos habían disparado en diferentes puntos de la ciudad. Escuchó los lugares donde se habían producido los tiroteos y tuvo claro que se trataba de los Giaccomo, ya que lo habían hecho en espacios estratégicos de los Salvatore.

Calculó mentalmente y llegó a la conclusión de que era físicamente imposible que Domenico hubiera llegado a alguno de esos sitios. Aun así, comenzó a andar rumbo a la puerta. Iría en busca de su amigo y le obligaría a que volviese con él aunque fuese a la fuerza. Ya se había cansado de hacer las cosas bien con él. Si tenía que secuestrarle y encerrarle hasta que entrase en razón, lo haría.

—No dejes que le pase nada, por favor —suplicó Francesca, que había salido corriendo detrás de él y temblaba angustiada y nerviosa.

—No lo haré —sentenció con una promesa velada—. Mierda, ¿por qué eres tan gilipollas, Domenico? —rumió para sí mismo antes de dar gas a la moto.

Se iba a liar una muy gorda. Si hasta entonces la guerra había sido encubierta, a partir de ese momento las dos bandas sacarían todo el arsenal a la calle. Los Giaccomo habían golpeado el corazón de los Salvatore. No por las pérdidas humanas. Hacía tiempo que Romeo era consciente de que para Abramo las personas solo eran un número de soldados prescindible. Lo que desataría su ira sería el hecho de que habían disparado contra los locales que utilizaban para blanquear los billetes. El dinero. Esa era la verdadera alma de la mafia.

Recordaba haber leído el nombre de una de las pizzerías de la familia en el mensaje que le había mandado Alessio. Se encontraba a las afueras de Nápoles y era uno de esos sitios que le hacía plantearse que la Policía no intervenía las propiedades de la mafia porque en realidad no les interesaba o porque Abramo tenía amigos en las altas esferas políticas. Era imposible que no sospechasen de ese restaurante. ¿Cómo iban a ser tan estúpidos de creerse que ese lugar casi siempre vacío facturaba tal cantidad de dinero?

Se bajó de la moto sin apagar el motor y la dejó tirada en el suelo antes de salir corriendo en dirección al establecimiento. Golpeó la cristalera para que le abrieran y gritó el nombre de su

amigo.

Nadie contestó.

Repitió la llamada por si estaban escondidos, hasta que asumió que se habían largado. Allí no quedaba nadie. En cuanto les hubieran llamado para contarles las noticias, habrían salido con sus motos a toda pastilla para ejecutar su particular venganza.

Romeo se masajeó las sienes. Necesitaba pensar rápido cuál sería su segunda parada. Dónde podría haber ido Domenico. En esas estaba cuando oyó el sonido de una rueda derrapando, quemando la goma contra el asfalto, y, antes de que le diera tiempo a girarse para comprobar si se trataba de su amigo y el resto de los Salvatore reunidos, escuchó el sonido de una bala y sintió cómo le atravesaba el abdomen.

Observó el vehículo perderse mientras caía de rodillas al suelo. Al presionar la herida, la sangre cubrió su mano, formando pequeñas cascadas rojizas alrededor de sus dedos. No podía moverse. Le habían acertado de pleno. Sacó fuerzas de donde no sabía que tenía y rebuscó el móvil. Lo encendió e, ironías de la vida, este se apagó justo cuando tenía el número de emergencias marcado. Sonrió con amargura mientras el aparato se caía al suelo y la pantalla se partía.

Ya estaba. Había llegado su final. Romeo nunca se había parado a pensar en la muerte. La aceptaba. Punto. Convivía con ella sabiendo de su existencia. No la temía. Era parte de la vida. En cierta manera, saber que había un final hacía más apasionante el desarrollo.

Por eso, en lugar de maldecir esa suerte que él mismo se había buscado, quejarse o sufrir por todas las cosas que ya no viviría, decidió llenar sus últimas páginas con algo épico, potente, un final digno que él mismo escribiría.

Tenía claro quién iba a ser la protagonista, Berta. Ojalá hubiera tenido batería para llenar esos espacios en blanco con una última conversación. No una lacrimógena, o una declaración que la dejase hecha polvo. Llamarla para preguntarle qué tal el viaje, sin mencionar que se estaba muriendo, por el mero placer de escuchar su voz una vez más y, cuando se diera cuenta de que abandonaba la tierra, haberle colgado con el pretexto de que se le iba la cobertura.

Pero ya no podía tenerla. Ahora solo quedaba recurrir a su memoria. Era consciente de que, si cerraba los ojos y se dejaba llevar, disminuirían sus segundos de vida. Nunca estuvo tan seguro de querer rendirse. Apretó los párpados y la imaginó, la dibujó a la perfección hasta el punto de que, en medio de su delirio, creyó que la tenía delante. La recorrió empapándose de cada uno de sus detalles, ignorando el dolor y las convulsiones y saboreando su belleza. La repasó todas las veces que pudo hasta que se dio cuenta de que la oscuridad empezaba a inundar sus rasgos y se concentró en una parte de su rostro, aquello que deducía que se llevaba al otro lado: su sonrisa. Una lágrima de emoción le resbaló por la mejilla y después todo se tornó negro.

* * *

Se despertó desubicado. Los párpados le pesaban y veía todo borroso. Trató de recordar lo que había pasado y viajó hasta el encuentro con Domenico en su casa; después, un potente muro cuyo hormigón estaba fabricado a base de caos y sinsentidos.

Se removió inquieto y el pinchazo que sintió en el abdomen ejerció como catalizador de su memoria. Rememoró el sonido de la bala desgarrando el aire y la sensación de la pólvora atravesando su piel. Se incorporó alertado. Tenía que averiguar dónde estaba porque, si algo tenía claro tras una ojeada inicial, es que no se trataba de un hospital, tal como se podía prever. No reconocía esa extraña habitación. Nunca había estado allí con anterioridad.

Le sorprendió ver su camiseta manchada de sangre encima del respaldo de la única silla de la

sala, y en ese momento se percató de que no llevaba nada de cintura para arriba excepto una venda que rodeaba su torso en la zona donde tenía la herida. En la mesita de noche había una palangana, unas pinzas y un cuenco que contenía la bala. Romeo la cogió y metió la mano debajo de las sábanas y, tras comprobar que seguía llevando sus raídos vaqueros, la introdujo en el interior del bolsillo.

Ató cabos. Desconocía quién, pero alguien le había salvado la vida. No había muerto por el disparo, pero eso no era sinónimo de estar a salvo. Dependiendo de la persona que estuviese allí con él, que su corazón continuase latiendo sería un regalo o una tortura. Romeo nunca había sido de creer en cuentos de hadas, así que se preparó para lo peor. Tenía que huir.

Miró las dos vías de escapatoria: la única puerta y la ventana. Desechó de entrada la primera opción. Que la persona o personas que estaban al otro lado creyesen que seguía inconsciente era fundamental para su plan. Tenía que jugar con ese factor sorpresa. Se tenía que concentrar en el segundo sitio.

Se puso de pie y tuvo que sujetarse a la pared mientras caminaba. Se mordió el labio; odiaba sentirse débil e indefenso. Inspiró, expiró y utilizó todo el control que tenía en andar con seguridad hasta el cristal. Asomarse no le sirvió para distinguir el barrio y averiguar si se hallaba en una casa amiga o enemiga, pero sí para ver que se trataba de un séptimo y que moriría si intentaba saltar para escapar.

Llegados a ese punto, se rindió ante lo evidente: aunque fuese una locura nada recomendable, si tenía alguna posibilidad era saliendo por la puerta. Buscó algo con lo que defenderse. Cualquier instrumento, incluso aquel que parecía más inofensivo, podía transformarse en un arma en momentos desesperados.

Analizó el interior del cuarto. Solo estaban la cama y la mesa. Romper la mesa para que las astillas pudiesen cortar la carne haría demasiado ruido. La misma pega tenía el cristal de la ventana. Se estaba preguntando qué podría usar para defenderse si le atacaban en cuanto cruzase el umbral cuando llegó a la conclusión de que no podría detenerlos si iban armados. Exponerse le dejaría en sus manos. Tenía que cambiar de roles. Transformarse en el cazador a la espera de su víctima. Sacó el cinturón de su pantalón, lo enrolló en las manos y se colocó silencioso en uno de los extremos de la puerta, donde esperó pacientemente, luchando por hacer frente a los leves mareos que sentía. Tenía que ir a un hospital.

Aguzó el oído mientras permanecía tras la puerta, en la misma posición. Le dio tiempo a escuchar las ambulancias y los coches de Policía que pasaban por esas calles, escuchar a los vecinos de abajo reír con algún programa de la televisión y aspirar profundamente cuando el olor a café recién hecho se coló por debajo de la puerta. Tenía sed. Muchísima. Se bebería hasta su propia sangre como un vampiro.

Un golpe al otro lado de la pared fue la señal de alarma. Alguien se acercaba. Cogió aire y lo expulsó con lentitud mientras se preparaba para caer encima de la persona que entrase. El pomo comenzó a girar y, conforme la puerta se abría, Romeo cayó encima, sorprendiendo al hombre que entraba en esos momentos con una bandeja repleta de comida que se le cayó al suelo. Colocó el cinturón alrededor de su cuello y tiró hacia atrás con la fuerza justa para que el señor supiera que se trataba de una amenaza muda que le advertía de que, si hacía algo, le asfixiaría en ese mismo instante.

El muchacho se detuvo a observar algunos rasgos del hombre y, para su propia confusión, llegó a la conclusión de que se trataba de un anciano. Lo supo por ese cuerpo encogido propio de la edad, el pelo blanquecino y las manos temblorosas repletas de venas azuladas y arrugas.

—Te conozco desde hace mucho tiempo, Romeo —pronunció el desconocido con la voz

rota.

—No estoy para firmar autógrafos. ¿Quién eres?

—¿Podrías soltarme para mantener esta conversación? —apuntó, pero Romeo no aflojó—. Tan solo soy un anciano —apeló. Sin embargo, eso no convenció al joven. Sabía de personas mayores que ese hombre que eran capaces de reducir a un adolescente sin apenas esforzarse—. Por no hablar de que te he salvado la vida, ¿no quieres saber el motivo?

Esa incertidumbre sí que caló en el joven. Fuera quien fuese ese desconocido, le había ayudado. Prevenido, le cacheó de arriba abajo en busca de algún arma oculta y le soltó cuando comprobó que no llevaba ninguna.

El anciano se acarició el cuello antes de girarse. Siguió sin reconocerle. No le había visto nunca, eso seguro, porque no habría olvidado ese rostro deformado por lo que parecía ácido o metralla.

—Lamento si te disgusta mi apariencia…

—Tranquilo, tampoco serías mi tipo sin esas cicatrices —le interrumpió. Tenía prisa. Quería que le diese la información que necesitaba ya—. ¿Quién eres?

—Tu sombra durante muchos años —sentenció.

—¿Para qué? —continuó con el interrogatorio.

—Para matarte. —No se anduvo por las ramas, y Romeo lo agradeció; aunque lo que acababa de escuchar no le agradaba, prefería la gente que iba de frente y exponía sus cartas sin trampa ni cartón.

—¿Desvirgué a tu nieta y querías castigarme? —trató de bromear, pero la tensión cortaba el ambiente.

—Más bien vengarme de Abramo. —Siempre ese maldito nombre. Romeo apretó los puños con rabia. Daba la sensación de que un hilo invisible y envenenado le unía a él para compartir la ponzoña que el capo de los Salvatore se había ganado—. No te gusta hablar de tu padre —apreció el señor sentándose en la cama con calma. Esperó a que Romeo hablase, pero el chico no dijo nada y decidió continuar—: El monstruo de Abramo me hizo esto en un ajuste de cuentas —señaló su destrozada cara.

—Si te codeabas con él, tampoco serías mucho mejor. Ninguno de los que nos movemos en su ambiente lo somos.

—Yo nunca me he movido en su ambiente. —No le pasó desapercibido que no le englobaba en el mismo saco que a su padre—. Solo fui una víctima colateral que pasaba por un sitio inadecuado en un momento para nada oportuno.

—Si me admites un consejo, te sale más rentable pagarte una cirugía que enfrentarte a los Salvatore.

—Llevas razón. Era médico, alguno de mis colegas me lo podría haber dejado a un precio irrisorio. —Sonrió con su dentadura mellada y miró fijamente a Romeo—. La cuestión es que no lo hago por mi físico. Ahora llamo más la atención. Antes no era muy guapo que digamos.

—¿Y cuál es tu motivación? —le apremió a desvelar el secreto.

—Que esa bomba que pusieron en la tienda para acabar con los Giaccomo mató también a mi hija. Un segundo estaba girando sobre sí misma enseñándome cómo le quedaba el vestido que le acababa de comprar, y al otro moría en mis brazos desangrándose.

Romeo analizó al señor. Se notaba que el resentimiento le había acompañado buena parte de su vida y no había hecho sino incrementar con el paso de los años.

—Convendrás conmigo en que es una buena excusa para volverse loco.

Nunca había coincidido con un ciudadano de a pie que se hubiera visto afectado por un acto

criminal de la camorra. No le juzgó por querer imponer el ojo por ojo o, en ese caso, el hijo por hijo.

—Tu plan tiene carencias, y no me refiero a que acabar conmigo no te habría devuelto a tu hija, sino a que no le habrías devuelto a Abramo ni la cuarta parte del dolor que él te causó. Lamento decirte que me has sobrevalorado. No le importo tanto como crees.

—Eso ya lo sé. —Se rascó el mentón—. Por eso te he salvado hoy la vida. Siempre he tenido claro que eras mi arma, pero no lo había enfocado de manera correcta hasta que te escuché el otro día hablando con una chica…

—No metas a Berta en esta conversación… —le interrumpió, pero el señor no pareció escucharle.

—Tú le puedes destruir viviendo, convirtiéndote en el caballo de Troya.

—¿Ahora eres policía o algo así?

—No. Mi meta es destruir cada día un poco más a los Salvatore, y con la ley en la mano eso sería muy complicado. Pero conozco al grupo que lleva a los policías infiltrados en la camorra y te podría poner en contacto con ellos para que colaboraseis. Yo puedo disparar desde fuera hiriendo a algunos, pero tú serías la bomba implantada en su corazón que detonaríamos en el mejor momento.

—Una cosa es abandonar la mafia y otra traicionarles, ¿sabes cuáles son las consecuencias?

—Sí, te destrozarían lentamente y sin piedad. ¿Te da miedo?

—Incluso el hombre más valiente lo tendría. Al fin y al cabo, el fin último del ser humano es sobrevivir. Además, ¿qué ganaría yo con todo eso?

—La libertad absoluta. Sobrevivir encadenado no es una vida plena.

—Podría huir…

—…Y estar toda tu vida en un constante estado de paranoia, sin poder abrirte a nadie, siendo un fantasma en alerta por si algún día te encuentran.

—Eso también pasaría si entrase en algún estúpido programa de la pasma. Por no mencionar que los Salvatore tienen sus propios confidentes que podrían delatarme y acabaría siendo un cadáver que se pierde en las profundidades del mar.

—Es una opción. Pero también está la otra. Esa en la que consigues proporcionarles lo que ellos necesitan y te brindan su protección. Además, podrías imponer tus condiciones. —El anciano se levantó y caminó hasta situarse delante de Romeo—. ¿No hay nada que desees con toda tu alma? ¿Algo por lo que pondrías en peligro tu propia vida?

La respuesta a las dos preguntas era la misma y tenía nombre propio: Berta. Infiltrarse le valdría para expiar sus pecados y convertirse en un hombre que la mereciese. Y entonces ni toda la fuerza de la naturaleza aunada en su contra podría detenerle. Iría a por ella a España y rezaría sin creer en Dios para que ese intenso sentimiento que a él le dominaba fuera recíproco. La decisión estaba tomada.

CAPÍTULO 21



El anciano no le confesó su nombre a Romeo. Aunque nunca le dijo por qué no lo hacía, llegó a la conclusión de que escondía su identidad para no poner en peligro a la familia que le quedaba con vida en el caso de que el muchacho decidiese cambiar de bando. No era la primera vez que un infiltrado se involucraba tanto que acababa uniéndose a aquellos que se suponía que iba a traicionar.

No le culpó de tener reservas con él. En ese mundo, ser prevenido era la mayor de las virtudes. Lo sabía muy bien, ya que él tampoco había sido sincero con aquellos que le rodeaban, ni siquiera con Domenico, a pesar de que volvían a ser como uña y carne. Mentir a su amigo le causaba malestar. ¿Cómo iba a evitar que siguiese adentrándose en la camorra si tenía que fingir que estaba de acuerdo con todo lo que hacían?

Regresar con los Salvatore fue más sencillo de lo que pensó en un primer momento cuando el anciano le concertó una cita con uno de los dirigentes del departamento de agentes infiltrados y le explicaron en qué consistiría su nuevo trabajo. Simplemente, contó cómo le habían disparado mientras buscaba a Domenico en la pizzería para blanquear dinero —omitiendo, claro está, la parte de que alguien le había salvado y le había hecho una suculenta oferta—. No necesitó añadir ni una palabra más. La venganza era el motor de esa banda y les pareció la mejor de las justificaciones.

A partir de ese momento le siguieron unos meses en los que forzó sus dotes de actuación. Fingir las veinticuatro horas del día no le resultó tan agotador como cabía esperar; es más, pasadas las primeras semanas, ese juego de mentiras le terminó pareciendo apasionante. Era como si jugase una partida de póker con unas cartas que podían hacerle ganar o perder todo lo que poseía. Y él, evidentemente, quería alzarse campeón.

Su principal objetivo era conseguir alguna evidencia física para que la fiscalía pudiese procesar con éxito a los principales miembros de los Salvatore. Para ello se valía de sus dotes detectivescas, para tener oídos en todas partes, y de las de ladrón, para tener las manos lo suficientemente largas como para hurtar papeles fundamentales sin ser visto y sin que nadie se percatase. Las nuevas tecnologías eran aliadas de ambos: podía utilizar la cámara de su móvil para sacar fotografías necesarias, pero no colocar algún micrófono, ya que los mafiosos tenían sus propios y modernos sistemas de prevención.

Romeo Leone fue el artífice oculto, que nunca figuraría en los anuarios de la Policía, de numerosas operaciones encubiertas en las que los arrestados se contaban por decenas y por las que los comisarios se colgaban medallas en la chaqueta de su uniforme. Sin embargo, eso no le satisfacía, ya que la mayoría de los hombres que acababan entre rejas eran meros peones.

Cazar a los grandes era algo más complicado. Daba igual que Romeo hubiera escalado posiciones, arriesgándose e involucrándose a un nivel que cabía la posibilidad de que fuese absorbido por la mala vida. Ellos siempre se escapaban.

Durante esos meses, había acumulado en su habitación un informe con más de quinientas páginas, pero en ninguna de las líneas aparecía el nombre de Abramo o Alessio, sus dos objetivos principales, su obsesión. Por eso, cuando recibió la llamada que le avisaba de que le

habían descubierto y tenía que largarse ya, sintió más frustración que miedo, porque le molestaba más tener que marcharse sabiendo que esos dos monstruos se quedaban en la calle que saber que a partir de ese momento siempre tendría una diana en la frente.

Debería haber seguido el protocolo establecido y haber ido volando al lugar de encuentro, pero seguía sin ser muy amigo de las normas. Eso y que todavía sentía el calor de las manos de su madre mientras apretaba las suyas en su lecho de muerte. Necesitaba un recuerdo suyo. Algo. Quién le iba a decir que, después de veinticuatro años de convivencia, sería la última noche la que los uniría. El adiós definitivo.

Dada su experiencia, Romeo se mentalizó de que cualquier día cruzaría el umbral de su casa y se encontraría su cadáver con una sobredosis en el salón. Sin embargo, la muerte era caprichosa y le gustaba jugar con el factor sorpresa. De esta manera, le pilló desprevenido que le diagnosticasen cáncer y tuvo que aprender a marchas forzadas cómo ayudar a una enferma terminal. La acompañó a quimioterapia, le sujetó el poco pelo que le quedaba mientras vomitaba dando grandes arcadas en el baño, le limpió la comisura de los labios cuando tenía esa tos persistente y seca y expulsaba sangre, y la cargó en brazos cuando estaba agotada y le costaba hasta caminar la distancia que separaba el sofá de la cama.

Esa última noche, mientras la observaba sentado en el sillón para acompañantes de la habitación de paliativos, se percató de que estaba más delgada que de costumbre, y eso que las drogas siempre la habían tenido bastante consumida.

Romeo estaba cansado de la actividad que había tenido durante todo el día y, aun así, no cerró los ojos. Algo le decía que no debía hacerlo, que la observase el tiempo que pudiese porque nunca más podría hacerlo, que el tiempo se acababa y dormir no era una opción. Gracias a eso, la vio abrir los ojos desorientada y acudió a su lado. Se sentó con cuidado en un lateral de la cama y le tocó la frente por si tenía fiebre.

La mujer se le quedó mirando un rato antes de dirigir su atención a la estancia. Paseó su mirada por todos los rincones. Estaba buscando algo. Más bien a alguien. A su familia.

—Están fuera —mintió Romeo, y le costó pronunciar la siguiente frase, sobre todo porque odiaba a sus abuelos; no solo por no haberle hecho caso durante toda su vida, sino porque se habían negado a visitar a su madre después de que él se tragase su orgullo y fuese a su casa para suplicárselo—. Los abuelos querían pasar la noche contigo, pero solo dejaban a una persona y me he empeñado en ser yo. Qué se le va a hacer, has criado a un egoísta. —Se puso la máscara y sonrió—. Mañana los verás —pronunció intuyendo que, por no ver, no vería ni el amanecer. Nunca había mentido, se jactaba de ser directo, le doliese a quien le doliese, pero por ella traicionó hasta sus propios principios.

—Gracias. —Su madre quiso creerse sus palabras, aunque en el fondo sabía que no eran ciertas.

Su madre intentó incorporarse torciendo el gesto de dolor.

—Estás muy débil. No hagas esfuerzos. Descansa.

—Necesito hacerlo. No me moriré en paz si no tengo una conversación contigo. —Se agarró con fuerza al colchón y lo logró. Ambos se miraron fijamente a los ojos y Romeo notó que le dolía el pecho—. He sido una madre pésima, Romeo, una mala persona.

—Yo no diría eso. Solo que has estado muy enferma y no has puesto todo de tu parte para curarte.

—Mi única droga debiste ser tú y cuidarte, mi adicción. —Algunos pensarían que estaba delirando, pero Romeo creyó que por primera vez le hablaba sin ese fantasma de la heroína que la poseía—. Todo habría sido diferente para ti.

—¿A qué te refieres?

—Siempre te has creído un chico malo y no te he sacado del error, pero eres noble, Romeo. De lo contrario, no me habrías acompañado durante mi enfermedad después de mi comportamiento.

—Eres mi madre. Cualquiera lo habría hecho.

—No. Solo las personas que tienen el corazón tan grande como tú. —Su madre dejó caer la cabeza encima de su hombro. Romeo se tensó. No estaba acostumbrado a esos gestos. Tardó unos segundos en acostumbrarse al tacto de la mejilla contra su piel y, como si fuera un gesto involuntario, descendió hasta apoyar la suya encima de sus cabellos.

Se quedaron así unos segundos. En silencio. Nunca se había preguntado a qué olía el pelo de su madre. Ahora sabía que era a vainilla. Le gustó la sensación de inundar sus pulmones de ella, de la tranquilidad de estar los dos juntos sin que importase más que sentir el movimiento del otro al respirar.

—No quiero morirme. No así.

—¿Cómo?

—Intranquila. Odiándome a mí misma. Nunca podré perdonarme que no tengas el futuro que te mereces porque te lancé de lleno a la mafia.

Romeo tragó saliva. Tenía absolutamente prohibido contar algo. Lo valoró y le dio igual.

—Ya no estoy con los Salvatore.

—¡No mientas a una moribunda! —le regañó.

—No lo hago. Es verdad.

—Hace una semana estabas en casa trapicheando…

—Todo es una farsa. —Cogió aire—. ¿Tendrías tiempo para escuchar una historia un poco larga?

—Claro. Quiero que todos los minutos que me quedan sean tuyos.

Romeo le relató todo, desde que conoció a Berta con el único interés de atracarla hasta que ella cambió el prisma con el que veía su propio mundo. Le habló de un balazo en el abdomen y un hombre con una oferta que no pudo rechazar.

—No puedes permitir que te pillen —le interrumpió.

—No lo haré.

—Y tienes que ser feliz. Da igual los años que vivas, pero tienes que serlo, por favor —le miró suplicante, y Romeo solo pudo añadir:

—Lo seré. Tienes mi palabra.

Su madre se relajó de nuevo y apoyó su fina mano encima de la de Romeo. Su tono blanquecino carente de vida contrastaba con el moreno del muchacho y su debilidad con su fuerza y, aun así, cuando las entrelazaron, parecían piezas de un mismo puzle que acaba de encajar.

—Cuéntame cómo va a ser tu vida en España —le instó a hablar.

—Todavía no sé si acabaré yendo allí. Influyen muchos factores. Madrid solo será mi destino si todo sale bien. —Eso era algo que tenía muy claro. Nunca pondría a Berta en peligro.

—Entonces, inventa una historia con final feliz para mí y hazme soñar.

Se iba a negar cuando la miró y vio que le observaba con la súplica impregnando sus pupilas. Tomó aire y forzó a su imaginación oxidada a dibujar la fantasía de los sueños que anhelaba y, entre palabras de esperanza, con una media sonrisa pintada en el rostro, su madre se marchó.

Esa conversación creó unos lazos de unión. Romeo era consciente de ello mientras entraba en su casa y rebuscaba con urgencia algún recuerdo que llevarse de ella antes de huir. Entre todas

las cosas seleccionó una fotografía, la sacó del marco y la metió en el bolsillo de su cazadora antes de salir de su bloque a toda prisa. Una vez en la moto, no se permitió el lujo de echar un pequeño vistazo atrás para decirle adiós al barrio que le había visto nacer y crecer y que ahora abandonaba.

Parecía que Nápoles se había vuelto su aliado. Esa misma tarde había caído un torrente de lluvia y las calles estaban vacías, sin coches circulando o transeúntes que le obligasen a frenar. Serpenteó por los caminos que conocía de memoria rumbo a su destino, inundando los pulmones de ese aire viciado con olor a humedad que a él le sabía a libertad.

Estaba cerca de su destino cuando un coche salió de una de las calles paralelas y se colocó en mitad de la calzada bloqueándole el paso. Derrapó, dejando las huellas de las ruedas en la calzada y olor a goma quemada, y emprendió la huida en dirección contraria. Creía que había conseguido escaparse cuando otro vehículo salió de la nada y repitió el mismo ritual. Frenó de golpe para no estamparse y destrozar sus huesos contra la carrocería, perdió el equilibrio y salió despedido al suelo.

Se levantó de un salto. Le dolían las piernas del impacto, pero no era momento para quejarse. Buscó alguna salida. Cualquier callejón paralelo por el que poder correr le valía.

No había nada. Estaba sitiado, cercado, aislado. Un chico salió de cada coche apuntándole con un arma. Le tenían rodeado. No podía escapar.

Reconoció al primero. Era un joven de los Salvatore con el que había tomado algunas cervezas. Nada más. No podía apelar a que se compadeciese de él.

Se giró y sintió una punzada de esperanza al comprobar que el segundo era Domenico. Su amigo le miraba serio y molesto. Enterarse de la traición debía haber sido doblemente doloroso para él. Romeo conocía lo impulsivo que era su amigo y que, cuando algo le cegaba, no veía nada más. Además, era consciente de hasta qué punto le habían comido la cabeza los Salvatore. Pero era su única opción. Corrió en su dirección.

—¿Qué crees que haces? —Domenico levantó el arma y acarició el gatillo amenazador.

—Tienes que dejar que me largue o me matarán. —Se detuvo y fue claro y conciso. No había tiempo para más. Las explicaciones y disculpas tenían que quedar relegadas para otro día.

—Haberlo pensado antes de engañarnos a todos. —Notó decepción en su voz.

—No tengo tiempo para discutir, Domenico. Me estoy jugando la vida —le recordó.

—Cállate y no te muevas hasta que vengan los demás. —Metió la mano en el bolsillo de la cazadora para sacar el móvil y le hizo un gesto al otro chico. Domenico llevaba la voz cantante. Daba las órdenes.

Si marcaba el número de Alessio o de cualquier otro, no tendría escapatoria. Romeo tuvo que tomar una de esas decisiones drásticas que se llevan a cabo en momentos desesperados. Caminó en su dirección. No para reducirle. Eso no era buena idea, porque el joven de detrás le dispararía sin miramientos y porque él era perfectamente consciente de que no podría hacer daño a su amigo. A él no.

—No des ni un paso más —le advirtió Domenico.

—¿Qué vas a hacer si lo hago? ¿Matarme? Ya me estás sentenciando a ello si haces esa llamada.

—No me importa —dijo con seguridad, pero sus manos temblaban. Romeo se percató de este detalle.

—¿De verdad? —Enarcó una ceja—. Entonces ten los cojones suficientes de hacerlo tú mismo.

Antes de que Domenico pudiese reaccionar, Romeo se puso delante. Tan cerca que los ojos

de ambos quedaban a la misma altura y podían distinguir los matices de la mirada del otro. Abrió la boca e introdujo el cañón en su interior. Mordió el frío metal con fuerza mientras pronunciaba entre dientes:—Vamos, hazlo de una maldita vez si tan seguro estás.

—¿Te has vuelto loco? —Se pasó la mano por la cabeza rasurada con nerviosismo y el móvil se le cayó al suelo.

—Solo te estoy facilitando las cosas. ¿No estás tan seguro? Joder, te estoy convirtiendo en el maldito rey de la camorra. —Escupió—. Todos te adorarán si me asesinas después de traicionarlos. Ascenderás más alto de lo que habías codiciado.

—¡Aparta! —Le intentó empujar, pero Romeo se movió hacia delante embravecido.

—No me da la gana ponértelo fácil. Deja que me marche o dispara. Son las únicas opciones que tienes.

Los dos se sostuvieron la mirada y Domenico asintió. Comenzó a deslizar el dedo por el gatillo y Romeo cerró los ojos instintivamente. Entonces sintió cómo el cañón salía rápidamente de su boca, su amigo le empujaba con fuerza y escuchó dos disparos mientras caía.

Abrió los ojos en el suelo y observó que el otro chico yacía inerte sobre el capó de su coche. Se giró para mirar a Domenico, que seguía empuñando la pistola con seguridad. Iba a agradecérselo cuando las piernas de su amigo se doblaron y se derrumbó en el asfalto de rodillas.

—¡No! —gritó Romeo. Y debió hacerlo tan alto que hasta las aves diurnas despertaron y sobrevolaron el cielo de Nápoles.

Corrió a su encuentro y le sujetó por detrás antes de que se cayese de lado. Nunca en su vida había estado tan nervioso. Nunca en su vida había experimentado esa sensación en la que la angustia se materializa y te agarra el cuello con rabia asfixiándote. Nunca en su vida había sentido lo que era querer sacarse el corazón del pecho y dárselo a otra persona.

—Joder, tío, parecemos la Piedad del Vaticano —trató de bromear Domenico, y le sobrevino un ataque de tos con sangre.

—No hagas esfuerzos. Voy a llevarte al hospital y vas a ponerte bien —dijo más para convencerse a sí mismo que para animar a su amigo herido.

—No me duele. Mala señal.

Romeo trató de que las manos le dejaran de temblar, pero no pudo controlarlas. Tenía el pulso agitado y se había mordido con tanta rabia el labio que resbalaba sangre por su barbilla. Levantó la camiseta de Domenico y se encontró con un espectáculo para nada esperanzador. A diferencia de su disparo, cuya bala le dio en un costado, a Domenico le había atravesado los intestinos, que se podían entrever entre el líquido rojizo que manaba de su interior.

Volvió a colocar la tela por encima y apretó con fuerza para contener la hemorragia. Domenico ladeó la cabeza para observarle.

—No sabía que al gran Leone le daba miedo la sangre. —Sonrió. Cada vez perdía más el color.

—Solo cuando sale de tu cuerpo —replicó, y notó que se había formado un nudo en su garganta.

—No tiene buena pinta, ¿verdad?

Romeo no pudo hablar y se limitó a negar con la cabeza.

—Lo siento… —Más que dos palabras, fue un sollozo animal que habría sido capaz de romper el corazón de cualquiera que lo hubiera escuchado, por muy insensible que este fuese.

—No me vayas a llorar como una nenaza, ¿eh? —Estaba nervioso, y por eso trataba de quitar hierro a la conversación, para no centrarse en la realidad. Se estaba muriendo.

—Tendría que ser yo el que se desangra… —Realmente lo sentía así.

—¿Tú no te habrías interpuesto entre una bala y yo?

—Sí, aunque no sé a qué viene eso.

—Viene a que me dejes ser el mártir por una maldita vez. Siempre has estado a mi lado, ayudándome, recibiendo las palizas que yo me ganaba, sacrificándote por mí. Y te recuerdo que cuando juramos protegernos con nuestra propia vida si era necesario, lo hicimos los dos.

Romeo se trasladó y comenzó a revivir todos los instantes que había pasado junto a él. Desde que eran dos niños que fumaban a escondidas, pasando por los adolescentes que se reían entre copa y copa mientras miraban a las chicas que había en la discoteca, hasta una tarde de verano, unos días antes de que llegase Berta, cuando, sentados en la playa bebiendo una litrona a medias, se dio cuenta de que Domenico era más que un amigo, era su hermano.

La mayoría de los instantes de felicidad que recordaba los había pasado a su lado y no quería crear nuevos si él no estaba. Esa era la verdad. Le necesitaba. Era su maldita alma gemela.

—También prometimos que iríamos donde fuese el otro. —Arrebató el arma de las manos de Domenico dispuesto a pegarse un tiro en cuanto su amigo falleciese. Y lo habría hecho con gusto si este no hubiese hablado.

—¡Y una mierda! —Le leyó los pensamientos y habló entre convulsiones—. Ya que mi vida no lo ha hecho, tienes que conseguir que mi muerte cuente, que sirva para algo, y eso solo ocurrirá si eres el puto ser humano más feliz sobre la faz de la tierra, ¿me has entendido? —Silencio—. ¿Me has entendido? —gritó con la poca fuerza que le quedaba, y Romeo asintió, sin percatarse de lo curioso que era que las dos únicas personas que le importaban de Italia le hubiesen pedido lo mismo—. Joder, mi madre…

—¿Qué pasa?

—Se quedará destrozada. —Domenico no pudo contenerse más y se echó a llorar. Aunque no lo dijo, Romeo estaba seguro de que, si le hubieran preguntado por su último deseo a su amigo, habría sido abrazar a Francesca como si nunca hubiese dejado de ser un niño. Así morían los mafiosos. No lo hacían entre gritos de *vendetta* o discursos para enardecer el odio, sino sollozando, repitiendo el nombre de sus madres hasta que se les acababa la voz—. Tienes que ayudarme.

—Haré todo lo que me pidas.

—Vamos a engañarla.

—¿Cómo?

—Haremos creer a todos que el que murió aquí fuiste tú, que yo también estaba infiltrado. Así ellos buscarán al fantasma y dejarán en paz al vivo.

—¿Y qué tiene esto que ver con tu madre?

—Vas a escribirle en mi nombre. Cada mes, ¡cada semana! Y le contarás que dejé la mafia por ella, para que se sintiese orgullosa de mí; que al final consiguió que fuese por el buen camino, ¿entendido? —Asintió—. Y no escatimes en frases sentimentaloides de esas que gustan a las mujeres. Si no te ves capacitado, que lo haga la española.

—Haré las cartas más cursis de la historia de la humanidad.

—Así me gusta.

Domenico trató de sonreír, pero le sobrevino un escalofrío y se encogió sobre el pecho de Romeo.

—¿Puedo decirte que te quiero sin que te enamores de mí? —preguntó el muchacho, que notaba cómo la vida le abandonaba a pasos agigantados.

—Solo si me dejas que te conteste que yo más.

Romeo le atrajo y le meció, con las lágrimas de sus ojos mojando su pelo, hasta que su

cabeza cayó inerte contra su hombro. Después no supo el tiempo que continuó en la misma postura antes de que apareciese el anciano y le obligase a ponerse en pie. Veía cómo sucedía todo como si fuera un espectador de una película: el hombre cambiando las identificaciones, diciéndole que se fuera al coche, que se encargaría de todo, y él llorando contra la ventanilla como un desgraciado hasta que regresó.

Y así abandonó Nápoles, con un dolor en el pecho que formaría parte de él para el resto de su existencia y una certeza: pensaba exprimir al máximo la vida que le quedase. Ese sería su particular homenaje a Domenico y su madre.

CAPÍTULO 22



El verano ha llegado de nuevo. Algunos científicos dicen que hemos pasado por el invierno más frío de la historia. Yo no puedo compartir esa opinión, puesto que para mí ha resultado ser el más cálido desde que puedo recordar.

Imagino que han influido un poco en mi temperatura las vivencias que han tenido lugar estos meses. No, aún no le he visto, pero le he sentido cada día. Han existido regalos, detalles y notas, muchas notas. Los trocitos de papel con palabras y frases se han convertido en nuestro único método de contacto. Nunca hasta este momento había valorado tanto el folio de papel, un lugar en el que puedes escribir tus sentimientos y hacérselos llegar a la otra persona sin intermediarios, con la seguridad de que, si no lo muestras, nadie más lo leerá.

Guardo los mensajes en mi cabeza, puesto que he quemado todos los que me mandaba como prevención, por temor a que alguien los encontrara y eso me pudiera alejar más tiempo de su lado.

Los mensajes escritos son unidireccionales, dado que yo no tengo ninguna dirección física a la que poder mandárselos. Sin embargo, y como le siento cerca de mí en bares y lugares abarrotados de Madrid, no dudo en dejar mensajes, ya sea en un árbol, en una servilleta o en cualquier lugar, creyendo que de alguna manera él tendrá acceso a ellos.

Esta especie de historia también me ha producido algún momento incómodo. Por ejemplo, hace unas semanas dejé en un bar una servilleta con el texto «Te echo de menos y quiero verte». El problema es que Romeo no estaba allí o el camarero se adelantó y resultó que su novia era la dueña del local, y al leer la nota que tenía su pareja se puso a gritarle hasta el punto que tuve que intervenir, ya que, si no lo hago, corta con él allí mismo.

Estoy impaciente, y es que aunque el tiempo transcurre más rápido que cuando creía que estaba muerto, no pasa lo suficiente veloz como para superar este intervalo que nos ha sido impuesto por nuestra propia seguridad. Me gustaría saber qué día será el que podamos empezar una vida juntos. Si me pongo a elegir, también quiero saber el cómo. Todas las noches antes de dormir me entretengo imaginando la escena. La que más me gusta ocurre en un escenario muy bonito: el Retiro de Madrid. Yo estoy paseando —perfectamente arreglada—y llego al lago; entonces noto cómo unas manos me giran y allí está él, que me besa con toda la pasión que hemos contenido durante este tiempo.

He matizado lo de arreglada porque ahora todos los días me visto bonita, por si acaso es mi final de película y no voy vestida de la manera adecuada. Todos menos hoy, y es que no se puede ir con ese tipo de ropa a hacer el Camino de Santiago.

Este año me he decantado por unas vacaciones un poco diferentes. Después de experimentar con mi viaje a Nápoles, he decidido que para este verano quería algo más espiritual. Y no me he equivocado. Pese a no haber hecho deporte en mi vida y sufrir las agujetas y las ampollas, todo el dolor ha quedado eclipsado por los paisajes de la maravillosa Galicia. Una comunidad que me era desconocida y que ahora siento parte de mí misma.

Me ha acompañado mi fiel amiga Tamara que, al igual que yo, todas las mañanas ha odiado esta tierra de montañas y paisajes para por la tarde celebrar nuestra decisión en alguna terraza

con la única compañía de un vino blanco.

Pilar no nos ha acompañado en esta ocasión, pero por una buena razón. Ha desafiado a las estadísticas y continúa con su relación a distancia con Enrico, cada día más enamorada y más feliz. Va a resultar que el famoso macetero que se trajo a España y sus delicados cuidados han dado su fruto.

Hoy hemos llegado a nuestra meta. La ciudad de Santiago se ha extendido ante nosotras y nos encontramos a un paso de pisar la ansiada plaza del Obradoiro. Quiero alargar mi camino por lo menos tres segundos en la calle secundaria que da paso a la famosa catedral.

Tomo aire y doblo la última esquina. Ante mí se extiende una plaza repleta de peregrinos que caen rendidos al suelo, cediendo al cansancio y a la majestuosidad de la construcción.

Voy a imitarlos cuando un grupo de ciclistas me corta el paso.

—¡Cuidado! —logro escuchar que alguien me grita, y me doy la vuelta para comprobar que los tengo encima. Sin tiempo para reaccionar. Me van a atropellar.

Cierro los ojos, pero el dolor no llega. Oigo el chirrido de unas ruedas a mi lado. Ha frenado a tiempo. Aún con los ojos cerrados, me pongo a gritar nerviosa.

—¿Estás loco? ¿Se puede saber cómo vas a estas velocidades por aquí? ¡Es peatonal! —No contesta, así que prosigo indignada—: Has estado a punto de atropellarme. —En vez de sentir vergüenza o pedirme perdón, el energúmeno que tengo a mi espalda comienza a reírse—. ¿Encima te ríes? —grito girándome para encararme con él.

Sus ojos. Es lo primero que distingo antes de percatarme de que se trata de Romeo.

—¿Puedes ir mañana a Finisterre? —me pregunta con un extraño y novedoso acento español situándose a mi lado. —Allí estaré —asiento.

No me da opción a agregar nada, puesto que emprende la marcha y se aleja de mí.

Tamara se acerca en ese momento y, excitada, me explica que le han contado otro ritual del camino: el París-Dakar. Es algo simple, en una calle aledaña hay un bar que se llama París y otro Dakar, y entre ambos, una docena de establecimientos. Los peregrinos deben beber un vino en cada uno y conseguir un sello. Una especie de camino alternativo.

Yo no reacciono, solo puedo pensar en esos ojos verdes que me esperan al día siguiente y en cuál será el motivo de nuestro encuentro.

Me despierto muy temprano. Romeo no me ha dicho ninguna hora, por lo que quiero llegar lo más pronto posible. Abandono la habitación mientras me llegan los pequeños ronquidos de Tamara, que logró realizar con éxito el París-Dakar. Sonrío. Seguramente estará dormida hasta bien entrada la tarde y se despertará con un considerable dolor de cabeza.

La anciana de la recepción me indica dónde puedo coger el autobús. Algunos valientes realizan ese tramo andando, pero está más o menos a cien kilómetros, por lo que no me puedo permitir esa nueva aventura.

Compro los billetes y me siento al lado de la ventanilla. Desde mi posición puedo observar el camino serpenteante, poblado de naturaleza, que lleva hasta el cabo de Finisterre. Al cabo de una hora y media más o menos, el vehículo se detiene en un *parking* repleto de turismos.

En cuanto desciendo del autobús, la brisa marina me invade. Al instante se me acercan algunas personas para ofrecerme propaganda de los menús de sus diferentes establecimientos. Guardo todas por si acaso. ¿Es posible que esa misma tarde esté con Romeo en algún bar del puerto disfrutando de un plato de marisco?, me pregunto, pero al instante niego con la cabeza. No debo hacerme ilusiones antes de tiempo.

Como no sé exactamente dónde nos veremos, continúo andando hasta llegar a una pequeña tienda en la que acabo comprando un colgante hecho con conchas marinas. Para pasar el tiempo.

Romeo sigue sin dar señales de vida, por lo que prosigo mi particular visita turística. Subo por las montañas de piedra que rodean el faro a ambos lados para vislumbrar el océano Atlántico. Como está lleno de turistas que no paran de hacer fotografías, sigo mi camino hacia delante. Así, paso por el kilómetro cero del peregrinaje e intento subir al faro para comprobar que no es posible.

Finalmente, cruzo el muro que separa el faro de la colina descendente que forma el acantilado de Finisterre. Sorteo los diferentes caminos y voy bajando hasta llegar a una piedra solitaria en la que me siento dejando que mis piernas cuelguen en la pendiente.

A mi alrededor no hay nadie. Las familias no se aventuran a bajar tanto.

Veo las rocas con cenizas a mi alrededor entre los arbustos. Algunos peregrinos queman allí sus pertenencias como símbolo de acabar con todo lo viejo y comenzar una nueva vida. Leo los nombres grabados en ellas y me atrevo a imaginar las historias de algunas de esas personas venidas desde todos los puntos de la Tierra.

No puedo ver el sol, puesto que las nubes negras y la niebla me lo impiden. Por supuesto, era algo con lo que contaba. Por este motivo, me he decidido por unos pantalones de deporte y una sudadera con capucha para nuestro reencuentro en lugar de la camiseta de tirantes ceñida que me había ofrecido Tamara.

La Costa de la Muerte, que es como llaman al mar en esta parte de Galicia, parece más tranquila que de costumbre. De hecho, sus olas no golpean con fiereza las rocas que tengo bajo mis pies. En lugar de eso, la marea permanece mansa, dejándome disfrutar de los barcos pesqueros y permitiendo a las gaviotas posarse en sus aguas.

Una ráfaga de aire helado me golpea y tengo que abrazarme a mí misma. El viento transporta un aroma que hace que me estremezca. Un olor que me produce el escalofrío más grande de mi vida.

Permanezco sentada con la vista al frente mientras Romeo se sienta.

—¿Ha sido difícil decidirse por un único deseo? —me pregunta. Está a una distancia prudencial, pero le siento tan cerca que se me pone piel de gallina.

—¿Un deseo? —pregunto sin comprender a qué se refiere. Lentamente mis ojos se mueven hasta encontrarse con los suyos. Está tan guapo como siempre, aunque algo cambiado. Su piel ya no está tan bronceada y el pelo le ha crecido formando unos graciosos rizos castaños. Sus ojos, sin embargo, conservan el mismo tono verde esperanza.

—He oído que mucha gente «renace» una vez llegan a este punto. En mi caso, en vez de pedir una vida nueva, me he decidido por un deseo.

—Es bastante original. No lo he hecho, pero si tuviera un folio, podría escribirlo en un minuto. Llevo meses sabiendo lo que necesito —contesto, y noto cómo su mirada se ilumina.

—Espero que no lo malgastes pidiendo un imposible, como que te toque la lotería… —bromea, y sus gruesos labios se curvan en una sonrisa ladeada.

—Sería bastante coherente con mi petición. De hecho, ya se me ha cumplido…, ¿y tú?

—He escrito algo. —Me tiende una bola de papel arrugado que deposita en mis manos. Su contacto hace que mi corazón se acelere—. Verte no ha sido mi deseo, si es lo que piensas. He aprendido que no debo dejar al azar las cosas más importantes de mi vida —afirma acariciándome la mejilla—. Esa era la manera egoísta de actuar de Romeo. Ahora soy Pablo, un exmafioso loco que perdió la cabeza por una española un poco terca y lo dejó todo para venir a su lado. ¿Te gusta el nombre?

Asiento. Tengo el impulso de lanzarme a darle un beso, pero me contengo. Estamos en un mundo en el que solo existimos él y yo. Por eso hay algunos temas que debemos hablar.

—Lo siento —exploto. Llevaba meses sintiéndome culpable por haberle abandonado a su suerte cuando más me necesitaba—. No debí haberte dejado aquel día en el aeropuerto, lamento…

—No sigas por ahí. ¿Qué se supone que hiciste mal?

—Irme y dejarte.

—No, marcharte ha sido lo mejor que pudiste hacer. Me diste el toque de atención que necesitaba para aprender que las cosas que uno más quiere no se consiguen sin sacrificio. Gracias a tu decisión cogí las fuerzas necesarias para esforzarme cada uno de mis días en convertirme en una mejor persona que pudiera optar a merecerte —mientras habla, observo que tiene una de sus manos apoyadas en el césped y muevo levemente la mía hasta que los laterales se tocan—. Hubo un día que estuve a punto de tirar la toalla y volver a la vía fácil —confiesa—. Entonces recordé tu imagen y supe que todos los meses de sufrimiento y dolor merecían la pena si algún día, en cualquier lugar del mundo, te volvía a besar.

—Romeo —olvido que ya no se llama así, sino Pablo—, pudiste morir.

—Y lo habría hecho. En cierta manera, lo hice. Y aunque no te lo creas, ahora mismo lo haría si me despidiera de este mundo besándote. Valoras demasiado la vida, Bertita —me habla con tal familiaridad que olvido los meses de separación—. Una vez que descubrí aquello que daba sentido a mi existencia, no estaba dispuesto a continuar si no volvía a poseerlo. Me resisto a medir mi vida por el tiempo que aguante vivo en la Tierra; prefiero calcularla imaginando todos los momentos que me quedan a tu lado, los únicos instantes en los que sobrevivir tiene sentido. Veo el resto de mi vida como si fuera conduciendo por una autopista y, si no eres tú, no quiero otra compañera de viaje. Sé que habrá momentos duros, que te sacaré de quicio y en ocasiones tú harás que me exaspere. También estoy seguro de que una sonrisa tuya servirá para borrarlo todo, que en los malos momentos tendré a mi alma gemela para ayudarme, y que cada día te querré un poco más que el anterior, pero menos que el siguiente.

Me quedo sin palabras.

—Me da miedo no cumplir las expectativas, que hayas luchado por nada, que cuando me conozcas en esta nueva etapa, te des cuenta de que no merecía tanto la pena…

—En cierta ocasión me dijeron que sabes que estás enamorado cuando irías con esa persona a cualquier parte. Pues bien, yo he venido contigo hasta el fin del mundo, literalmente. —En la época de los Reyes Católicos se creía que Finisterre era el fin de la Tierra—. He venido al fin del mundo contigo —repite—, y pienso regresar de tu mano.

Nos miramos con pasión y antes de que pueda contestar, me agarra y me besa provocando en mi interior una explosión de sentimientos. Nuestros labios se acoplan como si estuvieran hechos para estar juntos.

—Llevamos tanto tiempo esperando… —logro susurrar rozando mi nariz con la suya.

—… Y esperaría más si no estuviese convencido de que ya es seguro tenerte a mi lado.

—¿Ya? —exclamo emocionada, y me lanzo a sus brazos.

Asiente mientras me acuna.

—Ha llegado el momento de que conozcas a Pablo, un joven italiano que vino a España buscando suerte y ahora trabaja en un taller. Experto en motos…

Le corto y me lanzo de nuevo a besarle como si me quemara estar separada. Ha luchado tanto por mí que siento como si fuera a estallar de amor.

—Ya es hora de que comencemos a crear los recuerdos de toda una vida —le digo—. Van a ser tantos que tendremos que comprar un buen baúl donde guardarlos… —Nos miramos fijamente.

—Como dice esta roca —y me señala un grabado—, esto es el principio, no el final.

—Imagino que siempre lo has sabido, pero quiero decirlo en voz alta. ¡Te quiero! —grito, y las gaviotas del mar echan a volar—, Romeo Leone —susurro.

—Esas son exactamente las palabras con las que soñaba cada uno de mis días.

Nos ponemos de pie y, cogiéndome de la cintura, me atrae para besarme de nuevo.

—Ahora lee mi deseo.

Me había olvidado de la nota por completo. Apoyo mi cabeza en el hueco de su hombro mientras la desdoblo.

Dije que nunca te lo diría en voz alta porque no tendría valor… Sin embargo, sí que lo tiene si lo escribo… Porque es la primera vez: Te amo, Bertita. ¿Te atreves a compartir el resto de tu vida a mi lado?

Una vez leí que «el pensamiento de un hombre es, ante todo, su nostalgia por las cosas que pudo hacer y no llevó a cabo». Un sentimiento de arrepentimiento que acompaña a las personas durante los últimos años de su vida. Para no caer en los errores de los demás, me arriesgué y me entregué a ese hombre sin reservas, y ahora, en mi madurez, estoy segura de que tomé la mejor decisión. Toda una vida a su lado corrobora mis palabras.

Pero esto ya lo sabía aquel día con mis veinticuatro años mientras las lágrimas caían por mi rostro, consciente de que nuestra espera había terminado y nuestra verdadera historia estaba a punto de empezar. Con Romeo había experimentado lo que sentía al bajar a los infiernos, y en ese momento estaba preparada para subir de su mano directa al cielo. Con ese amor tan pasional, inmenso e irracional que sentía y he sentido siempre; que me daba la vida y me la quitaba en un instante, que me oprimía el pecho y a la vez me permitía respirar, que bombeaba mi corazón con los latidos de una bala.

EPÍLOGO



Los años han pasado para todos. También para él. Abre el armario y encuentra su vieja cazadora de cuero, esa que le acompañó durante tanto tiempo. La sostiene entre sus manos y los recuerdos vienen solos. Regresa a Nápoles. Todavía puede sentir ese sol que le bronceaba la piel, el aire de la costa azotándole la cara, el sonido de las olas al romper y el sabor de la *pizza* recién hecha.

También puede verlos a ellos. Tal vez no hable de Domenico y su madre todos los días. No es necesario. Para él nunca han desaparecido. Los lleva incrustados en su piel, en su corazón, como si parte de su esencia se hubiera quedado en la tierra acompañándole en la aventura de su vida. Ellos y su promesa. En cada momento de felicidad allí están, porque se los dedica. Todas las sonrisas son en su honor.

No se arrepiente de su pasado y las circunstancias en las que se vio envuelto porque, al fin y al cabo, le condujeron a ella. Ella, que le demostró que estaba confundido y el paraíso no se hallaba en la supremacía, el lujo, el poder, en sentirte un dios por encima de las nubes, sino abajo, en la tierra, en la normalidad, en las caricias, en las conversaciones, en los besos, en esos sentimientos que durante tanto tiempo tuvo olvidados. Ella, que le enseñó que la vida era muy corta y estaba para saborearla, no para pasar como un rayo fugaz a la velocidad de la luz, sino para ir despacio, deteniéndose en los detalles, disfrutando de ellos.

Una idea surge en su cabeza. Se pone su cazadora, coge las herramientas del taller que tiene por casa y baja al garaje comunitario que tiene en el piso de Madrid. Quita la tela que cubre la moto que se compró nada más llegar a España y está horas allí abajo hasta que su motor vuelve a cobrar vida y ruge.

Se monta, acelera y se pierde por las calles de la capital, igual que hacía en Italia en otro tiempo. Coge la autopista y se encamina a los estudios de Antena 3, donde ella se encuentra trabajando ese fin de semana. Llega media hora antes de su horario de salida, aparca y se apoya despreocupadamente contra la pared. Ya no es un chaval de veinte años, pero sigue teniendo su misma actitud, esa especie de marca de identidad que no desaparece.

Espera fumando un cigarrillo hasta que la ve aparecer despidiéndose de sus compañeros. Los partos de sus dos pequeños se intuyen en su figura y aun así piensa que no existe una persona en todo el universo a la que le queden tan bien unos vaqueros desgastados y un moño desecho.

Berta va a volverse con una de sus amigas con la que comparte coche para ir a trabajar cuando le distingue y, aunque ha visto esa sonrisa ladeada millones de veces, no puede evitar ponerse nerviosa cuando él se la regala de nuevo. Se despide de su amiga y camina hacia él.

—¿Pasa algo? —Se detiene a su lado.

—Quería darte un beso. —De repente, tiene claro el motivo por el que ha ido hasta allí.

—¿Y no podías esperar a que llegase a casa? —pregunta ella mientras sonríe con ilusión.

—Evidentemente, no.

—Pues tendrás que hacerlo. No pienso besarte con esa cara llena de grasa —le señala, y él se percata de que no se ha limpiado desde que ha arreglado la moto y que seguramente va pringado hasta las cejas.

—¿Es tu última palabra?

—Sí.

—Bien. Porque siempre he disfrutado llevándote la contraria.

Tira de su mano y de nuevo se funden en un apasionado beso en el que poco importa que los dos acaben manchados de aceite. Eso es algo que le gusta. La magia no ha desaparecido ni se ha desgastado por el paso del tiempo, sino que ha aumentado proporcionalmente a su edad, experiencia y complicidad, en una montaña rusa que seguirá ascendiendo, más allá del cielo, a territorios desconocidos para el resto de la humanidad. Un universo infinito para Romeo y Berta.

AGRADECIMIENTOS

A mi editora, Ade Herrera. Gracias por confiar en esta historia, por permitirme ponerme de nuevo en la piel de los personajes, por darme la oportunidad de ampliar, de añadir, de vivir a través de Romeo y Berta. Ha sido un viaje impresionante que ha dejado huella en mi corazón y unos latidos que espero me acompañen el resto de mi existencia.

A mi correctora, Mónica, porque trabajar contigo es un lujo. Los escritores somos seres inseguros, pero con tus comentarios, ilusión e indicaciones haces que la aventura de escribir sea maravillosa, que te pongas detrás del teclado con ilusión, que sientas que crear historias es el mayor de los regalos. *Latidos de una bala* no sería lo que es sin tu ayuda. Este libro es tan tuyo como mío.

A mi lectora cero, Inés. Gracias por aceptar involucrarte en el caos de mi mente. Por estar en la lectura, en la portada, en la sinopsis, en todo. Por vivirlo. Por ser una parte fundamental en esta historia. Por tu profesionalidad. Por esos consejos que creo que han ayudado a que la historia mejore. Por emocionarte a mi lado. Por permitirme salir de la soledad del proceso de la escritura y tener a alguien con quien compartirlo. Por dejarme conocerte y estar a mi lado. Ahora solo deseo conocerte en persona. (Eso sí, prepárate, porque creo que voy a gritar tanto que es posible que pases un par de días sin poder oír. Yo ya te he avisado).

A mi Pilachu, Pilar o Anissa B. Damon, por la ayuda infinita en tantas cosas que necesitaría un libro entero para contarlas. Eres la persona con más talento que conozco. En el mundo. En el universo. Gracias por aconsejarme, por dejar que me contagie de todas las cosas buenas que tienes, por permitirme acompañarte en cada etapa de tu vida. Te lo digo siempre: brillarás. Lo sé. Lo siento. Lo mereces. Aprovecho este espacio para gritar a los cuatro vientos que tu trilogía, Éxodo, es la mejor que he leído en toda mi vida; que aunque pasen los años llevaré a Christian y Lena en el corazón; que me han marcado a fuego. Eres una amiga indescriptible y una escritora inigualable.

A Alba Corpas, mi rubia neurótica. La persona que mejor me conoce. La amiga que me sujeta mientras me hago una foto porque sabe que soy muy patosa y me voy a caer de boca, la que hace que cualquier momento, por insignificante que sea, se convierta en especial, que transforma mis lloros en risa, que es capaz de leer en mi interior. Compañera de colegio, de trabajo, de editorial, de VIDA. Todo lo hemos compartido. Los buenos y los malos momentos. Somos una. Eres la mujer más inteligente, carismática, profesional, divertida y buena que conozco. Nunca cambies. Y no dejes de escribir. Tienes un aura tan grande, tan bonita, que tu espíritu es capaz de traspasar las páginas de los libros e inundar el alma de los lectores, y ese es un regalo que no les puedes negar. Tienes que teclear. Siempre. Hasta que te duelan los dedos y tengamos que hacer un parón para tomar unas cañas. Ya me encargaré yo de ello, aunque acabes poniendo los ojos en blanco y diciéndome «Eres una pesada, Manza».

A mi padre, Javier, por creer en mí tras cada «no» editorial y darme la energía necesaria para seguir adelante cuando lo único que quería era estampar el teclado y olvidarme de todos mis sueños. Gracias por consolarme, por las palabras de aliento, los abrazos tras los triunfos y las risas cuando me ves saltar de la emoción porque alguien me ha dejado un comentario en Facebook de alguna de las novelas.

A mi madre, por ponerse esas lupas enormes para poder leer cada una de mis historias. Gracias por vivirlo todo con una ilusión que se contagia. Por decirme lo orgullosa que estás de mí. Por rascarme la cabeza en el sofá mientras te cuento las nuevas ideas. Por entender la locura

del escritor y, en vez de llevarme a un manicomio cuando entras en mi habitación y me ves llorando porque acabo de matar a un personaje, sentarte a mi lado y emocionarte conmigo porque nadie me entiende mejor que tú, porque sentimos juntas, somos una. Gracias por tus locuras como, por ejemplo, irte al bingo en busca de Belén Esteban para que sacase mi libro en la televisión. Mi mejor comercial. Mi mejor amiga. Mi alma gemela.

A Pablo, mi pareja. Gracias por comprender que esto es parte de mi vida, que siempre tendrás que convivir con una chiflada que lleva una libreta en el bolso y se evade de la realidad cuando menos te lo esperas porque los personajes le acaban de «hablar». Encontrar a una persona que entienda lo que significa esto, y que en lugar de ponerte impedimentos o quejarse te ayude, es lo más bonito que te puede pasar y por eso te quiero.

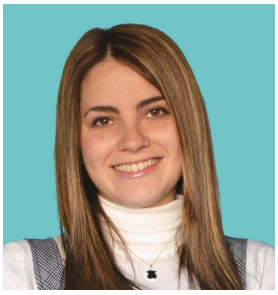
Gracias a toda mi familia. A mis abuelos, que tienen que esforzarse por recordar cómo se leía para leer mis novelas. Los mensajes de mis tíos cuando sale un nuevo libro y parece que les acaba de tocar el euromillón o el sueldo de Nescafé para toda la vida. La ilusión de mi prima compartiendo todo lo que publico como si fuera mi jefa de campaña comercial. Las preguntas de mi primo por todo lo que hago.

A Belenchu, por ser la primera que siempre se lee todas mis novelas. A Pepinillo, por esos montajes que me vuelven loca. A Alberto, por detestar la novela romántica y, aun así, mandarme una foto cada vez que sale una de mis novelas con el libro. A Paloma, por esos *tweets* cada vez que lees la novela. A mis amigos. A todos. Por darme vida, anécdotas y una manera de ver el mundo diferente. Sin vosotros, yo no tendría nada que contar. Sois mi mayor fuente de inspiración.

A Lucía Arca, por contagiarse de mi locura y la de Inés y ponerse manos a la obra en el «proyecto portada». Eres de esas personas que te encuentras en el mundo de la literatura que son un tesoro, siempre atenta, siempre dulce, siempre buena compañera. Y todo eso se transmite en tu pluma. Una pluma especial que cala en los lectores.

A todos los compañeros de profesión que he conocido. Sois tantos que, con mi cabecita loca, me da miedo empezar a poner nombres y olvidarme de alguno. Gracias por estar ahí, por enseñarme con vuestra profesionalidad, por hacerme sentir una más.

GRACIAS a los blogs y a todos los lectores que me regaláis un poco de vuestro tiempo leyendo alguna de mis novelas y escribiéndome vuestros comentarios. No lo sabéis —es imposible a no ser que tuvieseis una cámara en mi casa (cosa que me daría un poco de miedito)—, pero cada vez que interactúo con vosotros soy feliz, me dais vida, inspiración, ganas de seguir adelante, de luchar, de no detenerme. Lo sois TODO. Mi madre siempre me dice que no ha conocido a una persona que esté delante del ordenador y sonría tanto. Vosotros sois los culpables. Desde hace tiempo sois los protagonistas de cada sonrisa que se me dibuja en el rostro. Gracias por existir. Gracias por acompañarme. Gracias por ser la luz que brilla en los días de oscuridad.



Alexandra Roma (Madrid, 1987) es periodista y guionista. Le gustan los gatos negros, desgastar la suela de sus converse viajando y leer en la calle con el aire dándole de frente. Su única ambición a la hora de escribir es que los lectores muden la piel con los protagonistas y sientan y vivan la novela. Ha publicado con el grupo Planeta *Un océano entre tú y yo* (Esencia), *Aura cambia las zapatillas por zapatos de tacón* (Click Ediciones), *Aura tira los tacones y echa a volar* (Click Ediciones), *Capturé tu mirada en una fotografía* (Zafiro) y *Latidos de una bala* (Click Ediciones).

Encontrarás más información de la autora y su obra en
www.facebook.com/alexandra.manzanaresperez
@AlexandraManza
Web de la autora: http://alexandramanzanares.com

Latidos de una bala
Alexandra Roma
No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes
del Código Penal)
Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47
© Alexandra Roma, 2016
Diseño de la portada: Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
Imagen de portada: © Jenny Sturm y © Dmytriy Aslanian / Shutterstock
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2016
ISBN: 978-84-08-15280-4 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.